



Como luz  
EN  
Invierno



MARIE RUSANEN



Como luz en invierno

Marie Rusanen



Primera edición en ebook: noviembre 2019

Título Original: Como luz en invierno

©Marie Rusanen, 2019

©Editorial Romantic Ediciones, 2019

[www.romantic-ediciones.com](http://www.romantic-ediciones.com)

Diseño de portada: Isla Books

ISBN: 978-84-17474-55-3

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



*A mi querido esposo: con tu amor he florecido.  
Ya todos los hombres que tienen el coraje de comprender, respetar y amar el alma  
femenina, y ofrecen a cambio un amor maduro.  
El mundo necesita de hombres buenos que no tengan miedo de reconocer a una mujer  
como su igual.*

## **NOTA DE LA AUTORA**

En la creación de esta novela se han empleado licencias literarias. Tanto los personajes como la historia que en ella se cuenta son puramente ficticios; cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

## PRÓLOGO

Cerró la puerta con fuerza y el sonido retumbó en el despertar de las aves y de la tímida luz del sol que se colaba entre la maraña de nubes grises. Sus pasos estremecían su corazón, ese corazón que latía cada segundo por él. Se detuvo, titubeó. No la animaba mucho ir a trabajar un domingo a la oficina, pero menos la atraía quedarse en casa rumiando las dudas y la aflicción que la actitud de su novio le producía. El corazón llegó hasta su garganta, y el amargo sabor de la bilis la instó a continuar hacia la parada, donde cogería el tranvía que la llevaría al centro de Helsinki.

Quiso olvidar las dudas.

Quiso no sentir temor.

Quiso olvidar que ahora él lo era todo.

Se bajó del transporte, y el dobladillo de su falda le impidió avanzar con soltura, como una premonición. El olor a turba retozaba en el aire. El aliento del estío rozaba sus cabellos, se introducía por su cuello y descendía por su pecho. Se estremeció. El recuerdo de unos besos que mimaban con ternura y adoración cada centímetro de su cuerpo descendió como espirales de aire por su columna vertebral y envió espasmos a su vientre, haciéndola sentir viva y enamorada de una forma que no sabía que existía.

Estaba enamorada. Enamorada de verdad.

Lo veía en las noches, cuando descansaba en la almohada junto a él; lo veía cuando abría los ojos por la mañana, y mientras se vestía para salir.

Lo sentía en todas partes. Sentía sus manos recorrer con pasión su cuerpo. Sentía su respiración acelerarse con brío cerca de su oído.

El dulce anhelo con que él le hacía el amor la sorprendía. Cerró los ojos, trastabilló. El arrebatado de su rostro y el brillo en su mirada, como corindones azules, demostrándole cuánta satisfacción le producía amarla, aún la sorprendían.

Pero todo era demasiado.

Aquel amor era demasiado bello para ser verdad.

Ese torbellino amoroso que había experimentado se disolvía, desdibujaba y se perdía entre una dolorosa niebla de dudas. Buscó con desesperación cualquier certeza distinta al desamor que justificara el comportamiento distante de él, pero el corazón herido de la mujer que había sido repetía que el adiós se acercaba.

Los hombres tenían muchas maneras de decir adiós.

Suponía que él se había cansado de ella; una vez pasada la novedad, no era un trofeo que ganar. Al cazador lo enardecía la caza, no la presa.

La mano le tembló; la bajó y trató de mantener los volantes de la falda en su sitio. El dolor que sentía era un lastre que le impedía caminar erguida.

Llegó ante la enorme puerta que, como un gigante atento, custodiaba el edificio donde trabajaba. Pulsó el código y esta, al reconocerla, la dejó pasar. Se adentró en el corredor. El ensordecedor silencio sonaba a presagio.

¿Por qué pensaba tantas tonterías?

Sus pisadas la acercaban al taller, pero un tenue susurro de voces la alertó. Se detuvo. Sintió miedo. El imperceptible gemido y el roce de una prenda la hicieron proseguir. Con sigilo, se dirigió hacia la sala de juntas.

Su corazón empujaba con violencia contra su pecho. Quiso volverse y salir corriendo de aquel

lugar, pero una fuerza extraña la instaba a descubrir lo que estaba pasando.

Se aproximó a la puerta que vio entreabierta. Tuvo una premonición.

Quería huir. Quería continuar. Quería encontrarse por fin con la verdad.

Llegó ante la hebra de luz vertical que arrojaba la abertura, y entonces lo vio. La claridad que inundaba la oficina desveló todas las pruebas: el hombre, que estaba sentado, sostenía sobre sus piernas a una mujer con un inolvidable pelo rubio. Esta lo abrazaba y lo besaba con apremio.

¿La abrazaba él?

Sí, lo hacía. Sus manos constreñían con fuerza los brazos de ella.

Susurros al viento. Besos llenos de ternura. Un corazón que se quebraba. Nada más, pero eso fue todo para demoler las esperanzas de la joven que observaba.

Sus piernas se negaron a funcionar. Desesperada, trató de moverlas antes de que ellos la vieran. Los dedos de él asieron el rostro de la mujer con delicadeza, ajeno a todo lo que lo rodeaba. Fue entonces, sin saber cómo, cuando sus pasos la llevaron hasta la salida, a la encapotada mañana.

El viento apagó la última llama de su alma y su corazón no dejó de agitarse de dolor.

Necesitaba llorar.

Necesitaba coserle un par de alas a esa pena y dejarla remontar el firmamento.

# CAPÍTULO 1

*Helsinki, enero de 2016*

Mika levantó la vista y parpadeó sorprendido: la cosa más bonita que había visto jamás se hallaba frente a él. Sin dar crédito, sus ojos caminaron con parsimonia por todo el cuerpo de aquella pequeña mujer. Subió hasta su rostro y se encontró con un par de preciosos iris color obsidiana. Su corazón parpadeó también, se detuvo y redobló una carrera sin control. No era el hombre que solía ser, y jamás volvería a serlo, sin embargo, fue consciente de que lo que latía entre sus piernas aún no estaba muerto.

Aquel lunes había prometido ser un día como todos los demás, con una pequeña diferencia en su agenda: realizar una entrevista como un favor especial a Ulla, su exprometida y amiga. Algo rápido y simple, y quizá hasta aburrido. Molesto, había interrumpido la revisión de un importante informe en el ordenador para revisar el currículum de la persona a la que recibiría. El intenso dolor en la zona baja de la espalda, y en partes que no sentía de sus piernas, lo había martirizado toda la mañana. Impaciente, se había pasado una mano por sus cabellos, color terroso oscuro, en un esfuerzo por evitar en su rostro cualquier desliz que dejara entrever que aquel dolor lo perturbaba, aun cuando nadie lo observaba.

A las once en punto, el suave toque en la puerta de su oficina lo había hecho alzar la vista.

—Adelante.

—¡*Hei!*<sup>1</sup>, Mika! Aquí está Alejandra Díaz.

—Gracias, Tommi.

Había mirado a su asistente personal y retornado con indiferencia los ojos hacia los apuntes que tenía sobre su regazo, sin fijarse en la persona que Tommi había dejado entrar. El imperceptible sonido de la puerta al cerrarse le dijo que su colega había partido. La reducida luz de la nieve, que entraba por la ventana, se abría paso y se desperzaba sobre los dos cómodos sillones, de un extraño diseño moderno, que descansaban con el mismo estoicismo que él, aunque no había habido nada de estoico en lo que aquella mujer le había hecho sentir cuando la miró. No creía en el amor a primera vista. Tampoco creía que alguien estaba destinado para él, lo que algunos románticos llamaban almas gemelas. No lo buscaba, ni lo esperaba, pero tuvo la inquietante sensación de que su vida, que ya había sufrido un antes y un después tras aquel terrible accidente, tendría un antes y un después a partir de ahora.

La miró con fijeza en tanto la adrenalina comenzaba a trabajar en su cuerpo, como cuando bajaba en picado por la blanca pendiente de una pista de esquí. Disimuló con éxito su desconcierto y, con esa elaborada frialdad de la que echaba mano de forma recurrente, la saludó.

—*Good morning*, señorita Díaz.

—Good morning, señor...

—Mika, Mika Fischer. *Nice to meet you*<sup>2</sup>.

Quiso ponerse de pie, acercarse y saludarla con cortesía, pero no podía, así que, con movimientos medidos y pausados, le ofreció la mano para que ella se aproximara.

—*Nice to meet you*. —Fue hasta él, le tendió su pequeña mano y... ¿Qué era eso? Dos hermosos hoyuelos iluminaron su sonrisa. Se estremeció. Soltó la mano con rapidez. Ella dio un paso atrás y miró vacilante alrededor.

—Puedes colgar tu abrigo en la percha que está a tu espalda.



—Muchas gracias.

Dio un respingo ante el curioso acento.

Con movimientos muy femeninos, la mujer colocó la chaqueta en la peculiar figura que actuaba como perchero y se colgó de nuevo el bolso grande que llevaba consigo sobre el hombro. Vio que observaba el entorno con curiosidad. Imaginó lo que pasaba por su cabeza. Su oficina constituía una colección de diseños exclusivos de arte moderno. Objetos, muebles... La mayoría habían sido creados por su equipo de diseñadores, y alguno que otro, gracias al talento de sus compatriotas. Algunos modelos no habían gustado, otros habían sido catalogados como poco útiles para la venta, y otros, demasiado caros, pero él los había escogido poco a poco y rescatado para aquel santuario privado donde pasaba la mayor parte del día y del año, especialmente desde..., bueno, desde el accidente.

—Siéntate y ponte cómoda. —Señaló el sillón delante de él.

Sus largas y bien torneadas piernas, enfundadas en unas medias de lana muy fina, quedaron enfrente de él. Juntó sus rodillas, descolgó el bolso, lo colocó en el espacio que dejaba el sillón y posó las manos en su regazo, como una niña regañada a la espera del castigo del profesor. Una dulzona mezcla de flores se coló por la nariz de Mika. Maldita sea. Se aseguró de encontrar sus ojos; quería constatar una vez más el color. Sí, como la salvaje belleza de una noche en la selva africana. El encanto de lo inesperado, que había experimentado en sus correrías por África cuando era joven, titiló. Aprehendió su mirada, uno, dos, tres segundos, con la confianza de que la suya no exudaba ningún tipo de emoción. Ella, con gestos delicados, acomodó dos hebras de sus cabellos negros en la curva de la oreja. Sus dedos temblaron. Estaba nerviosa, pero eso no lo ablandó. No quería tranquilizarla, y no sabía por qué. Sin embargo, para romper el hielo e iniciar la entrevista, le preguntó con voz impasible:

—¿Todavía nieva ahí fuera?

—Sí, sí, bastante. Me costó ver por dónde caminaba.

—¿Encuentras difícil el invierno finlandés?

—Bueno, sí, pero me gusta.

—¿Es tu primer invierno en Finlandia?

—Sí, señor.

—Mika, por favor.

—Sí, señor, digo..., Mika.

Esperó a que ella añadiera algo más, pero como no lo hizo, continuó.

—Háblame de ti.

—Bueno, soy colombiana. Me gradué en un colegio bilingüe en Cali, la ciudad donde crecí y residí toda mi vida. Siempre me gustaron el arte y el diseño, y decidí estudiar artes plásticas. Después de graduarme empecé a trabajar en una empresa de decoración llamada Muebles y Adornos, que en inglés significa algo así como *furniture and ornaments*.

Guardó silencio, como solo los finlandeses suelen hacer, y escuchó con atención, analizando con deleite las expresiones en el rostro de la señorita Díaz, aunque si alguien lo hubiera podido observar, no lo habría adivinado.

—Comencé como vendedora. Lo fui durante un año. Después pasé a ser la asistente del administrador, cargo en el que estuve siete años, y, cuando mi jefe se retiró, me nombró administradora, cargo en el que permanecí hasta que renuncié para venir a estudiar a la Universidad de Aalto.

—¿Por qué quieres trabajar aquí?

—Porque me interesa el propósito de la compañía; quiero decir, me fascina el diseño de

interiores en madera y me gusta el énfasis que pone esta empresa en crear productos que compaginen con la protección del medio ambiente.

—¿Qué sabes de nuestra firma?

—Que es una sociedad, que fabrica muebles, que se especializa en diseños exclusivos en madera; que les interesa la producción de objetos domésticos, bellos, simples pero, sobre todo, funcionales. Que es una empresa que está creciendo y que goza de buena reputación a nivel nacional y en Europa.

Impresionante, la chica se había documentado bien. La sangre en sus venas se agitaba cada vez más, y aquello no le gustó.

—¿Qué tipo de modelos creaste para el sitio donde trabajabas?

—Bueno..., en realidad, solo me dediqué a la administración de la mueblería... Fui la mano derecha de mi jefe antes de que él se retirara. Lo fundamental para mí fue encontrar y contratar pequeñas fábricas que realizaran diseños innovadores, exclusivos, para surtir el catálogo de ventas de mi... de la tienda. —Sus ojos esquivaron a los de Mika cuando terminó—. Cumplir con los encargos y mantener en un buen nivel el flujo de ventas, además del manejo del personal, ocupaba todo mi tiempo.

De pronto, el irracional deseo de advertir en aquella mirada algún vestigio de que era consciente de él como hombre lo acució, y no le hizo ninguna gracia.

—Y según eso, con toda esa energía concentrada en la administración del local, ¿en qué porcentaje se incrementaron las ventas desde que tú empezaste a liderarlo?

Sabía que era una pregunta injusta e innecesaria, puesto que él sabía muy bien que se necesitaban entre unos ocho y diez años para percibir un incremento sustancial en las ventas, y ella solo la había liderado, ¿cuánto?, ¿dos años? Y, por si fuera poco, su respuesta no resultaba relevante para el cargo al que se presentaba. Un capricho perverso lo empujaba a desestabilizarla. Quería... No sabía qué quería, pero lo que esa mujer despertaba en él no lo podía asimilar ni controlar.

—Bueno, quiero decir..., la mueblería incrementó un poco las ventas. Me-me sentí orgullosa de intentar mantener el nivel que mi exjefe dejó —contestó, sosteniendo de forma valiente el contacto con los ojos de Mika mientras un enérgico rubor avivaba el color de su piel. Descolocado, Mika lo encontró tan erótico que la atacó con sus palabras:

—El porcentaje exacto.

—No lo recuerdo exactamente... —manifestó casi sin voz.

—¿No lo recuerdas con exactitud, Alejandra? ¿Fuiste la administradora de ese establecimiento o no lo fuiste? —No tenía por qué **mostrarse tan rudo, ¿qué era lo que le pasaba?**

—Sí, señor. Cerré... con pérdidas el primer año, pero el segundo mejoró sustancialmente. —Pestañeó mortificada.

—¿Qué estrategias utilizaste para incrementar el porcentaje?

—Mejoré la atención al público capacitando a mis empleados, digo, exempleados, y traté de encontrar más talleres que diseñaran y fabricaran sus propios modelos de madera en cantidades limitadas. Busqué diseños, es decir, traté de darle fuerza a los diseños exclusivos. Creí... —carraspeó—, verá usted, señor Fisch... Mika..., busqué establecer más contratos con pequeñas empresas con diseños innovadores...

Se quedó sin voz y, por unos segundos, el agudo silencio fue perturbado por la agitada inhalación de ella y el roce del puño de la camisa de Mika sobre el papel en el que escribía. Levantó la vista y, con la fijeza de un águila cuando se dispone a atacar, le preguntó:

—Alejandra, háblame de la estrategia publicitaria que utilizaste para incrementar las ventas,

porque, como líder, me imagino que tuviste en cuenta la importancia de dicha estrategia, ¿no?

—Sí, verá usted, hum, Mika. —Apretó con fuerza sus manos entrelazadas—. Diseñamos una campaña publicitaria, pero pensamos que... considerando los altos precios, nos llevaría un largo tiempo incrementar las ventas sustancialmente; quiero decir, hubo algunos clientes inesperados... Bueno, la estrategia que intenté, con mi equipo, estuvo enfocada en mostrar que el lujo puede ir de la mano de la comodidad.

—¿Lo intentaste, Alejandra, o lo hiciste?

—Lo hice, señor, digo, Mika.

El púrpura que encendía su rostro se le antojó como el púrpura de las fresas silvestres que florecían entre los zarzales de los bosques de su país.

—¿Crees que pudiste haberlo hecho mejor, Alejandra?

—Supongo que sí. —No dejaba de mirarlo a los ojos, aunque era obvio que le costaba—. Siempre se puede encontrar la manera de hacerlo mejor. Estoy segura de que, de haber continuado, la empresa habría crecido y habría mejorado sus cifras. El reto... no me hubiera amilanado —terminó al fin, poniendo la mirada sobre sus manos, acobardada, pero él no se inmutó.

—Me gusta que la gente que trabaja para mí sepa aceptar las críticas y las use para mejorar. ¿Qué has aprendido de tus errores, Alejandra?

Irguió su cabeza y lo miró retadora.

—Creo que a no rendirme nunca, señor, a evaluar qué fue lo que pasó y a volver a empezar con más ganas.

Un escalofrío recorrió su piel y se incrustó en su corazón; para reponerse, posó con rapidez sus ojos sobre las notas y guardó silencio unos segundos. Después, más por el deseo de conocerla mejor que por el deber, le preguntó:

—Hay un vacío en tu currículo desde que te graduaste hasta que empezaste a trabajar. ¿Qué hiciste durante ese tiempo?

La imperceptible oscilación de sus pestañas le dijo que la pregunta la había inquietado. Se llevó una mano al cuello y asió con suavidad un colgante; lo soltó y contestó:

—Estuve unos meses viajando con mi hermano por Estados Unidos y Canadá. Luego, cuando volví a mi país, enseñé diseño gráfico a un grupo de reinsertados en la sociedad. Era un programa implementado por el gobierno colombiano para las personas que abandonaban la guerrilla.

—¿Por qué no continuaste?

—Me... me gustaba, pero no era un salario fijo, y eran pocas horas, señor. Con ese empleo apenas podía subsistir.

—Tengo una lista de ocho candidatos para el puesto de asistente de diseño, ¿qué te hace a ti mejor que a ellos?

—Considero que tengo capacidad para abordar con éxito ese puesto... —Respiró profundo y continuó con energía— porque encaro bien los nuevos desafíos, sé trabajar bajo presión y aprendo con rapidez.

—¿Qué responderías si te dijera que tu desempeño como líder de tu anterior empresa ha sido ineficiente?

La rabia en sus ojos lo excitó.

—Que estás equivocado, Mika.

—¿Cómo? —No despegó sus ojos de los de ella.

Vaya, vaya, la chica tenía agallas.

—Que estás equivocado, Mika.

—Tienes más experiencia en administrar que en las labores que realiza un asistente de diseño,

Alejandra. Necesito a alguien veterano en la creación, en el desarrollo y en la ejecución de todo el proceso de un proyecto, con pedidos a gran escala.

—No, señor, Mika. —Enderezó sus hombros—. Soy buena para diseñar; puede que no haya vendido mis diseños, pero nunca dejé de diseñar. Cuando regrese a mi país, pienso montar mi propio negocio.

—¿O sea que quedarte en Finlandia más tiempo de lo que durará tu máster no está en tus propósitos?

—No, sí, por supuesto. Si encuentro trabajo aquí, me gustaría quedarme. —Con presteza, sacó una carpeta de su bolso y la abrió—. Mire, aquí están todos los bocetos y diseños que he acumulado durante muchos años... ¡Ay, lo siento!

Con impaciencia y vergüenza hacia sí mismo porque no podía ayudarla, contempló cómo ella se agachaba a recoger los dibujos que se habían esparcido a sus pies. Aplaudió su valor cuando se acercó y se los pasó todos.

—Aquí está todo el material que he diseñado... desde que me gradué.

Los recibió cortés y, con una expresión neutra, los ojeó rápidamente. Al tratarse de una persona con una desarrollada memoria visual, tomó buena nota de todo lo que veía. Le gustaron.

—¿Alguna de tus ideas fue lanzada a la venta de forma particular?

—Sí, algunos de mis diseños en madera los vendí a través de pedidos personales. Estaba planeando montar una página web y lanzarlos, pero...

—¿Pero?

—No tuve tiempo, la dirección de la empresa demandaba mucho de mí. —Bajó los ojos afligida.

Sin poder evitarlo, un hálito de ternura abrazó el corazón de Mika, y no quiso torturarla más.

—Háblame de lo que te gusta diseñar —le preguntó con suavidad.

—Me especializo en cincelar madera. Me encanta todo lo que tenga que ver con ella: cincelar, esculpir, sentirla, olerla —Cerró los ojos y luego los abrió, pero no lo miró—, pintar sobre ella.

—¿Qué pueden aportar tus diseños a los artículos que producimos en **esta empresa**?

—Frescura; formas y tonos exóticos, propios de la naturaleza de mi país, y quizá... —se atrevió a mirarlo a los ojos— pasión.

El corazón de Mika tembló, y con voz forzada, manifestó:

—Muy bien... ¿Qué conclusiones extraes de nuestra entrevista, Alejandra?

—Ha sido interesante, Mika.

—¿Tienes alguna pregunta?

—No.

Quiso sonreír ante su expresión de alivio.

—Eso es todo, Alejandra. Te informaremos cuando hayamos tomado una decisión. Que tengas un buen día. —La despidió de forma cortante.

—Muchas gracias..., Mika.

Cogió su ordenador y retomó su trabajo mientras, por el rabillo del ojo, percibía cada uno de los movimientos de ella al colocarse el abrigo. Sin poder evitarlo, le lanzó una última ojeada y le recomendó:

—Abrígate bien antes de salir.

Ella asintió sin mirarlo.

—Goodbye, Mika.

—*Goodbye*, Alejandra.

Agachó la cabeza de nuevo, ignorándola, pero fue consciente de cada uno de sus pasos

alejándose y del clic de la puerta detrás de ella. Ninguna expresión alteró su rostro, pero sí lo delató un suspiro de pesar.

Era una pena. Una gran pena no poder cortejar a aquella mujer. Y no dejó de repetírselo antes, durante y mucho después de que se hubiera tomado una decisión acerca del candidato que se incorporaría a la empresa.

Su vida era complicada en aquellos momentos. No quería desequilibrar el balance que tan duramente había logrado mantener.

Pero el jefe de *art & viiva* todavía no sabía hasta qué punto su vida se podría enredar.

## CAPÍTULO 2

Millones de rizos blancos descendían silenciosos y húmedos, pintando de tristeza el frondoso paisaje nevado. Fatigada después de semejante interrogatorio, Alejandra intentó hacerlos a un lado para poder ver el nombre de la calle por donde caminaba, o mejor, por la que *se deslizaba*. Se quitó los guantes y los sostuvo con la boca, a la vez que abría la aplicación de Google Maps en su *smartphone* y tecleaba el nombre de la parada del bus que la llevaría a la Universidad de Aalto.

El dolor en sus dedos era similar al dolor que sentía en la punta de la nariz, que se le congelaba, y, para qué negarlo, al de aquella abolladura que había aparecido en su autoestima a consecuencia de lo mal que le había ido en la entrevista que acababa de mantener con el exigente director ejecutivo de *art & viiva*.

Nada podía ser peor que esa entrevista, a excepción de la delicada situación económica que atravesaba. Sus ahorros desaparecían con rapidez, y si no conseguía un trabajo pronto, no tendría con qué subsistir el próximo mes y se vería en la necesidad de acudir a su abuelo...

¡No! Eso sería lo último que haría.

Introdujo con rapidez sus manos en el gentil calor de los guantes antes de apresurarse a seguir el circulito azul que, desde su móvil, marcaba la dirección que debía tomar. Volvió a resbalarse. Maldijo por lo bajo. Ya se había caído varias veces en aquellas congeladas calles de Helsinki, pero tenía que alcanzar el bus de las doce y treinta cinco para no perder la hora de clase. Si no asistía, le supondría más esfuerzo retomar el hilo de la siguiente.

Quince minutos después llegó ilesa a la parada, pero gimió con desconuelo cuando vio la parte posterior del bus, que acababa de partir. «Imposible llegar ahora a tiempo». Lanzó un suspiro de resignación al viento y algunas palmaditas de conmiseración a su cerebro cuando se agachó y trató de descifrar el tablero que anunciaba los horarios de los buses. Todavía no salía del asombro que le producía ver todos esos triptongos y diptongos repitiéndose en una misma palabra —por no hablar de la cantidad de letras *p*, *k* y *t* que se duplicaban— sin una lógica aparente, propios del finés. No encontró siquiera una palabra que fuera familiar al inglés.

Después de haber constatado que otro bus llegaría en veinte minutos, se sentó con elegancia en el frío banco de metal. Dejó que la decepción y la vergüenza que sentía hacia sí misma la torturaran a placer. Había querido morir allí mismo cuando se le cayeron los bocetos. «Dios mío, pero qué burra». Había estado a un tris de salir corriendo y dejar atrás el pánico que había liado sus cuerdas vocales, haciéndola tartamudear o construir frases que giraban y giraban en torno a la misma idea, bajo la insistente mirada de aquel atractivo finlandés.

Muy atractivo.

Su corazón se tambaleó, y no quiso reconocer que la férrea voluntad de la que echaba mano en ocasiones para no dejarse impresionar por un hombre guapo flaqueaba. Ese tambaleo se convirtió en una convulsión en toda regla al apreciar aquel par de ojos azules tan raros.

«Qué ojos tan lindos, como el color lazulita de mis pendientes favoritos».

Inquieta, trató de restarle importancia a aquella apreciación. Sus ojos eran hermosos, pero su personalidad no tenía nada de agradable. Se había sentido como una súbdita insulsa que se había atrevido a comparecer ante el rey para pedirle un trabajo que él no estaba interesado en darle. Debía sentirse agradecida de no tener que trabajar para él. Dudaba de que aquel dios de hielo tuviera algo más en la cabeza que arrogancia, pedantería, racismo y quién sabe qué más. Todos los

hombres con poder eran iguales, en todas partes, y los que no, eran infieles, inmaduros e incapaces de comprometerse y amar sinceramente a una mujer.

Amén.

De inmediato se arrepintió de sus impulsivos epítetos. Dejarse llevar por sus prejuicios y, además, generalizar no era justo para nadie, ni siquiera para ella misma. No era bueno entregarse a aquel viejo hábito; tampoco era bueno darse por vencida. Sabía, antes de dejar Colombia, que vivir en Europa no sería fácil. La devaluación de la moneda de su país y el poco dinero que había podido reunir para pagar todos sus gastos personales sería insuficiente. Así que, «levanta ese ánimo, mi niña, que apenas llevas seis meses en Finlandia y esta fue tu primera entrevista de trabajo. Y ni que fuera la compañía más famosa del mundo, ¿no? Ni que estuviera en Londres o Nueva York».

No, no estaba en Londres, pero el sistema laboral era igual de exigente o más. El recuerdo de las preguntas que ese... *señor* le había formulado, sin pausa y sin pestañear, la hacía sentir insegura. Dudaba ahora de su profesionalidad o de su mérito como diseñadora. Era cierto que no tenía una larga experiencia en ese campo, pero en ocasiones, en su país, la gente tenía que sacrificar los anhelos personales para obtener un buen trabajo que le permitiera ganar lo suficiente para vivir con dignidad, y para Alejandra, lo más importante había sido la independencia. Mucho más que su amor por crear. Pero ¿qué podía entender un hombre como él lo que pasaba en otras sociedades?

«Por supuesto que sé cómo realizar una buena campaña publicitaria». ¿Por qué diablos había tartamudeado? ¿Cómo que su labor como administradora había sido deficiente? ¿Qué sabía él? Sí, sí que lo sabía: era el todopoderoso de una exitosa compañía.

Embebida en su desilusión, no se dio cuenta de que el tiempo había pasado volando, y el siguiente bus se detuvo en silencio a su lado. Se apresuró a refugiarse en el cálido interior. Una vez que se acomodó, sacó el emparedado que había preparado en la mañana; por lo general no tenía tiempo de ir a almorzar al apartamento que compartía con otras dos chicas en Vallila, un barrio de Helsinki. Lo miró sin ganas; al paso que iba, perdería más peso. No es que lo lamentara, pero tampoco era bueno para su cabeza alimentarse mal.

Recibió un mensaje por WhatsApp de su novio Salomón. Tuvo remordimientos por no alegrarse de recibirlo, pero no quería pasar por la vergüenza de decirle que le había ido mal en la cita. Leyó la nota y se sintió peor.

Enviado por Salomón:

¿Cómo te fue en la entrevista, Aleja? Te extraño, llámame tan pronto como puedas, no importa la hora.

Sin embargo, decidió esperar a sentirse menos vulnerable para llamarlo. Quizá después de tomarse una taza de café.

Al menos, no le había ido tan mal con los otros dos. Antes de llegar a la salida, Tommi, el que la había recibido al inicio y que se había presentado como el asistente del director, la había interceptado para explicarle que el proceso de entrevista no había terminado, y que pasaría a una charla con él y con Matti, el jefe de diseño.

Para su sorpresa, la conversación amena que compartió con ambos resultó ser mejor de lo que esperaba. El simpático diseñador revisó con interés sus bocetos, y Alejandra pudo percibir que le gustaron, sin embargo, no se hacía ilusiones. Muy en el fondo, a pesar de que necesitaba el dinero con desesperación y de que sería un honor para ella trabajar en aquella prestigiosa empresa —si a razón de un extraño milagro resultaba escogida—, tenía miedo de trabajar para semejante director. No sabría cómo hacerle frente a su atractivo y a su poder. Había aprendido a evitar a ese tipo de

hombres, alejándose, si estaba en sus posibilidades, o si no, volviéndose invisible como mujer. No había sido fácil; los hombres en su cultura hacían de la conquista un arte, aunque era cuestión de tener muy claro para qué la perseguían. A su novio Salomón le había costado mucho ganarse su confianza, y no digamos el derecho a tocarla en lo físico y en lo emocional. En aquel país, por lo que ella había notado en esos meses, los chicos de la universidad eran tímidos y se abstendían de dirigirle la palabra, a menos que fuera necesario. Era muy reconfortante ser amiga o compañera sin una segunda intención por parte de ellos.

Las huellas de toda una mañana nevando habían dejado un grueso tapiz de nieve de varias pulgadas que cubría las calles. Desde la ventana del bus divisó el viejo edificio principal de su facultad, que alardeaba de un aburrido color café con leche, el mismo que le había causado desilusión la primera vez que lo vio. Desilusión que se evaporó cuando conoció el sencillo y acogedor interior.

Se ajustó el coqueto gorro verde musgo y la bufanda a juego antes de apearse del bus. Subió por el pasillo e inspeccionó su monedero; como buena colombiana, su cuerpo le pedía a gritos una taza de café. Por supuesto, no podía esperar que en la pequeña cafetería de la facultad vendieran algo de su tierra, pero se conformaría hasta con la palabra *café* escrita sobre la máquina del mostrador que contenía ese extraño líquido negro. Cuando se sentó a una de las mesas, escuchó el sonido de dos mensajes entrantes. Abrió la ventana del WhatsApp y vio una nota de su madre y otra más de Salomón. Considerando que en Colombia serían las cuatro de la madrugada, ambos estaban demasiado ansiosos por saber cómo le había ido en la entrevista.

Acomodó detrás de su oreja los mechones de cabello negro que habían resbalado y cubierto una parte de su rostro como una cortina de seda. Suspirando resignada, le escribió a su novio, explicándole cómo le había ido en la entrevista y asegurándole que lo llamaría por la noche cuando llegara a casa.

Abrió el mensaje de su madre, y al asimilar sus palabras, sus ojos se inundaron de lágrimas.

La añoró como nunca.

Quiso sentir su brazo ciñendo sus hombros y sus labios besándola en la frente. Percibió el aroma fresco de su perfume y pudo ver esa sonrisa tímida que desplegaba en raras ocasiones, pero que la reconfortaba.

Con dedos anhelantes, marcó su número de teléfono.

—¿Aló? ¿Mamita?

—Aleja, hija, ¿cómo está? Qué bueno que me llama. Aquí he estado yo pegada a los santos para que me le fuera bien. Cuénteme, ¿le dieron el puesto?

—Estoy bien, mamita. Todavía no lo sé..., pero lo más probable es que no. No me fue muy bien.

—Ay, hija, eso significa que algo mejor le llegará, tenga fe.

—No te preocupes, sabes que soy más fuerte de lo que parezco, y no me daré por vencida. ¿Y tú cómo estás?

—Bien, ya sabe que yo siempre estoy ocupada, pero... extrañándola. —Su voz sonó nerviosa.

—Lo sé, mamita. ¿Todo está bien por allá?

—Oh, sí, no me haga caso. Me siento orgullosa de que esté por allá, de que haya podido volar; yo no...

La voz de su madre se quebró y guardó silencio unos segundos. La dolorosa sensación de hablar con libertad de aquello que las lastimaba la ahogó. Pero ¿qué objeto tenía? El pasado y el presente no cambiarían solo porque su progenitora lo hablara con ella. Sin embargo, lo intentó.

—¿Tú, qué? —Su corazón corrió agitado.



—No me haga caso. ¿Está comiendo bien?

El cambio de tema la desilusionó, pero ya había aprendido a dejar que ella librara sus batallas a su manera.

—¿Cómo está mi Samuel?

—Tu hermano, bien, bien, echándola de menos.

—¿Y Rosita? ¿Cómo sigue de su alergia?

El recuerdo del rollizo rostro de Rosita, la empleada y amiga de su madre, la reconfortó.

—Mejor. El doctor le cambió la medicina.

—Dale un beso de mi parte, y tan pronto pueda, le mando esos chokolatines con arándanos azules que tanto le gustaron.

—*Se lo diré.* —Su risa le llegó directa al corazón.

Respiró profundo e hizo la pregunta que sabía que tendría que formular en alguna ocasión.

—¿Y el abuelo? Supongo que todavía sigue disgustado conmigo.

—Bueno..., ya se le pasará.

Tenía claro que su madre quería que creyera eso, como también sabía que estaba pagando por ello, pero no había nada que Alejandra pudiera hacer para evitarlo. La impotencia y la frustración que sintió la oprimieron como lazos invisibles que ataban con fuerza su cuerpo, haciéndole daño.

—¿Te está tratando bien? —No pudo evitar la pregunta, aunque ambas sabían que no respondería con la verdad.

—Sí, sí, claro que sí.

El tono triste de su voz fue más sincero.

De pronto, el rostro del abuelo se abrió paso en su mente; ese rostro lleno de arrugas y sin nada de cansancio; de canas azules y sonrisa fácil para los de fuera, pero de mirada dura y fría para los suyos.

La voz de su madre la devolvió a la realidad.

—Mija, sabe que tiene que llamarlo.

Un silencio rebelde selló sus labios varios segundos, pero al fin se las arregló para decirle:

—Está bien, no te preocupes. —Ya lo manejaría—. Bueno, mami, tengo que ir a clase, y tú debes ir a dormir. Un beso a todos, uno muy grande a Samuel y... saludame a Enrique.

Colgó y, apresurada, se encaminó a clase, sintiendo que a cada paso que daba se quedaba sin aire. Se detuvo. Respiró hondo, con lentitud, intentando serenarse.

Estaba lejos, muy lejos de él; sin embargo, el mero recuerdo de su presencia le hacía daño.

## CAPÍTULO 3

La nieve iluminaba el infinito lienzo de la noche. El aire temblaba, y aquella pelusa blanca crujía bajo las ruedas de la silla que se aproximaba a la puerta de la instalación deportiva.

Mika estaba impaciente por disipar con un buen partido de baloncesto el dolor muscular que había venido sintiendo todo el día. Conservar la fuerza y la elasticidad en los músculos y en las articulaciones de su cuerpo constituía una parte esencial en la rutina diaria de su vida, así que aquella nueva pasión era una de las prácticas deportivas que disfrutaba con regularidad después de haber sufrido el accidente; eso, y el compañerismo que compartía con aquellos jóvenes a los que dirigía en el equipo de baloncesto para discapacitados.

Sus fuertes y ágiles manos desplazaron con destreza la silla de ruedas hacia el pasillo que llevaba a los vestuarios; mientras, sus encabritados pensamientos no dejaban de dibujar en su cabeza un par de ojos negros.

Una mujer sexi. Una miniatura muy sexi.

Se sintió un gigante ante ella y eso le gustó. Más de lo que quería admitir. Maldición, ya sabía hacia dónde se dirigían sus cavilaciones, y la decisión que había tomado era irrefutable.

Definitiva.

Había sido meditada durante su largo y doloroso proceso de rehabilitación física y emocional. Y no deseaba cambiarla.

Una vida se había roto, pero otra se había abierto camino.

Quizá nunca olvidaría el hombre que había sido antes del accidente, pero sabía que era preciso recordarse día a día que aquella persona se había ido para siempre. Aunque los sentimientos de añoranza lo traicionaran; aunque los pensamientos, frescos todavía, con el olor de la apasionada vida que había vivido llegaran para atormentarlo. No era parte de su naturaleza dejarse llevar por la autocompasión. Agradecía estar vivo. Tenía una familia a la que amaba, buenos amigos a los que apreciaba. Tenía éxito en un trabajo que adoraba y disfrutaba de sus amados deportes, adaptados a su nueva condición; y para ponerle la guinda al pastel, residía donde deseaba residir. No necesitaba más. La idea de amar y ser amado por una mujer especial se había quedado en la quimera del ayer, y no valía la pena preguntarse cómo habría sido conquistar a una como la que había conocido en la mañana.

Sin embargo, su rebelde cerebro no acató las órdenes, y se recreó una vez más en la placentera sensación que lo había recorrido cuando la tuvo a su merced en aquella entrevista. Le avergonzaba reconocer que había desplegado todo su poder ante ella con el único propósito de llamar su atención. Quería demostrarle que era un hombre atractivo y seguro de sí mismo. Pero luego, por una razón en la que no había querido ahondar, se había sentido triste. El alivio de que ella no lo hubiera visto en la silla de ruedas, y la posibilidad de que en un futuro lo hiciera, lo había hecho suspirar de nostalgia todo el día. Le avergonzaba, y no lo había querido aceptar. No quería abrir la puerta de aquel lugar donde guardaba sus demonios, ni tampoco quería escudriñar ni mucho menos dejar salir lo que ahí había.

Comprendiendo que estaba tocando el borde de la autocompasión —y eso era algo que odiaba más que nada en la vida—, frenó en seco su silla de ruedas y contempló el largo corredor ante él. Una traviesa sonrisa aligeró sus facciones al tiempo que empujaba las ruedas hacia delante con toda la potencia de los músculos de sus brazos. Los neumáticos corrieron de forma temeraria por el pasillo hasta alcanzar los vestuarios. Cuando llegó, una feliz algarabía lo recibió.

—Ey, abuelo, este bastardo de aquí dice que hoy vamos a morir en el campo de batalla.

Acostumbrado ya a las burlas acerca de su edad procedentes de ese salvaje y joven grupo de discapacitados, Mika no se molestó por el comentario de Jere. Se giró divertido hacia Sami, un muchacho rubio, delgado pero de músculos bien tonificados, quien, como no podía quedarse quieto, mantenía la silla de ruedas en constante movimiento, y le espetó:

—¿Qué? La derrota no está en nuestro vocabulario. Lo siento, amigo, me temo que esta es nuestra noche.

Sami dejó escapar una carcajada mientras continuaba su vaivén.

—Uy, Jere, vaya con el viejo estirado... Explícale que si juega como habla, es hombre muerto. Mejor consigue otro *vitun vaari*<sup>3</sup>.

—Acércate y te muestro lo viejo que soy —lo amenazó Mika.

—Uy, uy, *perkele*<sup>4</sup>, se nos alebrestó el abuelito. —Nicklas, un rubio macizo y lleno de tatuajes, lo interrumpió, burlándose.

Aprovechando su conocimiento en la práctica de kárate, Mika maniobró de forma inesperada la silla y, con destreza, cogió por el cuello a Nicklas en una llave perfecta. Faltó poco para hacerlo caer de su silla de ruedas.

—Ojalá no juegues como hablas, Nicklas. ¿Quién dices que soy? —Apretó más la llave.

—Ay, *perkele*, me estás ahogando, viejo.

—Todavía no te he escuchado decir quién soy.

—El capitán, mier...

—¿Y qué más?

—El capitán del equipo ganador.

—Así me gusta. —Lo soltó despacio.

Pronto, los diez jugadores se dirigieron a la pista y, entre la rudeza de su juego y de sus comentarios, Mika olvidó durante más de una hora los altibajos de su vida.

Cuando el juego llegó a su fin, cansado y satisfecho, fue a ducharse. Había sido un largo día lleno de emociones. Con la determinación que lo caracterizaba en todo lo que hacía, manipuló su cuerpo con pericia y se trasladó de la silla de ruedas a una silla de ducha. Mientras el agua caliente consentía su cuerpo, la decisión que debía tomar con respecto a los candidatos para el cargo de asistente de diseño volvió a importunarlo. Meditaba muy bien las resoluciones de la compañía; si bien era cierto que a veces cometía deslices en su debilidad por complacer a las personas que apreciaba, era un hombre sensato y justo.

Después de que Alejandra saliera de su oficina, en un impulso le pidió a Tommi que la entrevistara de una vez: quería su opinión sobre ella. No quería que sus sentimientos personales interfirieran en la decisión de contratar o no contratar a la señorita Díaz. El procedimiento general de la empresa para emplear a los diseñadores era que Tommi y Matti, el jefe de diseño, entrevistaran a los candidatos. Nunca lo hacía Mika, pero esa vez había querido involucrarse en el proceso de selección debido a los problemas que había tenido la compañía en los últimos años para encontrar a una persona idónea para el cargo. Quería controlar las elecciones que hacía el caprichoso Matti, que era un brillante arquitecto y diseñador, pero cuyas preferencias habían dejado mucho que desear: novatos creativos y muy seguros de sí mismos, pero con una remarcada falta de responsabilidad o, más bien, diría que con un sentido del tiempo apegado solo a sus propias necesidades y no a las del equipo.

Dada la flexible libertad con que se trabajaba en Finlandia, los jóvenes parecían no querer responder a ninguna regla de la empresa: organizaban el horario según les convenía, escogían asistir cuando lo consideraban fundamental y entregaban proyectos cuando podían, retrasando así

la producción y causando la histeria en todo el grupo, especialmente en el voluble genio de Matti.

El caso de la señorita Díaz fue especial. La había tenido en cuenta como un favor a Ulla, su amiga y exnovia, de raíces colombianas pero que había crecido en Finlandia, y quien le había pedido darle una oportunidad de trabajo a su compatriota. Siempre era bueno para la empresa alguien extranjero, ideas y pasiones nuevas. La mujer le había gustado a pesar de la torpeza y de su comportamiento tímido en la entrevista.

Tal vez demasiado.

Se terminó de vestir y salió al aparcamiento en busca de su automóvil. Inhaló con placer el aire frío de la noche mientras abría la puerta y se subía en el vehículo adaptado, con un asiento para el piloto de fácil movilidad, un espacio más amplio de lo normal para desplazar sus piernas y una adaptación del volante y del freno. Le quitó las ruedas a la silla RGK Elite, fuerte y con más estabilidad, que utilizaba para sus prácticas deportivas. Dobló el armazón y lo colocó, junto con los neumáticos, en el puesto del copiloto. Minutos después, se perdió entre la vasta llanura blanca rumbo a su piso, ubicado en Kruunuhaka, una zona residencial aledaña a su oficina. Antes había tenido un apartamento en Espoo, pero a raíz del accidente, lo había vendido y había comprado el actual por cuestiones prácticas, ya que quedaba a unas cuantas manzanas de su despacho.

Cuando llegara a casa, prepararía una deliciosa cena, la acompañaría con una buena copa de vino, pondría una agradable música de fondo y aplazaría sus inquietudes para el día siguiente.

## CAPÍTULO 4

La llave se atoró, como se le había atorado cada vez que había intentado abrir aquella puerta durante los meses que llevaba viviendo ahí. Era un modelo de cerradura viejo. Le encantaba, aunque necesitaba varios minutos y mucha paciencia para abrirla. Un gentil empujoncito hacia arriba y pudo entrar.

Alejandra sintió que algo suave rozaba sus medias de lana. *Duquesa* maulló. El primer ser tierno y cariñoso que le daba la bienvenida aquel día.

—Hola, belleza, ¿cómo has pasado el día? —Se inclinó emocionada e intentó alzarla, olvidando que la gata no se dejaba coger por nadie que no fuera su dueña. Como era de esperar, se alejó maullando enfadada—. De acuerdo, de acuerdo, no te cojo, pero no te vayas.

Sin hacerle el menor caso, el animal se precipitó por el corredor en dirección a la cocina, desde donde salía un delicioso aroma a comida caliente y un alboroto de trastos restallando. Su estómago gruñó y se dio cuenta del apetito que tenía. Se adentró en el pequeño espacio, y los ojos verdes de su compañera de piso la recibieron con simpatía.

—Hola, Xisca. Hum, ¿qué estás preparando esta vez?

—Pulpo a la gallega. Hola, ¿cómo fue la entrevista?

—Bueno, me temo que nada bien. —Arrugó su nariz con **pesar**.

—Ay, lo siento. Coge otro plato y ponlo en la mesa, que nada como una buena cena para aliviar las penas.

Para apoyar las palabras de su ama, *Duquesa* rozó sus piernas con el lomo y maulló.

—Estoy de acuerdo, y contigo también —observó Alejandra, mirando el iris amarillo del animal—. Quiero besarte, pero sé que no puedo hacerlo. —La gata maulló otra vez.

Disfrutaba de ser una de las pocas privilegiadas a quien la mascota de Xisca se acercaba. Era selectiva y recelosa en sus afectos. Su amiga la había rescatado de las calles en condiciones lamentables, por lo que era probable que su comportamiento se debiera a que había sido maltratada antes.

Cogió un plato y unos cubiertos y se dirigió al comedor. Volvió a la cocina y le preguntó a Xisca si llevaba zumo o agua a la mesa.

—Vino. —Con un gesto apenado, le explicó—: Lo compré para celebrar... Pero celebremos que has logrado que te llamaran de una compañía reconocida.

—Bueno, yo no diría que lo que hizo posible la gentileza de una conocida fuera mérito mío, pero aprecio tus intenciones.

Xisca era una española con una diplomatura en Educación Primaria. A comienzos de la recesión en España, había perdido su trabajo y había decidido probar suerte en Finlandia. Desde el primer momento se había establecido una conexión especial entre Alejandra y ella, como calzarse un par de botas viejas; sin embargo, la amistad no había llegado al punto de compartir confidencias profundas, mucho menos las inseguridades que yacían ocultas tras esa imagen de confianza en sí misma que Alejandra intentaba exhibir. Como un acuerdo tácito, la relación entre las dos se cocía a fuego lento.

El sonido del móvil las sobresaltó.

—Disculpa, Xisca. Empieza sin mí —le pidió después de revisar su smartphone.

—No te preocupes, te espero.

Alejandra asintió y se dirigió a su cuarto para hablar en privado.

—Hola, Salo, ¿cómo estás?

—Hola, renacuajo, hasta que por fin escucho tu voz. Imaginé que el resultado de la entrevista te dejó golpeada y que necesitabas tiempo para hablar conmigo.

—Sí, bueno, ya me siento mejor, no te preocupes. Ya sabes que primero me repliego en mí misma, pero, una vez pasada la desilusión, puedo hablar.

—Sí, te entiendo. ¿Podemos charlar por Skype?

—De acuerdo, espera unos minutos a que me conecte.

Alejandra abrió y encendió su portátil, introdujo la clave y presionó sobre el icono con la imagen sonriente de su novio.

—Hola otra vez. Me alegra verte por fin, renacuajo.

—Lo mismo te digo. —Alejandra sonrió.

—Qué mala suerte que no hayas conseguido trabajo todavía, qué país tan complicado ese. Habría sido mejor que estudiaras en Inglaterra o en Estados Unidos, ya tendrías trabajo allá, pero no, a ti te gusta lo raro y lo difícil.

—Bueno, Salo, no olvides que me interesaba aprender sobre el diseño de esta parte de Europa.

Entre todos los tipos de diseño que Alejandra había examinado a lo largo de su vida profesional, el de Escandinavia, y en particular el de Finlandia, siempre le había gustado. El estilo simple, funcional y en sintonía con la naturaleza característico de la mayoría de los proyectos de aquel país, había supuesto una fuente de inspiración para ella. Había leído con interés su historia y era una admiradora de los modelos del escultor finlandés Tapio Wirkkala, además de toda la gama de colores y bocetos en los textiles de Marimekko.

—Qué va, tú lo que hiciste fue cerrar los ojos, dar tres vueltas y, tambaleante y sin abrirlos, te acercaste a un mapa. Y donde cayó el dedo, ahí fue donde decidiste estudiar. Tu intención era hacer que tu novio te extrañara y que tu abuelo no te alcanzara.

Alejandra rio con ganas.

—Hasta te rimó. No, Salo, tú sabes que eso no es verdad. Bueno, ¿cómo has estado?

—Genial, tú sabes: produciendo dinero, haciendo dinero y, la mejor de todas, consiguiendo dinero.

—¿Y nada de diversión? —Sonó escéptica.

—No, qué va. Desde que tú no estás he desarrollado un placer desmedido por quedarme en casa viendo televisión y... trabajando.

—Ah, no te creo, tú te mueres si no sales un fin de semana.

—Te lo juro, palabra de hombre enamorado. —Levantó la mano derecha reforzando su voto—. Solo salgo con el grupo a montar bicicleta y... a una que otra reunión. No te niego que... Ya sabes cómo son las mujeres..., se te tiran, pero te juro que yo te soy completamente fiel.

Se rio, pero un parpadeo de inseguridad en su corazón la inquietó. Se sintió mal por dudar. Se había prometido a sí misma que la desconfianza no iba a controlar su vida. Durante el tiempo que pasó en la universidad había visto muchas parejas, demasiadas, diría, mintiéndose y engañándose, por no hablar de las constantes infidelidades a las que su hermano Enrique sometía a su novia. Era un hecho que los seres humanos no eran monógamos y que, por consiguiente, la fidelidad era una decisión personal, a veces difícil de mantener. Como la mayoría de las mujeres, Alejandra anhelaba tener una relación con un hombre que la amara y le fuera fiel, aunque se lo negara a sí misma debido al miedo, pero había sido siempre una escéptica. Creía que era muy raro el compañero que de verdad quería respetar un compromiso y, aunque había escuchado a sus amigos decir que era culpa de las mujeres de hoy, porque eran ellas quienes los perseguían hasta el cansancio, la verdad era que había sido testigo del sufrimiento de muchas de sus amigas por las

infidelidades y por el desamor de un hombre. Para Alejandra no había sido fácil abrirle su corazón a Salomón, sin embargo, él había llegado en un momento en que ansiaba sentirse una mujer en todas sus facetas. Necesitaba, quería explorar el amor, y él... Él había sido tan alegre, tan persistente..., tan sincero que había minado todas sus defensas.

—No tienes que quedarte encerrado, Salo, tienes que divertirte.

—Lo haré, lo haré. Ahora que mi novia me dio permiso, lo haré —rio.

Se sintió incómoda con el comentario y, por un segundo, no supo qué decir. Salomón debió de notar lo, porque cambió de tema.

—Si necesitas dinero, ya sabes que yo te puedo ayudar, renacuajo.

—Salomón...

—No seas tan seria y correcta, ni te preocupes sin razón. Puedo enviarte dinero para tus gastos. Así podrás concentrarte en sacar excelentes notas, gozar de la vida nocturna y de los viajes por Europa. No tienes por qué sufrir rechazos, renacuajo.

—Te lo agradezco, Salo, pero no...

Agradecía la oferta de su novio, pero le aterraba depender de él. Le aterraba depender de un hombre otra vez. No, tenía que salir adelante por sí misma. Era preciso seguir esforzándose y librar sus propias batallas; como lo había venido haciendo hasta ahora. No se dejaría tentar por el fácil panorama que él le planteaba.

—Sí, ya sé que tú quieres probar que puedes salir adelante sin la ayuda de las personas que te queremos.

—Salo..., necesito hacer esto sola. Te agradezco tu ofrecimiento, pero no soy ni manca, ni coja, y tengo la cabeza bien puesta. Sé que encontraré algo. Esta tan solo ha sido mi primera entrevista fallida.

Valientes palabras en las que en realidad no creía, y que no eran del todo verdad. Había enviado sus datos a varias ofertas para cuidar niños, y hasta para limpiar en un hotel, pero nadie la había llamado. Le costó sostenerle la mirada.

—Quizá la vida te está diciendo que ese país no es para ti, y que quizá es mejor que te regreses a mis brazos y nos casemos. Después podríamos irnos unos años para los Estados Unidos, para que estudies diseño allá. Piensa en lo que te divertirías; además, queda cerca de Colombia, y tu madre podría ir a visitarte con frecuencia.

—Salomón, por favor, sabes que esta decisión fue muy importante para mí, y tú estuviste de acuerdo. Te pido por favor que me apoyes. —Sintiéndose inquieta y a la defensiva, escondió las manos bajo las piernas para no empezar a moverlas de acá para allá, como siempre hacía cuando se sentía intimidada.

—Está bien, lo siento, renacuajo, es que... te extraño mucho. Esta separación se me está haciendo eterna.

—Lo entiendo, Salo, a mí también, pero me anima saber que vendrás en el verano.

—Sí, bueno... Espera un momento, por favor.

Salomón se volvió mientras se escuchaba la voz de su secretaria preguntándole algo acerca de un fax.

—Escucha, renacuajo, tengo que irme.

—Bueno, yo también tengo que irme; Xisca me está esperando para cenar. Hablamos luego entonces. —Le envió un beso.

—Hasta pronto —se despidió distraído.

Alejandra apagó el ordenador, pero de repente un sentimiento de desconfianza sin definir la acosó, mezclándose con su cansancio y su inseguridad.

—¿Pasa algo malo? —le preguntó Xisca cuando regresó al comedor.

—No, es solo que... —Se dio cuenta de que ya estaba todo servido y se sentó en una silla frente a su compañera, agradecida—. Tengo miedo de no encontrar trabajo. No sé... Creo que no tengo lo que se necesita para encontrar un empleo en este lugar.

—Venga, levanta ese ánimo, ya lo encontrarás. Tienes que entender que este es un país muy pequeño y que, a pesar de que tu inglés es muy bueno, es fundamental hablar finés para ejercer la mayoría de profesiones; pero creo que en lo tuyo hay oportunidades. Eres una chica preparada y culta, ya hallarás tu sitio. Debes tener paciencia.

—No lo sé, Xisca...

—Yo sí lo sé. Pase lo que pase, debes ser positiva. Venga, brindemos por el trabajo que pronto llegará.

—De acuerdo. ¡Salud! Y gracias.

Conversaron durante una hora. Después, entre las dos limpiaron la cocina, seguidas de cuando en cuando por la mirada de la gata, que aseaba con esmero su negro pelaje.

Más tarde, mientras estudiaba en la soledad de su cuarto, luchaba por avivar la pequeña llama de esperanza en su interior. El mañana siempre se arreglaba por sí solo, le había escuchado decir a su madre. Sí, si las cosas se ponían feas, siempre podría pedirle prestado dinero a su hermano Samuel. Sabía que la ayudaría con gusto, aunque no quería molestarlo. También él luchaba por mantener su independencia económica, y ya bastante tenía con sus propios problemas; sin embargo, era la única persona en quien confiaba por completo.

Más tranquila, continuó con el estudio hasta la madrugada.



## CAPÍTULO 5

Las cortinas abiertas permitían que el apagado sol de enero resbalara sobre la mesa de madera, que reposaba en el ángulo izquierdo de la amplia oficina, y sobre los diferentes sillones que la escoltaban: dos sillas *pastilli*<sup>5</sup> amarillo chillón, dos K-tuoli<sup>6</sup> de color *beige* y varias poltronas azul rey, diseñadas por Matti. La escena revelaba el estilo abigarrado y expresivo que al director de *art & viiva* tanto le gustaba.

—Adoro este sillón —aseguró Tommi mientras acomodaba con soltura su larga y desgarbada figura en el asiento. Sonrió y deslizó sus manos a lo largo de los reposabrazos, tomándose su tiempo con un suspiro de placer. Después, se inclinó y cogió una de las chocolatinas Fazer que su jefe mantenía sobre el centro de la mesa para el consumo de sus clientes o empleados.

—Continuemos, Tommi. —La voz grave de Mika cortó el aire.

—Vamos, Mika, no seas gruñón. —La sonrisa se borró del rostro de Tommi.

Inhalando una bocanada de aire, el director de *art & viiva* aligeró el tono de su voz.

—Lo siento. ¿Cuál es la opinión de Matti?

—Él está de acuerdo conmigo, jefe —respondió, abriendo el bombón—. Nos preocupa que no tenga la experiencia laboral suficiente.

—Ha dirigido una empresa en su país.

—Vamos, Mika, estoy hablando de experiencia en el campo del diseño, y de todo lo que engloba su producción. La chica tiene ideas muy originales, pero nunca se ha enfrentado a la presión de participar en un gran proyecto. —Se tragó la chocolatina y se irguió para dar impacto a sus palabras—. La empresa que dirigía era muy pequeña, además, nunca ha trabajado en Europa. ¿Y... cuánto tiempo crees que se quedaría con nosotros? ¿Un año, dos quizá? Está estudiando un máster, jefe, ¿cómo podría hacerle frente a tanta presión?

Sin reflejar su desilusión, Mika insistió:

—¿No crees que una persona como ella, extranjera, traería frescura, alegría y pasión al grupo de diseño si nos organizamos para que trabaje menos de media jornada?

—Sí, es posible, pero tú sabes que no podemos permitirnos dos asistentes de diseño. No quiero aburrirte recordándote el salario, gratificaciones y consideraciones que la compañía debe tener con cada empleado; incluso con uno que trabaje menos de media jornada. En otra época, quizá hubiera sido posible, pero estos son tiempos difíciles, jefe.

La amalgama de sentimientos encontrados, entre la razón y los deseos, se agitó más que nunca en la fogosa alma de Mika. Deseaba pasar por encima de la política democrática de la empresa y contratar a Alejandra, sin dilación ni excusas, pero la sensatez le decía que no era buena idea enfrentar a la chica a la responsabilidad que se le vendría encima. No quería que se quemara. Tenía talento y merecía una oportunidad. Una lástima que su empresa no pudiera brindársela. Tampoco sabía si él podría controlar lo que su presencia le despertaba en caso de tenerla todos los días a su alcance.

Había entrevistado a los otros ocho candidatos, y ninguno le había gustado de forma particular. Sin embargo, el día de la verdad había llegado, y antes de concluir los deberes laborales de aquel viernes, el equipo de *art & viiva* debía llamar a la persona que se incorporaría la próxima semana.

—Muy bien, ¿y cuál es el candidato que Matti y tú han seleccionado?

—Ville Lehtinen.

—Tiene experiencia y sus ideas son buenas, pero... aparentemente tiene el mismo carácter volátil que Matti. Eres consciente de que esos dos nos volverán locos, ¿verdad? —aseveró Mika.

Con una sonrisa socarrona, Tommi respondió:

—Sí, pero el chico es diligente; su jefe anterior corroboró su responsabilidad y compromiso en el trabajo.

—Muy bien, llámalo. Que empiece la semana que viene.

Una extraña desazón lo recorrió. Sin una palabra más, deslizó sus manos sobre las ruedas de su silla y, despacio, se acercó a la ventana.

—Bien, jefe. —Restándole importancia al ensimismamiento de Mika, antes de retirarse Tommi cogió otro bombón.

Escuchó el suave clic de la puerta al cerrarse mientras contemplaba los tejados de la calle Vironkatu rociados por la nieve.

Estaba hecho.

No la volvería a ver.

Su vida continuaba como estaba. Aquella certeza dejó una sensación descolorida en su alma.

El sonido del móvil interrumpió sus cavilaciones: era su amiga Sanna.

—Hei, Sanna.

—Hei, guapo, ¿cómo estás? Hace días que no sé de ti, ¿en dónde te has metido?

Sanna Lund era una talentosa profesora de danza a la que había conocido hacía seis meses, en un grupo de baile para personas con discapacidades motoras al que se había apuntado para mejorar la coordinación de los movimientos de su cuerpo y... para divertirse. Cuando terminó el trimestre, Sanna se había ganado su simpatía, y se habían reunido de tanto en tanto para charlar.

Fue una agradable sorpresa escuchar su voz, y por unos minutos, olvidó la cantidad de trabajo que tenía por delante.

—Lo siento, Sanna, he estado muy ocupado. ¿Cómo te encuentras?

—Fenomenal; he pasado unos días en San Petersburgo, en unas jornadas de danza. Ha sido maravilloso.

—Qué interesante, tienes que contarme todos los detalles.

Disfrutaba de la ingeniosa y cálida compañía de Sanna. De madre rusa y padre finlandés sueco hablante, gozaba de una atractiva y sofisticada formación cultural que compartía con Mika. El amor por el arte, en especial por la danza y la música, les había dado a ambos tela para enzarzarse en placenteras conversaciones. Había percibido la atracción de Sanna hacia él, pero, aunque era una mujer hermosa y le gustaba, no tenía la intención de involucrarse en una relación con ella.

Con nadie.

La imagen de la señorita Díaz irrumpió en sus pensamientos, como mofándose de él. Molesto, la hizo a un lado y se concentró en lo que Sanna le decía.

—Entonces, ¿qué te parece si nos reunimos esta tarde y nos tomamos una copa de vino o cenamos?

—Lo siento, Sanna, desafortunadamente, hoy no puedo, y este fin de semana quiero solucionar algunos asuntos pendientes.

Sí, le haría bien salir y distraerse con ella, pero esa tarde y el sábado planeaba analizar los informes que le había enviado el director de la sede que art & viiva poseía en la ciudad de Tampere, y el domingo almorzaría con algunos colegas.

—Ah... —Su voz sonó desilusionada—. Pero a esto no podrás negarte —insistió—: el próximo viernes, la embajada de España ofrece un concierto de guitarra clásica. Como sé que te encanta, me gustaría que me acompañaras.

Su corazón se enterneció ante la amable intención.

—Muchas gracias, Sanna, acepto encantado. —Una sonrisa suavizó sus facciones. Levantó la vista cuando Tommi regresó.

—Tienes una llamada de Londres —le informó su asistente.

Impaciente por continuar con su trabajo, quiso cortar, pero antes, con su natural caballerosidad, se aseguró de recompensarla por su invitación.

—Discúlpame, Sanna, debo colgar. Nos vemos el próximo viernes, entonces. Pasaré a por ti, y después del concierto te invito a cenar.

—Muy bien, guapo, nos vemos el viernes.

Cortó.

El resto del día, la mente de Mika se sumergió en el trabajo. No así su corazón, que de tanto en tanto le hablaba de un vacío que su mente no lograba descifrar. Se sintió tan frustrado y de tan mal humor que abandonó la oficina más temprano para descargar su tensión nadando en la piscina y recibiendo una relajante sesión de masaje terapéutico.

## CAPÍTULO 6

A pesar de muchos desafortunados instantes y un número igual de sinsabores en el transcurso de su vida, Alejandra no había sucumbido a la derrota; al contrario, había renacido de las cenizas, eso sí, con cantidad de cicatrices y vacíos.

Para llegar hasta donde había llegado, salir de la desesperanza y librarse de la infravaloración por haber nacido mujer en su familia, fue necesario hacer gala de un gran coraje, algo que le sorprendió mucho encontrar en su interior. Pero aun después de tantos años de haber dejado su casa y de haberse hecho cargo de sí misma, sentía que en su corazón habitaba un pájaro herido que no dejaba de buscar, y no comprendía qué era lo que buscaba.

¿Formar un hogar donde guarecerse y poder yacer feliz para siempre?

No existía esa posibilidad; la vida era como era, y nada duraba eternamente.

¿Experimentar el fuego de un amor diferente a lo que hasta ahora había vivido?

Esa clase de amor no existía.

Lo que tenía con Salomón era quizá lo mejor que se podía lograr. O ¿podía haber algo más?

La larga y dolorosa batalla para encontrar y mantener su valía personal no era una contienda conquistada por completo. La inseguridad la aplastaba y la hacía titubear. Cada dos por tres, el temor la paralizaba y le impedía valorarse desde una perspectiva positiva. La desconfianza y el miedo de entregarse por completo al amor, y, más que nada, el temor a creer con cada célula de su cuerpo que merecía ser amada y que se merecía lo mejor la acompañaban como un viejo y mal hábito del que no podía desprenderse.

Había aprendido muchas cosas en psicoterapia para ayudarse a sí misma. Una de ellas había sido a estar alerta para cambiar los pensamientos negativos y desesperanzadores por otros repletos de positivismo y esperanza. Todo era cuestión de reeducar su obcecada mente y elaborar formas más sanas de ver la realidad, había dicho su terapeuta, pero en ocasiones, el corazón no seguía a su cabeza y el dolor la asaltaba.

¿Quién había dicho que la vida era fácil? Quería afrontar sus retos, aun cuando el miedo temblaba en su voz y paralizaba sus ideas. Quería salir adelante en aquel país. Se lo había apostado todo a esos estudios. Sus ahorros, sus expectativas, su futuro. No podía regresar derrotada, y menos ante el abuelo.

No, nada era fácil, pero ya tenía pruebas fehacientes de que siempre se podía salir de las dificultades. Por eso, aquella mañana ahí estaba, sentada en la sala de diseño de la facultad, aferrándose a un optimismo que le costaba mantener. Entre pausa y pausa, estudiaba y analizaba una larga lista de pequeñas empresas de diseño, a las que podría enviar su currículum, que le había facilitado una amable profesora.

Después de tomarse el café, que había llevado en un termo, se acercó al tablón donde se anunciaban las ofertas y demandas de trabajo para estudiantes. Había una oportunidad para trabajar como camarero en un bar y otra para cuidar a dos niños, pero el que le llamó la atención fue el anuncio, redactado en inglés y en finés, de una señora que necesitaba que sacaran a pasear a su perro dos veces al día. Exploró en Google a través de su móvil y vio que quedaba cerca de donde vivía.

¡Fantástico! La paga estaba más que bien. Animada como nunca, telefoneó de inmediato.

Una amable mujer con acento británico, llamada Bernadette, la invitó aquella tarde para que conociera a *Júpiter*, su cachorro de ocho meses. Con el esbozo de una sonrisa merecedora de ser

inmortalizada en el álbum de su vida, se dirigió a un parque cerca de la facultad para llenar sus pulmones de aire fresco y, de paso, almorzar su emparedado habitual. No había duda de que aquello era una locura, estaba congelándose, pero, a pesar del espantoso frío, en el firmamento blanco flotaban nubes azules de algodón que celebraban con ella; quiso alzar su mano y acariciarlas.

No lo hizo. No, todavía no estaba tan desquiciada, sonrió con ironía.

Los pájaros también celebraban. ¿O sus oídos le mentían? Se incorporó y buscó la algarabía que escuchaba hasta que llegó a los pies de un nudo de arbustos desnudos, guarecidos de la nieve por un declive del terreno. Allí, contempló sorprendida una veintena de pajaritos inquietos.

¡Pájaros en invierno! Creía que todos emigraban y regresaban en el verano.

Se adueñó de ella un sentimiento de euforia. «Caramba, si ellos sobreviven a este invierno, ¿por qué no yo?».

Se terminó su sándwich y regresó a la facultad. En la paz silenciosa de la biblioteca, revisó su correo. El corazón golpeó con fuerza contra su caja torácica, esperando encontrar alguna señal de *art & viiva*.

Nada.

Desilusionada, pero no derrotada, abandonó el lugar para acudir a la cita con el equipo de estudiantes voluntarios que formaban parte del comité de recepción de la feria DekorHelsinki, que la Universidad de Aalto celebraría en unos pocos meses.

Aquel evento tenía como meta mostrar la innovación y la creatividad finlandesas en todo lo referente al diseño de interiores. Estaba dirigido a los profesionales del sector y a los consumidores en general. Para Alejandra, esa era una oportunidad única. A pesar de su timidez y el tiempo libre que las reuniones le quitaban, quiso ofrecerse como voluntaria, porque no solo conocería a gente interesante e importante del medio, sino que alimentaría su inspiración con los diseños de las distintas marcas, tanto antiguas como emergentes, del país.

La tarea del comité de recepción consistía en recibir, guiar y atender a los conferenciantes y a los profesores y diseñadores que serían entrevistados, además de ocuparse de las necesidades que se pudieran presentar entre el flujo de asistentes. El grupo estaba conformado por alumnos de los diferentes cursos de ambos campus de la universidad. Reunía una interesante mezcla de orígenes: japoneses, singaporenses, indios, sudamericanos y, por supuesto, varios nativos. Todos se habían compenetrado como el mecanismo de un reloj. Los encargados, dos finlandeses, lideraban el equipo con tan organizado desenfado que Alejandra absorbía, con curiosa complacencia, la forma en que desarrollaban cada reunión.

Llegó a la sede, saludó a sus compañeros y se concentró, durante una hora, en las que serían sus funciones durante los dos días de feria, olvidándose de sus problemas de desempleo. Cuando terminó, de camino a casa, disfrutó del fulgor del cielo, que iba menguando poco a poco, y de cómo las luces de la ciudad se encendían, preparándose para recibir la oscuridad. La atmósfera invitaba a recostarse y a abandonarse entre los brazos de Morfeo en el tranvía. Luchó contra la somnolencia hasta que veinte minutos después llegó a su parada. Avanzó quinientos metros y entró en su piso. El silencio y el suave ronroneo de *Duquesa* le dieron la bienvenida. Se quitó los zapatos y el abrigo, que dejó en la entrada, y continuó hasta su habitación escuchando los pasitos de la gata, que la seguían con cautela.

Dejó los libros sobre la mesa de noche. Se embebió del silencio. Jamás se había detenido a cavilar acerca del silencio en su ruidosa ciudad colombiana. Era mágico. Sublime. Nunca antes había dormido tan profundo. Todo era tan escandalosamente silencioso en aquel país que a veces temía que sus compañeras de apartamento oyeran a su mente suspirar de paz. Hasta su creatividad

se había enriquecido. Con una música suave de fondo y ese silencio eterno, se sentaba los fines de semana a trazar bocetos o a esculpir en madera. Los resultados la tenían muy satisfecha.

Algún día sus creaciones en madera se venderían.

Supuso que Xisca y Tiia no tardarían en llegar. Entró en el baño y se pasó un peine por los cabellos, que se habían alborotado al quitarse el gorro. Extendió carmín sobre sus labios y le sonrió a la pálida imagen que le devolvía el espejo. El bronceado que lucía en su soleada ciudad natal había desaparecido.

Intentaba no pensar demasiado en sus defectos físicos: no le gustaba su tendencia a engordar, consideraba que era una enana, que su cabello era demasiado lacio y que no era lo suficientemente delgada para los cánones de la moda colombiana. Por fortuna, hacía mucho tiempo que había aprendido que la fotografía externa de sí misma no la definía como mujer, y se aceptaba a pesar de eso.

Mentirosa. Lo intentaba.

Lo intentaba, pero no lo lograba del todo.

Sin embargo, lo que sí la definía eran las cicatrices que llevaba en su sensibilidad, y tenía muchas. Aunque hubieran cerrado y sanado, todas ellas escocían, dolían y volvían a sangrar cada vez que la presión del mundo exterior las golpeaba, o cada vez que, y aquello era lo más grave, ella misma se descalificaba.

Debía estar alerta. Siempre que le era posible, obligaba a su mente a ser paciente y benévola con sus fallos. No tenía que ser perfecta, no tenía que ser bonita, no tenía que ser la más refinada, ni la más inteligente, ni la más segura de sí misma. Y el hecho de que no hubiera sido aceptada en aquel trabajo no significaba que no fuera una profesional competente.

No, no volvería a caer en el mismo pozo de honda desesperanza en el que había caído después de destrozar sus alas contra los barrotes de su jaula. Sabía que las tinieblas la acompañarían siempre, pero ya no permitiría que desdibujaran por completo su autoestima ni su felicidad. Había madurado lo suficiente para comprender que debía asirse a toda fuente de luz, por pequeñita que fuera. Al fin era consciente de que todo lo que él le había hecho creer no había sido verdad.

Debía aferrarse. Quería aferrarse a sus sueños, así equivalieran a creer que encontraría monedas de oro detrás de un arcoíris.

Cerró los ojos y los abrió. Se sonrió. Recordó uno de los ejercicios trabajados con la terapeuta frente a un espejo. Más importante que apreciar su figura fue mirarse a los ojos, sintiéndose poderosa y amada.

Poderosa y triunfadora. Y a gusto con ese poder.

Su sonrisa no se borró. Sí, estaba haciendo muchas cosas bien en aquellas circunstancias, y alguna de esas se convertiría, tarde o temprano, en una gran oportunidad laboral para ella.

Sus pasos la llevaron fuera de su cuarto, deseando que la luz que titilaba en su corazón no se apagara con facilidad. Se despidió de la gata, que la espiaba desde un taburete, mientras se colocaba una vez más el abrigo, la bufanda y los mitones. Tecleó la dirección de Bernadette en su móvil y salió con la ilusión bullendo en su pecho.

El apartamento de Bernadette estaba ubicado en el cuarto piso de un edificio sin ascensor. Cuando tocó el timbre, una sonriente irlandesa con gafas, pelo cano, muy delgada y algo encorvada, le abrió la puerta. La hizo pasar a una pequeña sala y, con los ladridos de fondo, que salían de alguna parte de la casa, le informó que había llegado a Finlandia hacía treinta años para casarse con un finlandés. Después de morir su esposo, hacía ya unos tres años, y a pesar de

extrañarlo, era tan feliz en aquel país que no se planteaba volver a su Irlanda natal ni siquiera para estar cerca de su hijo y de sus dos únicos nietos. La soledad la hacía llevadera reuniéndose con sus viejos amigos y compartiendo la vida con un perro. El anterior había muerto de vejez, y ahora se había animado a comprar un lobero irlandés. El activo cachorro, continuó, requería más de tres salidas diarias, y ella no daba para tanto, por eso de buena gana pagaría a alguien que la ayudara con él dos veces al día.

«Perfecto», gritó una voz dentro de la cabeza de Alejandra. «Trabajo fácil y cerca de casa».

Perfecto, no dejaba de repetirse con una sonrisa saltarina, que competía con los apresurados latidos de su corazón, pero cuando le presentaron a *Júpiter*, ya no le pareció tan perfecto. El enorme cachorro se abalanzó sobre ella, la olisqueó y sacudió la cola. Tuvo la sensación de que iba a sacar a pasear a un ternero.

¿Qué clase de raza era un lobero irlandés? ¿Acaso era posible cruzar un perro con una vaca?

Por supuesto, su innata educación le impidió decir nada, e intentó sonreír mientras rescataba sus zapatos de la mandíbula de *Júpiter*.

—Le gustas, Alejandra, mira cómo te saluda.

—¿Sí? —tanteó, no muy convencida, pero si eso significaba gustar, entonces todo iría bien con él—. Lo llevaré a dar una vuelta, a ver cómo me va, ¿le parece bien, Bernadette?

—*Lovely*, querida. —Le colocó la correa al inquieto *Júpiter* y se la pasó a Alejandra.

Un par de adorables ojos oscuros la miraron con expectación, y ella se derritió.

¿Qué podía ir mal con aquella cara de inocencia?

Por lo visto, muchas cosas. Fue la tarde más horrorosa de su vida; superó, y con creces, la mañana de entrevistas en *art & viva*. Justo cuando salía, había empezado a nevar, y el peso de la nieve y la fuerza del cachorro casi acabaron con ella. El muy sinvergüenza no paró de arrastrarla en todas direcciones o de saltar sobre ella en cada oportunidad. Cuando, siguiendo las indicaciones de Bernadette, lo llevó a un parque para perros y lo soltó, corrió como un demente. Tardó cerca de media hora en colocarle de nuevo el collar, y otra media en regresar.

Dos horas después, exhausta, dolorida y avergonzada, lo devolvió a su dueña. Por fortuna, la mujer no dijo nada sobre su tardanza y le pagó las horas sin chistar.

Segurísimo que no había encontrado antes a nadie capaz de sacar a esa bestia.

Con los euros en sus manos, y muy orgullosa por haber sobrevivido, emprendió el camino a casa.

¡Tenía un trabajo! Nada más importaba. No tendría que pedirle dinero a su abuelo.

El abuelo. Su corazón retumbó como un tambor. Esa noche tendría que llamarlo, no podía dilatarlo más.

Cansada, hambrienta y con agujetas en todo el cuerpo, Alejandra entró en el apartamento. Como siempre, el cariñoso roce de Duquesa y su ronroneo, como el sonido que hacía el vano de un motor averiado, la recibieron. Se quitó los zapatos, los alineó bien sobre la estantería puesta para ese fin, colgó la chaqueta en el perchero de la entrada y se dirigió a la cocina. Aquel sencillo hábito, opuesto a lo que se hacía en su calurosa ciudad, de dejar los zapatos y las prendas de abrigo en el recibidor cada vez que entraba en casa la había agobiado al principio. Para su sorpresa, ahora estaba bien amaestrada; no era para menos con la disciplina de Tiia flotando en el aire. Hasta Duquesa lo comprendía.

Se preparó una tortilla francesa con tomates, cebolla y jamón. La acompañó con una ensalada y, sin poder evitarlo, sacó de la nevera el último trozo de pastel de chocolate, que sabía que no

debería comer, ya que en la mañana su voluntad había sucumbido y se había comido el penúltimo. Dos pedazos aquel día, y al siguiente vería las consecuencias. Pero la ocasión lo ameritaba: necesitaba de todo el apoyo moral al que se pudiera aferrar.

Saboreó con lentitud el placer del chocolate deshaciéndose en su boca. Cuando terminó, metió los platos sucios en el lavavajillas y organizó el desorden que había formado.

No podía retrasarlo más.

Salió de la cocina y entró en su cuarto. Cerró bien la puerta y puso música para que, si sus compañeras llegaban, no escucharan nada. Buscó en la pantalla su nombre: don Pablo, como lo llamaban de forma respetuosa la alta sociedad caleña y todos sus empleados.

El teléfono se le resbaló de las manos. Maldijo por lo bajo. Lo recogió. Se cercioró de que nada le había pasado y, después de tomar una bocanada de aire y de tratar de controlar los fuertes golpes en su pecho, presionó la pantalla.

El timbre sonó. Uno, dos, tres, cuatro pitidos. Por supuesto que sabía quién lo llamaba. Seis, siete, ocho.

No contestaba.

Dolor. Alivio. Siempre podría decirse que lo intentó.

Nueve, diez. Nadie podría acusarla, ni siquiera ella. Once, doce...

—¿Sí?

—¿Abuelo?

Silencio.

Sus ojos, tan negros y gélidos, mirándola después de las numerosas veces en que, según él, ella lo había decepcionado, se abrieron paso en su cabeza. Aun desde lejos, tenían el poder de hacerla temblar. «Respira, respira. No debes permitir que te afecte. No debe darse cuenta de cómo te afecta».

—¿Cómo estás?

—Qué clase de pregunta es esa. Estoy vivo, vivo y feliz, pero no gracias a usted.

La fuerza de su voz, después de su prolongado silencio, fue tan impactante como lo fueron sus palabras. Pero se negó a caer en su trampa y siguió como si él le hubiera preguntado lo que quería que le preguntara.

—Yo también estoy bien.

—Me alegra saberlo, aunque le ha tomado seis meses decírmelo.

—Sí, bueno, he estado estudiando...

La interrumpió.

—Hubiera podido morir y usted ni se habría enterado. Ya no tengo la vitalidad ni la salud de antes. Es así como devuelve todo lo que he hecho por usted... Toda la educación y la protección que le he brindado. Cría cuervos y te sacarán los ojos, dicen por ahí.

«Hogar, dulce hogar», pensó con ironía. Dolida, molesta y cansada de aquellas palabras que siempre laceraban su alma, quiso colgar y terminar con aquello, pero recordó que no era solo sobre ella sobre quien recaerían las consecuencias; su madre estaba de por medio. Inhaló y exhaló y se acostó sobre la cama, tratando de apaciguar su cuerpo, que estaba listo para responder de forma agresiva.

Dos segundos se convirtieron en una eternidad mientras ideaba una táctica para sacarlo del área de combate y ofrecerle un poco de ese amor que él quería de ella, pero que no sabía cómo recibir.

—Estoy agradecida de que aún estés vivo y saludable, abuelo. ¿Cómo van las cosas en el ingenio?



—¿Qué sabe usted de mis negocios, muchacha?

Paciencia. Paciencia.

—Lo suficiente para querer que todo vaya viento en popa con tus finanzas, abuelo.

Otra pausa silenciosa. Otro aliento retenido.

—Bien, las exportaciones hacia el extranjero se han incrementado, y el consumo de azúcar a nivel nacional continúa igual de bien. ¿Sigue comprometida con esa joya de joven que es Salomón?

—Es mi novio, abuelo, todavía no estamos comprometidos... —agregó rápidamente para que no siguiera por los derroteros por los que, sabía, pretendía ir—. Sí, es verdad, él es un buen novio. Ha llevado muy bien nuestra relación a distancia.

—Pues qué remedio le queda al pobre si su novia decide irse al fin del mundo abandonando todo: a su madre, que está vieja y enferma, y a su abuelo, sin una palabra. En contra de sus...

—Mamá no está enferma, abuelo, tú la cuidas.

—... deseos. No, señor, ella no estaba contenta con vivir sola en Cali, sino que, además, tenía que irse lo más lejos posible de Colombia.

—Puedes venir a verme, abuelo. Si quieres.

Dios no lo permitiera, aunque se sintió mal por pensarlo.

—No. Le mando dinero para que me visite en Semana Santa. —Su voz le supo a orden. Sin embargo, pudo decir con calma:

—Ya veremos, abuelo. Dos años pasan volando, y cuando menos lo pienses, estaré otra vez en Cali.

—Muy bien, ya que está tan empeñada en continuar con esa necesidad, espero que sus notas sean las mejores y que su tesis tenga la máxima nota. No me vaya a aparecer aquí con cualquier titulito.

Lo intentó, de verdad que lo intentó. Se incorporó, y las viejas emociones, rabia, frustración y algo más, se agolparon en la punta de su lengua, pero... lo único que salió de sus labios fue una voz controlada.

—Ya veremos, abuelo.

—Muy bien. Cuídese, muchacha.

Y colgó.

Muchacha. Era la única palabra cariñosa que le había escuchado cuando se dirigía a ella.

Ya estaba, había sobrevivido a su llamada.

Exhausta, percibió, por encima de la música que salía de su ordenador, las voces de Tiia y Xisca desde la cocina. Queriendo levantar el ánimo después de ese pulso con su abuelo, abandonó el cuarto con la intención de conversar con sus compañeras.

A la primera que vio al entrar fue a Tiia, una hermosa finlandesa, dueña de la casa en que vivían. Según tenía entendido, la estaba pagando al banco, y esa era la razón por la que les alquilaba dos cuartos a Xisca y a ella.

Muy rubia, muy alta, muy bella, muy preparada y muy de todo. Y ella lo sabía. Tiia desvió sus ojos grises hacia Alejandra, la saludó con rapidez y, sin más interés, le volvió la espalda para continuar hablando con Xisca.

Alejandra saludó a su amiga y luego buscó con la mirada a Duquesa, que, cuando Tiia estaba cerca, se escondía. La encontró metida en una abertura entre las alacenas y la nevera. No dijo nada, la entendía; quiso hacer como ella, esconderse y lamerse las heridas, pero no quería caer en el victimismo, lo detestaba.

Las escuchó hablar en silencio; como Tiia siempre acaparaba la conversación, era fácil

replegarse y no participar. Cada una preparó su comida y, cuando se sirvieron, ella se preparó un café para acompañarlas en la mesa.

Le dolía todo el cuerpo; no era para menos después del encuentro con Júpiter. También le dolía el corazón, pero no lo quería admitir. Cansada de escuchar no sabía qué sobre algo que había sucedido en el hospital donde Tiiia trabajaba como fisioterapeuta, terminó su café. Se levantó, les deseó buenas noches y se encaminó al baño para ducharse antes de irse a dormir.

Intentó relajar sus músculos bajo la fuerte presión del chorro de agua tibia. Estaba enjabonando su cuerpo cuando notó, horrorizada, la cantidad de cardenales en sus piernas y muslos, cortesía del perro. Dibujó una mueca. Uno más, uno menos, ¿qué importaba? Ya desaparecerían. Los que sí importaban eran los que estaban en su alma, esos que no podía ver, pero sí sentir. Sabía que tardarían en desaparecer, si es que alguna vez lo hacían.

Con desaliento, se secó con la toalla, se puso el pijama y se metió bajo la manta, olvidando que el mundo existía.

## CAPÍTULO 7

Después de nadar durante más de una hora y de recibir el masaje terapéutico que solía recibir una vez por semana para evitar los dolores osteomusculares inherentes a su condición de parapléjico, Mika se dirigió a su piso. Una vez allí, sin encender la luz, se quitó la ropa de invierno y deslizó la silla de ruedas por el suelo de abedul blanco, sintiendo en toda su dimensión el peso de la soledad. Era curioso, pero era la primera vez en su vida que se sentía solo.

No sabía qué nombre ponerle a todo eso que lastimaba e inquietaba su sensibilidad de hombre en aquel instante. ¿Añoranza? ¿Anhelo? ¿Desilusión más anhelo? Lo cierto era que —y le daba vergüenza constatarlo— tenía un nudo de lágrimas sin derramar que estrangulaba su garganta, dejándolo sin aire y sin fuerzas.

No le gustaba penetrar en su cabeza y escudriñar todos los recovecos, y mucho menos le agradaba analizar todas las emociones y los sentimientos que lo afectaban. Le gustaba más la acción: los deportes, el trabajo y el sexo... Sobre todo, llevarse a la cama a una mujer bella. Pero parecía que después de su trágico accidente no hacía más que desmenuzar lo que aquejaba a su corazón.

Deseaba enamorarse de una mujer. Deseaba hacerle el amor como él sabía hacerlo; *como él solía hacerlo*. Pero eso ya no era posible.

No era de esos hombres que le temían al compromiso, y tampoco le temía a la perspectiva de serle fiel a una sola mujer, aunque en el pasado había sido bastante mujeriego. ¿Por qué no? Era un hombre apasionado que había admirado y disfrutado de la belleza femenina en plenitud. Sin embargo, creía en el amor. Había estado enamorado, y no había nada más excitante que desnudar, acariciar y hacer gozar a la mujer a la que se amaba.

Cuando experimentaba un orgasmo —su cabeza vibró ante los recuerdos—, se sentía en el cenit. Cuando su cuerpo llegaba al final del *crescendo* y lo dejaba a la orilla del sosiego que lo sucedía, buscaba en la mirada de la mujer con quien había estado el mismo deleite y, una vez confirmado, se sentía... Se sentía tan completo, *tan hombre*. Sí, ¿por qué no decirlo con claridad? Tan hombre. No era tan superficial para pretender que la capacidad de tener un orgasmo o no tenerlo lo definía, ni mucho menos lo convertía en un individuo valioso; sin embargo, irse a la cama con una mujer había sido tan esencial en su manera de gozar la vida que, ahora que lo había perdido, se le hacía muy difícil olvidarlo y relegarlo a un último plano.

Cuando tenías algo que dabas por hecho que te pertenecería siempre, nunca lo valorabas en toda su magnitud. Pero cuando la vida te lo arrebatava, descubrías que hasta su mero recuerdo resultaba tan insoportablemente doloroso que lo único que podías hacer era renunciar a él de forma total.

¿Volvería a sentir algo similar algún día?

¿Tenían razón los terapeutas cuando le decían que había otras formas de explorar y disfrutar la sexualidad?

¿Acaso había sido demasiado radical?

¿Y por qué titubeaba? ¿No había tomado ya una decisión?

Había decidido continuar su vida sin sexo. No había sido una decisión a la ligera, al contrario, la había meditado a conciencia, como todo lo que él hacía. En eso era muy finlandés: jamás tomaba decisiones supeditadas a los impulsos, a pesar de ser tan apasionado.

Estaba escribiendo sobre los renglones de su historia pasada una existencia nueva, pero antes

había llorado sus piernas. Había llorado su sexualidad perdida, como un niño, en los brazos de su silla de ruedas; el luto había que pasarlo. Y había reído de rabia cuando le habían asegurado que encontraría otras formas de disfrutar de su erotismo, que no todo estaba dicho, y que la ciencia había hecho numerosos avances para sembrar esperanza y mejorar las condiciones de las personas con dificultades análogas a las suyas.

Un rictus amargo alteró su rostro. «¡Basta!». Había jurado que la amargura no invadiría su vida. No le gustaba volver la vista atrás y regodearse en las aflicciones. Lo superaría. Todo se superaba cuando se echaba mano de la voluntad.

Levantarse y seguir adelante, ofreciendo su mejor actitud a su familia, a sus amigos, a sus colegas, mientras su corazón lloraba, había sido lo más difícil que había experimentado a lo largo de toda su existencia, pero lo había logrado. Era igual que su padre, un alemán disciplinado y estructurado, con una fuerza de voluntad extraordinaria. Era positivo y amaba la vida, por muy duras que fueran las circunstancias.

Deambuló como un alma en pena por el apartamento en penumbra. Las ruedas de la silla resbalaban silenciosas. A pesar de tanto ejercicio, no tenía hambre. Encendió la luz de la estancia, repleta de emociones y remembranzas, y dejó que sus ojos vagaran por la amplia área. Acarició la pintura de impresionismo moderno sobre la chimenea, cuyos trazos revelaban a una pareja que caminaba tomada de la mano sobre el fondo de una escena urbana, con intensos tonos amarillo, rojo y azul. Se lo había comprado a un pintor ruso cuyo trabajo quería apoyar. Repasó las esculturas en madera, testimonio de su viaje por África, las fotos de sus seres queridos y algunas de él mismo descendiendo por las montañas llenas de nieve. Los recuerdos del viento cortando su cara le hirieron el alma. Cogió el último libro de Sofi Oksanen y lo abrió por donde lo había dejado la última vez. Inquieto, lo devolvió a la mesa. Se dirigió a su cuarto, entró, y la sombra de una almohada sobre la cama le habló también de soledad.

El recuerdo de la bella extranjera a la que había entrevistado hacía unos días se abrió paso en su cabeza. No entendía la razón de su fascinación por ella. No entendía por qué la atracción que había experimentado había tocado una fibra en su alma y liberado sus antiguos anhelos.

Tuvo miedo.

Tenía miedo. Era preciso ser sincero consigo mismo. Tenía miedo de despertar al deseo y de no saber cómo manejar su cuerpo o, lo que era peor, la ausencia de respuestas de su cuerpo a la pasión. Tenía miedo de sentir diferente o, por el contrario, de no sentir nada por la mujer que tuviera enfrente. Le daba pavor leer en los ojos de una mujer el callado silencio de la insatisfacción sexual.

Quizá era un cobarde. Quizá esa era la única decisión cobarde que había tomado en toda su vida. Pero no se sentía... No tenía las fuerzas necesarias para ir en busca del amor en las condiciones en que se encontraba.

Quizá era un pesimista, pero lo prefería a llenarse de ilusiones y grandes expectativas que luego la realidad destruiría, dejándolo, además de solo y avergonzado, con una herida abierta y sangrante, sin posibilidades de cerrar.

Había elaborado bien su duelo. Era lo que el grupo de apoyo le había dicho. No quería, no necesitaba complicarse la vida. No fingía cuando decía que amaba su vida. Al menos, era mejor que tantas otras destrozadas por el dolor de la guerra y la miseria, como había constatado en sus viajes por África.

Le gustaba su organizada vida. Las pasiones intensas y desestabilizadoras del amor ya no formaban parte de su nueva realidad. El entrenamiento a sus jóvenes pupilos en baloncesto, su trabajo como director de una empresa que cada día crecía, y algún que otro reto enciertas

prácticas deportivas eran todo lo que quería y necesitaba. Nada más.

Volvió a la sala y presionó el mando a distancia. La melodía apasionada de un piano brotó de los altavoces; flotó con fuerza, cambiando el matiz de tristeza de la atmósfera por otro de energía. Se dirigió a la isla que conformaba la cocina, ubicada en el frente, y se inclinó para sacar una botella de vino tinto. Se sirvió una copa y se fue a por su ordenador, dispuesto a olvidar todo lo que lo aquejaba en el trabajo.

En los días siguientes, Mika Fischer se empeñó tanto en enterrar sus anhelos que Alejandra Díaz pasó a ser solo un trazo de sombras en sus recuerdos. Pero el viernes de la siguiente semana, un giro inesperado del destino, de esos que no ocurren todo el tiempo pero que tuercen de forma drástica el rumbo de una vida, aconteció.

## CAPÍTULO 8

El mes de enero dio paso al mes de febrero con el mismo paisaje: nieve, oscuridad y temperaturas bajo cero. La primera semana de Alejandra estuvo llena de altibajos, pero más que nada de bajos.

El primero, a causa de Júpiter. Aunque había ensayado diversas formas de controlarlo cada vez que lo sacaba a pasear, la situación seguía siendo un resumen de fuerza y dominio a favor del perro. Derrotada, había optado por calzarse unas deportivas a prueba de nieve, que había comprado en un mercado de segunda mano, y se había dejado llevar por el ritmo que el animal le marcaba. Una cosa podía decir con absoluta seguridad: con él nunca, nunca se caminaba. Se galopaba.

La segunda causa tenía que ver con el árido panorama laboral: ni rastro de empresa, grande o pequeña, interesada en contratarla.

Esa mañana se levantó a las siete. Había acordado con Bernadette sacar a *Júpiter* más temprano de lo usual para tener tiempo de acudir a la cita con el comité de recepción en las instalaciones donde se celebraría DekorHelsinki. Sin miedo, se había zambullido en el todavía oscuro firmamento y transitado entre los copos de algodón que se amontonaban en la acera, señal de que las máquinas quitanieves habían pasado por ahí. Había agradecido el correteo del perro para no congelarse y, tan pronto como hizo sus necesidades, lo arrastró, o *la arrastró*, de vuelta. Luego, se había duchado y salido pitando para llegar puntual.

El objetivo de aquella reunión había consistido en familiarizarse con el lugar. Todos debían conocer muy bien las diferentes salas en las que se desarrollaría el evento; las entradas y las salidas, principales y de emergencia; la ubicación de lavabos, restaurante y punto donde se prestarían los primeros auxilios; en fin, cada recoveco del espacio. Le habían inculcado hasta el cansancio que debía estar preparada para guiar y atender cualquier inquietud o percance de los invitados a su cargo.

Por la tarde asistió a una clase y, cuando esta terminó, corrió a coger un bus que la dejara lo más cerca posible de la casa de Bernadette. Desde el interior, atisbó el sol por la ventanilla con una inesperada alegría y, cuando llegó el momento de bajar, dejó el calor del vehículo sin quejarse. Había descubierto que el invierno en Finlandia era una sucesión de días grises y blancos. Los días azules eran muy raros, pero cuando llegaban, era como encender una llama de esperanza en el corazón, incluso con el frío que hacía.

Los tímidos rayos del sol pintaban su nariz mientras se encaminaba a sacar a *Júpiter* una segunda vez. Sonrió; después tendría el resto de la tarde para ella. ¡Era viernes! Le encantaban los viernes. Era el día en que se cerraban las labores de la semana, y la promesa de dos mañanas sin madrugar estaba a la vuelta de la esquina. Además, esa noche planeaba ir a un concierto de guitarra clásica que ofrecía la embajada de España. Se habían repartido unas cuantas entradas gratis entre el comité de recepción de DekorHelsinki, y se había hecho con dos, esperando que Xisca quisiera acudir con ella.

Después de pasear a la mascota de Bernadette, se marchó aliviada a casa.

Su compañera acababa de abrir la puerta cuando Alejandra llegó.

—Uy, mira qué bien, me has ahorrado mi ritual de pelearme con la puerta de todos los días.

Ambas entraron y se quitaron las chaquetas.

—¿Has tenido un buen día? Por tu cara veo que acabas de vivir uno de tus memorables encuentros con el perro-vaca.

*Duquesa* maulló, y Xisca la alzó mientras se reía.

—Sí, ríete no más. ¿Qué tal te ha ido a ti? Tienes una cara de agotamiento...

—Lo estoy. Hoy me ha tocado el grupo de los más pequeños, y son terriblemente inquietos. — Xisca besó a *Duquesa* y se encaminó con ella hacia la cocina—. Vamos a darte de comer.

Alejandra las siguió. Entraron en la pequeña cocina, compuesta por dos alacenas de color gris, un refrigerador viejo y dos bancos de madera que Tiia llevaba al comedor cuando tenía más de seis invitados a comer.

—Bueno, hoy hago yo la cena, ¿te parece? —convidó Alejandra.

—Muchas gracias, compañera. ¿Estás segura? Tú también has tenido un día difícil.

—Por supuesto. Me toca. ¿Te gustarían unas arepas<sup>7</sup> rellenas de queso y tomate?

—Yo, encantada. Te confieso que me estoy aficionando a tus arepas colombianas.

Se lavó las manos y sacó la harina de maíz precocida, que había encontrado en una tienda en la vecindad de Hakaniemi, mientras su amiga llenaba el recipiente de *Duquesa* con pienso, ante la mirada anhelante de esta. De repente, la gata salió disparada a esconderse.

—*Hi, guys*. —La voz alegre de Tiia se escuchó junto con el chasquido de la llave sobre una mesa. Acto seguido, la rubia entró en la cocina.

—*Hi, Tiia*. ¿Quieres cenar con nosotras? —preguntó Alejandra.

—*No, thanks*, cenaré fuera con unos colegas y después iremos a beber; es viernes.

Alejandra tuvo cuidado de no esbozar un mohín de desaprobación, pero no entendía la pasión de los finlandeses por la bebida. Se emborrachaban de una forma que nunca había visto antes de llegar allí, y eso que ella creía que en su país se bebía bastante.

Puso las arepas a asar y, cuando Tiia salió, le preguntó a Xisca:

—¿Te gustaría acompañarme a un concierto de guitarra clásica? Lo ofrece la embajada de tu país.

—Hum, había oído hablar de él, pero no sé... Estoy tan cansada...

La gata salió. Miró titubeante hacia la puerta de la cocina, pero al final su apetito ganó, y se acercó al recipiente que había en el suelo.

—Ay, Xisca, acompáñame, no seas mala. —Alejandra se aproximó y la abrazó con ternura—. Nos echaremos el baúl encima por una noche.

—Hummm..., de acuerdo. He de reconocer que desde que llegué a Finlandia mis fines de semana se han limitado a quedarme en casa leyendo o viendo la tele. —Sonrió, pero, por un instante, a Alejandra le pareció ver una ráfaga de tristeza en el fondo de sus ojos, la misma que había notado en otras ocasiones, cuando ella creía que nadie la observaba.

Lo que más le gustaba de su compañera era esa combinación de energía y placidez que le ponía a todo lo que hacía; eso, y su sensatez. Cuando tenían tiempo, se embarcaban en interesantes conversaciones mientras saboreaban una copa de vino tinto, como le gustaba a Xisca. Jamás la había escuchado quejarse o decir algo triste o negativo. Una noche le había confesado que había terminado con su novio de toda la vida antes de trasladarse a Finlandia, y que había sido un suceso muy doloroso, pero, como si se arrepintiera, había cambiado el hilo de la conversación y le había preguntado por Salomón. Conociendo muy bien el ritmo que ella misma seguía para abrirse y depositar la confianza en alguien, respetó la reserva de su amiga y no dijo nada; sin embargo, no dejaba de preguntarse qué había podido pasar en aquella ruptura. Suspiró. Ojalá más adelante pudieran compartir más de sí mismas. Apreciaba a la española; era más segura y sofisticada que ella, pero se complementaban en otras cosas que no eran tangibles, aunque no sabría decir con certeza qué. Quizá era el hecho de proceder de culturas tan afines.

Cuando estuvieron listas las arepas, ambas se dirigieron a un amplio salón que funcionaba

como sala y comedor. En el espacio destinado a la sala había un sofá grande, que hacía las veces de cama cuando venía algún visitante de Tiia, un televisor y dos pequeñas mesas. En la parte del comedor, se ubicaba una mesa de madera oscura rodeada por cuatro sillas, también en madera, pero de diferentes colores y estilos, las cuales, había dicho Tiia con diversión, habían sido donadas por cada uno de los novios que había tenido.

Con placer, observó cómo Xisca daba cuenta de dos arepas y miraba de reojo una tercera. Ocultando una sonrisa, Alejandra se apresuró a asegurarle que para ella dos eran suficientes y que se podía comer una más.

Después de cenar, se duchó en el único baño del apartamento mientras su compañera dejaba todo limpio en la cocina. Se arregló en su cuarto. El entusiasmo que bullía en su interior la hacía sentir tan llena de energía que se probó, sin pereza, todas las prendas elegantes que había traído consigo de Colombia. Era agradable apearse de los eternos vaqueros, que se habían convertido en su segunda piel. Miró los zapatos de tacón y los desechó con pesar; no había manera de dejar de lado las pesadas botas de nieve. Se puso una blusa de seda roja y, sobre esta, un jersey blanco. Lo combinó con una falda de hilo negra y unas medias de lana debajo, las más gruesas que encontró. Perfiló sus ojos con un delineador, aplicó rímel a sus pestañas y carmín a sus labios. Se puso los únicos pendientes de oro que tenía, de cuyo extremo colgaba una piedra de lapislázuli en forma de lágrima, y estuvo lista. No le gustaba usar perfume, los aromas fuertes le daban náuseas, pero sí le gustaba comprar champús y jabones con fragancias a flores.

Aspiró con placer el olor del champú en su pelo recién lavado y pasado por el secador, al tiempo que abandonaba su cuarto.

A las seis y media, las dos se encontraron en el recibidor.

—¿Vamos? —Alejandra sonrió animada.

—Vamos.

Xisca y ella entrelazaron sus brazos, bajaron en el ascensor y se internaron en la clara y fría jungla de nieve de la ciudad de Helsinki.

*Musiikkitalo*, una palabra que a Alejandra se le antojaba musical y bella al oído, significaba, según le habían dicho, «casa de la música» en finés. Interesada por la arquitectura del lugar, había leído que el proyecto había sido seleccionado, entre muchos otros, por la sencillez con que su estructura guardaba consonancia con la variedad de estilos de las construcciones vecinas, las cuales eran un orgullo nacional para Finlandia. La fachada principal era de cobre, de un tono aceitinado. Los laterales y la parte trasera estaban formados por muros de cristal que brillaban con visos color verdoso. Uno de los flancos de cristal, el que daba al museo contemporáneo Kiasma, poseía una terraza que, en ese momento, dormía cubierta por el fino polvo de la nieve.

Ambas entraron en el vestíbulo con la curiosidad de la primera vez. Descendieron por las amplias escaleras, disfrutando con alivio del cálido interior, y desembocaron en un largo y ancho corredor, que revelaba fuerza y elegancia. A la derecha, en numerosas filas de perchas, yacían colgados, como espectros dormidos, cientos de pesados abrigos de diversos colores oscuros. A la izquierda, había dos taquillas. Al final del pasillo, junto a los amplios cristales que dejaban ver la vasta nieve del jardín, había una cafetería y, antes de llegar a ella, un amplio mostrador donde se vendían bebidas alcohólicas. Antes de seguir avanzando, se detuvieron para buscar en un plano la ubicación de la sala donde tendría lugar el concierto; después se dirigieron al guardarropa.

Bajaron a la extensa y estilosa ala subterránea, que, según había leído, había constituido uno de los desafíos más importantes en el diseño de la estructura, ya que, de esa forma, el gran edificio



había guardado la altura que armonizaba con las construcciones circundantes. Encontraron la sala y entraron. El denso murmullo de voces le indicó a Alejandra que estaba repleta, y las luces tenues le señalaron que la función iba a comenzar, por lo que, al ver dos sillas libres al fondo, en la primera fila, cogió a Xisca de la mano y atravesó la sala sin fijarse en nada más. Una vez que se sentaron, respiró aliviada, justo a tiempo para presenciar la salida del maestro de ceremonias.

Tras las palabras de bienvenida y de la lectura del programa, dio paso al primer guitarrista. El músico se sentó, y mientras probaba la adecuada afinación de las cuerdas de su instrumento, Alejandra alzó la mirada hacia la bóveda. Recordó que, según la descripción, para la cualidad acústica de las salas más importantes se había consultado al ingeniero acústico japonés Yasuhisa Toyota. Después, con disimulo, se interesó por el atuendo que lucían las tres mujeres que estaban a su lado. Dos de ellas llevaban el pelo recogido en un moño a la altura de la nuca, resaltando ese color rubio tan usual en aquel país; la otra lo llevaba muy corto, con un llamativo tono azul. Eso era algo que le parecía peculiar en aquella cultura: a las mujeres les gustaba lucir toda clase de estilos y de cortes modernos en sus cabellos, y muchas de ellas teñían de negro, o de azul, o de rosa, aquel hermoso color rubio. Giró la cabeza y se fijó en que Xisca tenía los ojos cerrados. Preocupada, le susurró:

—¿Estás bien, amiga? —Le pasó una mano sobre los hombros con cariño.

—Claro, claro, solo estoy cansada. —Bostezó—. Espero que la música no me relaje tanto como para quedarme dormida.

Se sintió mal por haberle insistido a Xisca en que la acompañara, pero ya no podía hacer nada. Solo esperaba que el concierto fuera tan bueno que valiera la pena haber ido. Sus pensamientos se vieron interrumpidos por las primeras notas, y pronto la pasión que emitían la sedujo y se olvidó de todo. Minutos después, sin darse cuenta, retomó la inspección de la audiencia a su izquierda, y de pronto, su corazón dio una extraña voltereta. Asustada, volvió el rostro con rapidez hacia el lado contrario, mientras el recuerdo de la imponente silueta del hombre que la había entrevistado se abría paso en su cabeza. No. No podía ser él. ¿O sí? La melodía flotaba entre el ruido de sus latidos, y aunque no se atrevía a moverse, quiso confirmar su temor. Con diplomacia, se giró.

Sí, ahí estaba.

¿Cómo era posible que estuviera allí, precisamente allí?

Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para que su cabeza se mantuviera en la dirección del escenario, sin embargo, dos segundos después, tal vez menos, consiguió el ángulo perfecto para observarlo con detenimiento. Admiró su perfil: su nariz recta; sus labios, ni gruesos ni delgados, y el cabello, muy corto en la parte inferior, dejando ver la atractiva línea de su cuello, y un centímetro más largo en la parte superior, bien peinado. Vestía una chaqueta, aparentemente gris, y cuando levantó la mano para pasársela por el cuello, como si presintiera la mirada de alguien, pudo notar que el puño de su camisa era de color rosa.

¿Con quién habría ido? Se enderezó y se regañó por gastar su precioso tiempo espiando a un individuo al que apenas conocía. Se esforzó en concentrarse en la hermosa melodía, con un ligero toque celta, que había sustituido a la primera. Después, se dejó atrapar por las apasionadas notas de flamenco que prosiguieron, pero antes de que terminara, sin poder evitarlo, sus ojos se encontraron admirando otra vez el guapo perfil.

«¿Qué tal que le dé por voltearse y me encuentre mirándolo como una idiota?».

Volvió sus ojos hacia el escenario, reprendiéndose: «Vaya, lo que me faltaba: obsesionarme con un hombre a quien apenas conozco».

Los aplausos la sobresaltaron. El primer acto de la función había terminado.

—Vamos al lavabo, Alejandra.

Escuchó la voz apremiante de Xisca, pero continuó pegada a su asiento. No se atrevía a levantarse; es más, no quería levantarse. Asintió sin mirarla y buscó la manera de retrasarse. Así, seguro que él salía primero, y con suerte ni se topaban. Se puso de pie con lentitud, sacudió su falda sin necesidad, recogió el bolso, que se le había caído, y se abotonó el suéter. Tiró después de las mangas hasta cubrir sus heladas palmas. Levantó la vista y se dio cuenta de que todo el mundo había abandonado la sala, menos él y la rubia que lo acompañaba. Gimio. Quizá si pasaba con rapidez no la notaría. Tomó la mano de Xisca y prácticamente la arrastró hacia la salida. Sintió que la cara le ardía; sabía que lo que había hecho era una descortesía, pero no era su amigo, ¿verdad? Y jamás de los jamases lo vería otra vez. Volvió a gemir por dentro.

Encontraron los baños y, al ver la larga fila para entrar, decidieron subir al piso principal. Tomaron las escaleras y, cuando arribaron al largo pasillo, miraron a un lado y a otro, buscando las indicaciones que las llevaran hasta los lavabos. Junto al mostrador había ya varias personas con una copa de vino o una cerveza en la mano. El corazón de Alejandra suspiró de tranquilidad cuando localizaron los servicios. Entró a uno de los cubículos y, en cuanto salió, se apresuró a lavarse las manos. Quería regresar rápido, pues era probable que él estuviera bebiéndose una copa, como todos los demás, y quería llegar a su asiento antes de que retornara.

—¿Quieres tomar algo, Aleja?

—¡No!, quiero decir... —carraspeó. Se sintió una idiota—. Quisiera regresar ya.

Le daba vergüenza no preguntarle a su amiga si prefería beber algo, pero el temor a encontrarse con ese hombre era superior a su vergüenza.

No obstante, la suerte no estaba de su parte esa noche, porque cuando entraron en la sala, para su horror, vio que él seguía ahí, como si nunca se hubiera movido; además, estaba solo. Agachó la cabeza, observando sus propios pasos, que avanzaban con lentitud.

Seguro que ni la recordaba. *Ojalá, ojalá*. O, si lo hacía, la ignoraría. *Ojalá, ojalá*.

Se equivocó. Cuando se atrevió a erguir la cabeza, su mirada quedó atrapada por la de él. Se detuvo. El brillo de sus ojos era tan intenso que sintió que toda la sangre de su cuerpo se agolpaba en su rostro. No parecía sorprendido de verla. Notó que Xisca la miraba extrañada y percibió su intención de preguntarle algo, pero...

—Good evening, Alejandra.

Su corazón se agitó como si tuviera alas.

—*Good evening*, señor Fischer —musitó. ¿Señor Fischer? ¿Lo había llamado «señor Fischer»? Su cabeza gimoteó. ¿Por qué, en nombre de Dios, le costaba tanto llamarlo por su nombre?

Notó su mano extendida ante ella.

—¿Cómo has estado?

Como a cámara lenta, Alejandra le tendió la suya, que tembló. Él, con suave firmeza, se la sostuvo por unos segundos, los suficientes para sentir un estremecimiento recorriéndola. Aturdida, recuperó la mano y se esforzó por pintar una sonrisa en su rostro.

—Muy bien, muchas gracias.

Sus ojos se deslizaron por sus labios y su mejilla con tanta fijeza que su incomodidad se incrementó. En un gesto nervioso, acomodó detrás de la oreja los mechones que cubrían la curva de su mentón.

—¿Te está gustando el concierto? —le preguntó.

—Sí, sí, mucho —afirmó, admirando, muy a su pesar, lo atractivo que era.

En ese momento su acompañante regresó, y Mika, sin dejar de mirarla, se dirigió cortés a la mujer.

—Sanna, esta es Alejandra Díaz; Alejandra, esta es Sanna Lund.

Se dejó invadir por una placentera sensación al comprobar que él recordaba su apellido, pero después, cuando reparó en la belleza de la rubia, un inexplicable sentimiento de desilusión la asaltó. ¿Sería su novia? ¿Su amante? «Maldita sea, lo que me faltaba, que me obsesionara con la vida privada de un desconocido a quien, con toda probabilidad, no volveré a ver». Con educación, Alejandra le tendió la mano a la mujer y, acto seguido, les presentó a Xisca.

—Encantada. ¿De qué os conocéis?

Escuchó la inocente pregunta de Xisca con un gemido silencioso. Luego observó cómo su amiga posaba una mirada sobre Mika y después sobre ella, como instándolos a hablar. Él, sonriendo con gentileza, aclaró con discreción:

—En una ocasión Alejandra y yo compartimos una interesante charla sobre el mundo del diseño.

Picada en su curiosidad, la española quiso indagar más:

—Ah, qué bien. ¿Por casualidad no trabajarás para una empresa de diseño? Debes de conocer a mucha gente en... en...

El rostro de Alejandra debió de mostrar un tono muy revelador, porque cuando Xisca la miró, interrumpió su discurso.

—Hum... Hace bastante calor aquí, ¿verdad? —Se atrevió a decir su compañera después de toser.

Incomodísima, Alejandra buscó algo que responder, pero su cerebro se negaba a ayudarla.

Mika, con una sonrisa y un deje de ternura en sus ojos, embellecidos por unas arruguitas de diversión que los perfilaban hacia abajo, respondió:

—Sí, los interiores de todas las construcciones en Finlandia suelen ser muy templados, para poder sobrellevar con comodidad los largos meses de invierno.

De pronto, con tono de impaciencia, la rubia se sentó y dijo:

—Siento interrumpir, Mika, pero el concierto va a continuar.

Alejandra miró alrededor, y, en efecto, todo el mundo estaba acomodado en sus respectivos asientos.

—Sí, por supuesto. Hasta pronto, se-señor Fischer.

—Ha sido un placer, Alejandra. —Le tendió la mano mientras le lanzaba una última mirada que le pareció..., que encontró... No se atrevía siquiera a explicarse a sí misma lo que le parecía. Luego, se volvió hacia Xisca y, con el mismo gesto, le dijo—: Encantado de conocerte.

—Encantada de conocerlas —se despidió Sanna con una sonrisa fingida—. Que disfruten del concierto.

Con un inexplicable sentimiento de desazón, Alejandra se dirigió a su silla y se sentó. Lo que más la alteraba era esa ridícula desilusión que la recorría de los pies a la cabeza, como si su corazón deseara algo que jamás estaría al alcance de sus manos.

El recital llegó a su fin, y, esa vez, salió con pasos apresurados, sin constatar si Xisca la seguía o no. Ni siquiera levantó la mirada cuando pasó al lado de él, aunque sintió sus ojos quemándole la nuca. Su amiga la alcanzó en las amplias escaleras que llevaban hacia la entrada principal y le sonrió, como queriendo decirle algo, pero Alejandra no se lo permitió; le dio la espalda y avanzó con rapidez por el corredor. Se detuvo, reclamó los abrigos, le entregó a su compañera el de ella y buscó la salida.

—No camines tan rápido, Aleja.

—Perdón.

Con un suspiro, se detuvo y la esperó, aunque tan pronto como Xisca le habló, se arrepintió.

—Vaya, vaya, qué guapo, ¿verdad? Alejandra Díaz Quijano —rió con guasa ante su expresión mortificada—, vamos, cuéntame quién es ese adonis del que nunca has hablado.

Se lo temía, se quejó para sus adentros, y sin más remedio, musitó:

—El director de *art & viiva*.

—Ah... Oh... Madre mía, ahora entiendo. Hum, es imponente... y frío, además de guapo. Pero también puede ser..., digamos que simpático, aunque no sé si esa palabra lo define. —Soltó una sonora carcajada—. No sabía cuál de las dos estaba más colorada después de mi imprudencia, pero él fue muy amable.

El bus llegó y la salvó de decir algo. Con un suspiro de alivio, Alejandra se subió y pagó su tique, pero cuando se sentaron, gimió en su fuero interno porque su amiga continuó con el tema. Debió haber sabido que Xisca no desaprovecharía una situación en la que pudiera molestarla. Sabía que no lo hacía por maldad; cuando se ponía, le gustaba volverse aguda y picante para divertirse y divertir, y cuanto más se estrechaba el lazo de amistad entre ambas, más confianza ganaba su amiga para hacerle pullas.

—Qué amable al saludarnos y charlar con nosotras... Y la rubia que lo acompañaba, qué guapa, ¿verdad?

Alejandra seguía sin mirarla.

—Te miró con insistencia..., ¿no crees? —Su amiga la empujó con el hombro, divertida.

Sintió que su cuello se calentaba, pero mantuvo la vista al frente, decidida a castigarla con su indiferencia.

Con una risita de resignación, Xisca se apiadó de ella y guardó silencio hasta que llegaron al piso. Cuando traspasaron el umbral, *Duquesa*, que esperaba impaciente a su ama, maulló entre las piernas de ambas. Mientras colgaban los abrigos y se quitaban los zapatos, lo que distrajo a Xisca, Alejandra aprovechó para salir pitando hacia su cuarto con un rápido: «Buenas noches y gracias por la compañía».

En la soledad de su habitación, no sabía cómo describir ni qué hacer con los sentimientos que la estaban acosando. La abochornaba sentir cosas por un hombre que no era su novio y que, además, era un desconocido. Ella, que enarbolaba la fidelidad como un bastión de suprema importancia entre la pareja. Conmocionada, se dijo que todo se debía al efecto de la soledad. Una soledad intensificada por echar de menos a sus seres queridos y a su novio. No hallaba otra explicación para semejante sandez. Se apresuró a marcar el número de teléfono de Salomón; eran cerca de las dos de la tarde en Colombia, y era posible que pudieran hablar. Pero, minutos después, recibió desilusionada un mensaje de él donde le informaba que estaba en una junta importante. Alicaída, cogió el libro de Camilla Läckberg que estaba leyendo e intentó distraerse con la enrevesada trama policíaca hasta que el sueño la venció.

## CAPÍTULO 9

Sentado en silencio, con aparente calma, esperaba a que se vaciara la sala para pedirle a Sanna que le acercara la silla de ruedas que había dejado en una esquina del recinto, escondida entre las sombras. Agradeció en el alma que Alejandra no lo hubiera visto en ella. Se había dado cuenta de su presencia tan pronto como la joven entró en la sala, y se felicitó por haber insistido en sentarse en una de las butacas. Todavía no asimilaba los sentimientos que lo habían invadido al verla: pasión, ternura, admiración... Tenía la impresión de que se ahogaba en ellos. Para rematar, le dolía la espalda; parecía como si un martillo aporreara con vigor sus músculos.

Ante su silencio, Sanna lo miró preocupada.

—¿Te sientes mal? Has estado muy silencioso. Tienes dolor, ¿verdad?

Sí, se sentía mal, pero estaba acostumbrado; lo que lo sorprendía era la fuerza de sus emociones, las cuales, anudadas a su neuralgia, lo dejaban con la sensación de que le dolía todo el cuerpo.

Necesitaba meditar. Necesitaba estar solo.

Suspiró, pero aún tenía por delante una cena con Sanna y un viaje hasta la casa de ella. Así que, con la paciencia que lo caracterizaba, le respondió:

—No te preocupes, estoy acostumbrado. —Le sonrió para tranquilizarla—. Creo que ya podemos partir. —Señaló la sala vacía y se incorporó—. ¿Me acercas la silla de ruedas, por favor?

Solícita, su amiga la colocó a su lado. Con agilidad, Mika se pasó a esta y después la miró.

—He reservado una mesa en Olo, espero que te guste. ¿O preferirías ir a otra parte?

—No, me parece perfecto. —Le ofreció una encantadora sonrisa.

Recogieron los abrigos y luego tomaron el ascensor, que los dejó en el estacionamiento subterráneo. Una vez en el interior del vehículo, Sanna no paró de hablar, mientras que Mika guardaba silencio, concentrado en conducir el coche por las resbaladizas calles congeladas. Intentó seguir la voz de su amiga, pero su mente caprichosa no dejaba de dibujar los contornos de unos ojos oscuros.

Llegaron al restaurante y, mientras cenaban, escuchó todo lo que Sanna tenía que relatar acerca de sus experiencias en San Petersburgo. Ella, muy locuaz, acostumbrada a los prolongados silencios de él, se explayó, con lujo de detalles, sobre las coreografías de su grupo de danza y sobre cómo el público los había ovacionado al final de la velada. Cuando terminaron, Mika la dejó en su casa y rechazó con tacto la invitación de subir a saborear el buen vodka ruso que había traído de su viaje. No le agradaba la idea de quedarse a pasar la noche en un sofá si tomaba demasiado, y tampoco quería que ella malinterpretara la situación, buscando una intimidad que él no deseaba tener. A pesar de su descontento, Sanna no insistió, y él se marchó aliviado.

Media hora después, fatigado, maniobró con su coche para estacionarlo en el garaje del edificio donde vivía. El dolor en su espalda se había incrementado y apretó los dientes. Sintió las gotas de sudor que rodaban por sus sienes cuando abrió la puerta de su piso. Una vez en la penumbra del recibidor, se deshizo del elegante abrigo; aflojó el nudo de la corbata y se la quitó, junto con la camisa. Cuando estuvo desnudo, entró en la ducha y dejó que el agua tibia mitigara su dolor. Cerró el grifo, se secó y se dirigió a la amplia chimenea. Renuente a tomar algún medicamento, abrió la puerta del hogar, colocó yesca, un trozo de papel de periódico y lo encendió. Esperó a que el fuego ganara firmeza y, acto seguido, se encaminó al lugar donde

guardaba los licores. Sacó un buen coñac y vertió unos veinticinco mililitros de la bebida en una copa globo.

Se acercó de nuevo a las llamas que bailoteaban en el hogar mientras permitía que el calor de la palma de su mano entibiara la bebida por unos minutos; sabía que eso elevaría los sabores e intensificaría los aromas. Con suavidad, giró la copa para agitar el coñac; luego lo llevó hasta su nariz, aspirando el picante olor que desprendía. Tomó un sorbito y lo mantuvo en su boca, paladeando el fuerte sabor y dejando que abrasara de alivio su garganta y sus músculos doloridos.

Bebió otro trago y dejó que el inesperado encuentro con Alejandra de aquella noche se abriera paso sin restricciones en su cabeza, saboreándolo con el mismo detenimiento que el coñac. Acarició aquella exótica visión, ansiando rozar con sus besos ese adorable par de hoyuelos y el tono dorado de sus mejillas, tan distinto del color de su propia piel. Un nudo de dulzura se afianzó en su pecho cuando recordó cómo la simpática pregunta de la amiga había encendido su rostro hasta la violencia. Degustó otro sorbo de la bebida. Hubiera querido tirar de su mano, apretarla contra él y... Un extraño —y a la vez familiar— fuego estremeció su vientre. Le gustaba todo de ella, desde la forma tan simple en que recogía su pelo detrás de la oreja hasta todas las curvas de su pequeña figura, y aunque no dejaba de ser una conmoción para él, la deseaba casi con dolor.

Ya no podía luchar contra aquello. Era tanto su deseo que ya no sabía si podría escapar de ese embrujo. O si querría escapar. La angustia lo agobió. Ahí estaba, experimentando una pasión que amenazaba con arrastrar todo a su paso: su corazón, sus dudas y sus miedos, dejándolo sin defensas, esclavizado al imperioso anhelo de hacerle el amor a aquella mujer y de que ella le correspondiera; sin importarle sus circunstancias.

Pero sí importaban.

Sin embargo, ¿qué podía hacer? ¿Ignorarlo?

Imposible. No tenía fuerzas para detener el fuego que lo consumía, era demasiado fuerte.

¿Enfrentarse a esa inseguridad que desgarraba su alma de hombre?

Quizá era el único camino.

Era consciente de que eso requería de un valor que no estaba seguro de poseer. Entonces, ¿qué otra alternativa le quedaba?

Ninguna.

Un escalofrío le erizó el vello. Lo maravillaba todo eso que sentía por ella. Le asustaba, pero lo maravillaba. Se dejó llevar por las fantasías que lo enardecían y que lo hacían sentirse más vivo y más hombre que nunca. ¿Qué pensaría ella de él? ¿Se sentiría atraída? ¿Qué opinaría cuando lo viera en la silla de ruedas? ¿Lo repelería? Se rio de sí mismo. Ahí estaba él, sudando para adquirir el valor de admitir lo que sentía y obrar al respecto, y ni siquiera sabía si la mujer de sus desvelos estaba enamorada de otro hombre.

¿Pero cuándo las cosas en el amor eran fáciles?

No tenía claro hacia dónde se dirigía, pero de algo sí estaba seguro: no lo podía frenar. Aquel sentimiento era como un caballo desbocado que, pese a la pericia y contención del jinete que lo montaba, se negaba a ser domesticado, ansiando correr en libertad.

Inspiró profundo una vez más. Tenía que sopesar muy bien las consecuencias de lo que haría a continuación. Puede que fuera peligroso para él, y para ella también.

¿Podría, en el hipotético caso de que ella se fijara en él, ofrecerle todo lo que como hombre querría darle? La incertidumbre oprimió dolorosamente su pecho. No, no tenía respuestas. Tendría que arriesgarse y dejar que el futuro le respondiera. Comenzaba a comprender que aquella podría ser la aventura más decisiva de su vida, y no quería negarse a vivirla. ¿O sí?

Terminó el coñac y se quedó contemplando el fuego, que se consumió poco a poco en las

brasas de la leña hasta extinguirse. Solo entonces, Mika colocó la copa sobre la encimera de la cocina y guio con calma la silla de ruedas hacia su dormitorio.

La dureza del clima, la calma y la lentitud con que se hacían las cosas esculpían la vida de un finlandés, y como tal, después de un turbulento fin de semana sondeando sus sentimientos y meditando muy bien hacia dónde podrían llevarlo las consecuencias de sus actos, el director de *art & viiva* había tomado una decisión. Quizá fuera la sangre alemana que corría por sus venas la que le había dado el último empujoncito para saltar al vacío. No importaba. Lo esencial apuntaba a que esa decisión era como un cohete listo para estallar, aunque ni siquiera Mika sabía la potencia con que eso sucedería. Y con las dos fuerzas que lo caracterizaban, calma y vigor, su resolución echó a rodar aquella mañana.

Junto a la ventana, observaba con expresión inalterable los gestos de Tommi al hablar por teléfono.

—¿Alejandra Díaz? Buenos días. —Una corta pausa—. Te llamo para preguntarte si estás interesada en trabajar con nosotros como técnica de diseño. Sé que postulaste para el cargo de asistente de diseño, pero tenemos una vacante que podría ser interesante para ti. Consideramos que, en ese puesto, podrías ganar experiencia en la empresa, al tiempo que nos aportas todo tu talento y sigues adelante con tu máster. Sería un trabajo de media jornada, por supuesto, lo que te permitiría compaginarlo con tus estudios. ¿Qué dices? ¿Te interesa?

Una larga pausa, en la que Mika seguía contemplando con fijeza a su asistente.

—*Great!* Entonces, ¿podrías empezar esta semana? El jueves, para ser exactos.

Con suavidad, Mika dejó escapar el aliento contenido, pero ni una sonrisa ni ninguna otra expresión dejaron entrever lo complacido que se sentía.

—Te esperamos por la mañana, espera un momento... —Tommi consultó su agenda—. A las diez de la mañana. Luego podemos organizar juntos un horario semanal para que los días en que tu presencia en la empresa sea indispensable no interfieran con los de tu asistencia a la facultad, ¿estás de acuerdo? —Dejó de hablar unos segundos y continuó—: Bien, hasta el jueves.

Tommi colgó y lo miró.

—¿Estás seguro de lo que estás haciendo, jefe? Tendremos que justificar esto ante Pertti.

Mika no respondió. No quería compartir con su amigo y colega el cúmulo de sentimientos y emociones que lo tenían prisionero. No estaba listo para compartirlo con nadie. Ni tampoco quería discutir con él los pormenores laborales de la decisión que había tomado. En cuanto a lo de que aquello afectara a la empresa... Era cierto que necesitaban un técnico de diseño, solo que esa idea no había terminado de concretarse, y se tenía previsto para el año siguiente. Él solo había adelantado el proceso e, independientemente de lo que sintiera o dejara de sentir, apostaba por la profesionalidad y las habilidades de Alejandra. Tenía la certeza de que ella sería un buen elemento para su equipo si se le proporcionaban el apoyo y la guía convenientes.

Se dirigió a su sillón, que había sido escogido de forma especial para amortiguar los dolores que lo aquejaban. Su color azul oscuro casaba bien con el gris pálido del escritorio, y después de ponerle el freno a su silla de ruedas, se sentó en él con facilidad. Levantó los ojos hacia su colega.

—Hazte cargo de la incorporación, por favor, Tommi.

—De acuerdo, jefe —respondió su asistente, no sin antes lanzar un suspiro de claudicación.

—Ofrécele un contrato de un año —continuó Mika.

Tommi alzó las cejas sorprendido. Lo normal eran contratos por periodos más cortos cuando la empresa quería asegurarse de que el candidato era la persona idónea, pero, por suerte para Mika,

esa vez no dijo nada y asintió con la cabeza.

—Me haré cargo. Informaré a Matti y a Ville; supongo que estarán felices de contar con ayuda.

—Dile a Matti que quiero hablar con él en... —miró su reloj—, antes del mediodía.

—Bien. —Se dirigió hacia la puerta, la abrió y, antes de salir, preguntó—: ¿Almorzamos juntos?

—Bien. ¿Puedes esperar hasta la una?

—Claro, jefe, te veo luego.

Cuando Tommi se fue, Mika, tranquilo pero con la felicidad burbujeando en su interior, tomó el teléfono para llamar al socio mayoritario de *art & viiva*, el famoso arquitecto Pertti Putaja. Estaba seguro de que no habría ningún problema con él. Confiaba tanto en la gestión de Mika que solo en raras ocasiones salía del estudio que poseía en la Riviera francesa para ir a Helsinki. Y si acaso hubiera algún inconveniente, Mika creía que el pequeño porcentaje que lo hacía dueño de la empresa bien podía darle el derecho a un bienintencionado capricho de vez en cuando.

No, Pertti no le preocupaba. Lo que, digamos, le incomodaba era justificar la incorporación de Alejandra ante Kaisa Vainiola, la directora de finanzas, socia del grupo propietario y también amiga. No creía que ella le recriminara; confiaba en su juicio, pero era la primera vez que tomaba una decisión sin apelar al espíritu democrático y lineal con que lideraba la empresa. Sabía que Kaisa, con esa mirada sagaz de mujer madura, podría sumar uno más uno y obtener un acertado número dos, y no estaba por la labor de contarle a su amiga lo que sentía. Confiaba en que, en el transcurso de la mañana, antes de reunirse con ella, encontraría la manera de distraerla del matiz sentimental de su decisión.

«Muy bien, que empiece la función». Y marcó el número de Pertti Putaja.



## CAPÍTULO 10

Sorpresa y aturdimiento fueron las primeras expresiones en el rostro de Alejandra, que dejó de ver la luz plomiza de la mañana mientras hablaba por teléfono; y luego, cuando concluyó la llamada, felicidad y alivio. Todavía en estado de conmoción, observó a *Júpiter* corretear con libertad por el parque para perros. Lo último que esperaba, pero que había deseado con todo su corazón, se había hecho realidad: la habían llamado de *art & viiva*. Se le encharcaron los ojos y sorbió por la nariz. No lo podía creer. Aunque, siendo sincera, después de sobrevivir a las dos horas diarias de sacar a pasear a un perro que más parecía un ternero, corretear detrás de él entre la pesada nieve y soportar temperaturas que oscilaban entre los diez y los catorce grados bajo cero, ya nada la sorprendía. Alguien allá arriba había debido de apiadarse de ella. Soltó juguetona el aire helado antes de, con una sonrisa de oreja a oreja, salir corriendo detrás de *Júpiter* para ajustarle la correa al cuello.

No veía la hora de llamar a su madre, a su novio y a Samuel para contarles. Oh, oh, Bernadette... Una sensación de pesar la incomodó. Lamentaba no poder seguir ayudando a la anciana. En aquellas pocas semanas, entre tazas de té y crocantes galletas de avena que la mujer le ofrecía cada vez que las dos tenían tiempo, había aprendido a disfrutar del mordaz sentido del humor de la irlandesa. ¿Qué otra cosa, si no, la habría podido llevar a ser la propietaria de aquella bestia? Sucediera lo que sucediera, no lamentaba tener que dejar de correr detrás de él. Hum, aunque en aquel instante, cuando le mordía el zapato y le ladraba moviendo la cola, su corazón se enterneció.

—¿Qué voy a hacer contigo?

El perro le contestó con un ladrido.

—Sí, supongo que nada. La verdad es que no sé si alegrarme de no sacarte más, amigo. Bueno, ven, vamos a casa.

Pero *Júpiter*, igual que siempre, se resistió.

—No, claro que no —le dijo Alejandra, sofocada—, contigo nunca es fácil.

Cuando devolvió a *Júpiter*, le dio la buena nueva a Bernadette. Le emocionó el brillo de orgullo en los ojos de ella, sin embargo, se sintió tan mal con la cara de desilusión que puso cuando le dijo que ya no podría sacar a *Júpiter* que, en un impulso, le concedió dos semanas para que consiguiera a otra persona. Maldijo su debilidad; los días siguientes serían una locura. Pero valió la pena al ver la sonrisa de agradecimiento en ese rostro colmado de arrugas.

Una vez que llegó a casa, la felicidad que sentía hizo que una picazón de energía vibrara en sus dedos al sacar una gubia de su estuche. Quería crear poesía. Con delicadeza, la acercó al cofre que había estado tallando y continuó dándole forma a las diminutas vetas que reptaban sobre las hojas esculpidas en la tapa de la caja. Saboreó el olor de la madera y el silencio. Sus compañeras habían salido para sus respectivos trabajos, por lo que solo tenía por compañía a *Duquesa*, que seguía todos sus movimientos desde la cama. Después de una hora de tallado, guardó todo y se puso a limpiar el apartamento, mirando con impaciencia el lento discurrir de las horas en el reloj. Esperaba a que amaneciera en Colombia para llamar a su familia y contarles.

A las dos de la tarde marcó por fin el número de su madre. Escuchó con ternura cómo ella, con voz quebrada, agradecía a todos los santos por aquella gran noticia. La imaginó secándose los ojos con el borde de uno de los delantales que se ponía siempre para proteger cualquiera de sus sencillos pero pulcros vestidos. Su corazón se encogió de nostalgia cuando oyó sus pasos

buscando a Rosita para contarle, y se emocionó con la algarabía de esas dos mamás gallina diciéndole que la querían y que estaban orgullosas de ella. Luego habló con Samuel y, por último, se comunicó con su novio, pero esa llamada no le dio la alegría que había esperado.

Presionó sobre el icono y, tan pronto como escuchó su voz, le soltó:

—Salo, ¿cómo estás? Te tengo una maravillosa noticia.

—Hola, renacuajo —bostezó—, voy camino al trabajo.

—Adivina.

—Te vienes para Colombia.

Alejandra puso cara de desilusión.

—No, Salo, me han dado el trabajo en art & viiva. Bueno, me han ofrecido el cargo de técnico de diseño, pero es... perfecto, maravilloso. En ese puesto puedo dedicarme a perfeccionar técnicas mientras conozco todo el funcionamiento de la empresa, gano experiencia y obtengo un buen salario. No te imaginas lo dichosa que me siento.

Se produjo una pausa tan larga que por un momento Alejandra temió que la comunicación se hubiese cortado.

—¿Aló? Salo, ¿puedes escucharme?

—Te escucho.

—¿No-no te alegras?

Le sentó mal que su voz temblara.

—Si eso quiere decir que mi novia me dejará en la estacada más de dos años, entonces no, no me alegro. —Su voz sonaba tan disgustada como nunca antes la había oído.

Confusa, y temiendo que sus palabras titubearan otra vez, guardó silencio varios segundos. Después, más calmada, acertó a decir:

—Pero, Salomón, tú sabes que estoy estudiando un máster que mínimo me va a llevar dos años. Sabías que esto era algo con lo que soñaba desde hacía tiempo, mucho antes de ser tu novia... Conseguir un trabajo aquí, en el área de mi profesión, era un sueño inalcanzable, y ahora que lo he logrado es... lo mejor que me ha pasado. No entiendo cómo esto puede ir en contra de nuestra relación si lo hemos hablado tantas veces y tú lo aceptaste.

—Para ser sincero, estaba seguro de que la vida en ese inhóspito país te iba a acobardar y aposté con Enrique que en menos de un año volverías a Colombia. No quise escucharlo cuando él me dijo que buscabas excusas para alejarte de mí y que tu gran problema es la terquedad.

Sus palabras le dolieron y la sorprendieron tanto que no supo cómo reaccionar, sin embargo, prevaleció su deseo de asegurarle a su novio que no quería estar lejos de él, que lo que quería era prepararse más para mejorar su vida laboral al regresar a su país.

—Eso no es verdad, Salo, ¿te es tan difícil aceptar que solo quiero... quiero progresar, al igual que tú? Quiero dar lo mejor de mí para sacar mis sueños profesionales adelante, aunque sea una mujer. Jamás he contemplado la posibilidad de quedarme y no volver. Y ya deberías saber que no todo lo que dice mi hermano Enrique es cierto.

—¿Estás segura, Alejandra? Cada vez que te llamo, no haces sino hablarme de lo hermosa que es la ciudad, de los colores en el otoño, de la nieve, de las asinaturas tan interesantes que tienes, tus amigos... Seguro que te mueres por salir con alguno de ellos, si es que no lo has hecho ya, y me lo ocultas.

No lo podía creer, aquella conversación no estaba sucediendo. ¿Acaso su novio se había vuelto loco?

—Solo trato de ver belleza donde voy. Intento ser feliz con todo lo que la vida me envía y hago a un lado lo malo. No quiero deprimirme, Salo. —Su voz se quebró; aquel era su talón de Aquiles.

Después del profundo estado de tristeza en el que se había sumido una vez, le daba terror recaer, por lo que intentaba, a veces de forma exagerada, resaltar solo lo bueno que la rodeaba—. Disfrutar de mis experiencias en este país no es algo que tenga que ver con estar enamorada de ti o no estarlo. Y... nunca nunca he salido con otro hombre, ni siquiera tengo amigos cercanos. —Su voz sonó ofendida—. Te repito: tengo sueños profesionales, como tú, y estoy buscando hacerlos realidad.

—Pero yo no permitiría que esos sueños interfirieran en nuestro amor.

¿Tendría razón Salomón? Se sintió culpable. Él, notando su titubeo, continuó atacando:

—¿No es eso lo que estás haciendo? Te fuiste del país y escogiste el lugar más alejado de Colombia.

—Pero...

—Y ahora me dices que aceptas un trabajo que terminará por darte oportunidades salariales que quizá nunca encuentres aquí, ¿y crees que cuando llegue la hora renunciarás a todo eso por mí?

El sonido de ambas respiraciones, como si se estuvieran midiendo en un duelo a muerte, se escuchó durante varios segundos, pero fue Alejandra la primera que, llamando a la cordura, apuntó:

—No tengo respuesta para todo en estos momentos, Salo, solo sé que ahora necesitaba un trabajo para mantenerme y poder continuar mi máster. Tú y yo hicimos un trato antes de que dejara Colombia, no entiendo qué ha cambiado ahora. Pensé que te alegrarías por mí... —Su voz sonaba ahogada.

—Está bien, perdóname. Entonces qué bueno para ti, conseguiste trabajo. Y ahora, si me disculpas, tengo que colgar; ya estoy llegando a la oficina. —Cortó.

La reacción de Salomón empañó por completo la felicidad que había sentido momentos antes. Culpa, tristeza y rabia se aunaban, dejándola confundida y alterada. Pero era la ira la que amenazaba con asfixiarla, y le daba mucho miedo dejarse llevar por ella. La había visto demasiadas veces en los ojos de su abuelo y no quería sentirla. No sabía cómo gestionarla.

¿Acaso era una egoísta con su novio por querer alcanzar el éxito profesional?

¿Y cómo se había atrevido a acusarla de salir con otro hombre?

La sensación de que los barrotes de aquella celda emocional en la que había estado prisionera hacía muchos años se cerraban de nuevo en torno a ella le impidió respirar. El viejo sentimiento desesperanzador de vivir sin libertad la invadió una vez más.

Necesitaba escapar. ¿Escapar de qué? ¿De quién? ¿De Salomón? Él era diferente, ¿no? Tomó aire despacio, intentando calmarse, cuando el sonido del móvil la sobresaltó.

—¿Renacuajo?

—¿Sí?

—Mira, lo siento, ¿vale? Te felicito por tu trabajo. No te preocupes por mis sentimientos, dedícate a tus cosas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que vio unas gotas caer sobre la mano que retorció con nerviosismo la punta de su jersey.

—Y, ahora, me imagino que tu adorado tormento no te dejará partir.

Hizo una pausa y tapó el micrófono del teléfono en un intento por encubrir el sonido cuando sorbió por la nariz; no quería que él se diera cuenta de que había llorado.

—¿Qué adorado tormento?

—El perro raro ese, por el que su dueña gasta unos preciosos euros.

¿Solo eso, después de todo el show que le había armado? Luchando contra la desilusión, le

contestó:

—Lo sacaré hasta el final de esta semana —mintió.

—¿Cuándo empiezas en la empresa?

—El jueves.

—Mira, perdóname, nena, es que... tengo miedo...

—¿Miedo a qué?

—A que te quedes en Finlandia y te pierda para siempre.

—Salomón, es solo un tiempo. Estoy tratando de sacar adelante algo que es importante para mi futuro, y para lograrlo necesito este trabajo. Yo no sé lo que va a pasar después... Mira, son muchas las cosas a las que tengo que hacerles frente ahora... No puedo... No sé qué quieres de mí.

—Que vuelvas a Colombia.

Se hizo un silencio largo y denso, y no sabía con cuál de las expresiones de frustración que se agolpaban en su cabeza romperlo, hasta que, por fortuna, él agregó:

—Mira, Alejandra, dame tiempo, ¿vale? Lo que más deseo es que vuelvas a Colombia, y eso, por lo visto, no va a ser posible, así que dame tiempo. Quizá pronto vea las ventajas de que mi novia tenga un buen trabajo, ¿quién sabe? A lo mejor es ella la que paga mi pasaje y todo corre por su cuenta cuando vaya a visitarla. —Soltó una risotada.

Alejandra intentó reír, pero solo una mueca silenciosa perfiló sus labios. Salomón empezó a usar un tono meloso:

—Nena, sabes que lo que más deseo en este mundo es que seas feliz, y si ese trabajo te hace feliz, yo intentaré serlo también. Mientras... estaré contando los días hasta que pueda dejar mis negocios para ir a verte.

—...

—¿Me escuchaste? No te preocupes, todo está bien.

—Sí, Salo, te escuché.

—Entonces dime que todo está bien. Quiero oír alegría en tu voz, renacuajo. Tú sabes que, a pesar de mis miedos estúpidos, te amo.

Aferrándose a ese cambio de actitud, intentó imprimir un cariz alegre en sus palabras:

—Sí, no te molesto más; ya te contaré cómo me va... Ahora debo arreglarme para ir a la universidad.

—No me molestas, renacuajo. Llámame luego, ¿de acuerdo? Yo también tengo que irme. Un beso.

—Un beso.

Desilusión, ese era el sentimiento que sobresalía de todo el abanico de emociones que la aquejaba, pero no quería ahondar en ello, pues no tenía el valor suficiente para asimilar más sorpresas. Sabía que había algo que se estaba negando a ver, sin embargo, comprender y justificar la reacción de su novio equivalía a mantener la esperanza de que las cosas entre ellos continuaran funcionando.

¿Sería una egoísta por no poner a su novio en primer lugar entre sus prioridades?

¿Debía renunciar y hacer lo que él quería?

No, supondría darle el control de su vida, y eso la aterraba. Si abandonaba todo en ese momento, se sentiría derrotada, y quizá le sería muy difícil creer en sí misma otra vez. Además, sería muy complicado conseguir trabajo en Colombia, tardaría un año o más, y se vería en la obligación de depender económicamente de su abuelo o de su novio, y ni loca. Era algo que se había prometido no hacer jamás. Tampoco podía frenar la inmensa ilusión que sentía al poder

trabajar en art & viiva. No quería renunciar a esa oportunidad. A lo mejor, una vez que Salomón fuera a visitarla, se sentiría más seguro de ella. O tal vez Alejandra podría ir a Cali. No, no lo creía: ni ganando un buen salario se lo podría permitir. Le tocaba, pues, tener paciencia y esperar a que el tiempo se encargara de poner las cosas en su lugar.

Con el ceño fruncido, permaneció todo el día con una sensación de vacío en el corazón. Quiso llamar a su hermano Samuel y pedirle consejo, pero a este no le gustaba Salomón, y no quería darle más motivos para que lo rechazara. Salió para la facultad e intentó concentrarse en las clases, pero solo lo logró por momentos. Al caer la tarde, aliviada, recogió a Júpiter y, por primera vez, bendijo la vigorosa actividad a la que la sometió.

Jueves. Su primer día de trabajo. El nerviosismo tensaba su cuerpo como la cuerda de una guitarra al tiempo que miles de alevillas se agitaban en su estómago. Masticó un pedazo de pan tostado con mermelada, pero se le atoró a mitad de la garganta. Enfadada, lo digirió con un sorbo de café y abandonó el comedor sin terminar el desayuno.

Después de cepillarse los dientes, entró en su habitación y recogió todas las prendas que había sacado media hora antes, indecisa ante lo que debía usar. Hizo la cama y abrió las cortinas, dejando que entrara la opaca luz de la mañana. Contaba con una estrecha cama cubierta por un edredón de flores amarillas que había traído de Colombia, una mesita de noche y otra mesa, un poco más grande, que usaba como escritorio; la escoltaba una silla blanca que desentonaba con el color madera del resto del mobiliario.

Había un largo espejo vertical, colgado de una de las dos puertas del armario empotrado en la pared, que lograba que la habitación pareciera más grande. La segunda puerta estaba decorada con detalles personales: en la parte superior, había pegado fotos de su familia, y en la parte inferior, había fijado dos acuarelas de paisajes colombianos que había pintado unos años atrás. En una estaba plasmada, en tonos apagados, la niebla espesa que techaba la caída de la tarde en un pueblo de la zona cafetera. En la otra, el brillo del sol escribía ondas sobre un inmenso mar azul. Ambas le hacían recordar los dos sentimientos entre los que oscilaba la vida: la alegría y la tristeza, pero más que nada estaban ahí para recordarle que siempre que experimentaba uno, el otro no tardaba en aparecer.

Por última vez, contempló en el espejo sus largas piernas, delineadas por una falda ajustada que le llegaba hasta las pantorrillas; las medias de invierno negras y una blusa de lana. Quizá iba muy formal, pero no estaba segura de cómo debería vestir. Salió con su bolso, se paró en el vestíbulo para calzarse las botas a prueba de nieve y después metió en una bolsa su único par de zapatos de tacón, los cuales se pondría una vez que llegara a la oficina. Se detuvo para sonreírle a la gata, que seguía sus movimientos con curiosidad, y antes de cerrar la puerta, le lanzó un beso de despedida.

Media hora después, se apeó del tranvía número siete y caminó unos metros hasta encontrar la calle Vironkatu. Cuando llegó ante la inmensa puerta de *art & viiva*, titubeó. Esta le devolvió una mirada retadora. Entonces, inhalando, introdujo el código que Tommi le había enviado en un SMS y entró.

Desde su encuentro con el director de la empresa en el concierto del viernes anterior, se había hecho el firme propósito de no pensar en él. Lo había logrado, pero en aquel instante, en su territorio, esos ojos azules invadían su cabeza, negándose a abandonarla. Era consciente de que un ochenta por ciento de su ansiedad se debía a la posibilidad de verlo otra vez. Malhumorada, trató de tranquilizar su enloquecido corazón. Si ahora se comportaba así, no quería ni imaginar lo que

haría una vez que lo viera, y ni modo de repetirse que no importaba porque no lo vería nunca más. Suspiró apabullada; esa deducción no era muy alentadora. Menos, cuando seguía preocupada por los sentimientos que la actitud de su novio le había despertado. Aunque tal vez exageraba y le daba demasiada importancia a un sentimiento que era natural experimentar por un hombre a quien se admiraba por ser el jefe de una compañía prestigiosa. Sí, seguro que era eso. Era normal sentirse abrumada y, al mismo tiempo, impactada por ese poder, ¿no?

¿Qué sabía ella de todo ese engranaje de pasiones en el que las mujeres caían prisioneras? Le gustaba trazarse altos ideales de comportamiento, detrás de los cuales escondía sus inseguridades de mujer para que no le hicieran daño, pero la verdad era que no tenía demasiada experiencia con los hombres y las relaciones. Sin duda, necesitaba tiempo para asimilar todo lo que estaba sintiendo, pero, en aquel instante, estrujarse las neuronas no la ayudaría.

Miró a un lado y al otro. Ni un murmullo, ni un alma perturbaba la calma del vestíbulo. Se apoyó contra la pared, se quitó las botas y se calzó sus zapatos de tacón. Estos resonaron en aquella paz, con eco y todo. Alarmada, quiso quitárselos, pero ya era tarde, porque Tommi, que salía del corredor de la derecha, la advirtió y se aproximó a ella.

La imagen que mejor lo describía era una espiga doblada al viento; el asistente de *art & viiva* sabía llevar su desgarrada figura y sus largos cabellos, recogidos en una coleta, con un atractivo desenfadado. Cuando llegó hasta Alejandra, le tendió la mano con cortesía.

—Good morning, Alejandra. Welcome to art & viiva.

—Buenos días, Tommi. Muchas gracias. —Estrechó su mano.

—Vamos, te llevaré a hacer un recorrido para que conozcas todas las dependencias de la empresa y, de paso, te presentaré a tus nuevos colegas. Pero primero te mostraré tu cubículo, para que descargues tus cosas.

—Gracias. —Inhaló despacio, intentando desacelerar los rápidos latidos de su corazón.

Avanzaron por un largo y amplio pasillo frente al vestíbulo, con oficinas a derecha y a izquierda, hasta desembocar en un ancho recinto de techo blanco, dividido en varios cubículos de muros azul eléctrico ordenados en dos hileras horizontales. El contraste de esos dos tonos daba frescura y confort al espacio. Todos estaban ocupados por mujeres y hombres que trabajaban en diligente silencio frente a sus ordenadores. Uno que otro levantó la cabeza y la miró con curiosidad, pero volvió pronto a su trabajo. Tommi se dirigió al único cubículo que estaba vacío y le indicó:

—Este será el tuyo; ponte cómoda y organízalo como quieras. Puedes colgar tu abrigo y tu bufanda en los percheros que están al fondo, a la derecha. —Señaló una serie de percheros coloridos en forma de árboles, de cuyas ramas, que se abrían en un abanico de hojas, colgaban, como payasos desganados, un montón de abrigos de tonos muy vivos.

Vaya por Dios, esa gente sí que tomaba el diseño en serio. Se acercó y, en una hojita vacía, colgó su abrigo negro, que se veía serio y aburrido junto a los otros.

Tommi se quedó esperándola en su cubículo y, cuando regresó, la llevó a cada departamento, presentándola. Cuando terminó, quedó mareada con tanto nombre ambiguo, donde predominaban los sonidos de las consonantes *k* y *t*. Estaba segura de que tendría problemas para recordarlos. Sus propietarios, de edades heterogéneas, usaban ropa informal y holgada, con diseños tan vivos y originales que se sintió provinciana y estirada. «Mañana me pondré unos vaqueros», se prometió, y, de paso, escondería sus tacones en el fondo del armario, pues en ese silencio le estaban haciendo pasar mucha vergüenza.

—Ven, te mostraré el salón donde organizamos la mayoría de reuniones, aunque cuando nos reunimos en grupos pequeños con el director, acudimos a su oficina; ya lo verás más adelante.

La mención del gran jefe la hizo tropezar. Maldiciendo para sus adentros, cuadró los hombros y siguió a Tommi, quien ya había abierto la puerta corredera de una oficina. Entraron, y pudo ver un gran salón que contenía una larga mesa para reuniones, una pantalla de proyección y varias perchas cerca de la puerta, iguales que las anteriores. En una de las esquinas, al fondo a la derecha, había una especie de *office* en cuya encimera yacían dos máquinas —que harían las delicias de un barista— para preparar, suponía, todo tipo de café, y en la otra esquina había una hilera de sillas apiladas unas sobre las otras.

Luego la llevó a la oficina enseguida.

—Aquí está el estudio donde se reúnen, por lo general, Matti y su equipo a crear o para poner en marcha los proyectos que tengamos entre manos. Me imagino que pasarás la mayor parte del tiempo aquí.

Era... impresionante, muy peculiar. Mesas por doquier, en todos los tamaños y alturas; sillas de formas raras y de tonos dispares, que invitaban a dormir, más que a sentarse a trabajar. Se acercó a una de ellas y, a pesar de su timidez, no pudo evitar sentarse y probarla.

—Es una Fatboy Buggle-Up<sup>8</sup> —rio Tommi—. Una vez que te sientas en ella, no quieres levantarte; se adapta a la forma de tu cuerpo. Todo aquí está ideado para relajar y permitir que fluya la inspiración creativa.

—Me encanta. —Alejandra sonrió contenta.

Él se quedó mirando con fijeza sus labios, luego frunció el ceño y enrojeció. Incómoda, Alejandra borró su sonrisa, y él, con un rápido parpadeo, la instó a continuar.

—Ven, vamos a ver al jefe.

La presión arterial le subió varios milímetros, estaba segura.

Salieron al corredor y continuaron en dirección al vestíbulo, pero antes de llegar al final, giraron a la derecha, buscando un ascensor que Alejandra recordaba muy bien. Tommi pulsó el botón del segundo piso. Allí, se detuvieron ante una puerta gris, que él golpeó con suavidad.

—Adelante.

La voz grave hizo que las manos de Alejandra empezaran a sudar. Su desgarrado colega la hizo pasar primero. Se adentró en la iluminada oficina, con ese estilo tan singular que recordaba de la primera vez que había estado allí. Lo cierto era que a su ojo artístico le encantaba lo que veía. Le parecía que estaba llena de vida y elegancia, ¿como... su dueño?

Detrás del escritorio se encontraba Mika; no había despegado los ojos del ordenador que tenía frente a él, por lo que Alejandra pudo caminar sin sentir que en cualquier momento iba a tropezar.

—Toma asiento, por favor —le dijo al tiempo que incrustaba su mirada en la de ella. Fue tan impactante que un escalofrío la recorrió.

—Gracias. —Se sentó y, con inquietud, cogió el medallón que colgaba de su cuello.

—Buenos días, Alejandra. ¿Lista para trabajar con nosotros? —La recorrió con tanta minuciosidad que por tercera vez se arrepintió de vestirse tan formal. Tragó saliva, nerviosa, pero le sonrió con toda la exaltación que aquella aventura le despertaba.

—Muy lista.

Los labios de Mika se expandieron en una sonrisa radiante. Fue tan... fascinante contemplarlos que su alma bailó de felicidad. Sorprendida por esa fuerte emoción, hizo de tripas corazón para seguir mirándolo a los ojos y no dejarle entrever lo que bullía en su interior.

Él no apartó la vista mientras le explicaba cuál sería su salario y qué se esperaba de ella como técnica de diseño de la empresa. Básicamente, le aclaró, apoyaría a Matti y a Ville, el nuevo ayudante de diseño. Estaría bajo las órdenes de Matti, pero podría contar con Tommi cada vez que lo necesitara.

Mientras Mika hablaba, el asistente se movía al lado de ella, perturbándola, tanto que le parecía un molesto mosquito al que quería sacudirse de encima. Por el rabillo del ojo se dio cuenta de que cogía una chocolatina que estaba dentro de un cuenco, y no pudo evitar mirarlo cuando le ofreció una en silencio. Alejandra la rechazó con educación; lo último que le faltaba era abrir un bombón y comérselo delante de dos mirones. Tommi la puso tan nerviosa que, cuando se levantó y los dejó solos, suspiró aliviada. Aunque quedarse a solas con el gran jefe no fue tampoco la solución.

Escuchó el clic de la puerta al tiempo que los ojos de ambos volvían a buscarse. Sintió tantas cosas y tan extrañas que no sabía cómo iba a digerirlas después sin entrar en pánico. Aquello no le podía estar ocurriendo a ella. La soledad en ese país le estaba pasando factura. Seguro que era solo eso.

—¿Te mostró Tommi tu cubículo?

—Oh, sí, está muy bien; gracias.

—Si necesitas herramientas o pinturas de algún tipo especial, pregúntale a Matti.

—Muy bien, jefe.

—Mika, por favor. —El azul de sus ojos fulguró de tal manera que se sorprendió preguntándose si esas profundidades no estarían llenas de fuego, después de todo—. Organiza con Tommi el horario para que tengas tiempo de asistir a clases... Creo que podemos arreglar que te convaliden este trabajo como tus prácticas, ¿te parece?

—Claro que sí. Muchísimas gracias, Mika.

—Muy bien, pues bienvenida a bordo de *art & viiva*. —Sonrió por segunda vez.

Vaya por Dios, esa sonrisa era tan bonita que su corazón no quería dejar de brincar. Para su alivio, Tommi regresó y le preguntó a Mika si ya había terminado.

—Es todo por ahora, Alejandra. —Asintió sin dejar de mirarla.

Ella se puso de pie con la inquietante sensación de que aquella mirada le hablaba de algo más. Estaba como una cabra. Ahora especulaba sobre las miradas que su jefe le lanzaba.

Avergonzada por sus locuras, desvió la mirada y se dirigió hacia la salida, confiando una vez más en que sus pies no la traicionaran mientras se despedía.

—*Goodbye*, Mika.

—*Goodbye*, Alejandra.

Antes de salir, alcanzó a ver una silla de ruedas al lado de la ventana que estaba cerca de él, como escondida. «Qué raro». Un ramalazo de curiosidad rondó por su cabeza, pero lo detuvo y lo guardó en el cajón de *asuntos-para-revisar-más-adelante*, porque en aquellos momentos tenía otras preocupaciones a las que hacer frente. Chismear acerca de los temas personales de su desconcertante jefe no podía convertirse en su prioridad.

Después de llevarla a saludar a Matti y de presentarle a Ville, el nuevo asistente de diseño, Tommi la condujo a su oficina para establecer el horario de su jornada laboral. Iría todos los lunes, miércoles y viernes por la mañana; los días restantes, cubriría el turno de tarde hasta completar veinte horas por semana. Hacia el mediodía terminaron y se despidió de ella manifestándole que la esperaba al día siguiente a las ocho de la mañana.

Alejandra se levantó de la cama presa de la emoción y la angustia, porque, todo había que reconocerlo, a pesar de la exaltación y la impaciencia por empezar a vivir esa aventura, le daba miedo abrirse paso en el mundo laboral de una cultura tan diferente a la suya, así fuera en un terreno que ella conocía muy bien. Gruñendo, se dirigió a la cocina.



Cinco minutos después, sentada en el comedor en pijama, hacía un esfuerzo por desayunar bajo la atenta mirada de la gata, que, para su sorpresa, en cuanto sintió que se levantaba, abandonó los brazos de su dueña para hacerle compañía. Le sonrió y una vez más lamentó no poder acariciarla; a cambio le tiró un beso. La gata maulló, quizá agradecida o quizá burlándose de ella.

Llevó la taza de café a sus labios y pensó en Salomón; la noche anterior la había llamado otra vez. Se comportaba como si nada hubiera pasado entre ellos. La aliviaba, pero la sensación de inconformidad y desilusión persistía y la molestaba, como si caminara con una piedrecita en el zapato. Aún no sabía cómo, qué ni cuándo hablar con él. Todo estaba muy confuso dentro de ella. Sabía que había algo que se le escapaba, pero tenía miedo de presionar demasiado y abrir una brecha innecesaria entre ellos. Además, tenía muchas cosas que procesar en aquel momento: el nuevo trabajo, las demandas de la universidad, la feria DekorHelsinki, que se realizaría en unos ocho días, y, encima, sacar a *Júpiter*.

Escuchó el ruido de la ducha, señal de que Tiia o Xisca se estaban bañando. Se levantó y fue a la cocina, donde puso los platos en el lavavajillas. De camino a su alcoba, en el pasillo, se encontró con Xisca.

—Buenos días, Aleja. —Le ofreció una amplia sonrisa.

Su cabeza gruñó. Sí, su amiga era de esas que se levantaban contentas y con energía todas las mañanas.

Ella no. Ni siquiera le gustaba hablar antes de desayunar, pero faltaría más que pagara con el mundo su mal humor mañanero. Dibujó en sus labios una mueca parecida a una sonrisa y le contestó:

—Buenos días, Xis.

—Te deseo mucha suerte hoy. Estaré esperando con impaciencia a que me cuentes esta noche todos los detalles de tu día, y quiero saber todo acerca de ese jefe tuyo, no lo olvides.

Con cara de fastidio, aunque Xisca no la vio, entró en su habitación. La risa de su amiga le zumbaba en el oído. «Lo que me faltaba: chismear acerca de un hombre a quien no quiero tener en mi cabeza y, de paso, ser objeto de mofa en mi casa».

En vista del *tráfico* en la ducha, decidió ducharse por la noche. Se vistió con los mejores vaqueros que tenía y buscó una blusa de colores atrevidos para combinar. Quería lucir lo más parecida a sus colegas de *art & viiva*. Se mordió el labio al encontrar una blusa color amarillo chillón; ¿por qué no? Se la puso y, sobre ella, su inseparable jersey blanco. Guardó en su bolso un par de botines de tacón bajo y suela de goma, y salió pitando hacia la parada del transporte. Tenía cinco minutos para llegar antes de que el tranvía pasara.

Brochazos grises en el cielo ensombrecían las calles, mientras que la nieve, amontonada en las aceras, intentaba darles un poco de luz. Corrió, sintiendo que el soplo de la brisa entumecía sus orejas. Con una mano se ajustó el gorro hasta cubrirlas por completo, y con la otra apretó el bolso contra su costado para que no saltara de acá para allá. Era una de esas mañanas en las que las olas del viento bajaban la temperatura tres o cuatro grados. Cuando llegó a la parada, ya tenía el trasero y el rostro congelados; por suerte, escuchó el ronroneo del vehículo que se aproximaba. Aliviada, se subió y escogió un asiento al lado de la ventana para acurrucarse. No pudo evitar añorar el sol de su tierra, que por lo general, a esa hora, entibiaba la ciudad.

Treinta minutos después, Alejandra estaba ante el umbral de *art & viiva*. Inspiró con fuerza, preparándose para pulsar el código, pero dos colegas que llegaron en ese instante se adelantaron.

—*Huomenta!*<sup>9</sup> —saludó con una inmensa sonrisa, usando la expresión que ya había memorizado en la facultad.

—*Huomenta*—respondieron ambas con semblante serio.

«Hum, ya veo, sin sonrisas». Nerviosa, las siguió y observó cómo se detenían en el vestíbulo, frente a un armario que no había visto antes. Una de ellas lo abrió mientras la otra se quitaba las botas. Ambas se calzaron un par de mocasines y, acto seguido, guardaron los zapatos que llevaban. Sin dirigirle mirada alguna a Alejandra, ni siquiera de soslayo, continuaron su camino. Ella, ni corta ni perezosa, las imitó. Luego se dirigió a su recinto con el corazón en la boca, esperando toparse en algún corredor a quien, estaba segura, no quería encontrarse. Por lo menos era lo que se decía.

En el transcurso de las primeras horas evitó con éxito pensar en su jefe, aunque su corazón sí sabía de qué iba la cosa, porque se había vuelto del revés cada vez que alguna silueta alta se había aproximado a ella. A las once, Matti la llamó por el nuevo móvil que Tommi le había entregado para que usara en las horas de oficina, pidiéndole que acudiera al *ateljee*<sup>10</sup>, como llamaban a la sala donde este se reunía con su equipo a crear. El resto de la mañana se fue como en un suspiro. Fue allí donde se enteró de que Mika había partido para Tempere. Según Matti, *art & viiva* tenía en aquella ciudad unas oficinas y una tienda de muebles de importancia. Supo también que no estaría tampoco la otra semana porque subiría hasta Oulu, una localidad al norte de Finlandia, donde visitaría, además de una sucursal de la empresa, un pequeño taller que fabricaba algunos de los artículos en madera creados por el diseñador. Eso último se lo había informado mientras le mostraba orgulloso el boceto de una silla que había inventado, y cuyo patrón esperaba que Mika trajera consigo a su regreso.

No estaría la otra semana. Con el corazón desinflado, Alejandra inclinó la cabeza sobre los dibujos que su jefe le había pedido que clasificara, intentando asimilar la ridícula decepción que la invadió.

Los días siguientes, Alejandra hizo malabares entre su trabajo en *art & viiva*, la última reunión con el grupo de DekorHelsinki, los paseos con *Júpiter* y las clases de la facultad. Apenas tuvo energía para pensar en algo fuera de eso; ni siquiera en Salomón, aunque en los pocos momentos en que habían hablado había puesto todo su empeño en mimarlo, y él le correspondía cariñoso, con el mismo tono bromista de siempre. En la empresa, ya sin el temor a toparse con el gran jefe a cualquier instante, se relajó, disfrutando a plenitud lo que esa nueva experiencia le ofrecía. El ambiente laboral era dinámico, organizado y... colorido. No encontraba palabras más exactas para describirlo. Aunque *dinámico* no tenía la misma connotación que en su país, pues el ritmo de trabajo era diferente. Todos desempeñaban sus tareas con lentitud y constancia. Una lentitud que la exasperaba, pero una constancia que admiraba.

Sus colegas hablaban tan poco entre ellos, excepto en las reuniones generales y en las asambleas de cada departamento, que, al final de la semana, Alejandra estaba que se trepaba por las paredes. Lo intentó todo; ella, que no era una persona habladora, se sentía tan harta de ese silencio que vigilaba a cualquiera que se acercara a la cocina, donde todos iban a prepararse café, té, o a calentar el almuerzo, para correr a hablar con él. Sin embargo, ninguno mostró deseos de entablar una conversación con ella. En el mejor de los casos, le respondían con monosílabos, y en el peor, la dejaban con la palabra en la boca. Hubo un instante, y debía confesar que se sentía avergonzada al acordarse, en que salió detrás del que huía sin dejar de interrogarlo.

Resignada, lo había intentado con los cuatros empleados extranjeros, dos rusas y dos chicos de India, pero, aunque sonreían más a menudo que los locales, tampoco mostraron interés por conversar con ella. Frustrada, no le quedó de otra que asediar a preguntas a Matti y a Ville. El primero era un... Todo un personaje. «Bipolar» era la palabra que acudía a su mente cuando pensaba en él. Tenía un talento asombroso para crear y plasmar ideas. Alejandra envidiaba su

habilidad para encajar y asignar los objetos en cualquier espacio, en formas que nunca se le hubieran ocurrido a ella. Los muebles que diseñaba eran peculiares y elegantes. Algunos, bellos y lujosos, pero siempre guardando un toque de simplicidad. Sin embargo, el talón de Aquiles de su jefe era la personalidad: se ponía histérico si algo no salía como esperaba y era de genio inestable; unos días llegaba plétórico y alegre, y otros días estaba tan callado y carilargo que daba miedo preguntarle algo. Eso sí, estaba pendiente en todo momento de lo que le pasaba a Ville, por lo que, supuso, le atraía.

En cuanto al asistente de diseño..., Alejandra no podía definir si le gustaba o no. Era callado, como todos en esa empresa, y muy trabajador: Matti le daba una orden y se esmeraba en ello sin levantar la cabeza; solo paraba cuando se tomaba un corto descanso e iba a por una taza de café, o cuando salía a almorzar. Parecía que no le interesaba nada ni nadie que no fuera su trabajo.

Con aquel panorama, se dio finalmente por vencida y se dedicó a leer todo lo que encontraba sobre la historia de la empresa y sus diseños.

El viernes, Tommi se acercó a la cocina a tomarse un café con ella. Supuso que quería averiguar con discreción cómo se sentía. Gracias a sus comentarios, pudo sacar en claro por qué nadie la había presionado con deberes en concreto. Parecía que había un acuerdo tácito entre todo el personal para que ella se fuera empapando poco a poco del funcionamiento de la empresa. Cosa que agradecía. Antes de salir, le aseguró, divertido, que se había convertido en una excelente preguntona.

Poco antes de partir, recibió una extraña visita en su cubículo: Kaisa Vainiola, quien se presentó como la directora de finanzas de la empresa. La mujer, alta y guapa, que rondaría los cuarenta años, la había recorrido de arriba abajo con un par de ojos azules enmarcados por unas gafas de montura cuadrada. Su mirada se incrustó en la suya por unos segundos tan prolongados que Alejandra sintió cómo sus mejillas enrojecían. Tuvo la extraña sensación de que ocultaba una sonrisa divertida, y no alcanzaba a comprender dónde estaba la gracia.

—¿De qué parte de Colombia eres?

—De Cali —respondió con desconfianza.

—Después de terminar la universidad viajé por toda Sudamérica y estuve en Colombia. En Bogotá y en la Sierra Nevada de Santa Marta. Me impresionó la calidez de tu gente y la hermosura de toda esa historia precolombina. *Yo hablo un poco español: buenos días, ¿cómo está usted? y... gracias.* —Sonrió.

Agradecida por sus palabras, Alejandra rio encantada, decidida a aceptarla después de todo.

Por fin la jornada terminó, y se marchó a casa a descansar. Aquella tarde no tenía que ir a la universidad a causa de la feria. No pudo evitar preguntarse si su jefe llegaría a tiempo para asistir. Sabía que la compañía tendría un *stand*, como había constatado en una de las reuniones con el personal, y que Tommi y algunos de sus colegas, no recordaba sus nombres, acudirían. Ella no había dicho que estaría allí; al principio no encontró el momento de informarlo y después lo olvidó por completo. Ya pasaría por el *stand* a saludarlos si tenía tiempo.

Después de pasear a *Júpiter* esa tarde, Bernadette le anunció que había encontrado a otra persona que la ayudara. Agradeció al Creador tan buena noticia y, tras el té, las galletas y la charla, se fue a casa y se acostó temprano.

El día siguiente iba a ser un gran día, y su corazón latió excitado. DekorHelsinki abriría sus puertas al público y ella afrontaría otro reto profesional.

## CAPÍTULO 11

Otra oscura mañana; nieve apilada en las aceras, pasos apresurados y cabezas inclinadas mirando el suelo. Mika se abrió paso por las calles de Tampere en un coche alquilado, lamentándose de no ir camino a su oficina de Helsinki y ser espectador de los primeros días de Alejandra en *art & viiva*. Acariciaba su nombre como una dulce oración y, con esa infinita paciencia que formaba parte de su carácter, controlaba los deseos de llamar a Tommi y de preguntarle cómo le estaba yendo. Sabía que nadie en la empresa la presionaría más allá de sus límites, aun así, no sería fácil para ella hacerse un hueco en una cultura tan diferente. Sí, llevado por la curiosidad, había leído bastante sobre Colombia en aquellos días.

Estacionó el automóvil en la calle Hämeenkatu. Cogió la silla, la desplegó, le adaptó las ruedas y se sentó. Le faltaban un par de asuntos por concluir; después tomaría el tren rumbo a Oulu para volar de regreso a Helsinki el viernes por la noche. Tenía que asistir a la inauguración de DekorHelsinki el sábado por la mañana. Hasta ese momento, todo discurría viento en popa; se iba con la satisfacción de la misión cumplida. Su cuerpo también se lo agradecía: todas las noches había nadado y había recibido un gratificante masaje terapéutico.

Entró en el edificio de ladrillos donde se ubicaba la oficina y, unos minutos después, se zambulló en los pormenores de su trabajo, sin pausas para tomarse un café o almorzar. A las tres de la tarde dio por terminado todo lo que había ido a hacer y se dirigió, en compañía del director, a un buen restaurante; tras degustar una deliciosa comida y unas copas de vino, enfiló hacia la estación.

Desde la ventanilla del tren apreció los abetos, que, como paletas espolvoreadas de escarcha, pasaban a toda velocidad ante sus ojos; poco tiempo después, lamentando la monotonía de los mismos, sacó su ordenador y se puso a trabajar.

A las diez de la noche arribó a Oulu. La fatiga lo consumía cuando le entregaron el coche del que dispondría por esos días. Una vez en el automóvil, lo condujo con sigilo por las resbaladizas vías de la ciudad, sintiéndose más solitario que nunca. El tiempo goteaba con lasitud los segundos, dejándolo con la sensación de que eran meses y no días los que llevaba lejos de Helsinki. En el hotel, después de una cena ligera, un sueño profundo lo sorprendió hasta el amanecer.

En Oulu, *art & viiva* poseía una tienda y una oficina muy pequeñas. Después de una breve reunión con la mujer encargada, visitó el taller que producía una buena cantidad de los diseños de Matti. Para la empresa era más rentable contratar factorías que elaboraran los modelos y copias que necesitaba que poseer su propio taller y acarrear con todos los gastos económicos que eso conllevaba. Revisó la silla plegable que Matti presentaría en la feria del próximo sábado y pidió que la embalaran para llevársela con él.

El viernes al mediodía, después de un rápido almuerzo, se encaminó hacia Rokua, un hermoso parque natural a una hora de Oulu. Había averiguado que allí podría practicar *snowkiting*, un deporte de invierno que hacía tiempo que deseaba probar. Consistía en deslizarse por la nieve sobre una tabla de *snowboard* propulsada por el viento gracias a una cometa, lo que permitía realizar todo tipo de acrobacias. Se sentía más que listo para intentarlo, ya que el invierno anterior, con la ayuda de su padre, había estado un mes en Alemania aprendiendo a usar el *mono-ski* con los *estabilos*<sup>II</sup>. Jamás olvidaría la sensación de libertad, que había creído no volver a vivir, cuando descendió a toda velocidad por aquellas crestas lechosas. Las lágrimas de felicidad en el rostro de su padre habían corrido a la par que las suyas.

Mientras conducía, llamó por el manos libres a Tommi y le preguntó con tacto por Alejandra. Sabía que, al cierre de la semana, su asistente no encontraría segundas intenciones en su interrogatorio, ya que él tenía por costumbre, cuando estaba de viaje, enterarse de todo lo que había acontecido en la empresa. Divertido, disfrutó de un nuevo dato sobre ella: según Tommi, era alegre y activa, pero muy conversadora, tanto que aprovechaba cada pausa de que disponía para acosar a preguntas a sus compañeros.

A medida que el vehículo penetraba en el parque, el espeso follaje, que llegaba hasta la orilla de la carretera, le daba la bienvenida. Situado al sur de la colina de Rokuanvaara, los pinos antiguos de la reserva crecían en estado natural entre los suelos tapizados por líquenes plateados y las depresiones arenosas salpicadas de lagos *suppa*<sup>12</sup>. Durante aquella estación, todo se hallaba rociado por la nieve y los lagos se congelaban, en particular, el Rokuanjärvi, sobre el que se podía esquiar o realizar deportes invernales.

Se apeó del coche, inspirando el aroma de los cipreses, y se sentó en la silla de ruedas al tiempo que un individuo alto y corpulento se aproximaba a él.

—*Hei!* Soy Ilkka, el instructor. Bienvenido a Rokua. —Esbozó una sonrisa y extendió el brazo.

—*Hei!* Soy Mika Fischer, es un placer conocerlo. —Le estrechó la mano.

—La chica de recepción me informó de que vendría hoy. Tengo entendido que nunca ha practicado *snowkiting*, pero que es un experto en esquí alpino, ¿correcto?

—Correcto. Sigo practicándolo, además de otros deportes. Como verá, estoy en óptimas condiciones físicas, y mantengo una buena tonificación de los músculos de mis piernas para conservar la agilidad y el equilibrio.

—Bien, porque en esta disciplina se necesita una gran fortaleza y estabilidad de las piernas y el tronco. Tendrá que usar una silla-esquí. Es la única manera de tener las manos libres para controlar la cometa, ya que, de otra forma, no podría girar su cuerpo con la suficiente rapidez y vigor que el viento le exija. Este deporte puede llegar a ser muy duro.

El instructor parecía poseer bastante experiencia, por lo que Mika se animó a realizar miles de preguntas que, durante los siguientes veinte minutos, el hombre contestó con profesionalidad y precisión. Luego, ambos entraron en una cabaña atestada de todo tipo de implementos para esquiar y escogieron lo que necesitaban antes de, finalmente, dirigirse en un todoterreno al inmenso lago.

Una vez que Mika estuvo sentado en la silla de esquí, el instructor lo sujetó a la cometa con un arnés de cuatro cuerdas y, después de asegurarse por enésima vez de que su alumno había comprendido cómo gobernar la tracción con la fuerza del viento, lo soltó.

Con un grito de júbilo lanzado con toda la potencia de sus pulmones, el director de *art & viiva* se elevó en el firmamento. Desde allí, contempló la vasta llanura nevada que serpenteaba entre los pinos dormidos, y escuchó el aullido del aire, sintiéndose tan poderoso que su alma, por un instante, derrotó a las sombras.

## CAPÍTULO 12

Finlandia Talo, una construcción horizontal asimétrica, acicalada con numerosas ventanas y recubierta de mármol blanco con la única intención de darle vistosidad a los largos días del oscuro invierno, era el lugar donde se celebraría DekorHelsinki. La edificación había sido planeada por el famoso arquitecto y diseñador finlandés Alvar Aalto. Estaba situada en la bahía de Töölönlahti, cerca del centro de Helsinki, a donde se dirigía Alejandra aquella mañana.

Cuando llegó, se adentró en el vestíbulo con miles de mariposas revoloteando en su estómago. Aquel día afrontaría otra prueba profesional y, por muy trabajo voluntario que fuera, siempre asumía todos sus deberes con un alto grado de responsabilidad, mucho más en aquel país extranjero, donde intentaba abrirse camino en su campo.

Avanzó hacia los guardarropas y, antes de llegar a las escaleras del tercer piso, giró hacia la izquierda, se detuvo para echarle una ojeada a la cantidad de *stands* decorados, listos para la apertura, y continuó su camino. Entró en una pequeña oficina, donde dejó su abrigo y se cambió las botas de invierno por sus cómodos botines negros. Como el director del comité le había pedido, lucía una blusa azul y unos vaqueros para ser reconocida como parte del personal de recepción y ayuda. Se colgó la acreditación con su nombre, recogió sus cabellos en una coleta para sentirse más cómoda y salió.

Subió por las espaciosas escaleras; se detuvo un instante para apreciar la cantidad de luz que entraba por las amplias ventanas, brindando vitalidad a los colores neutros que predominaban en el elegante interior. Ingresó en la irregular pero armoniosa sala del auditorio principal, que se inclinaba como la ladera de una colina hasta llegar a una llanura en el centro. Ahí estaban, sentados frente a una mesa, el presidente y el secretario del comité organizador, quienes pronunciarían el discurso de inauguración. Atisbó a sus compañeros y se aproximó a saludarlos. Uno de ellos le entregó varias copias que contenían mapas del lugar para guiar a aquellos que lo solicitaran.

A las nueve de la mañana, la feria abrió sus puertas; los murmullos y voces aumentaron en intensidad a medida que la sala se llenaba. Sabía que asistirían importantes autoridades locales, patrocinadores del evento y gente del sector financiero, de la industria y del diseño en Finlandia, pero con todos esos nombres tan singulares no distinguía quién era quién, y para ser sincera, tampoco le interesaba hacerlo. Lo que le apasionaba era escuchar los temas de los seminarios y ver todas las exposiciones que las empresas ofrecerían.

Faltaban diez minutos para que la programación arrancara cuando Alejandra se situó en la puerta principal con la intención de dar la bienvenida a los asistentes. Uno de sus compañeros eligió ese momento para preguntarle algo; le respondió y, acto seguido, volvió su rostro con rapidez al percibir que una persona se acercaba. Por unos segundos su corazón dejó de latir, y luego emprendió una carrera frenética cuando vio enfrente de ella a su jefe sentado en una silla de ruedas. Percibió cómo ambos se reconocían y se azoraban, en tanto que los sonidos alrededor desaparecían. Por milésimas de segundo, infinitas preguntas desfilaron por su aturdido cerebro: ¿cómo?, ¿qué?, ¿cuándo?, pero al percatarse del profundo rubor en el rostro de él, desesperada, buscó salir de su estupor.

Como pudo, extendió su mano, que temblaba como un flan, y manifestó:

—¿Cómo está, señor..., digo... —Mortificada, bajó la mirada y la clavó en el nudo de su corbata—. Bienvenido a DekorHelsinki, Mika.

—Gracias. —Él le estrechó la mano, pero la soltó con rapidez.

El tono tenso de su voz la hizo subir con celeridad la cabeza y encontrarse con sus ojos; lo que vio en esas profundidades le partió el alma: dolor y vergüenza. Una vergüenza que le confería torpeza y rigidez a su cuerpo. Las manos de Mika, agitadas, ajustaron el nudo de la corbata y después descendieron por esta hasta aferrarse a los reposabrazos de la silla. Le parecía presenciar la caída de un gigante, quien, herido, intentaba con desespero recuperar su dignidad. Una desgarradora ternura inundó su alma, deseando confortarlo, pero no sabía cómo.

—Lo puedo ayudar a llegar a... —Horrorizada, cayó en la cuenta de lo que decía. No quería que él pensara que lo guiaba como a un niño.

—Gracias, pero puedo encontrar el camino sin problemas —le respondió con frialdad.

«Oh, ¿por qué soy tan idiota?».

Avergonzada, y con unos enormes deseos de llorar, bajó las párpados y enfocó la vista en la mano que sostenía los mapas. Luego, sin detenerse a pensar, le ofreció uno de ellos.

—Aquí tiene un mapa. Le mostraré dónde están ubicados todos los pabellones y todos los puntos importantes de la feria... —Su voz se apagó, pero no le importó. Lo miró a los ojos, suplicándole una disculpa, al tiempo que intentaba sonreírle.

Sin mirar el papel, lo aceptó. Recorrió sus mejillas con seriedad, y con esa lentitud tan propia de él, le contestó:

—Muchas gracias.

De soslayo vio que los actos estaban a punto de comenzar. Él también miró al fondo y, regresando a sus ojos, dijo:

—Nos veremos más tarde.

—Sí, bueno, yo... estaré por aquí si necesita algo...

—Gracias, Alejandra. —Una tímida sonrisa se dibujó en sus labios.

Contenta, sin pensar en lo que decía, le preguntó:

—¿Estará aquí todo el día?

«Ay, pero qué pregunta más tonta».

Sus ojos brillaron.

—Sí, claro, estaré en el pabellón de *art & viiva*, pero por la tarde... me temo que soy uno de los entrevistados. Responderé a las preguntas en inglés, así que puede ser interesante para ti escuchar el encuentro.

—Oh, qué bien, haré todo lo posible por no perdérmelo. —Le sonrió, emocionada de verlo más relajado y de que la invitara.

Mika volvió a deslizar los ojos por sus labios y sus mejillas; tuvo la extraña sensación de que la acariciaba. Avergonzada, borró con rapidez ese estúpido pensamiento, pero, como no pudo hacer lo mismo con su rubor, se quedó mirando otra vez su corbata.

—Hasta pronto entonces, Alejandra. —Y se alejó, llevándose toda diversión del día con él.

«¿Diversión? ¿Qué diversión? ¡Alejandra Díaz Quijano, ¿qué es lo que te pasa?!».

Aunque estaba aturdida, no cesó de hacerse miles de preguntas. ¿Había sufrido un accidente? ¿Estaría enfermo? ¿Cómo o qué le había sucedido? Pero si siempre lo había visto caminando... Un momento, eso no era verdad. La mayoría de las veces que se habían encontrado, él había estado sentado... Incluso en el concierto. En ese entonces, había estado muy distraída y nerviosa para darse cuenta, pero ahora lo veía todo con claridad. La silla de ruedas que había visto en su oficina se abrió paso en su mente.

«Virgen santísima, ¿será que tiene una enfermedad grave? No, pero si se ve fuerte y saludable. ¿Será posible?».

Con disimulo, escogió un sitio estratégico del auditorio desde donde podía distinguir el lugar donde él estaba para observarlo sin que se diera cuenta. Buscó en el folleto la lista de entrevistados y, en efecto, ahí estaba su nombre. ¿Cómo no lo había visto antes?

Una hora más tarde, resopló con frustración. El contenido del seminario «Tendencias actuales en el diseño de interiores», que había esperado con tanto anhelo, flotaba sin sentido alrededor de su cabeza; justo cuando empezaba a establecer coherencia entre las palabras, el profesor de una universidad inglesa le pidió reubicar a una de sus estudiantes, que se desplazaba en una silla de ruedas eléctrica, en un lugar más accesible. Sabía que el mejor era donde estaba Mika, por lo que, nerviosa, la condujo hasta allí.

Intentó no mirarlo, «de veras que sí», pero sus ojos, atraídos como por un imán, lo buscaron, y lo encontró contemplándola con fijeza.

«¡Vaya!».

Pestañeó, sorprendida por la sensación de placer que la embargó. Asustada de sus sentimientos, inclinó la cabeza y se alejó de allí hacia la parte superior del auditorio. Estaba a punto de sentarse cuando el compañero que ayudaba a los expositores le envió un SMS pidiéndole que buscara un paquete de folios y más agua para los conferenciantes. Corrió a por ellos y, al aproximarse a la esquina que estaba cerca del centro de la sala, por poco se mata al tropezar con una mochila que un individuo había dejado mal colocada. El chico, susurrando una disculpa, se agachó y recogió las botellas que se le habían caído. Mortificada, continuó su camino y le pasó el cometido a su colega, sintiendo todo el tiempo la mirada de su jefe quemándole la espalda.

«Y yo que quería dar una imagen de supereficiencia».

Volvió a su sitio sin levantar la cabeza, decidida a no volver a bajar a ese lugar ni aunque le pagaran.



## CAPÍTULO 13

El aliento de la bahía agitaba los árboles despojados de hojas y, como si se hubiera propuesto hacer travesuras, desacomodaba gorros y bufandas y enrojecía las narices de los transeúntes que se aventuraban a caminar a la orilla de su paseo. Los pálidos rayos del sol aún bostezaban a esa hora de la mañana, típico de un frío día de febrero. A unos pocos metros de allí, Mika se había bajado de su coche, ajustado la bufanda y enfilado su silla de ruedas hacia la puerta principal de Finlandia Talo. Había entrado en el abarrotado vestíbulo y sorteado con agilidad la ola de gente que se dirigía al seminario o a los pabellones. Se había detenido a hacer la cola para dejar su abrigo en el guardarropa, y luego, con la misma paciencia, había esperado otra para tomar el ascensor que lo llevaría al tercer piso.

Había intuido que ese sería un día largo y fatigante para él, pero jamás había imaginado que lo que tanto temía estaría aguardándolo en el umbral del auditorio principal, donde en pocos minutos se inauguraría aquel evento.

Tropezarse con Alejandra había sido como colisionar contra una montaña de nieve. Lo último que había esperado fue verla formando parte del equipo de recepción de la feria, y mucho menos dándole la bienvenida. Aún no se reponía de la vergüenza al leer el estupor en su rostro cuando lo vio llegar en la silla de ruedas. Lo había desestabilizado tanto que su primer impulso fue darse la vuelta y poner la distancia más larga posible entre ellos; en cambio, se había quedado ahí, mudo y paralizado.

Jamás se había sentido tan vulnerable en toda su vida.

Disminuido y abochornado, se había escondido tras una máscara de aspereza y hosquedad, atisbando cualquier indicio de rechazo o de piedad en sus ojos; sin embargo, sus desesperados esfuerzos por hacerlo sentir bien calaron poco a poco en su orgullo herido, sosegándolo. Su tímida sonrisa había terminado por desarmarlo, y ahí estaba, más interesado en seguirla con la mirada que en prestar atención al apasionante seminario que se impartía en aquel momento. Se consumía en los excitantes estremecimientos que sacudían su cuerpo cada vez que Alejandra desviaba los ojos hacia él; estremecimientos que lo dejaban con el doloroso anhelo de que ella sintiera lo mismo. Pero la hora de la verdad había llegado y debía afrontar lo que ella pensara de él al haberlo visto en la silla de ruedas.

Se descorazonó.

Pero... ¿y qué importaba? Su circunstancia era esa, y tenía que encararla. Sabía que tarde o temprano sucedería, y quizá aquella era la mejor ocasión para demostrarle que, aun con una discapacidad, podía desenvolverse con seguridad y éxito en todas las vertientes de su vida.

¿No?

No. Sabía muy bien que en todas no, pero no era el momento para dejarse llevar por la autocompasión y el pesimismo.

Estrujó sus sesos buscando miles de formas de abordarla y lograr que compartieran unas cuantas horas juntos. ¿Se atrevería a usar su condición de patrocinador para que lo ayudara?

La expectativa lo hacía sudar como un adolescente.

¿Se sentía atraída por él? Nada en su actitud lo evidenciaba. Era cierto que se había esmerado por tratarlo bien, pero era su jefe, ¿no? Era algo que ella no podía obviar. Y... sí, sus ojos parecían tan pendientes de él como los suyos de ella, pero ¿era eso debido a la atracción?

¿Y qué pasaría si lo rechazaba? ¿Podría superar la desilusión?

«Sí, soy un hombre, no un niño, y... Maldita sea, este no es ni el momento ni el lugar para comerse la cabeza».

El último seminario llegó a su fin y la gente empezó a dispersarse. Los patrocinadores y personalidades de importancia se quedaron compartiendo impresiones y degustando el champán que empezaba a circular. Saludó a varios de sus colegas y conocidos, y le presentaron a otros tantos del sector financiero y del ámbito del diseño europeo. Aquel era el mejor momento para romper el hielo y comenzar con la tertulia sobre los intereses mutuos, que continuaría en el almuerzo que el comité ofrecería en unos treinta minutos. Procuró escuchar con atención, pero su cabeza y sus ojos buscaban a Alejandra. Desilusionado, no la vio por ninguna parte.

Quince minutos después, impaciente, se disculpó con el colega que tenía enfrente y salió de la sala con la esperanza de verla. En el corredor, se sintió como un estúpido deslizando las ruedas por el amplio pasillo abarrotado de gente. De pronto, un tirón seco contra sus costillas lo avisó de su presencia. Los ojos de ambos se encontraron y se enredaron, y sin importar lo que los suyos revelaran, se quedó prendado del violento bermellón de su rostro. Mientras se acercaba a ella, contempló cómo tiraba de un pequeño medallón que llevaba en el cuello. Ese vestigio de nerviosismo lo animó a realizar aquello a lo que venía dándole vueltas en la cabeza.

—Hola de nuevo, Alejandra.

Ella le mostró sus adorables hoyuelos.

—Necesito tu ayuda. —Carraspeó, incómodo y ansioso.

—Sí, claro, ¿qué puedo hacer por ti? —Sus iris negros se abrieron con interés.

—Necesito que alguien me guíe por los pabellones... Verás, quiero tomar notas —se giró y sacó un iPad de la parte trasera de la silla— sobre los diseños de muebles en madera exhibidos en la feria que estén combinados con cualquier otro tipo de material. Como ves, esto está colmado de pabellones y me llevaría mucho tiempo encontrar lo que preciso, pero con tu ayuda puedo moverme con rapidez. ¿Podrías?

Con todos los músculos tensos contra su traje, esperó su respuesta.

—Claro que sí, pero ¿no piensas ir al almuerzo de bienvenida? —Sus pestañas se movieron sorprendidas.

—No, la verdad, no es necesario que asista; prefiero dedicarles tiempo a las exposiciones de los pabellones. —Miró nervioso alrededor, aguardando que no hubiera ningún conocido que lo escuchara decir esa estúpida mentira. El almuerzo estaría repleto de potenciales clientes. Pero no era tan irresponsable: más adelante participaría en todas las ruedas de negocios que se celebraran. Sin embargo, en aquel momento lo que quería era robarle un par de horas a su apretada agenda para estar con ella.

—Entonces, dime, ¿qué tengo que hacer? —Sonrió con timidez.

—¿Te gustaría comer algo primero?

—Bueno..., no sé si puedo comer algo ahora..., se supone que estoy trabajando. —Miró a un lado y a otro, como si esperara que alguien la fuera a regañar.

—No te angusties por eso. Vas almorzar con uno de los patrocinadores de la feria, a quien, de paso, le prestarás una valiosa ayuda; créeme, nadie objetará nada. Además, mientras comemos, podemos elaborar la lista de qué pabellones visitar primero, y así ganaríamos tiempo, ¿no te parece?

—Bueno, en ese caso, acepto. Gracias. ¿Me permites un momento? Le enviaré un mensaje a mis compañeros para que sepan dónde estaré.

Con el pecho agitado, oprimió las manos contra las ruedas de su silla, por si le temblaban, pero, como siempre, ninguna expresión en su rostro delató lo que sentía. Vio cómo ella sacaba el

móvil del bolsillo y enviaba el mensaje. Después se acercó y, algo cohibida, le sonrió.

—Estoy lista.

La instó a avanzar por el pasillo en busca del ascensor, dejándose absorber por el calor de su cuerpo tan cerca de él. La llevó a la cafetería del sótano, lejos del restaurante y de alguna posible interrupción de sus colegas.

El sitio estaba atestado de gente. Desanimado, se dio cuenta de que no les sería fácil encontrar una mesa libre, pero, echando mano una vez más de su ingenio, le sugirió:

—Veo que será difícil encontrar una mesa. ¿Qué te parece si compro algo, lo llevamos con nosotros a una de las salas del segundo piso y comemos allí?

Una vez que Alejandra estuvo de acuerdo, se dirigieron al mostrador. Miró sin pestañear el poco apetecible menú. Era muy quisquilloso en lo que a comida se refería, y odiaba la monotonía de los platos de las cafeterías. Pero en esos momentos, la comida era lo de menos.

—¿Qué te apetece? —le preguntó.

La rozó con su brazo cuando cogió dos bandejas de la pila detrás de ella, y se estremeció. La miró a los ojos y sintió satisfacción al contemplar su rubor.

Ambos escogieron una ensalada de salmón ahumado con gambas, y Mika no pudo evitar una mueca al ver el café recalentándose en una jarra. Otro de sus pecados: era un barista aficionado y le gustaba el café de buena calidad y bien preparado. Sin embargo, en silencio, sirvió la bebida para los dos y esperó en la fila para pagar todo.

La cola era un poco larga, y mientras avanzaban con pasmosa lentitud, Alejandra no dio muestras de ese espíritu elocuente del que Tommi había hablado, por lo que llegó a la conclusión de que o se sentía apabullada por su presencia o se aburría. Su ánimo se apagó, pero no era mucho lo que podía hacer con todo ese murmullo de voces zumbándoles al oído.

Por otro lado, el silencio entre ellos y la espera tenían sus ventajas. Había una variedad de detalles sobre Alejandra de los que podía gozar sin trabas: el aroma a flores que desprendía su cuerpo; los pequeños rasguños de sus largos dedos, que, sospechaba, se debían al tallado, y el contraste del tono bronceado de sus brazos con los de él. Incluso le gustaron las dos pecas que descubrió en una de sus muñecas. Ante su intenso escrutinio, se removió incómoda. Los ojos de ambos tropezaron otra vez, pero ella los apartó con rapidez, fingiendo interesarse por la comida del mostrador. La vio tan azorada que apenas pudo contener la ternura que lo inundó. Anheló tener el derecho de acercarse, tomarla de la mano y hacer que se sintiera bien; por supuesto, no lo tenía, así que echó una ojeada alrededor para serenarse.

Una vez que pagó, subieron al segundo piso. Encontraron sitio en una mesa ubicada en una esquina, con tres cómodos sillones escoltándola; dos de ellos, ya ocupados. Mika colocó la bandeja sobre la mesa y apartó el asiento libre para que ella se sentara; acto seguido se instaló a su lado. Comenzaron a comer en silencio, alterado solo por las voces de la otra pareja. Durante unos minutos Mika buscó la manera de averiguar si tenía novio, pero no supo cómo formular la pregunta sin alarmarla. Lo último que quería era que pensara que su jefe la acosaba. Aunque, por la forma en que la miraba, quizá eso no estaba tan lejos de su mente.

Finalmente le preguntó algo sobre los *stands*.

—¿Tienes una lista de las nuevas microempresas que exponen en la feria?

—Bueno, no, pero los pabellones de las más grandes están en el ala izquierda de esta planta; puede que haya alguna que otra empresa pequeña entre ellos. En el ala derecha, están las dedicadas a los productos textiles y a todo tipo de materiales. Podríamos empezar por ahí, pues es menos extensa.

Contestaba a todas sus preguntas, pero no lo miraba; tampoco hacía esfuerzos por hablar de

algo diferente a los *stands*. Se desmoralizó; era difícil verificar si le molestaba estar allí con él. Tenía la sensación de que le ponía una barrera, y no sabía cuál era la razón.

¿Porque era su jefe? ¿Porque no le interesaba conversar? ¿Porque estaba enamorada de alguien y él llegaba tarde? Se negaba a dejarse llevar por la conmiseración y a echarle la culpa a su condición de discapacitado, pero esa idea estaba latente, dañando su confianza, aunque intentara hacerla a un lado.

Maldiciendo para sus adentros, intentó encontrar un tema interesante con el que ella se abriera, pero se distrajo con los movimientos de su boca. Contempló cómo inclinaba la cabeza para llevarse el tenedor a los labios, mientras uno de sus mechones, que se había soltado de su coleta, se deslizaba como una caricia sobre ellos. Con delicadeza lo recogió detrás de la oreja y dejó su mano allí. Al darse cuenta de cómo la miraba, su rostro volvió a encenderse. Mika tosió agitado, buscando apresurado algo que decir para disimular, pero como no encontró nada, desvió la vista hacia la pareja que charlaba al lado y se resignó a guardar silencio hasta que terminaron de comer.

Unos minutos después recorrieron los pabellones, y embebidos en las exposiciones, fue fácil para ambos olvidar la tirantez y charlar como dos amigos. Disfrutó tanto de su entusiasmo por todo lo que veía que olvidó lo que le había pedido encontrar y se dedicó a explicarle miles de particularidades sobre la industria del diseño en Finlandia. Lo bombardeó a preguntas y su mente fluyó con anécdotas y conceptos para complacerla. Halagado con la voluntad que demostraba por aprender sobre la cultura finlandesa, sucumbió ante su frescura y alegres opiniones, y mucho temía haber quedado más prendado de ella.

El tiempo voló a su lado; miró el reloj y, con tristeza, se dio cuenta de que en unos cinco minutos lo entrevistarían. Se dirigieron al *stand* de *art & viiva*.

—Muchísimas gracias por tu valiosa ayuda.

—Fue un placer, Mika. —Le ofreció una sonrisa tan franca, sin atisbo de timidez, que lo emocionó.

Llegaron al pabellón y saludaron a Ville y a los otros dos colegas que cubrían la jornada del sábado. Mientras Alejandra hablaba con ellos, llegó el informador. Lo saludó y se preparó para el inicio de la entrevista. Una ola de gente empezó a acercarse, y antes de que se iniciara el encuentro, Mika buscó por última vez la mirada de ella. Cuando la encontró, todo alrededor se desdibujó: sonidos, olores, colores. «Ojos del color del chocolate negro», fue lo último en lo que pensó antes de desviar la cabeza y concentrarse en la primera pregunta.

Cuarenta minutos después, cuando todo terminó, vio que ella miraba su móvil y se alejaba, pero antes de perderse entre la concurrencia, alzó la mano y se despidió de él.

Se quedó allí con la sensación de que Alejandra le había robado para siempre el corazón.

Aquella mañana de domingo, el sol centelleaba retozón sobre las nubes y sobre el BMW que entraba en una exuberante y agreste alameda. El coche se detuvo frente a una casa de ladrillo blanco, con grandes ventanales y un porche de madera que le aportaba a un tiempo elegancia y llaneza. El hombre que lo conducía se apeó y, después de acomodarse en la silla de ruedas, contempló la escarcha derretida, que serpenteaba como riachuelos por todo el terreno.

Tras el divorcio de sus padres, su madre, a quien le gustaban las casas amplias, había dejado Helsinki para instalarse en Tapiola, una zona llena de parques en la ciudad de Espoo. Aunque la separación había sido amistosa, suponía que ella había deseado romper con su antiguo estilo de vida y empezar de nuevo: nuevos vecinos, nuevos amigos y nuevo ambiente.

Con el placer de un chiquillo, hizo piruetas con las ruedas de su silla, esquivando el agua color

marrón mientras llenaba sus pulmones con la poesía del bosque y el gemido del viento. Levantó la cabeza y le sonrió a la mujer que lo esperaba en el umbral de la puerta con un brillo de diversión en esos ojos tan parecidos a los de él. Aún percibía en su regazo esa aura mágica del niño que había sido, y se sintió contento de verla. Últimamente no la visitaba con la frecuencia que debería y, después de tantas cancelaciones, le había prometido almorzar con ella aquel día, por lo que no había podido asistir a la feria en la mañana, como había sido su deseo.

Subió por la rampa que ella había hecho colocar tras su accidente e inspeccionó si algún cambio había alterado su madurez. Vestía los mismos pantalones que se ponía cuando estaba en casa, a razón del número de horas que pasaba en el invernadero cultivando flores, verduras y frutas. Lo único extraordinario en su sencilla apariencia era el hermoso cabello castaño que, salpicado de mechones blancos y visos rojos, enrollaba a la altura de la nuca.

—*Hei*, bienvenido; qué alegría verte. Veo que todavía te gusta jugar. —Se inclinó a besarlo.

—*Hei*, mamá. —Le entregó un ramillete de flores y una botella de vino blanco alemán, su preferido, que había sacado del maletín que colgaba del respaldo de la silla de ruedas.

—Gracias, cariño. Cuéntame cómo has estado... —Lo interrogó de camino al comedor.

Mika se quitó el abrigo y lo colgó mientras le llegaba el fuerte aroma a madera y a comida caliente. Siguió a su madre, que en esos momentos colocaba las flores en un jarrón, y contempló la claridad de la mañana que traslucían los amplios ventanales. Un rayo de luz iluminó las fotos de toda la familia, que yacían sobre la chimenea, y los buenos recuerdos lo asaltaron. Había varias de su hermana adoptiva, y le agradó constatar que, aunque la relación entre su madre y Minna en el pasado no había sido todo lo estrecha que debió ser, ahora unas cuantas fotografías hablaban de nuevos y cariñosos encuentros. Era un hecho que a raíz de su accidente ellas se habían acercado.

—¿Quieres vino, cerveza, vodka?

—Solo agua, mamá; debo regresar pronto a la feria. —Entró con ella a la cocina—. Te ayudo. —Le quitó la fuente que cargaba y la llevó a la mesa.

—Gracias, cariño. Vuelve a por las patatas y el pan —escuchó que le decía—. ¿Todo bien en la oficina?

—Bien —respondió Mika cuando regresó.

—¿Alguna novedad interesante en tu vida?, ¿una chica, quizá?

Ahí venía. Mika apretó los labios y mintió.

—No, mamá, nadie especial en el panorama.

Hizo un mohín, desilusionada.

—Y esa chica tan hermosa... ¿Cómo es su nombre?

Suspiró con impaciencia. Sabía que su metomentodo madre insistiría con el tema, pero él podía ser igual de testarudo. La miró a los ojos sin articular palabra.

—Minna me dijo que era hermosísima. ¿Cómo se llama...?

Se prometió ahorcar a su hermana cuando tuviera una oportunidad.

—Vamos, Mika, ayúdame. ¿Cómo se llama esa adorable profesora de danza?

—No sé de quién me hablas, mamá.

—¡Sanna! —apuntó satisfecha.

—Es solo una amiga, madre —aclaró, fastidiado con Minna, quien, con el deseo de verlo enamorado, había exagerado la relación que mantenía con Sanna. El Señor lo librara de ese par de cotillas, por mucho que las amara.

—Sí, pero...

—Dime, ¿terminaste con las traducciones que te encargó la Universidad de Helsinki?

Trajo a colación el tema que, sabía, sería irresistible para su madre: su trabajo. Era filóloga y

hacia traducciones del alemán al finés. La pasión por la literatura y la lengua alemanas la había acompañado desde joven. Se imaginaba que esa era una de las razones por las que se había enamorado de su padre, un culto profesor de alemán a quien había conocido en uno de los tantos viajes que había realizado a Alemania para perfeccionar la lengua.

—Las he terminado, y ahora estoy inmersa en la traducción de un libro. Es de un autor alemán novel, quizá te interese...

La siguiente hora, compartieron una afable charla alejada de su vida amorosa. Cuando acabaron de comer, colocó los platos en el lavavajillas mientras su madre sacaba un pastel de chocolate del horno. Se disponía a preparar el café cuando lo sorprendió un pesado silencio. Buscó sus ojos.

—Ulla me ha llamado.

El corazón de Mika experimentó una ligerísima alteración.

—¿Y qué te ha dicho? —El rostro de su madre mostró ansiedad—. No, mamá, no quiero que ella se vuelva un tema espinoso en la familia. Ulla es la mejor amiga de Minna, tu amiga, y la mía también. Como ves, significa mucho para todos, y quiero que hablemos sobre ella con toda libertad.

—Está bien. Charlamos sobre ti, por supuesto, pero después la conversación giró en torno a su bebé... Se la notaba muy feliz...

Interrumpió el discurso y se dirigió al comedor portando una bandeja que contenía tazas, una jarra con leche y el pastel. Con calma, Mika se dispuso a moler los granos de café y luego los vertió en la sofisticada máquina. Mientras esperaba a que el agua hirviera, se acercó a la ventana y se quedó mirando sin ver el bosque adormecido por los rayos del sol. Una brizna de nostalgia por lo que pudo ser y no fue envolvió su corazón. Ya no dolía como antes; lo que una vez sintió por su exprometida se había convertido en un dulce recuerdo. Se alegraba de que ella fuera feliz, pero... no podía dejar de sentir envidia, y era horrible sentirla. Quería lo que ella había encontrado: la plenitud con el amor de su vida. La imagen de Alejandra se abrió camino, como una luz en el invierno de su alma, y de pronto se acobardó. Lo angustiaba que ese sentimiento que empezaba a albergar no llegara a buen puerto, como había pasado con el amor que una vez sintió por Ulla. Entendía que el corazón de su exprometida nunca le había pertenecido por completo y que el final de su relación había sido una consecuencia lógica, pero esa parte de él, esa donde las razones no significaban nada, pulsaba adolorida y temerosa de fracasar otra vez.

Era un hombre de pasiones profundas e intuía que los sentimientos que empezaba a tener por Alejandra, si no eran correspondidos, lo sumirían en las sombras. ¿Soportaría otro fracaso? No lo sabía, sin embargo, algo lo definía como persona: la convicción de creer que es mejor amar y perder que nunca haber amado. Así que la única opción que tenía era un salto al vacío. Es más, ya había saltado. Lo que aún no sabía era si se estrellaría.

Pero ¿por qué pensar que se estrellaría? ¿Y si ella le correspondía? ¿Por qué se dejaba llevar por el pesimismo? El día anterior había avanzado en la dirección correcta. Ella ya lo había visto desenvolverse en la silla de ruedas. No sabía lo que sentía o pensaba respecto a él, pero al menos habían conversado como dos amigos que disfrutaban de su mutua charla. Estaba seguro de que ella se había divertido a su lado.

El café estuvo listo; cogió la cafetera y la llevó al comedor, donde lo esperaba su madre. Vio el desasosiego en su mirada y le sonrió para tranquilizarla.

—Sí, Ulla me ha hablado de su bebé. Lo cierto es que no habla de otra cosa.

No le dijo que Ulla le había pedido entrevistar a Alejandra porque, conociendo la mente perspicaz de su madre, se daría cuenta de cosas que él prefería mantener en secreto por ahora.

Saborearon el café y el pastel en un apacible silencio, que Mika interrumpió unos minutos después con pesar.

—Debo regresar a la feria, mamá.

—Anda, vete; deja los platos ahí, que yo los recojo. —Lo siguió al recibidor y, una vez que Mika se puso el abrigo, se inclinó para besarlo—. Vuelve cuando quieras, cariño, y cuídate.

Impaciente por regresar a DekorHelsinki, Mika no vio la tristeza en los ojos de su madre.

## CAPÍTULO 14

Después de un sueño inquieto, Alejandra se levantó temprano aquel domingo. Su corazón saltaba de contento y no entendía el porqué. Mientras sus labios se abrían expectantes para probar el café humeante, sintió la cola de la gata restregándose contra su camión. Sonrió y, con una sensación de paz, disfrutó de la ausencia de ruidos, de la soledad y de un rayo color albaricoque que se colaba por la ventana. De pronto, tiritó de frío; a pesar de la calefacción, el tejido de su pijama no era adecuado para aquel clima, por lo que cogió una manta que yacía sobre una de las sillas del comedor y se abrigó. Terminó de desayunar y, con pereza, se encaminó a la ducha.

Una hora más tarde, salió a tomar el bus que la dejaría cerca de Finlandia Talo. Iba relajada, pues el día anterior se había familiarizado con todo lo que se esperaba de ella y se sentía más segura. Sin embargo, experimentó un ligerísimo aleteo en el estómago al preguntarse si vería a su jefe otra vez.

Su jefe. Esa inesperada camaradería entre ellos la inquietaba, si es que unas dos horas compartidas en una feria podían tomarse como el inicio de una amistad. No había parado de darle vueltas a eso toda la noche.

No entendía por qué cada vez que lo veía algo dentro de ella se agitaba.

Esa vulnerabilidad que Mika no había podido ocultar cuando lo vio en la silla de ruedas despertó en ella tal ola de ternura que todo dentro de sí se había volcado en ayudarlo a recuperar su dignidad; y después, no había tenido otra opción que estar pendiente de él. Lo último que había esperado fue verlo abrirse paso en ese corredor, mirándola con aquella intensidad, y mucho menos que le pidiera su colaboración.

No es que creyera que él se sentía atraído por ella... Le parecía ridículo y la abochornaba solo de pensarlo.

¿Un hombre como Mika? No, no era posible. ¿O sí?

¿Y ella?

Ella quería a su novio; eso no lo dudaba. Entonces, ¿por qué experimentaba ese amasijo de sensaciones cada vez que lo veía? ¿Sería la admiración que le generaba un hombre tan sofisticado y atractivo como él? A pesar de haberse sentido abrumada por ser quien era, fue una revelación constatar que no era tan estirado como había pensado al principio. Al contrario, por momentos le había parecido tímido. Quizá era debido a su problema. ¿Qué clase de daño habría sufrido? No sabía mucho del tema, pero ¿sería una paraplejia? Tendría que leer al respecto. ¿Habría tenido un accidente? ¿Y cuándo habría ocurrido? Cualquiera que hubiesen sido las causas debió de resultar muy difícil para él. De todas maneras, el que estuviera en una silla de ruedas no le quitaba atractivo. Su cuerpo era recio y se movía con mucha agilidad, y sus ojos eran muy bonitos, tan azules y profundos que era imposible no admirarlos. Un escalofrío subió por su columna y estremeció todo su cuerpo. ¿Pero qué estaba diciendo? Por Dios, ella tenía novio. Maldita sea, lo que le faltaba, que la vida le pusiera tentaciones.

«Qué vergüenza con Salomón».

Se bajó del bus y entró en el vestíbulo de Finlandia Talo arrastrando los pies. Se dirigió a la misma oficina del día anterior y se cambió; luego se mezcló entre la gente, tratando de sacarse de la cabeza al director de art & viiva.

Al final se dijo que no tenía de qué preocuparse, ya que estaba segurísima de que un hombre de su posición no desperdiciaría el tiempo buscando un idilio con una extranjera que apenas



empezaba a trabajar para él. Además, era indudable que la famosa intuición femenina, de la que su género gozaba, en ella no funcionaba bien, porque, ¿qué diablos sabía ella sobre las relaciones o los juegos amorosos? Y no hablemos de la falta de conocimiento sobre los códigos sociales de la cultura finlandesa. En Colombia, el sexo masculino mostraba un cortejo más directo, más insistente. Mika, aparte de algunas desconcertantes miradas, había sido todo un caballero. Era verdad que la había invitado a almorzar, pero eso fue porque había requerido de su ayuda.

El sonido de un mensaje en su móvil la sobresaltó. Era de Salomón; miró la hora en su reloj y confirmó que eran alrededor de las dos de la mañana en Colombia. Con inquietud, supuso que estaría en algún lugar tomando con sus amigos, o quizá bailando en una discoteca. La noche anterior lo había llamado y le había dejado varios mensajes, pero no le había contestado. Se había sentido muy desilusionada; no creía que Salomón tuviese que saltar cada vez que lo buscaba ni quería comportarse como una novia celosa, pero le costaba aceptar esa inclinación por la parranda que su novio mostraba últimamente. Ya estaban mayorcitos para eso, ¿no? Y en vista de los últimos acontecimientos, reconocía que la tentación estaba a la orden del día. La angustia estrujó su corazón. ¿Pero qué podía hacer? Una vez había aconsejado a su mejor amiga, Adriana, que si una relación no superaba la separación se debía a que el amor no era lo bastante fuerte para sobrevivir a la distancia, y era mejor que ambos tomaran rumbos diferentes; pero una cosa era decirlo y otra muy diferente, sentirlo. Dolía mucho pensar que eso podría suceder entre Salomón y ella.

Lanzó una plegaria, pidiendo un poco de paciencia al universo. Solo serían dos años y regresaría a Cali. Si todo salía bien, podría ahorrar dinero y, cuando regresara, podría contar con algo mientras buscaba un buen trabajo. Estaba segurísima de que, con su máster y su buena experiencia laboral, lo encontraría.

Durante el resto de la mañana y parte de la tarde, aunque no lo quiso reconocer, se sintió decepcionada al no ver aparecer a su jefe. Perdió la cuenta del número de brincos de su corazón cada vez que vislumbraba una silueta parecida a la de Mika.

Después de las tres de la tarde, sin aguantar más, pasó por el stand de art & viiva, y a quien encontró fue a Tommi, que, para su asombro, la sometió a una torpe e incómoda galantería. Se preguntó, con cierto retintín, si habría cambiado algo en su apariencia en los últimos días que la volvía atractiva a los ojos del tranquilo asistente. Entre halagada y contrariada, estaba a punto de despedirse cuando percibió un cosquilleo de energía que se extendía por toda su espalda, y supo que era él.

Con la boca seca, se giró y, en efecto, se encontró con el brillo de esos inconfundibles ojos.

—Buenas tardes, Alejandra.

—Buenas tardes... —carraspeó—, Mika.

—Terve<sup>13</sup> —saludó Tommi—. He traído la máquina para hacer café, como me pediste. ¿Quieres una taza? ¿Y usted, señorita Díaz? —Se volvió hacia ella—. ¿Una taza de café colombiano? —Sonrió pícaro, después le guiñó un ojo a Mika—. Lo compré ayer, como me indicaste.

El rostro sonriente de Mika acusó un tenue sonrojo, y Alejandra sintió un tirón placentero en el corazón.

—Bueno..., yo... —Quería aceptar, pero no estaba segura de si sería una buena idea.

—Por supuesto, estás trabajando —la interrumpió Tommi—, pero no pasa nada si te quedas a tomar un café unos minutos con nosotros. —Solicito, acercó una butaca y la dispuso al lado de la silla de ruedas.

Sin decir una palabra, Alejandra se sentó, esquivando la mirada de su jefe sobre ella. Mientras

Tommi preparaba el café, este le preguntó:

—¿Cómo has pasado la mañana?

—Bien, bien, mucha actividad. —Sonrió mirándose las manos—. Creo que este evento ha sido un gran éxito. ¿Ha salido todo bien para art & viiva? —Se atrevió a levantar la cabeza y lo encontró contemplando su mejilla con fijeza; luego sus pestañas subieron y tropezó con sus ojos. El corazón amenazó con salirsele del pecho. Virgen santísima, ¿cuándo aprendería a comportarse con naturalidad a su lado?

—Nos ha ido tan bien como esperábamos. La silla de Matti ha sido todo un éxito. Varias empresas han mostrado interés, y algunas cadenas de hoteles... Bien, ya hablaremos de esto con más detenimiento en la reunión mensual; pero si las ventas siguen como van, será un gran año para la compañía.

Mika inclinó el cuerpo para rebuscar entre varios folletos que había en una mesita, cerca del costado izquierdo de ella. La presión del brazo junto a su pierna la hizo perder el ritmo de su respiración. La agradable fragancia de... ¿su champú? dilató las aletas de su nariz. Le gustó comprobar que, aunque vestía de traje, no había rastro de ninguna loción costosa. Se le antojó fresco, natural, transparente. Más confundida que nunca, respiró aliviada cuando él encontró lo que buscaba y se enderezó.

Le pasó un folleto.

—Aquí están los modelos de sillas y mesas más populares que la compañía ha creado en los últimos diez años.

—Muchas gracias. —Lo ojeó con rapidez—. ¿Puedo llevarlo conmigo para leerlo más tarde?

—Por favor.

El aroma del café invadió el pabellón al tiempo que Tommi depositaba frente a ella una taza humeante.

—Tu café. —Sonrió y, haciendo a un lado los papeles, colocó sobre la mesa una cajita con leche y varios sobres de azúcar. Luego le tendió otra taza a Mika.

—Muchas gracias, ¿de verdad es café de Colombia? —preguntó, conmovida.

—Sí, sí, aunque no sé si es el de mejor calidad. —Torció la comisura de sus labios y se dirigió a Mika—. Lo siento, jefe, pero fue lo único que pude conseguir en Stockmann<sup>14</sup> a la hora que me llamaste.

Con una tímida mirada, Mika dio su opinión:

—No está mal, pero supongo que este no muestra todas las singularidades del café de tu país, ¿verdad? Me gusta el cuerpo del café colombiano, pero me temo que sé más sobre los tipos de café africano que sobre el de Colombia.

—Pues ya tenemos quién nos informe —declaró Tommi.

Los dos la miraron expectantes.

—Bueno..., no soy una experta, pero... es algo que me mueve muchísimo porque crecemos aprendiendo sobre nuestro café y sabemos que es... excepcional. —Sonrió, dudosa de continuar; aunque estaba segura de que Colombia contaba con una cultura cafetera de calidad, no quería sonar pedante. Sin embargo, al ver en sus rostros el interés con que la escuchaban, se dejó llevar por su orgullo patriótico y prosiguió—: Por muchas razones: porque nuestros cafetales crecen en terrenos fertilizados por cenizas volcánicas, porque tienen unas condiciones de temperatura ideales a lo largo de todo el año y porque es un café artesanal, quiero decir... —Confirmó que su grupo la seguía atento y continuó—: Los cultivadores de café en mi país son grupos de familias que atienden de forma directa las plantaciones, desde la recolección y selección a mano de los granos, realizada por las chapoleras o recolectoras, al paciente lavado y secado de estos hasta que

los mejores lleguen al consumidor.

Estaba embebida y contenta conversando con Mika y Tommi cuando, de pronto, el sonido de su móvil los sobresaltó. Incómoda, con cuatro ojos pendientes de ella, miró la pantalla del pequeño aparato y, sin detenerse a pensar en lo que decía, manifestó:

—Discúlpenme, es mi novio desde Colombia. Tiene que haber pasado algo importante para que me llame en este momento. —Salió del stand y se alejó sintiéndose ridícula; no tenía que darles explicaciones de quién o por qué la llamaba. Contestó rápido, antes de que la melodía la dejara sorda—. Saló, ¿estás bien?

—Sí, sí, no te preocupes, renacuajo. Es que no podía esperar para darte la sorpresa que te tengo.

Su voz sonaba torpe, como si hubiera bebido. Varias palabras se agolparon en su cabeza y ninguna de ellas agradable, por lo que, con la rabia embargándola, lo increpó:

—Ayer te llamé varias veces y te dejé varios mensajes, y me llamas a esta hora, cuando sabes que estoy trabajando, y, además, borracho.

—No seas tan rígida y exagerada, Alejandra, solo me estoy divirtiendo un poco en tu ausencia. No he hecho nada malo, aparte de pasarme de copas. —Lanzó una carcajada que se le antojó irónica—. Soy fiel a mi novia. Además, lo que tengo que decirte no podía esperar.

Sintió que estaba a punto de explotar de rabia.

—Mira, Salomón, no tengo tiempo para hablar ahora. Mejor te llamo tan pronto como llegue a casa.

—No, no te enojas, renacuajo, tengo algo que te alegrará. Acabo de enviarte los billetes electrónicos para que vengas a visitarme en Semana Santa, por dos semanas. Es un regalo. —Y volvió a reír—. Seguro que puedes pedir un permiso de unas semanas para estar con tu novio y tu familia.

Consciente de que, si le contestaba, diría algo de lo que se podría arrepentir después, le repitió con voz trémula:

—Cuando llegue a casa, te llamo; ahora tengo que cortar. Adiós.

Y colgó. Vio que sus manos temblaban, respiró profundo hasta tranquilizarse y se aproximó al stand de art & viiva para despedirse de sus superiores. Pero se encontró con que el ambiente desenfadado de antes se había evaporado. Su jefe tenía el iPad abierto y escribía algo en él con suma concentración. Tommi le sonrió y le preguntó:

—¿Todo bien?

—Sí, sí, todo bien, gracias. Bueno, creo que tengo que irme; gracias por el café. —Buscó los ojos de Mika, pero este siguió concentrado en su ordenador. Le daba la impresión de que esquivaba su mirada. Su corazón se desplomó, pero fingió una sonrisa—. Los veré en la clausura, supongo.

—Nos vemos, Alejandra —escuchó que decía Tommi.

Pero fue a la mirada circunspecta de Mika a la que ella prestó toda su atención. Se oyó decir con inquietud:

—Hasta luego.

—Nos veremos más tarde, Alejandra. —Y volvió a su ordenador.

Se marchó con la inexplicable sensación de que parecía decepcionado.

Vaya, primero, su novio y ahora, su jefe. Con los ánimos por los suelos, se retiró a continuar con sus deberes.

Cuando las cosas se ponen mal, no hacen sino empeorar. Tras la indiferente despedida de Mika, lo había visto en la ceremonia de clausura, envarado y solitario. Ni se le había acercado ni él la había mirado. Luego, cuando había llegado a casa, fatigada y desanimada, había tenido una confrontación con Salomón. Un flujo de lágrimas contenidas le hacía cosquillas en la garganta mientras se ponía el pijama. Quería dormir y olvidarse de todo, pero una vez que se acostó, el sueño la rehuyó.

¿En qué se equivocaba? Todo con su novio pasaba de castaño oscuro, y no sabía cómo manejarlo. Quería defender su libertad, una libertad que había ganado a pulso durante largos años, y Salomón lo sabía. Creía que había comprendido su fobia a depender de un hombre. O ¿es que dos años de relación era muy poco tiempo para conocer a una persona? Ya no sabía qué pensar del comportamiento de él.

Odiaba pelear. No quería herirlo, pero tampoco quería pasar por encima de sus propios sentimientos. En momentos como aquellos, echaba de menos las sesiones terapéuticas a las que solía acudir. Necesitaba un consejo que le mostrara un camino intermedio entre las necesidades de su novio y las suyas. No quería erigir un muro entre los dos, pero ¿cómo se había atrevido a presionarla de esa forma? Los tiques no habían sido un regalo, habían sido una sutil orden. Él sabía que todavía estaba en periodo de prueba y que no podía pedir permiso en aquellos momentos. La sensación de que la quería controlar con su dinero, como su abuelo, la agobiaba. ¿O su reacción había sido desproporcionada?

Quizá muchas de sus amigas se sentirían dichosas de tener un novio rico que les solucionara sus problemas económicos, pero ella no. «No, no y no». No quería que su novio le ofreciera regalos costosos y tampoco que tomara decisiones sin consultarle. Eran una pareja, y las resoluciones debían ser tomadas entre los dos. Una solitaria lágrima resbaló y se coló entre sus labios. Esperaría a que ambos se calmaran y lo llamaría al día siguiente.

El sonido del teléfono la volvió a sorprender; rápido, revisó la pantalla: Samuel.

—Sami, qué alegría escucharte. ¿Cómo estás?

—Aleja, lo mismo te digo. ¿Cómo has estado? ¿Interrumpo algo?

—Bien —mintió—, bien. No, no interrumpes nada. Tú sabes que siempre tengo tiempo para ti. ¿Cómo estás, hermanito?

—Lo sé, Aleja, no sabes la falta que me haces. Cali ha perdido color desde que te fuiste.

—Ay, Sami, te noto triste. ¿Sucedió algo?

—No, no te preocupes, todo está bien. Es solo que... me preguntaba si... —Su voz sonaba ronca.

—¿Sí, Sami? ¿Pasó algo? Dímelo, por favor, ¿es que no confías en mí?

—No, no es eso. Solo me preguntaba si te gustaría verme unos días por esos lares.

—Pues claro que sí, gordito. Sería maravilloso tenerte conmigo. No sabes la falta que me haces. Pero ¿qué es lo que pasa, Sami? Tiene que ver con el abuelo, ¿verdad? ¿Qué ha hecho esta vez?

Todos sus instintos protectores hacia Samuel se activaron. Sabía que él había sido el más desafortunado de los tres. Incluso más que ella. La forma de ser sensible y dulce de Samuel era como un trapo rojo ante un toro para el abuelo, quien, creyéndolo un hombre débil, lo había sometido a descalificaciones y humillaciones toda la vida, con la necia idea de que así sería como su otro hermano, Enrique: intrépido, desenvuelto y seguro de sí mismo; lo más relevante, una persona capaz de tomar las riendas de los negocios familiares.

Tanto ella como Samuel habían tenido que batallar durante largos años para superar los miedos y reconstruir su amor propio. Liberarse del control económico y psicológico que el abuelo ejercía

sobre ellos había sido la prueba más dura que ambos habían encarado. Pero al menos ella, por el hecho de ser una mujer, había corrido con la suerte de ser merecedora de pocas expectativas y, por ende, de ser ignorada. En cambio, con respecto a su hermano menor, el orgullo de don Pablo Quijano nunca le permitió concebir otra posibilidad de trabajo que no fuera en el patrimonio familiar. Total, a su muerte, las riendas de la compañía las heredarían los hombres.

No pretendía abrir la puerta a tantos recuerdos dolorosos, pero eran inevitables cuando el abuelo andaba cerca, y aquel chico rollizo que había crecido con ella era como su pie, su mano o cualquier otra parte de su cuerpo. Si lo herían, era como si la hirieran a ella.

Ante su largo silencio, insistió:

—Dímelo, por favor.

—Nada... Mira, Aleja, es mejor que hable contigo en persona, pero no te comas la cabeza. No es tan grave como piensas. Necesito salir un mes de Cali, eso es todo; además, quiero verte.

Con un nudo en la garganta, le respondió:

—No sabes la ilusión que me hace verte; ven, ven. Por supuesto, te quedas aquí conmigo.

—No, mira, no te preocupes, tengo unos buenos ahorros.

—Hablaré con Tía. Ya te había dicho que ella es un poco... especial, pero hablaré con ella. Le pagaré.

—No, solo ayúdame a encontrar un hotel a buen precio, y eso será suficiente.

—Déjame primero intentarlo con Tía; si ella dice que no, pues ni modo, pero me encantaría tenerte a mi lado.

—Gracias, enana. Sí, ya sé que no te gusta que te llame así, pero es que cabes en el bolsillo de mi pantalón.

Alejandra dejó escapar una carcajada llena de ternura.

—Bueno, tú sí me puedes llamar así.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

—Compro los pasajes esta semana y te aviso de cuándo llego, ¿vale?

—Vale, te espero.

Colgó y se quedó sin moverse varios minutos en la oscuridad, sumida en los agridulces recuerdos sobre su familia y su país. Los echaba muchísimo de menos.

Tenía la certeza de que había algo más que su hermano no le decía, pero, resignada, comprendió que tendría que esperar a que él llegara para averiguarlo.

Aquella semana, marzo llegó, y sus ardientes dedos se llevaron los últimos vestigios de nieve, dejando las calles y los parques desnudos y con un leve halo de tristeza. Alejandra se apeó del bus y avanzó absorta en sus pensamientos, sin reparar en el barullo de los vehículos y en la brisa helada que mordía su nariz. Todavía la invadía el alivio que había sentido cuando recibió la llamada de Salomón aquella mañana. Le había pedido perdón, además de reconocer que se había comportado como un machista insensible al comprar aquellos tiques sin consultarle. Cuando le aseguró que usaría el suyo para ir a Finlandia y estar con ella unos días, el enojo y la ansiedad que la habían torturado comenzaron a ceder, y desaparecieron por completo con sus últimas palabras:

«Tú sabes cómo soy, renacuajo: impulsivo en todo lo que tiene que ver contigo, pero cuando me doy cuenta de que la he embarrado, no tengo ningún problema en admitirlo y hago lo que sea para reparar el daño».

Su alivio, sumado a la ilusión de verlo, la hizo desdeñar los nubarrones que vislumbraba en su

relación y pasó de puntillas por encima de la pequeñísima parte de ella que le decía que algo no encajaba. Tenía tanto por hacer y por pensar en aquellos momentos que fue más fácil echarle la culpa a sus inseguridades y sus aprensiones acerca del amor. Además, se consoló, una vez que él viajara, podrían hablar y despejar las dudas cara a cara.

Con todo, había algo sobre lo cual no se permitía reflexionar; ni siquiera era consciente de que palpitaba latente dentro de sí. Se lo insinuaba, sí, esa sensación que helaba sus venas cada vez que advertía la presencia de su jefe.

Sí, su cerebro no lo procesaba, pero su cuerpo sí que lo hacía.

En el transcurso de la semana lo había visto a lo lejos; en una ocasión salía del ateljee cuando, con el aliento contenido, lo vio entrar en el salón de conferencias. Decepcionada de que no se hubiera percatado de su presencia, había proseguido su camino con la inquietante sensación de que él la rehuía, y el porqué se le escapaba. Esa tarde, en la universidad, intentó sin éxito sacárselo de la mente. Al final, dándose por vencida, buscó la paz de la biblioteca con la intención de navegar por internet. Zigzagueó entre las sillas y las mesas que descansaban en silencio hasta dar con uno de los abollonados sillones que vigilaban las columnas atestadas de libros y se sentó. Encendió el ordenador y se puso a leer toda la información que encontró sobre paraplejas, que, a juzgar por lo que había observado, era lo que Mika sufría. Poco después, avergonzada por su curiosidad injustificada, se levantó y fue en busca de algunos de sus compañeros de clase para conversar, decidida a sacarse, de una vez por todas, a su jefe de la cabeza.

El miércoles, Matti le había preguntado si podía ajustar su horario y trabajar toda la jornada el jueves, ya que quería llevarla, junto con Ville, a visitar uno de los talleres que producía diseños de madera para la empresa. Había aceptado encantada, aunque eso implicaba faltar a clases.

El jueves, después de una hora de trayecto, llegaron a la pequeña fábrica ubicada a las afueras de la ciudad de Lahti. Pasaron toda la mañana observando el trabajo de los artesanos, y luego fueron a almorzar a un restaurante de comida tailandesa. Allí, mientras degustaban los picantes platos, el diseñador les contó las estrategias que utilizaba art & viiva para disminuir los costes en la producción de sus muebles, tales como construir todas las piezas en factorías de Europa del Este. Sin embargo, aseguró Matti con orgullo, para la creación de diseños exclusivos y series de lujo, la empresa se decantaba por la artesanía del país. Por la tarde, recorrieron con libertad la pequeña localidad, se adentraron por un flanco de la cerrada arboleda que la abrazaba y avanzaron sobre el entramado de raíces y tierra húmeda, dejándose empapar por el aroma de los cipreses y de la turba. Abandonaron el bosque y se dirigieron a la orilla de un lago lleno de vida. Después, visitaron el lugar donde se erguía un trampolín de saltos de esquí, en el que, según su jefe, cada invierno se celebraba un campeonato de reconocimiento internacional. En todo momento, el arquitecto mantuvo un cariz bromista y distendido que hizo reír no solo a Alejandra, sino al reservado Ville, lo cual la sorprendió gratamente.

Cuando llegó a casa, recibió una llamada de Salomón, quien le prodigó toda clase de palabras mimosas que derritieron su corazón; sin embargo, antes de colgar, le confesó algo que la inquietó. El fin de semana anterior, en el cual se había embriagado, había acudido a una fiesta que Mónica, amiga de Alejandra, había ofrecido a razón de su cumpleaños. Sorprendida, le recordó que a él no le solía gustar su compañera, ni el tipo de fiestas que organizaba, pero Salomón, con una carcajada, le había restado importancia, resaltando que su grupo lo había arrastrado hasta allí al verlo solo y decaído. Con los labios apretados, Alejandra no ignoró lo de solo y decaído y quiso protestar, pero, temerosa de romper la armonía que disfrutaban, guardó silencio. Como si percibiera su malestar, su novio se apresuró a asegurar:

—Para ser te sincero, todo el tiempo me la pasé pensando en ti. Al principio ni bailé ni bebí, pero había tanto alcohol circulando por ahí y mis amigos estaban tan contentos que no quise ser un aguafiestas y me dejé llevar. Bueno..., tú sabes cómo me comporté después. Lo siento, no volverá a pasar.

A pesar de lo que le dijo, una brizna de duda anidó en su corazón y no desapareció en toda la noche.

«A lo mejor soy una exagerada y le doy relevancia a cosas que no la tienen».

Sin embargo, como su hermano llegaría aquel fin de semana, hizo a un lado sus inquietudes y se concentró en solucionar otro asunto pendiente. No lo podía dilatar más.

Veía la televisión cuando escuchó el clic de la llave al ser introducida en la cerradura; acto seguido, se dirigió al vestíbulo y contempló, con una sensación de zozobra, los movimientos que hacía su guapa compañera al quitarse el abrigo.

—Terve!

—Terve —contestó Tiia quitándose los zapatos. Después pasó por su lado en dirección a la cocina.

Alejandra fue tras ella mientras sopesaba qué preguntarle para iniciar una conversación. Temerosa de decir algo que la finlandesa tomara como una intromisión en su vida privada, decidió ir al grano.

—Mira, Tiia —carraspeó—, mi hermano llegará este domingo a Helsinki. Te quería pre-preguntar si podría quedarse unos días aquí. Te pagaríamos, por supuesto, y sería solo por una semana..., mientras él encuentra otro alojamiento.

Silencio.

Su compañera hizo un mohín de disgusto, y Alejandra lo tomó como una negativa, por lo que, cuando estaba a punto de dar media vuelta, resignada, la respuesta la sorprendió:

—Por mí no hay problema si para Xisca tampoco lo hay. La verdad es que ese dinero me vendría bien.

—¡Ay!, muchas gracias, Tiia. Ya hablé con Xisca y está de acuerdo. No te preocupes, ya te darás cuenta de que mi hermano es un amor, y no será molestia para ninguna de las tres. —Tuvo ganas de abrazarla.

—Pues si es como tú, debe de ser muy simpático.

Alejandra se quedó mirándola asombrada.

«Vaya, así que todos tenemos nuestro corazoncito». Le sonrió y, con aprensión, se ofreció a ayudarla a preparar la cena. Doble sorpresa: aceptó. Treinta minutos más tarde llegó Xisca, y las tres disfrutaron de una agradable velada.

Al día siguiente, en la empresa, no olvidó que el personal estaba convocado a la reunión general, por lo que desde que llegó hasta que entró en la sala de reuniones sus manos no pararon de sudar.

No comprendía qué era lo que le ocurría.

Por el rabillo del ojo observó cómo su jefe encendía el proyector mientras ella se sentaba en el lugar más apartado de la sala. Minutos después, Mika comenzó a hablar en inglés, con ese aire de seguridad en sí mismo que antes había asociado con una forma de ser insensible y arrogante, pero que en aquel momento le parecía una notable cualidad para liderar una compañía del peso de *art & viva*. Se dejó ganar por la inflexión grave de su voz y, muy a su pesar, por la atractiva fisonomía de su rostro. Cerró los ojos, en un esfuerzo por esquivar el rumbo que tomaban sus pensamientos, y cuando los abrió, vio que él hacía una pausa para beber agua mientras Tommi repartía unos documentos a todos los extranjeros que participaban en la reunión. Anunció que

continuaría en finés, pero que los contenidos relevantes estaban traducidos al inglés en las copias que su asistente había distribuido.

Alejandra dejó la lectura para otro momento y se dedicó a contemplar, fascinada, la manera como el director articulaba los melodiosos sonidos de su lengua. En cambio, él, a pesar de que recorrió el rostro de todos los presentes, no dio muestras de notar su presencia. Desilusionada, bajó la cabeza y, sin saber cómo gestionar lo que sentía, procuró concentrarse en el escrito que le habían dado. Pero fue inútil: sus retinas vagaron por el papel sin comprender lo que leían y sus pensamientos no se apartaron de su inquietante jefe.

Terminó de hablar, se despidió de todos y les anunció que la próxima semana saldría de gira por algunos países de Europa con el fin de promocionar los nuevos productos y de concretar y cerrar las transacciones pendientes.

«Así que se va».

La percepción de que todo a su alrededor se tornaba gris y desabrido mientras lo contemplaba dirigirse a la salida, con Tommi a su lado, la desmoralizó. De repente, su corazón dejó de latir cuando él se detuvo en la puerta y dio media vuelta hacia ella. Sus ojos se encontraron y se retuvieron unos segundos eternos. Una marea de emociones contradictorias: gozo, temor, anhelo la confundieron y alarmaron. Sin saber interpretar la manera cómo la miraba, quiso ahondar en ello, pero cuando parpadeó, él ya había desaparecido. Apretó sus manos frías y trémulas contra sus mejillas ardientes, esperando que los latidos de su corazón se sosegaran. Luego, se levantó y abandonó aquel cuarto con una dolorosa sensación de pérdida.

De camino a la universidad le puso ganas a sus pasos para llegar puntual a una clase que no tenía la voluntad de escuchar. Cansada, cuatro horas después, llegó a su casa y se fue directa a la cama. Antes de dormirse, su corazón recuperó la alegría cuando se acordó de que Samuel llegaría aquel fin de semana.

El domingo, el sol, como un niño enfurruñado, no se quiso levantar, por consiguiente, miles de esponjosas y agrisadas nubes repartieron melancolía a diestro y siniestro. Aun así, Alejandra estaba tan contenta con la llegada de su hermano que por la tarde, cuando salió a tomar el bus que la llevaría al aeropuerto, la brisa fría no borró la sonrisa que pintaba su rostro. Dejó que el lento vaivén del vehículo la arrullara mientras sus ojos vagaban por los contornos de las edificaciones y las calles silenciosas de Mäkelänkatu, y más adelante, cuando dejaron atrás Helsinki, por la zona urbana de la ciudad de Vantaa. Esperaba que a su hermano le gustara aquella helada belleza.

Se bajó en la parada de la terminal T1 y entró. Se acercó a la pantalla que anunciaba salidas y llegadas y comprobó, con la sangre bullendo emocionada, que el vuelo donde iba su hermano acababa de aterrizar.

Impaciente, tuvo que esperar veinte minutos para ver al hombre de uno setenta y cinco que salía por las puertas automáticas. Con un rápido vistazo, identificó las arruguitas que remataban hacia abajo aquellos ojos azabache de risa fácil. Su piel bronceada contrastó con la blancura de sus dientes, perfectamente alineados. Estos y los ojos eran los mejores rasgos físicos de Samuel. Aunque su cuerpo estaba un poco pasado de peso, ese carácter dulce, que rivalizaba con una mente brillante, le confería tal encanto que algún día, estaba segura, una mujer lo encontraría irresistible.

—Hola, *gordito*. —Lo besó y lo abrazó con tanta efusividad que Samuel lanzó una carcajada que retumbó en el pasillo repleto de gente.

—Ya veo cuánto me has extrañado. —Le devolvió el beso, alzándola sin ceremonia y



haciéndola patalear—. Vaya, estás más flaca.

—Gracias; he perdido dos kilos —le dijo orgullosa.

—No me digas. ¿Acaso he perdido a mi compinche *emborráchate-de-pasteles*? ¿Y ahora quién secundará mi vicio?

—Eh, eh, alto ahí, que la adicción a los pasteles sigue aquí. —Se señaló el plano abdomen—. Lo que pasa es que con todo el trajín que he tenido estos días comer de más no me ha hecho subir de peso. Además, ahora que puedo pagármelo, me he inscrito en clases de pilates, así que no te me azares, *gordito*: cuenta conmigo cuando la carne sea débil. Aquí hay unos... —se besó los dedos — que te derrites solo con verlos. Ven, déjame ayudarte. —Le quitó la maleta de mano y dejó que él se encargara de la más grande—. Creo que será mejor que tomemos un taxi.

—Gracias. No sabes cómo me alegro de verte, *enana*.

—No más que yo. —Sonrió contenta mientras salían y hacían la cola para esperar el vehículo. Aunque, sin poder ocultar más su ansiedad, lo acosó a preguntas—: ¿Cómo está mamá? Cuéntame qué ha pasado. Dime, ¿qué hizo el abuelo? Porque estoy segura de que algo te hizo.

—Espera, espera, ten paciencia; cuando estemos en casa y haya comido algo, te cuento todo. Ay, qué frío hace. —Se abotonó la chaqueta y se ajustó la bufanda.

En ese momento les llegó el turno y se subieron al automóvil. Mientras el conductor guardaba las maletas en el portaequipaje, Alejandra se disculpó:

—Sí, perdón, qué desconsiderada soy. ¿Y cómo está mamá?

Samuel giró la cabeza, pretendiendo interés en lo que lo rodeaba, pero a Alejandra no le pasó desapercibido el suspiro de resignación antes de mirarla a los ojos.

—Qué quieres que te diga, las cosas no han cambiado. Ya sabes cómo es el viejo, y ya sabes cómo se comporta mamá ante él.

Un halo de tristeza la recorrió, y aunque hacía mucho tiempo que se había resignado a convivir con la situación de su madre, todavía le hacía daño escuchar que nada había cambiado. Quizá siempre se lo haría.

Le contó cómo estaba Rosita, y tampoco le pasó inadvertida la tensión en su boca cuando mencionó a Enrique.

Treinta minutos después, el coche se estacionó frente a su piso. Se bajaron, y al intentar pagar, Samuel se encargó sin hacer caso de sus protestas. Luego tomaron el ascensor, burlándose el uno del otro.

—¿Qué cargas aquí?, ¿piedras? Se supone que las maletas de los hombres son livianas, *gordito*.

—Eh, sin críticas, que la maleta está llena de regalos para ti.

—Por eso decía... Tu maleta no pesa nada. —Se las arregló para no reírse.

Cuando entraron, las tres chicas —porque Alejandra estaba segura de que la gata atisbaba desde algún escondrijo— esperaban atentas en la sala. La embargó la gratitud al constatar la calurosa bienvenida que sus compañeras le ofrecieron a Samuel. Tiiia fue la más efusiva, y la volvió a sorprender al oírla decir:

—Encantada de que estés aquí, Samuel. Puedes quedarte con nosotras todo el tiempo que quieras. —Pestañeó con coquetería.

«Vaya». Alejandra hizo un enorme esfuerzo por no reír.

Luego, ambas se retiraron con discreción para dejarlos hablar a sus anchas. Calentó la cena que había preparado para los dos y, mientras la servía, escuchó que sus compañeras se marchaban. Miró a su alrededor, y ni rastro de *Duquesa*. Se sentaron a la mesa y, sin poder esperar más, le preguntó:

—Ahora sí, cuéntame, ¿por qué estás aquí? No es que me queje, pero sé que no es bueno dejar tu empresa sin supervisión en estos momentos.

Samuel resopló.

—Eres pequeña, pero posees la determinación de una mujer grande, ¿no?

La expresión de Alejandra se suavizó.

—Lo siento, *gordito*; si no quieres decírmelo, lo entenderé. —Se llevó a los labios un bocado de salmón.

—No, si no es eso, es que... es doloroso. Creo que esta vez el viejo se pasó.

Se mordió los labios para no recordarle la cantidad de veces que el abuelo había cruzado los límites.

—No quiero que, con lo que te voy a decir, lo odies más.

Sus ojos se encharcaron.

—No te preocupes, te prometo que lo comprenderé. Total, ya nada de él me sorprende. —Estiró su brazo y apretó la mano de su hermano—. Vamos, suéltalo. Dime lo que hizo.

Samuel inhaló y le contó:

—He cerrado la empresa.

Alejandra no dijo nada, esperando a que continuara.

—Este ha sido un año muy duro. Los contratos que había logrado finalmente no se concretaron y me quedé sin dinero para pagar la hipoteca que pendía sobre el negocio. Busqué financiamiento, pero todos los bancos me denegaron los créditos. —Hizo una pausa mientras comía—. Me pareció muy raro, primero, que los negocios no fluyeran como antes, y segundo, que los bancos no me concedieran préstamos, teniendo en cuenta que nunca he dejado de pagar las cuotas. Cuando mi cliente habitual canceló el contrato sin explicaciones y sin importarle la multa por incumplimiento, estuve seguro de que alguien quería arruinarme. Entonces, investigué y me encontré con que... —la miró con dolor— el viejo estaba detrás de todo. Fui a casa y le reclamé. Le grité, ambos nos gritamos, y no fue agradable para mamá. —Suspiró con pesar—. Me detuve cuando noté su cara angustiada. Pero antes de irme, le dije al viejo que nunca más me vería, y empezó con las tretas de siempre: que es un anciano enfermo y cansado, que lo había hecho por el bien de la familia, porque yo debía estar al lado de Enrique, haciéndome cargo del patrimonio familiar. Cuando se dio cuenta de que no me conmovía, me gritó que era un malagradecido, que después de todo lo que había hecho por mí, le debía, al menos, ese pequeño sacrificio. Pero ¿sabes qué, *enana*?, lo que casi me derrumbó fue darme cuenta de que quien orquestó todo fue Enrique. Cuando se lo pregunté al viejo, enrojé de furia, y entonces, estuve seguro. Esa sí que no me la esperaba. Sé que no nos llevamos bien, pero creí que, por encima de todo, nunca intentaría hacerme daño.

Alejandra soltó el aire enfadada.

—Pues ya verás lo que le diré a ese sinvergüenza.

—No, no te involucres. Tú ya sabes cómo es, y por mamá, es mejor no agredirnos más.

—Entonces, ¿no le reclamaste nada?

—No, no pude más. Decidí cortar por lo sano y dejar el país. Hice un arreglo con el banco, pagué lo que pude y cerré la empresa. Ajar me prestó dinero para liquidar a los empleados, y aquí estoy.

Ajar era el mejor amigo de Samuel, un británico de origen hindú al que había conocido cuando estudiaba en Londres.

—¿Y qué pasó con Nora y con Lucía? ¿Y tu apartamento?

Lucía era la fiel secretaria de Samuel, y Nora, la persona que le limpiaba el piso y le cocinaba.

—A Lucía le conseguí trabajo en la compañía de un amigo, y a Nora la empleó una familia

vecina. En cuanto al apartamento, lo dejé a cargo de una agencia de bienes raíces. El dinero del arriendo me servirá mientras consigo trabajo. Visitaré a Ajar en Londres unos días y miraré qué puedo hacer. A lo mejor consigo algo aquí. No lo sé, *enana*; lo único seguro es que no quiero regresar a Colombia.

—Bueno, *gordito*, date un tiempo. Descansa y trata de olvidar. Ya verás que cuando estés listo, empezarás de nuevo. No te preocupes por el dinero, *art & viiva* paga —trató de bromear, pero sus labios esbozaron una mueca triste—. Quiero decir, mi salario es bueno, así que yo te ayudo. Lo siento, Samuel, lo siento de veras.

Terminaron de comer y se retiraron a conversar al sofá hasta que sus compañeras regresaron. Y con la ayuda de una muy dispuesta Tía, desplegaron el sillón para que Samuel descansara.

Antes de apagar la luz y dirigirse a su cuarto, Alejandra depositó un beso en la frente de su hermano y le agradeció a Dios en silencio por tenerlo con ella, a pesar de las tristes razones que lo habían empujado hasta allí.

En la oscuridad de su dormitorio, dio rienda suelta a la rabia que sentía contra el abuelo y contra Enrique. Apretando los puños, golpeó la almohada. «Par de sinvergüenzas». Sabía que trabajar en los sentimientos de frustración que la invadían era lo único que podía hacer por ella y por Samuel. Esos dos nunca cambiarían. Lo había comprendido con claridad en psicoterapia, por eso se había distanciado de ellos. Dolía, pero imaginaba que para su hermano resultaba aún más duro. Era un hombre, y eso lo colocaba en una posición más delicada, pues para el abuelo era inadmisibles que uno de sus nietos varones pensara y actuara de modo diferente a lo que él quería.

Por otro lado, lo sentía por su madre, pues sufría muchísimo cuando el abuelo se ensañaba con el más sensible de sus hijos.

Todo aquello removía los viejos espectros que había encerrado en ese lugar de su alma que mantenía fuertemente cerrado, pero que la acechaban cada vez que se sentía frágil, buscando una oportunidad para controlar su vida como antes.

Gimió.

No, no era el momento de sentir miedo. Estaba lejos de Colombia, lejos del control del abuelo, y contaba con los recursos emocionales y económicos para ayudarse y para ayudar a Samuel.

## CAPÍTULO 15

Samuel abrió los ojos y por un momento esperó escuchar el canto de los pájaros a través de la ventana de su apartamento en Cali, pero al sentir las agujetas por todo su cuerpo recordó que estaba en Helsinki, durmiendo en un incómodo sofá cama. Se incorporó un poco y sintió que algo se movía en su pecho. Ah, sí, la hermosa visitante que había llegado en mitad de la noche. ¿Qué podía decir? Era un latin lover. Se rio de sí mismo; ya lo quisiera él. La única razón por la que las mujeres se le acercaban se debía al monto de su cuenta bancaria. Eso, y por su ilustre apellido materno, sello y garantía de su viejo.

Alzó a su bonita compañera de cama y la estudió. Ella maulló en protesta. Se rio y la volvió a colocar sobre su pecho. Sintió el ronroneo, como el carburador de un motor, mientras la acariciaba. Era divina. Le besó la punta de la oreja. Le encantaban los animales.

La puso con cuidado en el suelo y se levantó. Le dolía un hombro; estiró el brazo, pero el dolor no cedió. Como el de su corazón. Los recuerdos de lo que el viejo había hecho lo volvían a herir. Mira que empeñarse en destruir su empresa para tenerlo en sus manos... Sacudió la cabeza; el tiempo se encargaría de aligerar aquel dolor. Era la historia de su vida: perdonarle a su abuelo todo lo que le hacía.

Se puso su fino batín negro de camino a la cocina. Entró y abrió el tragaluz que vio a la altura de su cabeza, dejando que los azafranados visos del sol penetraran con libertad. Sin importarle el viento helado que se colaba, empezó a preparar el desayuno. La gata rozó con el lomo el dobladillo del pantalón de su pijama y maulló.

—Sí, mi niña, sé que tienes hambre, pero no sé qué puedo darte y no quiero que tu dueña se enoje conmigo. Ten paciencia, que ella... Ah, ahí está. Buenos días, Xisca.

—Buenos días, Samuel. ¿Has dormido bien? ¡Uy, qué fresco hace aquí!

—Oh, disculpa... —Se apresuró a cerrar la ventana, luego se giró y contempló a aquella bonita mujer. El día anterior, su hermana se la había presentado junto con la otra, la rubia, pero no había tenido tiempo de hablar con ellas. Reparó en su enmarañado cabello mañanero y se topó con unos intensos ojos verdes. Sí, era tan bonita como su gata, sin embargo, no se hacía muchas ilusiones; ya sabía que su figura de clásico intelectual no enloquecía a las chicas. Sería un milagro si lo encontrara atractivo.

Se dio cuenta de que la recorría de los pies a la cabeza con fijeza cuando volvió a encontrarse con sus pupilas y detectó enfado en ellas. Un desagradable calor subió por su cuello, y se giró para disimular su incomodidad.

—¿Quieres café colombiano? Lo traje conmigo.

Como no le respondió, se giró otra vez y trató de alejar la mirada del escote de su pijama. El enfado no se le había pasado, sin embargo, le respondió:

—Sí, gracias.

Respiró aliviado e intentó iniciar una conversación.

—¿No tienes que ir a trabajar?

—Hoy entro a las nueve —le contestó con sequedad mientras le daba de comer a la gata.

Bueno, no esperaba que saltara sobre él, pero al menos podía ser más simpática, ¿no?

No le preocupaba.

Resopló. ¿A quién quería engañar? Su desértica vida amorosa lo tenía acoplejado, y esa chica europea acababa de pisotear la escasa autoestima que le quedaba. ¿O era su autoimagen? ¿O

su autoconfianza? En fin, cualquiera de esos autos que tan bien conocía a razón de años de psicoanálisis.

—Qué frío hace. —Ella se pasó las manos de arriba abajo por los brazos para calentarlos.

Sin pensar si parecería demasiado íntimo o no, Samuel se quitó con rapidez su batín y se lo puso sobre los hombros.

Lo miró sorprendida con esos ojazos verdes y tuvo la sensación de que se había vuelto a equivocar. Sintió en sus mejillas el calor delator de antes.

—Perdona..., no quise ser grosero. Tenías frío...

Para su sorpresa, le dijo:

—Gracias. —Le sonrió mientras metía los brazos por las mangas del batín y lo ataba en torno a su cuerpo.

Animado, manifestó:

—De nada... Estoy preparando huevos revueltos, ¿quieres acompañarme?

—Te lo agradezco. Voy a cortar el pan.

—Oh, no, no. Tu siéntate, yo preparo todo. —Los ojos le brillaron con timidez—. Por favor, déjate atender.

—¿Dejarme atender? —Arrugó la nariz.

—Que dejes que yo haga todo, y tú solo lo disfrutas.

—Muy bien, gracias.

Silencio.

—¿Es tu primera vez en Finlandia?

—Sí, pero no en Europa.

Ella alzó una ceja, instándolo a continuar.

—Viví unos cuantos años en Londres. Estuve haciendo un MBA, y después viajé un poco por aquí y por allá.

El olor del café invadió la cocina. Cortó el pan y, una vez listos los huevos, los repartió en dos platos. Vio una bandeja y colocó todo sobre ella.

—¿Y en qué trabajas? —le preguntó en tanto sacaba mantequilla y mermelada de la nevera.

—Soy ingeniero electrónico. Tenía una empresa que ofrecía mantenimiento informático, pero..., bueno, decidí cerrarla —le contó de camino al comedor.

Mientras desayunaban, Xisca le formuló preguntas sobre Colombia y su vida allí; estaba menos hosca que antes, y eso lo alentó a hablar sobre sí mismo, pero cuando quiso indagar sobre ella, cambió de tema. Le hubiera gustado averiguar si tenía novio, pero, respetando su reserva, guardó silencio, esperando que ella retomara el hilo de la conversación con el tema que eligiera.

—¿La gata durmió contigo?

La inesperada pregunta lo sorprendió; parecía enfadada. Inseguro, confesó:

—Toda la noche.

—Ya.

Después de otro largo silencio, como si hubiera sopesado los pros y los contras de compartir algo acerca de su vida con él, le comentó:

—Es que ella no permite que nadie la toque, aparte de mí. Es nerviosa y muy desconfiada. Me temo que la maltrataron antes de que yo la adoptara.

—Ah, pues qué bien... Es decir, es una pena que la maltrataran, pero qué bien que yo le gusto. Si tú quieres, puedo darle de comer y limpiar la caja donde hace sus necesidades mientras tú estás en el trabajo. —Esperó ansioso su respuesta.

—Muchísimas gracias, puede que te tome la palabra.

—Será un placer. Es una forma de agradecerte por las molestias de tenerme aquí, y si la gata me ha dado el honor de confiar en mí, es lo menos que puedo hacer por ella.

Xisca no dijo nada, pero asintió con la cabeza. Luego soltó:

—Duquesa.

—¿Cómo?

—Su nombre es Duquesa.

—Duquesa... Me gusta.

Continuaron desayunando en un agradable silencio, pero en ningún momento lo miró o le sonrió; él sí, por supuesto, de reojo. Con desilusión, vio que ella se levantaba, se quitaba el batín y se lo entregaba. Y antes de dirigirse a la cocina, con los platos en la mano, le anunció:

—Me tengo que ir. Gracias por el desayuno..., por todo, y que lo pases bien.

Oyó que se duchaba y luego todos los ruidos que hizo. Supo que se vestía mientras él acomodaba el sofá y doblaba la manta que había usado; lo encontró tan personal que se turbó.

Minutos después, Xisca entró en la sala vestida con unos pantalones negros y una blusa blanca. El aroma de su champú lo inundó todo. Le pasó un papel y, con ese bonito acento español, le dijo:

—Aquí tienes, es un mapa de Helsinki. Que tengas un buen día.

Y lo dejó allí con el corazón acelerado.

## CAPÍTULO 16

Malhumorada, Alejandra contempló la atmósfera gris que flotaba por las calles de Helsinki aquel día. Le sorprendían los cambios bruscos del clima en Finlandia: por la mañana el cielo había salpicado de amarillo sus pasos hacia *art & viiva*, y en aquel instante, el aliento helado cubría hasta las barbas del sol. No deseaba ir a la universidad, lo que quería era agazaparse entre las mantas de su cama con una taza de alguna bebida caliente y conversar con su hermano. Recostó la cabeza contra la ventanilla y pasó revista a la gente que se amontonaba en el tranvía. La variopinta fisonomía de tantas etnias todavía la maravillaba; le encantaba adivinar la nacionalidad, y si tenía suerte, lo corroboraba cuando los escuchaba hablar. Se levantó y se ajustó el coqueto gorro azul que había comprado en un momento de debilidad; no necesitaba otro más. Se bajó del tranvía y se apresuró a entrar en la cafetería de la facultad. Antes de dirigirse al aula quería entrar en Facebook.

Ya no aguantaba más, quería despejar de su cabeza las dudas que la venían atormentando.

Tras comprar una taza de café y quitarse el abrigo, se sentó y miró nerviosa alrededor. Se sentía culpable, lo cual era una ridiculez. Tenía todo el derecho a sentir recelos, ¿no? Buscó el perfil de Mónica y, una vez allí, revisó el álbum de fotos que su amiga había colgado sobre su fiesta de cumpleaños.

Nada. Salomón no aparecía en ninguna.

Aliviada y avergonzada a partes iguales, salió de la cuenta. Miró su reloj, todavía tenía tiempo para revisar su correo. Leyó con rapidez los mensajes recibidos y, aunque vio uno de su mejor amiga, Adriana, se decantó por abrir el de Mónica, que le extrañó por eso de las casualidades, se dijo con ironía. Su corazón ralentizó el ritmo de sus latidos con lo que encontró: decía estar muy enamorada de alguien, quien desafortunadamente tenía novia, pero dudaba que él la quisiera tanto como decía porque buscaba a Mónica con insistencia. Terminaba el mensaje pidiéndole un consejo: «¿Qué harías tú en mi lugar?».

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, justo lo que necesitaba. ¿Acaso era una indirecta? No era inusual que Mónica le pidiera consejo sobre las numerosas relaciones que había mantenido, pero todo aquello le llegaba en un momento en que se sentía acosada por la desconfianza.

Sin saber qué responderle, lo dejó para más tarde. No tenía más tiempo. Abandonó la cafetería y entró en el aula. Entre las palabras de la profesora, sus sospechas adquirirían un tono más y más grotesco: ¿sería capaz Salomón de tener un idilio a espaldas de ella? ¿Era su imaginación o la intención de Mónica encerraba algo más que pedir su opinión?

Dos horas después, salió de la universidad y tomó el bus que la dejaría cerca de la casa de Bernadette. Inspiró y soltó el aire con impaciente resignación; quería estar con Samuel, pero no había tenido corazón para cancelar la cita que había concertado con la mujer la semana anterior.

Subió los cuatro pisos corriendo y llegó jadeando ante la puerta. Llamó al timbre y de inmediato escuchó los roncós ladridos de *Júpiter*; a continuación, unos pasos, una puerta cerrándose y, unos dos minutos después, el crujido de otra abriéndose.

—Bienvenida, cariño. Pasa, pasa. —Con una enorme sonrisa, la anciana se hizo a un lado, esperó a que entrara y, acto seguido, le tendió una percha para que colgara su abrigo y unas zapatillas. Se quitó sus zapatos y se las calzó.

Los desesperados ladridos del perro la inquietaron. Quería verlo, pero no deseaba que se arrojara sobre ella, y a juzgar por la fuerza con que empujaba la puerta del cuarto donde estaba,

no saldría de allí sin por lo menos dos cardenales.

—Ay, *Júpiter* te ha extrañado...

—¿Sí? —Nerviosa, se pasó la mano por el cuello en un gesto de protección y no supo qué más decir.

Con un destello divertido en los ojos, Bernadette continuó:

—Pero si le permito salir, no nos dejará conversar tranquilas. Siéntate, cariño.

Exhaló aliviada mientras se dirigía a la sala. Los ladridos continuaron y, para cuando las dos colocaron los platos y las tazas de té sobre la mesa, se convirtieron en auténticos aullidos.

«Valiente sinvergüenza».

De pronto, ambas se miraron y estallaron en carcajadas.

—Ignóralo, no se traumatizará por quedarse encerrado una hora. Cuéntame, ¿cómo te ha ido? Te veo más delgada.

—¿Verdad que sí? —afirmó, un pelín vanidosa, y soltó otra carcajada.

Su amiga entró en la cocina y regresó con un pastel de chocolate. Lo colocó sobre la mesa, cortó dos porciones y le pasó una.

—Ay, qué delicia. —Alejandra saboreó un trozo con los ojos cerrados—. Parece que por fin se dio por vencido —susurró cuando notó que ya no se escuchaban los ladridos, pero se arrepintió en el acto, porque *Júpiter* reanudó su concierto.

Suspirando con impaciencia, la anciana le preguntó:

—¿Y cómo van las cosas en tu trabajo, querida?

Entre bocado y sorbos de té, Alejandra le contó todo sobre su aventura laboral, enfatizando los fallos cometidos para hacer reír a la anciana y, de paso, reírse de ella misma. Luego pasaron al tema preferido de Bernadette: su difunto esposo, y como hacía siempre que hablaba de él, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No dejo de extrañarlo. A veces creo que sería mejor regresar a Irlanda y estar cerca de mi hijo y mis nietos, pero siento que si me voy de aquí, lo perderé para siempre. Su país y su recuerdo son lo único que me queda de él.

Con una extraña añoranza y un nudo en la garganta, Alejandra le preguntó:

—¿Cómo supiste que era el hombre correcto?

—Lo supe desde la primera vez que lo vi. —Rompió a reír—. Él viajó a Irlanda durante unas vacaciones de verano y fue a comer al restaurante donde yo trabajaba como camarera para pagarme los estudios. Me acerqué a su mesa y, cuando nos miramos a los ojos, mi corazón supo que con él estaría a salvo. No sé explicarte qué, pero algo aquí me lo decía —señaló su pecho—, y nunca me arrepentí de seguir esa señal. Esa noche, esperó con paciencia a que terminara mi turno y me acompañó a casa. Cuando se despidió con la promesa de verme a la mañana siguiente, supe que había encontrado a mi alma gemela. Nos casamos tan pronto como pudimos.

Cuando se dio cuenta, Alejandra saboreaba el agua salada que se había deslizado por su rostro.

—Lo siento. —Sorbió por la nariz.

—No, no tienes que disculparte. —Le entregó un pañuelo de papel—. ¿Te sucede algo, querida?

—No, bueno, sí. No lo sé. Es que... tengo la sensación de que...

No encontraba cómo ponerle nombre a todo lo que sentía respecto a su relación con Salomón.

—¿Sí? —la instó a continuar.

—A veces no sé si hice lo correcto en venir a estudiar y dejar a mi novio en Colombia.

El silencio fue alterado por el ligero roce de la taza de té que Bernadette colocó sobre el plato.



El perro hacía unos minutos que se había tranquilizado.

—¿Te arrepientes de haber venido?

—No. Esto ha sido... Es la experiencia más maravillosa que he tenido en mi vida, me siento libre y orgullosa de lo que he logrado hasta ahora, pero supongo que siempre que se gana algo, también se pierde, y mi novio no está tomando muy bien esta separación.

—Mira, querida, si haces algo que te produce gozo, además de crecer como ser humano, no puede ser un error. Todo lo que prospera en ti, se lo ofreces a él. Tener la oportunidad de vivir y trabajar en otra cultura abre tu corazón y tu mente a otras posibilidades. Si él es el hombre indicado para ti, encontraréis la forma de resolverlo.

Cuando dejó la casa de Bernadette, las dudas seguían desfilando por su cabeza. Quería creer que sus recelos la habían vuelto demasiado suspicaz, pero le parecía muy raro el correo electrónico de Mónica. Quizá era una coincidencia. Salomón nunca haría nada para arriesgar la relación. ¿O sí?

La volubilidad en el amor era un rasgo de la naturaleza humana, no lo olvidaba.

Las dos semanas que Mika no estuvo en *art & viiva* volaron gracias a la presencia de Samuel; aun así, los solitarios corredores y los rostros de sus colegas le hablaban de una ausencia que no se atrevía a añorar. Los días oscilaban como en un péndulo, deteniéndose solo en sus extremos: en uno, los cielos cerrados y fríos la hacían anhelar el sol de su patria, y en otro, los firmamentos azules, salpicados de amarillo, le permitían disfrutar del agradable olor a tierra húmeda y fresca.

Alejandra aprovechaba cada momento libre que tenía para mostrarle Helsinki a su hermano. Recorrieron la elegante calle de Esplanadi, donde abundaban las tiendas de marcas costosas y simpáticos cafés. Se detuvieron en uno de ellos y degustaron una deliciosa tarta acompañada de una humeante taza. Después, cruzaron la calle y caminaron a lo largo del parque que la circundaba hasta llegar a la zona del puerto, y desde ahí subieron por el paseo que bordeaba el Báltico. Contemplaron el azul verdoso de las aguas rizadas por el viento y los valientes botes que las surcaban.

En otra oportunidad, deambularon por el parque Kaivopuisto, que los domingos se llenaba de familias, parejas, solitarios y mascotas. Observaron a los patos silvestres con su caminar desmañado, las cornejas que buscaban larvas y las gaviotas gritando en el cielo. A Samuel le encantaban los animales, por lo que seguía con la cámara el acicalamiento de sus plumas y su ascenso a las nubes.

Visitaron el singular monumento dedicado al compositor finlandés Jean Sibelius, que un melómano como su hermano supo apreciar, y que una artista como Alejandra todavía encontraba fascinante.

Presumiendo juguetona de lo que había leído, le preguntó a su hermano:

—¿Qué crees tú que es?

—Hummm... —Contempló los tubos de acero—. Parecen notas musicales.

—Sí, me gusta tu descripción. Tengo entendido que la escultora murió sin revelar el significado de lo que creó, pero hay varias hipótesis y todas son muy bonitas. Una asegura que son los tubos de un órgano; otra, que son cristales de hielo, pero la más significativa dice que son los trazos de la aurora boreal.

—¿Y tú qué crees?

—Creo que representa el canto del viento entre los bosques.

Aquel día terminaron su paseo entrando a escuchar un concierto en una famosa iglesia luterana,

de nombre impronunciable para Alejandra, pero cuyo diseño arquitectónico Samuel apreciaría. El templo había sido construido en el interior de una roca, dejando sus paredes casi sin labrar, confiriéndole un toque original, además de una excelente acústica. Se usaba también para dar conciertos.

Cuando no estaba pendiente de su hermano, lo estaba de su novio. Este la llamaba todas las noches y su comportamiento era cariñoso y condescendiente, lo que había aplacado sus dudas y sus miedos. En cuanto a Mónica, intentó ponerse en los zapatos de su amiga y apoyarla, pero no estaba de acuerdo con que se engañara, adrede, a la tercera persona de aquel triángulo amoroso. Así que, siendo muy cuidadosa para evitar lastimarla, le dijo lo que pensaba de esa situación.

Aquel domingo no podía salir con su hermano porque tenía una reunión con su grupo de estudio. Se levantó con ganas de gruñirle a todo. Se dirigió a la cocina y cuando entró, se cruzó de brazos para contemplar, entre sorprendida y divertida, el alegre panorama: Samuel preparaba el desayuno con las chicas de la casa revoloteando en torno a él. Bueno, más bien era la vivaz Tiia, quien hablaba y reía intentando reducir el espacio físico entre ambos al quitarle un hilo imaginario a su batín. Xisca sonreía, pero guardaba la distancia.

La ternura se instaló en su pecho y se le atoró en la garganta mientras se apoyaba contra el quicio de la puerta. Nunca lo había visto tan abierto y hablador. Escuchó cómo su compañera lo invitaba a pasar el día con ella, y cómo él, sin éxito, intentaba incluir a Xisca.

—Buenos días a todos —dijo en inglés—. Voy a ducharme y a vestirme. Por favor, déjenme algo de lo que sea que estén preparando.

Su hermano se acercó y le pasó un vaso con zumo de naranja.

—Hummm, gracias. —Se lo bebió mientras buscaba con la mirada a la gata; la vio acechando desde su escondrijo favorito. Cuando terminó, le lanzó un beso y abandonó la cocina.

Tras ducharse, vestirse y desayunar, salió pitando para la universidad, no sin antes prometerle a Samuel que los encontraría en el centro para cenar con ellos.

Mientras se dirigía a la parada del bus, pensó en Xisca. Últimamente la había notado triste y silenciosa. Preocupada, la noche anterior le había preguntado si le pasaba algo, pero ella, ofreciéndole una sonrisa fingida —estaba segura de ello—, le había contestado: «Nunca me he sentido mejor». Resignada, no insistió, pero le había dolido que no confiara en ella.

Fuera, el brillo del sol se tomaba en serio eso de llenar de luz las calles de la ciudad, y a pesar del frío, el ambiente estaba salpicado de alegría. Mientras iba en el tranvía, arrullada por su runrún, sacó el cuaderno de dibujo y unos cuantos colores para plasmar en él todo ese juego de luces que la sobrecogía. Cuando llegó a la universidad, antes de reunirse con el grupo, buscó un lugar tranquilo, se sentó y encendió el ordenador. Sorprendida, se encontró con un *e-mail* de Amanda, una amiga de quien hacía tiempo que no recibía noticias. Hasta donde sabía, estudiaba en Estados Unidos. Lo abrió y, de pronto, sintió que la sangre abandonaba su rostro y que la tierra dejaba de girar.

De: saman.234@smel.com

Para: ale2diaz@htttth.com

Hola, Aleja. ¿Cómo vas?

Me imagino que muy, pero que muy bien. Me enteré de la noticia de que estabas cursando un máster en Finlandia y, lo mejor, que habías terminado con Salomón. Te felicito, porque ese donjuán no vale la pena. Ahora es el problema de otra: de la pobre Mónica. Aunque ella se ve muy feliz, pero, aquí entre nos, no es tan buen partido como ella cree. Ahora sí te lo puedo decir, querida Aleja: es un encantador de serpientes. Quiero que me cuentes si ya le tienes repuesto con

algún guapo vikingo, que no nos hacemos jóvenes, querida.

De mí te cuento...

No pudo leer más. Todas las certezas que se había negado a ver encajaron, como lo hacían los signos precisos que conformaban una palabra en un crucigrama. Y lo que más le dolía era la manera como Mónica se había asegurado de que ella se enterara. Amanda era amiga de las dos. Por supuesto, se burló de sí misma con amargura, qué estúpida era, se lo había insinuado en su correo, solo que pensó... Sacudió la cabeza. Dios mío, ¿hasta cuándo pensaba Salomón mantener la farsa?

«No te lo iba a decir», le respondió una voz.

«No lo condenes sin antes hablar con él».

No. No más excusas. La culpabilidad de su novio quemaba en las palabras de sus dos amigas.

Quiso llamarlo en ese instante. Qué diablos le importaba que fueran las tres de la mañana, le debía una explicación.

Pero con toda esa rabia y ese dolor ahogándola era mejor que se sosegara primero. Sus manos temblaron; tenía frío. Como pudo, apagó el ordenador y lo guardó en su mochila. Se encaminó a los baños, entró y vio a una chica que se lavaba las manos. Sus ojos se encontraron a través del espejo y, al leer la curiosidad en su rostro, supuso que el suyo mostraba lo alterada que estaba. Ingresó en uno de los cubículos, bajó la tapa del váter, se sentó y se echó a llorar. Su cuerpo fue sacudido por espasmos de desengaño y decepción. ¿Había una remota posibilidad de equivocarse?

No, no la había. Mónica se había asegurado de que se enterara.

Una media hora después, más calmada, sacó su móvil y le envió un mensaje a todo el grupo explicándoles que no podía reunirse con ellos. Con movimientos lentos, salió del cubículo y se acercó al lavabo. Miró sus ojos enrojecidos, se echó agua fría y se secó con el jersey.

Deambuló un tramo largo antes de tomar el bus a casa, y mientras iba en el vehículo le envió un mensaje a Salomón por WhatsApp. Quería hablar con él cara a cara a través de Skype.

El silencio y la gata la recibieron cuando abrió la puerta del apartamento, pero mientras iba por el corredor, escuchó ruidos en el cuarto de Xisca. Se apresuró a esconderse en su habitación; no quería hablar con nadie. Encendió el ordenador y esperó. Recibió un mensaje de él donde le decía que estaba esperándola. Qué rápido, pensó con ironía. Eran, miró su reloj, las cuatro de la mañana en Colombia. ¿Habría estado con Mónica? Puso música para que nadie los pudiera oír y presionó el icono que mostraba su figura. De inmediato, apareció la cara de Salomón.

—Buenos días, renacuajo —bostezó. Notó que estaba vestido.

No le respondió. ¿Para qué? No quería ser cortés, sin embargo, se obligó a hablar con suavidad, controlando las ganas de gritarle.

—Háblame de tu idilio con Mónica.

Se quedó mirándola en silencio, luego se rio, y a Alejandra se le antojó que más que reír esbozaba una mueca cínica. ¿Cómo había podido equivocarse tanto?

—¿De qué me estás hablando? ¿Estás loca?

Sí que tenía descaro.

—No te permito que me faltes al respeto más, no estoy loca. Ten siquiera el coraje de decirme la verdad.

Silencio.

—No sé de qué me hablas... —Su voz se apagó... Y Alejandra supo que era verdad.

—¿Desde cuándo te acuestas con ella?

—No es lo que tú piensas.

—¿Ah, no? ¿Es que hay otra manera de que tu novio esté con otra mujer?

—Ocurrió solo una vez, y fue porque me sentía muy solo.

¿Lo había conocido alguna vez? No le importaban sus razones, ya no. Podía ser leal y tonta una vez, ¿pero dos veces?

No lo perdonaría. No quería escucharlo ni darle la oportunidad de que la envolviera y la confundiera, creándole dudas que la llevaran a perdonarlo, como había visto que hacían los novios de sus amigas. Se acabó. Con una fortaleza que no sabía que tenía, le espetó:

—No me importa si te sentías solo. Esto se acabó, Salomón. No quiero saber nada más de ti.

Y colgó.

Se hizo un ovillo en la cama y permaneció allí durante horas. Luego le mandó un mensaje a Samuel cancelando la cena con la excusa de que tenía que estudiar.

Oyó, como en un sueño, el sonido de la puerta al cerrarse. Mejor; sola podía llorar a sus anchas. Pero no fue capaz de verter ninguna lágrima. Tampoco pudo dormir.

Tiritando de frío, contempló cómo la claridad se prolongaba hasta bien entrada la tarde, y cuando por fin el cuarto se llenó de sombras, el mundo dejó de existir.

## CAPÍTULO 17

Otra invitación que rechazaba. Otro fin de semana que se quedaba en casa, escondiéndose como una vieja amargada. El eco de la risa de Tiia y el suave acento del hermano de Alejandra al contestarle en inglés se fueron alejando por el pasillo mientras Xisca se quedaba mirando la puerta de madera cerrada tras ellos. Tuvo la sensación de un *déjà-vu*. El destino, que la volvía a dejar del otro lado. Del lado de la soledad. Inquieta, intentó no echarse a llorar.

Su gata maulló, y Xisca se inclinó para cogerla.

—Sí, cariño, es mejor que me quede haciéndote compañía.

Encontró los iris dilatados de *Duquesa* y le pareció intuir en el fondo una profunda melancolía.

—No, no te sientas mal. Estaré bien, ya lo verás.

Le dio un beso, la bajó y fue a por un poco de vino. Con la copa en la mano, se dirigió a la sala y encendió la televisión. No se arrepentía de rechazar la invitación de acompañar a Tiia y a Samuel. Dos son compañía, tres son multitud. De verdad que no se arrepentía. Pero la tristeza seguía oprimiéndola. Dejó que el sabor del vino tinto inundara su boca mientras cambiaba los canales sin mirarlos, y como no le gustaba engañarse a sí misma, aceptó que estaba celosa.

Sí, sentía celos de que al hermano de Alejandra le interesara su compañera de piso. Lo cual era absurdo, pues ella no estaba lista para una relación.

Qué lío.

Tampoco quería sentirse atraída por él, pero había algo en la timidez de aquel hombre... que suavizaba su endurecido corazón. Y la sorprendía, porque se conocía muy bien, y ternura era lo único de lo que carecía. La sangre mediterránea borboteaba enérgica por sus venas; la alegría, la generosidad y la franqueza, la cual en ocasiones rayaba en la brusquedad; pero de ahí a que alguien le inspirara ternura... Movió la cabeza, escéptica. Ni siquiera... Juan, en sus buenos momentos. A excepción, claro está, de su gata.

No le gustaban los sentimientos que Samuel le despertaba. Continuó jugando con el mando a distancia hasta que dio con un programa español. Al escuchar el acento de su tierra, el flujo de recuerdos que con tanto afán guardaba bajo llave flotó y la hirió.

Juan. Aún le dolía pronunciar su nombre.

Subió el volumen e hizo a un lado su imagen con rabia, pero no pudo evitar las otras que la acompañaban: ellos dos comiendo en casa de sus padres los domingos; las tardes de sol y la humedad con sabor a mar acariciando sus pasos mientras caminaban cogidos de la mano por la Malvarrosa; los sábados de bailete en la disco, aun cuando en los últimos dos años, como le había dicho con desprecio, se había convertido en una sosa y una aburrida.

Hacía dos años, cinco meses y tres días que no sabía de él.

Las imágenes se sucedían como en aquel día. Su propia voz y sus ojos suplicándole que no se fuera, y él mirándola con frialdad después de diez años de relación y de toda una vida de compartir penas y alegrías. Le resultó tan fácil decirle que lo asfixiaba, que ella, con su afán de cumplir con las responsabilidades, lo había abandonado y que por eso había encontrado el amor y la comprensión que se merecía en otra mujer.

Era natural que su primer fracaso amoroso hubiera resultado devastador; ella, que había sido la única mujer entre cuatro hermanos, tan querida y protegida por su familia. Pero ¿cómo podía ser de otra manera? Habían ido al mismo colegio, él un año por delante; se habían hechos novios en la adolescencia y continuado su romance en la universidad. Después de licenciarse y de encontrar

trabajo, se habían ido a vivir juntos y se compraron un piso, que Xisca encontró demasiado grande y lujoso para una pareja que apenas comenzaba, pero que Juan consideró perfecto para los hijos que deseaban tener. Sin embargo, las cosas se complicaron cuando Juan perdió el trabajo, como muchos otros, por la crisis, y ella se vio obligada a asumir las cuotas de la hipoteca. Sí, no le había brindado la atención que él seguramente necesitaba, y el punto de inflexión llegó cuando ella también perdió su trabajo. No pudieron salvar el piso y tampoco la relación.

«Qué estúpidas somos las mujeres cuando estamos enamoradas». Pensaba que lo conocía, pero el individuo que le había dicho adiós sin mirar atrás era un completo extraño. Y lo más difícil, después de revolcarse en la rabia y el dolor, fue darse cuenta de que, muy en el fondo, ya había sentido que estaba enamorada de un príncipe que no era tan azul. Lo sabía, pero siguió queriéndolo porque le aterraba aceptar que nunca la había amado. Cuando se dio cuenta de que él no volvería, no le quedó otra cosa que admitirlo.

Entonces decidió romper con todo y empezar de nuevo.

Una noche perfiló sus labios de rojo, se puso el vestido de cuatrocientos euros que nunca usaba, porque lo guardaba para ocasiones especiales que nunca llegaban, y les inyectó voluntad a sus piernas para acudir a un bar y liarse con un atractivo desconocido. Había sido fácil. Encontrar sexo siempre era fácil. Volcó en él la rabia visceral que la había consumido y, sin arrepentimientos, regresó al piso de sus padres de madrugada. Entró y se sentó en la cama que tenía desde niña; encendió el ordenador y se lanzó a por las ofertas de trabajo fuera de España.

Y allí estaba, con una nueva vida por delante.

Encontró que los finlandeses eran fríos y silenciosos, pero que la trataban con justicia y respeto. Sus alumnos, sonrió, eran igual de revoltosos y alegres que los chiquillos españoles. Su vida profesional nunca había sido mejor, pero... ¿qué había pasado con su vida sentimental? ¿Cuánto hacía que no se preocupaba por verse guapa? Tenía una bonita figura, pero la escondía entre ropa gris, negra y opaca. ¿A dónde se había ido la chica apasionada que quería una relación como la de sus padres, y tantos hijos como ellos?

Quizá ya era hora de dejar atrás el pasado y empezar a vivir otra vez. Daba miedo, sí. Además, con la preciosa Tiia de por medio, la competencia era desigual. ¿Pero qué decía? ¿Acaso importaba? En unas cuantas semanas, Samuel regresaría a su país, y no volvería a verlo.

Decidida a batallar contra el desánimo, apagó la televisión, se vistió y se dirigió a Tennispalatsi<sup>15</sup> a ver una película.

## CAPÍTULO 18

El tono gris y triste del cielo era una señal de cómo transcurriría todo su día. Se levantó y, sin ánimo, se vistió con lentitud, no tenía ganas ni de ducharse. Escuchó unos toques suaves en su puerta. No la sorprendió. Resignada, la abrió y, al ver el rostro comprensivo de su hermano, se derrumbó. Sobre su regazo pudo verter por fin las lágrimas, y en ellas, toda la rabia y la amarga desilusión que la habían carcomido desde el día anterior. Escuchó sus palabras de consuelo y las grabó en su corazón, como tantas otras veces había hecho.

—No todos los hombres son infieles, Aleja, ni duros, ni insensibles como nuestro viejo; no lo olvides. Salomón era un poco..., digamos, inmaduro. Es un chico rico, demasiado pagado de sí. No me gustaba, y aunque no me hace feliz verte sufrir, te confieso que me alivia que hayas visto la realidad antes de que estuvieras atada a él en un matrimonio. ¿Te imaginas si esto hubiera pasado estando tú casada y con hijos? —Sacudió la cabeza—. Conociendo la fuerza con que entregas el corazón, habría sido demoledor para ti. —Acto seguido, la estrechó con más fuerza y luego, con suavidad, le besó el pelo y la frente—. Ánimo, *enana*, tienes muchas cosas por las que seguir adelante. Mira lo que has logrado: tienes un buen trabajo y estás estudiando un máster en un país exótico e interesante. No te derrumbes por esto...

Llevó sus palabras con ella durante aquel día y, con el coraje que la caracterizaba, hizo de tripas corazón para atender su trabajo y después, las clases en la universidad. Sin embargo, el agujero de dolor que tenía en el pecho se agrandó cuando vio la lluvia de mensajes que Salomón le había enviado por correo electrónico y por el móvil. Sin dignarse a leerlos siquiera, los borró. Luego se dio latigazos por su falta de sensatez para escoger al hombre que más le convenía, porque, cómo no, con esa alma arisca y rota que tenía, a razón de ese legado de mujer que la rondaba desde la infancia, su relación con Salomón había estado destinada al fracaso. Como la crónica de una muerte anunciada.

Con la moral por el suelo, aseguró que nunca, nunca encontraría un hombre que valiera la pena y que era mejor quedarse sola para siempre. ¿Pero qué decía? El testimonio de las mujeres de su familia no la definía, ni a ella ni a su vida. Hacía tiempo que se había desprendido de todo lo que la limitaba y no podía volver a caer en lo mismo. Quizá lo que le parecía negativo en esos momentos algún día lo vería de forma positiva. Aunque no sabía si volvería a confiar en un hombre otra vez.

«Nunca más».

Caía la tarde cuando se bajó del bus; se dio cuenta de que el fulgor del sol se iba a dormir un poco más tarde cada día, lo que hacía que paulatinamente la claridad se prolongara. Sus piernas sintieron a través de las medias el halo de marzo. Sus pulmones respiraron el frío con la certeza de que, aunque los árboles yacían desnudos, las flores no existían aún y todo parecía muerto e inmóvil, la naturaleza se alistaba en un silencio imperceptible para volver a florecer.

Como ella. Sobreviviría a la pena, era fuerte. Nadie se moría de amor. ¿No?

Antes de abrir la puerta del edificio donde vivía, le echó una última ojeada al crepúsculo y subió. Cuando entró al piso, todo estaba en silencio. Se imaginó que su hermano andaba de turista por las calles de Helsinki y que sus compañeras... quién sabe dónde estarían. Mejor; no tenía ganas de hablar con nadie. Se dirigió a su cuarto con los pasos sigilosos de la gata detrás de ella.

No tenía hambre, así que se duchó y se puso el camisón. Cuando se iba a acostar, su madre la llamó. Percibió el miedo y la tristeza en su voz al presionarla para que llamara a saludar al

abuelo; sintiéndose frágil y acorralada, explotó y se mostró dura e hiriente con ella. Pero después de colgar, se sintió fatal por perder la paciencia; al fin y al cabo, no era justo hacer su vida más dura de lo que ya era. Con angustia, se preguntó si el miedo se debía a que el abuelo la culpaba de que Samuel, en vez de haber aceptado trabajar para él, había huido a Finlandia, y la hacía pagar por ello con sus acostumbradas recriminaciones. Tragó para deshacer el nudo de lágrimas que se acumulaban en su garganta. No quería llorar más. Ya había llorado demasiado. No podía comprender ni ayudar a su madre en aquel instante.

«Una pena a la vez, por favor».

Y lo último que necesitaba era hablar con su abuelo. Para hablar con él necesitaba de toda su fortaleza emocional, y en ese momento no la tenía.

Después de deambular como un alma en pena, la melancolía y el dolor abrieron esa puerta que tan celosamente mantenía cerrada y dejaron escapar los recuerdos. Sintió, como si fuera ayer, la desazón y el miedo que la acompañaron durante toda su infancia; la furia y la tristeza profunda que la habían embargado cuando, siendo adulta, comprendió que no podía escapar del control de él. Con una rabia masoquista, recordó el llanto callado de su madre, los esfuerzos de Samuel y de ella misma por no derrumbarse ante la violencia de los golpes invisibles que repartía a diestro y siniestro, y su alma se estremeció de frío. Hubo momentos en que lo había odiado con toda su alma, pero, al final, lo único que le quedaba era su amor por él, un amor que solo una víctima de maltrato podía comprender. ¿Y es que acaso podía ser de otra manera? La misma sangre corría por sus venas, y la había educado con todas las ventajas en un país donde la buena educación era un lujo. La había cuidado, a su retorcida manera, pero la había cuidado. Por eso era tan duro y tan complicado el amor que sentía por su abuelo.

Enrique Díaz, su padre, había sido un individuo desdibujado por las despectivas palabras del abuelo y la sorda pena de su madre. Vividor y oportunista, había aceptado dinero de su suegro a cambio de desaparecer de la vida de su esposa, la de sus dos hijos y la del bebé que venía en camino. Murió poco después de que ella naciera, así que no lo había conocido. Pero en ocasiones, cuando anhelaba con desespero una amorosa figura paterna, había creado todo un mundo imaginario en el que él no había muerto y le prometía volver a por ella y sus hermanos para ofrecerles otra vida. Por mucho tiempo se avergonzó de ese infantil e inocente deseo. Y sí, también se sintió culpable y desleal con su abuelo. Después creció y maduró, y tuvo que aceptar su realidad.

Al principio todo era muy confuso. Sus sentimientos, sus miedos, la sensación de que era ella la que no hacía lo suficiente para agradecerle a su abuelo todo lo que le brindaba, pero después comprendió cómo él jugaba con su debilidad y su bondad para conseguir que realizara siempre lo que quería. En especial ella, una mujer que debía obedecerlo, igual que su madre. Honesto, trabajador y sagaz para los negocios, su abuelo era respetado y admirado en la sociedad caleña porque daba trabajo a miles de familias y prodigaba un trato justo a sus empleados. Sin embargo, nada de eso le otorgaba a su familia. En la intimidad, nadie hubiera podido imaginar lo duro y cruel que era con sus palabras, con sus miradas y con sus acciones.

En los días en que veía lo que le hacía a su madre, cómo la controlaba y la manipulaba, su furia se había vuelto contra ella. ¿Cómo era posible que una mujer que había tenido el valor de escaparse, casarse y traer tres hijos al mundo no poseyera después el valor de educarlos por sí misma? ¿Y por qué había permitido, sabiendo lo dura que fue su propia niñez, que el abuelo los educara?

Sin embargo, después de largos meses de dolorosa psicoterapia, pudo comprenderla. Sin certezas, porque su madre nunca le había abierto su alma. Y después de todo, ¿quién era ella para



juzgar a una mujer llena de miedos y profundas heridas, que había crecido en una época y en un sistema patriarcal, obligada a convertirse en el ama de casa perfecta e infeliz? Nadie la había ayudado. Su propia madre, la abuela de Alejandra, había sido otra víctima de su esposo, y la única hermana que tuvo, su tía, escapó a Estados Unidos, salvándose ella, y nunca volvió. ¿Qué sabía Alejandra de lo que su madre podía o no podía afrontar? Nunca la escuchó rebelarse o quejarse. ¿Qué sabía ella de cuánto valor se requería para romper con las cadenas con tres hijos a cuestas?

Solo Dios sabía cuánto había intentado Alejandra ayudarla, llevársela con ella, pero su madre había vivido tantos años en una cárcel que, supuso, no estaba preparada para vivir fuera de esta. Entonces hizo lo único que podía hacer: salvarse a sí misma. Y con el paso de los años comprendió y perdonó. Perdonó a su abuelo, perdonó a su madre y aprendió a amarse a sí misma. Sí, porque era tanto el desdén y la frustración que sentía por el hecho de ser mujer que le había costado años valorarse y aceptarse.

Fatigada de tantos sentimientos y tantos recuerdos dolorosos, cogió los apuntes de la universidad e intentó estudiar mientras esperaba a su hermano para que la abrazara y para que — se despreció por ser tan cobarde— llamara y reconfortara a su madre.

De pronto, se acostó en la cama y permitió que el llanto sacudiera su pecho, una vez más.

## CAPÍTULO 19

De regreso a *art & viiva* después de dos semanas fuera, Mika se abrió paso por el corredor mirando el brillo de la cerámica y respirando la fragancia a pino del limpiador. Se sentía agotado: los días pasados habían sido un verdadero festín de citas y reuniones en Londres, París, Barcelona y Berlín. No le había alcanzado el tiempo para ir a Berna y visitar a su padre; si bien viajar en avión en silla de ruedas no representaba ningún problema para él, siempre y cuando lo hiciera en primera clase, sí requería de una correcta planificación del tiempo y de los lugares para solventar cualquier contratiempo que pudiera ocurrir en su condición. Sobre todo cuando visitaba ciudades grandes, debía asegurarse de que cada sitio a donde se dirigía no tuviera barreras arquitectónicas. Eso lo lograba contratando los servicios de una empresa especializada en guía y transporte para personas con discapacidades, pero a veces le gustaba la libertad de enfrentarse al caos de un transporte público, como el metro de Londres, por ejemplo, como cuando podía caminar; y si lo hacía, debía estudiar muy bien la accesibilidad de las rutas y el tiempo necesario para llegar puntual a sus citas. Así que, después de tanto compromiso, solo pudo hablar con su padre por teléfono.

A lo lejos, escuchó el susurro de los ordenadores trabajando y el apagado murmullo de una voz. Su intención era hablar con el *mánager* de productos; para llegar a su oficina necesitaba pasar por el amplio salón donde estaban los cubículos y, aunque podía haberlo contactado en otro momento, era la excusa perfecta para pasar por allí y verla. Tenía que ser en ese instante, ya que en unos minutos llegarían dos representantes de un complejo hotelero con quienes estaría el resto de la jornada, y era consciente de que los lunes Alejandra trabajaba solo hasta el mediodía.

A pesar de la apretada agenda que había seguido en su escalada de negocios, la imagen de ella no había abandonado su cabeza. La semana que sucedió a la feria había puesto distancia entre los dos porque necesitaba meditar sobre ese nuevo obstáculo: el novio. Sus emociones habían oscilado entre la desilusión y la esperanza hasta concluir que solo el tiempo y la constancia estarían de su parte en aquella aventura: la conquista del corazón de Alejandra. Era preciso que supiera qué clase de persona era su novio, cuánto tiempo llevaban y si se trataba de una relación sólida, pero no se le había ocurrido una manera de enterarse sin levantar sospechas o alarmarla. Y allí se hallaba, dos semanas después, sin una respuesta sobre cómo proceder.

Entró en el zaguán que precedía a la larga sala y lo sorprendió verla caminando en su dirección. El semblante de Mika no reveló nada, pero el inquieto aleteo de su corazón sí que confesó sus sentimientos. Iba con un montón de carpetas bajo el brazo y con la cabeza baja. De pronto, levantó la mirada y sus ojos se conectaron uno, dos segundos, luego los de ella se desviaron. Sin desanimarse, se detuvo y, con avidez, esperó a que se acercara. Se dio cuenta de que su rostro lucía señales de cansancio y que sus ojos parecían tristes. Preocupado, se preguntó si estaría enferma.

—Buenos días, Alejandra.

—Buenos días. —Mantuvo su atención en un punto detrás de él y le pareció que sus labios perfilaban una mueca, más que una sonrisa. Sí, algo le sucedía.

—¿Va todo bien? —La escudriñó con intensidad.

—Sí, sí. —Cambió las pesadas carpetas al otro brazo y le lanzó una mirada de incomodidad.

—. Disculpa, tengo que llevarle estos documentos a Matti.

—Déjame ayudarte. —Acto seguido, le quitó las carpetas y sus dedos se rozaron. Sintió un

estremecedor hormigueo, pero ella retiró sus manos con rapidez, sin levantar la vista.

En un pesado silencio, se dirigieron a la oficina del diseñador, y cuando llegaron, él tocó a la puerta.

—Adelante —se escuchó.

Esperó a que Alejandra entrara primero, la siguió y puso las carpetas sobre el escritorio mientras Matti lo contemplaba sorprendido.

—Huomenta, Mika. No sabía que habías vuelto ya.

—Huomenta. Acabo de llegar.

—¿Cómo te fue? ¿Muchos pedidos?

—Ya hablaremos de eso más adelante. —Miró su reloj y frunció el ceño, impaciente, cuando se dio cuenta de que ya no tenía tiempo—. Me tengo que ir, hasta más tarde —les dijo a los dos, pero a quien miró fue a Alejandra.

Las pestañas de ella se movieron, pero no las levantó; sin embargo, contestó:

—Hasta luego, jefe.

Frustrado, salió de la oficina.

Toda la mañana estuvo inmerso en la reunión con el animado dúo de representantes. Cerca del mediodía, los llevó a un tour por todas las oficinas y, cuando pasaron por los cubículos del gran salón, estuvo pendiente de Alejandra por el rabillo del ojo mientras hablaba con ellos, pero en ningún momento ella apartó la mirada del ordenador. Desilusionado, tuvo que continuar con el recorrido y después llevarlos a almorzar.

A las seis de la tarde, cansado e irritado, salió de art & viiva para dirigirse a su automóvil, estacionado a pocos metros de la entrada. Enfiló hacia su clase de kárate y, tras desquitarse con su contrincante y sacar toda la frustración que llevaba acumulada, se internó una vez más en el tráfico de Helsinki rumbo a su piso.

La oscuridad de su apartamento lo recibió. Encendió la luz, dejó las llaves sobre la mesa del recibidor y procedió a quitarse el abrigo y colgarlo en el perchero. Le apetecía una cerveza bien fría, así que abrió la nevera y sacó una lata de Olavi. Luego fue a encender la sauna, para que estuviera lista y entrar después de cenar. Puso música y comenzó a preparar la comida.

Pensó en Alejandra y la soledad lo abrumó. Percatarse de que estaba arisca y retraída con él lo hacía sentirse inseguro y desairado, y no sabía cómo romper esa barrera invisible que se había instalado entre los dos. ¿O eran imaginaciones suyas? No, estaba seguro de que algo le pasaba.

Perkele! Era su jefe, no su amigo. No estaba muy seguro de hasta dónde podía llegar sin cruzar el límite que la alarmara o la alejara más de él. Su novio era una realidad. En otra época, eso no lo habría detenido; hubiera intentado conquistarla, enamorarla y hacer a un lado a su rival, pero ahora era un hombre diferente. ¿Qué podía ofrecerle él que ese otro no le ofreciera? No conocía a su novio, pero con toda probabilidad sería un latino viril y vigoroso.

Metió el salmón en el horno con los labios apretados, puso a hervir las patatas y preparó una salsa mientras seguía despotricando de sí mismo. No podía negar que si una mujer se fijara en él, superando la barrera de verlo en la silla de ruedas, después debía sobreponerse a todo lo que venía con el paquete. No se trataba solo de abrirse a unas relaciones sexuales diferentes, sino de compartir con él todas las incomodidades para mantener su cuerpo en perfectas condiciones y no sufrir el deterioro de los músculos y huesos, por no hablar del poco romántico cuidado de su control de esfínteres. Ah, sin olvidarse de la meticulosidad con que se debía planear un desplazamiento a cualquier lugar, por aquello de la accesibilidad. Y si eso no bastaba para asustarla, era probable que la mujer en cuestión estuviera chiflada o muy enamorada como para saber en dónde se metía.

Perkele! Se sentía patético.

¿No estaría siendo demasiado pusilánime?

Sacó con brusquedad el salmón del horno, se cercioró de que las patatas estuvieran en su punto, escurrió el agua y las roció con la salsa. Llevó todo a la mesa y se sentó a comer, acompañándolo con otra cerveza.

Cuando terminó, puso los platos en el lavavajillas y se empezó a desnudar, dejando un reguero de ropa de camino a la sauna. Entró en la cabina de la ducha que estaba al lado, la cual había adaptado con suelos antideslizantes y barras de apoyo. Activó el freno de la silla, se quitó la última prenda y se pasó al asiento abatible, que había hecho colocar bajo la aspersion. Dejó que el agua tibia cayera sobre su cuerpo durante un minuto y se llevara su malhumor. Luego, volvió a la silla de ruedas y se dirigió a la sauna. Allí, se sentó con cuidado en el escaño de madera, que también había adaptado a un nivel abordable, y tras echarle agua a las piedras sobre el radiador, dejó que el vapor relajara todos sus músculos y nublara sus sentidos.

Al diablo. «Soy el mismo hombre, aunque esté sentado». Quizá no era un maldito gigoló latino, pero tenía la cabeza bien puesta. Había mucho en su contra, pero no podía condenarse a la maldita soledad y a la amargura. No lo permitiría. Es cierto que muchas partes de su cuerpo sentían de una manera extraña, pero sentían. Era ágil y fuerte, y era algo más que un coito. Su cerebro estaba intacto, bullía con recuerdos y emociones, rebosante de pasión. Sus fantasías eran tan vívidas y tan reales como lo era su existencia, y se dejó llevar por el terrible anhelo que lo ahogaba, que lo impulsaba con desesperada vehemencia a sentir cada parte del cuerpo de ella contra el suyo.

La deseaba de una forma en que jamás había deseado a una mujer.

Se excitaba solo con oír su voz.

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo con solo imaginar lo que quería hacerle. Se moría por saber si ese rubor de sus mejillas llegaba hasta sus senos; se moría por descubrir el color de sus pezones, chuparlos y perderse en el secreto de su aroma. Quería ver sus piernas rodeando su espalda. No importaba que no pudiera sentir las, quería verlas rodeando su espalda.

Solo con imaginarlo se enardecía.

Quería las manos de Alejandra acariciando sus músculos y jugando con ellos. Sentir sus ojos oscuros observándolo con deseo. Un hormigueo de placer recorrió la piel de su pecho mientras hidrataba su cuerpo de nuevo en la ducha, y no era a causa de la maldita agua. Pero más que nada quería adorar cada parte de su cuerpo. Entregarle todo lo que era él, su ternura, su alma, su vida. Y ansiaba que ella quisiera lo mismo.

«¿Estás seguro? Tu vida está atada a los caprichos de una silla de ruedas, ¿es justo atar a una mujer a ella también?». Las dudas, la inseguridad volvían a deslizarse y envolverlo como el aire caliente de la sauna, ahogándolo en un vapor de titubeos y de amargura.

Maldita sea, si quería conquistarla, tenía que luchar por verse a sí mismo de una forma diferente. No podía continuar ese vaivén de menosprecio hacia su vida.

Se pasó la siguiente media hora entrando y saliendo de la sauna; hidrató su cuerpo en la ducha y bebió líquido hasta que logró su objetivo: relajarse tanto que lo único que le quedó por hacer fue irse a la cama y olvidarse de todo por unas horas.

## CAPÍTULO 20

Aquel martes por la tarde, una lluvia persistente mojaba los tejados, las calles y a la mujer que caminaba ajustándose la capucha del abrigo para protegerse. El oleaje del viento le impedía andar con elegancia, ¿o era el cansancio que la recorría? Con la cabeza inclinada, Alejandra parecía soportar todo el peso de la melancolía que flotaba en el ambiente. Estaba de acuerdo con su hermano, contaba con muchas bendiciones en ese momento y debía seguir adelante, aun así, no podía evitar sentirse derrotada por el fracaso de su decepción amorosa y preocupada por el bienestar de su madre. Como sospechaba, el abuelo, al percatarse de que no había controlado a Samuel como esperaba, la castigaba a ella. Como un eco, resonaban en su mente las palabras hirientes que acostumbraba decirle a su progenitora: «¡Para nada sirves! Pero claro, qué se puede esperar de una mujer con tu nivel de inteligencia; ni con todo el apoyo que te di pudiste controlar a ese par de malagradecidos que criaste». ¡Dios! Se masajeó las sienes, tratando de aliviar el punzante dolor que la martirizaba.

Entró en *art & viiva* y se adentró por el largo y silencioso pasillo. Saludó a un colega y continuó hasta llegar a uno de los percheros; colgó su abrigo y luego se dirigió a su cubículo. Se sentó y encendió el ordenador con la imagen de su madre palpitándole en la cabeza. Como la llama de una vela que luchaba para no extinguirse, su corazón se esforzaba por mantener la esperanza. La esperanza de que las cosas mejorarían para ambas. En ese instante no sabía qué podía hacer por ella, considerando que ni siquiera se quejaba ni le contaba nada. Por otro lado, la rabia que experimentaba hacia Salomón se anudaba a la vergüenza que sentía por haber sido tan tonta de amar a un hombre que no lo merecía, y no dejaba de flagelarse a sí misma.

Con desgana, observó todos los deberes que tenía por delante y las fuerzas la abandonaron. Se preguntó si no estaría a punto de caer en una depresión. Sabía que debía cuidarse; ya una vez se había quebrado y eso la había hecho proclive al abatimiento. Intentaba ser fuerte, pero toda la responsabilidad que pesaba sobre sus hombros en esos momentos no la ayudaba: los trabajos de la universidad y los encargos de la empresa. La semana anterior Matti le había pedido apoyar a Ville en los nuevos diseños que desarrollaba y, a pesar de captar la idea de lo que él quería plasmar, su inspiración había dejado mucho que desear. Desesperada por dar una buena impresión, se había quedado trabajando hasta la madrugada, pero su colega había rechazado todos los bocetos. Miró los dibujos y los revisó, uno por uno, con la intención de mejorarlos. Ese había sido el primer cometido que tenía que ver con su cargo y en breve terminarían los dos meses de prueba; no podía fallar.

De pronto, el pitido de un mensaje en el móvil la sobresaltó: Ville. Con un mohín de fastidio se dirigió al *ateljee*. Lo encontró de pie frente a una mesa, trabajando en su ordenador.

—¡Hei, Alejandra! Escucha, ya casi termino de organizar estos diseños, pero quiero que tú les des los últimos retoques. Corroboras que los tonos van acordes con el modelo y confirma las dimensiones, por favor. Mira, no es complicado, las medidas están aquí. —Señaló una libreta—. Yo voy a ayudar a Matti con unos dibujos en su oficina, pero si me necesitas, llámame. —Levantó una ceja—. Puedes hacer esto sola, ¿no es cierto?

—Cuenta con ello.

Decidida a hacer un buen trabajo, puso demasiado empeño, y tal vez ese fue el problema, porque debido al esfuerzo desmedido por demostrarle a Ville que podía confiar en ella, junto con la fatiga que arrastraba, cometió un error imperdonable: borró el archivo. Asustada, intentó

recuperarlo. Estaba segura de que podía hacerlo. Pero su angustia era tanta que no lo encontró. Quiso morirse allí mismo. ¿Cómo era posible que un archivo se desvaneciera así como así?

Seguro que su colega tenía una copia, ¿no?

Una hora después, más desanimada que cuando llegó, escuchó los pasos de su compañero, que se acercaba. Sintió las gotas de sudor deslizándose por su espalda mientras le confesaba lo que había sucedido y se disculpaba, pero comprobó que cuando se estaba furioso, en todas las culturas se expresaba la rabia de la misma forma. El tono de su rostro compitió con un semáforo en rojo, y le dijo tantas palabras en finés que la mareó. Solo logró apaciguarlo cuando le aseguró que repetiría todo el proyecto.

Con resignación, se encaminó a su cubículo y se puso a ello; llevaba media hora trabajando cuando reparó en un anormal silencio que la inquietó. Se levantó y escudriñó cada rincón del salón. No había nadie. Intranquila, se preguntó si sus colegas estarían en alguna reunión que ella había olvidado. Lo comprobó en los mensajes que recibía en el correo laboral y no encontró nada. ¿Y si ahora que había llegado Mika los había citado para una junta extraordinaria? Si era así, lo más probable era que la información hubiera llegado a través del móvil. Lo revisó. Nada. Le dolió el estómago. ¿Sería posible que los hubieran convocado por otro medio? Volvió a apretarse las sienes con las manos temblorosas. Lo que le faltaba: cometer un error y que Mika lo presenciara. Qué vergüenza con él. Sí, era muy consciente de que su jefe había regresado, y de que cuando lo había visto, en una parte de ella se había encendido una luz, pero esa otra parte, esa que estaba furiosa con todo lo que tenía que ver con los hombres, la había apagado de inmediato.

En aquel instante nada sobre el género masculino le interesaba.

Procuró seguir con su trabajo, pero la sensación de que se perdía una reunión importante no la dejó concentrarse. Fue a prepararse una taza de café y ojeó alrededor, no obstante, nada ni nadie interrumpía aquel perpetuo silencio. Era como si estuviera sola en la empresa.

¿Y ahora qué hacía?

Una hora después fueron llegando, uno a uno, sus colegas. Vio a Ville y se acercó con la intención de preguntarle, pero él habló primero:

—Qué poco profesional, Alejandra. Deberías asistir a las reuniones. Todos tenemos la obligación de ir, especialmente cuando las convoca Mika.

Sorprendida con su exabrupto, no supo qué decir. «Vaya, qué agradable». Tras hacer acopio de paciencia, le contestó:

—Tienes razón, es importante acudir a todas las reuniones, pero no me notificaron esta.

—Llegó por el móvil, ¿no lo revisas?

Apretó los labios.

—Sí, pero tampoco por ahí me informaron. Averiguaré qué fue lo que pasó. Gracias por tu amabilidad. —Y volvió a su sitio.

«No es personal, no es personal», se repitió como una letanía. Entendía que después del accidente su colega la odiara. Eso le pasaba por ser tan torpe y descuidada, se regañó. No, no había tiempo para castigarse más, debía averiguar qué había pasado. El dolor en su estómago se intensificó cuando se acordó de que estaba a prueba. Llamó a Tommi, pero no le contestó. Buscó a la persona que se encargaba de enviarles todas las notificaciones y citaciones, pero se perdió en una incomprensible y larga lista de títulos y nombres en finés. Dándose por vencida, esperó a que el mismísimo Mika apareciera y le llamara la atención. Estaba demente. No creía que el gran jefe se encargara de esa nimiedad. ¿O sí?

Como pudo, siguió con su trabajo y, a falta de unos minutos para terminar la jornada, escuchó el bisbiseo de la silla de ruedas. Su corazón se desplomó al piso, con estruendo y todo, cuando él

se detuvo a su lado.

—Hola, Alejandra. Me gustaría hablar contigo un momento.

Sabía que estaba pálida porque la sangre no circulaba por su rostro. Se levantó despacio, sintiendo que se le estrechaba la garganta; aun así, alcanzó a responder:

—Sí, sí..., jefe, cómo no.

Apretó sus manos, mirándolo indecisa. Él levantó una ceja y le señaló con la mano que pasara primero; aunque pensó que sus piernas no resistirían su peso, sí lo hicieron. Lo sintió detrás, pero dos segundos después, la silla de ruedas se deslizó a su lado. No se atrevió a mirarlo ni de reojo. Aun así, percibió la fuerza de su presencia.

Seguro que la despediría o, como mínimo, le llamaría la atención; algo desagradable para su ya frágil confianza en sí misma.

Quería llorar.

No supo cómo ni en qué momento subieron en el ascensor; cuando se dio cuenta, estaban enfrente de la oficina. La puerta yacía abierta, y Alejandra titubeó aprensiva.

—Entra —la apremió.

Lo hizo.

—Siéntate y ponte cómoda. ¿Quieres café?

—No, gracias.

¿Y ahora qué iba a hacer? ¿Quién la iba a recibir después de que la echaran de esa compañía? «Por Dios, Alejandra, no seas tan pesimista ni melodramática».

—Me disculpo en nombre de Jan por no haberte informado sobre la reunión. Fue algo que decidí sobre la marcha y no entiendo por qué no tenía tu teléfono incluido en los datos generales. Fue poco profesional de su parte y te pedimos disculpas.

¡No la estaba despidiendo, se estaba disculpando!

Su alivio fue tal que, por unos segundos, todo alrededor giró como si estuviera en un tiovivo. Se detuvo cuando percibió un conocido sabor a sal en sus labios. Horrorizada, se gritó que no, por favor, no. No era profesional deshacerse en llanto delante del jefe, pero no podía contener las lágrimas.

—Alejandra... ¿Estás llorando, Alejandra? —La voz de su jefe, entre sorprendida y preocupada, le llegaba lejos, muy lejos.

—Lo-lo siento...

—No, no, no lo sientas...

Su silla de ruedas se movía de izquierda a derecha, como si no supiera qué hacer. Se sintió más avergonzada. No podía mirarlo. Un crujido le indicó que se había detenido, y de inmediato sintió el calor de su cuerpo en un costado. Cerca, demasiado cerca. Un agradable aroma, que empezaba a asociar con él, la inundó, y sus entrañas se agitaron. Se asustó tanto que, irguiéndose, se apartó. Vio cómo él, ruborizado, se hacía a un lado y luego buscaba con afán algo en el bolsillo de su camisa. Le pasó un pañuelo y ella lo cogió. Tenía ganas de patearse por su exagerada reacción.

—Lo siento, lo siento, lo siento —repitió como una tonta.

—Por favor, no te disculpes por llorar... ¿Ha pasado algo? ¿Alguien te ha hecho sentir mal?

—No, no, no.

—¿Entonces? ¿Se trata de tu familia? ¿Hay algún problema? ¿Puedo ayudarte?

—No, no... Bueno, son muchas cosas juntas, pero...

—¿Sí?

Parecía tan atento e interesado, y ella se sentía tan frágil que le soltó:

—He terminado con mi novio y me sentía muy mal, luego... pensé que... me despedirían por no haber asistido a la reunión.

Parpadeó varias veces.

—¿Por no asistir a una reunión? ¿Cómo puedes pensar eso de nosotros? —Se quedó mirándola con una extraña expresión—. Siento mucho que estés pasando por un momento tan delicado. Si necesitas hablar..., estoy aquí para escucharte.

Se miraron durante varios segundos, hasta que Alejandra bajó los párpados y le dijo:

—Sí, es que lejos de mi país me siento más sensible y... he roto con mi novio, con quien llevaba dos años, pero seguramente tienes cosas mejores que hacer que escuchar mi vida amorosa. —Se limpió la nariz con el pañuelo, que le olió a él. Levantó la cabeza y se observaron con fijeza. El silencio en la oficina los envolvió, haciéndola más consciente de su cercanía. Le parecía que los iris de Mika se contraían al tiempo que todo en su interior se derretía. Como en trance, le devolvió el pañuelo, sin embargo, cuando cayó en la cuenta de que estaba lleno de mocos, retiró su mano con rapidez y lo apretó en su puño. Mientras, él continuaba observándola sin pronunciar una palabra.

—Disculpa, yo... Gracias por la aclaración. —murmuró confusa.

Creyó que iba a decirle algo, pero un vigoroso toque en la puerta los sorprendió. Sin apartar los ojos de los de ella, la voz grave de su jefe preguntó:

—¿Sí?

La puerta se abrió, y una rubia de ademanes elegantes se abrió paso dentro de la oficina: Sanna. Se acordaba de su nombre. No supo el porqué, pero cada paso que dio para acercarse a él retumbó con dolor en el pecho de Alejandra.

Se inclinó y lo besó.

—*Hei, komistus!*<sup>16</sup> —Habló en finés, pero, tras devolverle el beso en la mejilla, Mika le pidió:

—En inglés, por favor, Sanna.

La rubia miró a Alejandra con rapidez y luego a Mika.

—¿Estás ocupado? Tommi me dijo que podía subir; claro que después de jurarle y perjurarle que teníamos una cita y que tú me esperabas con ansias. —Rio—. Sé que es temprano, pero pensé en secuestrarte e ir a tomar una copa antes de la exposición. Trabajas demasiado, y a veces hay que presionarte para que salgas a divertirte.

—No hay problema. Por favor, siéntate. ¿Recuerdas a Alejandra Díaz? Ahora trabaja para nosotros —le aclaró, volviendo sus ojos hacia ella.

La mujer le pasó revista de la cabeza a los pies antes de sentarse con gracia. Era tan alta que Alejandra se sintió como una hormiga. Una hormiga tostada por el sol, para más dolor.

—Ah, sí, claro; tú eres la estudiante colombiana, ¿no es cierto? Mira qué suerte para ti trabajar aquí, ¿no?

Incómoda, sonrió.

—Sí, es una gran oportunidad... Bueno, yo me retiro. —Se levantó—. Encantada de volver a verla, Sanna, que esté bien.

—El placer fue mío. Que te vaya bien. —Y se concentró en Mika, al que le dijo algo en finés.

Mika le contestó en inglés:

—Permíteme un momento, Sanna.

Sus ojos buscaron los de Alejandra.

—Hasta mañana, y... —Pareció que titubeaba. Miró a Sanna, luego volvió el rostro hacia ella y le sonrió de esa forma que hacía que le cosquillearan los pies—. Todo se solucionará, ya lo verás.



—Hasta mañana, Mika.

Salió muy erguida, pero una vez que cerró la puerta, su cabeza y sus hombros volvieron a encorvarse. «Así que tienen una cita». Se desinfló.

«Bueno, ¿y a mí, qué?».

Con el goce de un niño, la luz de abril retozaba entre las calles y los parques de la ciudad, y poco a poco esa misma luz era testigo de cómo la tristeza en Alejandra se alejaba. En su interior ardía una flama que olía a esperanza, una emoción naciente que tenía miedo a comprender.

Su jefe.

Sí, no sabía el porqué, pero cada vez que lo veía, le temblaba todo por dentro.

Su jefe.

Rehusaba pronunciar su nombre, en un ridículo esfuerzo por evitar que la ternura la devorara.

Desde el día en que él la había consolado en su oficina, tropezaban a menudo. Antes había sido inusual verlo en el *ateljee*, pero ahora era un visitante asiduo. Entraba, saludaba con desenfado y se quedaba a discutir con Matti sobre los diseños que estaban por salir mientras ella fingía que no lo escuchaba, aun cuando el timbre grave de su voz la estremecía hasta la médula.

En ocasiones, cuando ella y su colega trabajaban juntos en unos bocetos, Mika se deslizaba en silencio y se quedaba detrás observando; después, con esa forma pausada de hacer las cosas, señalaba algo y hacía una o dos preguntas que solo Ville respondía, porque la invadía tal timidez que no podía ni alzar los párpados.

Seguía sin entender por qué sentía lo que sentía, pero lo atesoraba como un secreto prohibido en su corazón.

En el bolso llevaba el pañuelo que él le había ofrecido en su oficina aquel día para enjugar sus lágrimas. Lo había lavado y planchado, esperando la oportunidad de devolvérselo, pero en sus fantasías, cuando se lo entregaba, sus manos temblaban tanto que decidió quedarse con él.

En una ocasión en que habían coincidido en el pasillo, la retuvo por unos instantes. Le preguntó si estaba contenta en la empresa, si sus obligaciones le parecían agotadoras y si le gustaba lo que hacía. Y como una boba, esquivando su mirada, había respondido con tres monosílabos: sí. No. Sí. Reprochándose su brillante elocuencia, había cuadrado los hombros y encontrado sus ojos. Fue un error: la sensación de que le quitaba cada prenda de ropa que llevaba puesta la desconcertó y perturbó. Con las piernas tan blanditas como una jalea, se había apresurado a continuar su camino, dejándolo con las palabras en la boca.

Cuando estuvo lejos, se mortificó pensando que quizá había malinterpretado esa mirada.

«Qué descortés, Alejandra; si el pobre hombre no tiene segundas intenciones».

¿O sí?

No, era todo un caballero. Podía palparlo en la manera como se comportaba con sus colegas, y en la admiración y el respeto que todos allí le profesaban.

Ay, lo único cierto era que estaba hecha un lío. Y para agregarle sal a la herida, se la pasaba conjeturando sobre su vida amorosa más veces de las que le hubiera gustado. ¿Era Sanna su novia? ¿Era su amante? Y si lo era, ¿cómo se las arreglaba para hacer el amor con ella? En su cabeza desfilaban imágenes tan eróticas e inquietantes que las desechara, avergonzada, mirando a un lado y a otro, como si alguien con solo verla pudiera adivinar lo que fantaseaba.

Mayo llegó, y el aroma a hierba y a flores en botón roció de color el ambiente. El sol tiñó de índigo las aguas del Báltico, y aunque el gélido aire prevalecía, Alejandra y su hermano se dedicaron a explorar playas solitarias o bosques mágicos, sanando así poco a poco las heridas del

corazón. El primero de mayo, contagiados por la alegría con que los finlandeses festejaban el día internacional del trabajo, que para ellos era también el inicio de la primavera y el día del estudiante, recorrieron las calles y los lugares abarrotados de viveza y bullicio, contemplando cómo las familias, los amantes y los amigos se divertían.

Samuel había decidido quedarse y hacer todo lo que estuviera en sus manos para encontrar trabajo en Finlandia. Para alguien con su profesión y experiencia, había buenas ofertas laborales, y con la ayuda de Tiia, había enviado su currículum a varias compañías. Tenerlo cerca de ella era maravilloso, aunque le partiera el alma la situación en la que seguiría su madre: sola, a merced del abuelo y de Enrique. Sí, era una lástima, pero no podía negar todo lo bueno que esa experiencia le traería a su hermano. Había notado que a donde quiera que iba, atraía las miradas de las mujeres, por no hablar del evidente interés que Tiia le demostraba. Suspiró con ternura; le encantaba verlo en esa nueva faceta de hombre seguro y conquistador.

Los días iban y venían. Le gustaba respirar el aire de la fría primavera, observar el despertar de los pájaros en los parques, picoteando los tiernos retoños de las hojitas en los árboles, y la luz del sol, que cada día se iba a dormir a las diez de la noche. El semestre en la universidad se acercaba a su final, por lo que estudiar y hacer trabajos consumía todas sus energías, pero lo que más disfrutaba eran las jornadas en *art & viiva*. El porqué tenía que ver más con la presencia de su director que con el interesante trabajo que ahí realizaba, aunque se empeñara en negárselo.

Aquel lunes, volvió a tropezarse con él en el corredor. Iba hacia el *ateljee* cargando una caja llena de materiales que Matti le había pedido organizar y, cuando lo vio venir, se le enredaron los pies y la lengua.

—Good morning —murmuró.

—*Good morning*, Alejandra. ¿Has tenido un buen fin de semana? —Sus labios se ensancharon en una sonrisa tan amplia que se percató de que uno de sus incisivos laterales estaba ligeramente torcido. No supo por qué, pero eso le pareció encantador.

—Muy bueno, gracias. —Sonriendo para sus adentros, encontró el valor para admirar con sus ojos la bonita camisa que lucía. Tenía un estrambótico diseño de rosas púrpuras y azules, que le daba un tono grisáceo al azul de sus ojos. Muy masculina a pesar de las flores. Sintió los ojos de Mika recorriéndola a su vez, con tan intensa lentitud que la caja se le resbaló. Él la cogió en el acto, y cuando las manos se rozaron, una corriente de calidez le calentó todos los poros de la piel.

Con el objeto en el regazo, le preguntó:

—¿A dónde la llevas?

—Al *ateljee*.

—Ven, vamos, quiero hablar contigo y con Ville.

Caminaron por el corredor en silencio, y esperó a que ella entrara primero en el colorido salón. Su colega levantó la cabeza cuando entraron.

—Huomenta, Mika.

—*Huomenta*. Acércate, Ville, quiero proponerles algo.

Colocó la caja sobre una mesa y luego volvió la mirada hacia ellos.

—El próximo fin de semana tengo que ir a Tampere, y Tommi y yo hemos decidido aprovechar mi viaje para completar el entrenamiento de ustedes dos. Es importante que observen lo que se hace en esas oficinas. Como saben, esa filial cubre una considerable área industrial del país, y pienso que para ti —se dirigió a Alejandra— sería particularmente interesante ver esa zona. Cerca hay un pequeño taller, en la ciudad de Nokia, que fabrica parte de los textiles que usamos. —Sonrió—. Para ti también, Ville. Me gustaría que ambos se reunieran con Satu, quien apoya a Matti con los diseños de las telas, y compartieran impresiones sobre las nuevas colecciones. Sé

que les aviso con poca antelación, pero esto se decidió sobre la marcha, y si no pueden ir, lo entenderé. Tommi organizaría otra fecha, pero en ese caso, viajarían con él, no conmigo.

Conteniendo apenas su agitación, Alejandra se apresuró a contestar:

—Por mí está bien, puedo ir.

Sus labios esbozaron la misma amplia sonrisa de antes, y sintió un picor.

—Yo también iré —aseguró Ville.

—Muy bien, está hecho. ¿Alguna pregunta?

Los dos negaron.

—Entonces, partiremos el viernes por la mañana y regresaremos el domingo. Iremos en mi coche. Tommi les enviará un oficio con todas las instrucciones y actividades en el transcurso de la semana. —Mientras hablaba, se desplazó hacia la salida. Antes de salir, miró por dos largos segundos a Alejandra y se despidió—: Hasta pronto.

Sintió su mirada como una promesa.

«Sí, seguro. Estás loca de remate, Alejandra».

Los siguientes días los pasó en una montaña rusa de emociones. Cuando subía, le parecía que el tiempo avanzaba con tan pasmosa lentitud que gemía impaciente, y cuando bajaba, las mariposas en su estómago se agitaban tan enloquecidas por la velocidad con que se acercaba el fin de semana que tenía que salir a caminar o ir a clases de pilates para sosegar.

Se enteró de que Kaisa, la directora de finanzas, iría con ellos. Suspiró con tranquilidad. La presencia de otra mujer la ayudaría a encarar con menos estrés a su desconcertante jefe.

Su exnovio continuó bombardeándola con mensajes por correo y por WhatsApp, y ella, sin dignarse a leerlos, experimentaba un perverso placer al borrarlos.

El jueves recibió una llamada de Ulla, la finlandesa con raíces colombianas que la había recomendado ante Mika. La felicitó por su nuevo trabajo y le preguntó si le gustaría tomarse un café con ella uno de esos días. Alejandra, avergonzada por no haberla contactado antes, le prometió que tan pronto como tuviera una tarde libre, la avisaría.

También recibió un desagradable correo de Enrique, a quien había ignorado a propósito cada vez que la llamaba. Sabía que si hablaba con él, no podría esconder la ira que le generaba lo que le había hecho a Samuel, y tampoco quería oír su opinión sobre el fin de su relación con Salomón. Estaba segura de que con esos aires de tirano que se daba, la descalificaría, como era su costumbre, y a ella no le quedaría más remedio que ponerlo en su lugar, como bien había aprendido, y no quería que eso incrementara la brecha que ya existía entre los dos.

Como pronosticó, su hermano mayor le envió un correo con su mejor repertorio. Su mano temblaba sobre el ratón a medida que iba leyendo el mensaje. Empezaba con el bonito calificativo de «descerebrada», porque ¿cómo se le ocurría romper con un hombre con tan brillante futuro por algo tan insignificante como un *desliz*? Desliz más que justificado cuando un hombre se sentía solo y triste debido a la ausencia de su novia. Esperaba —esa fue la mejor parte, la que hizo que le temblaran las piernas— que madurara y que fuera realista, porque para el género masculino la pasión era una emoción imposible de controlar, y si ella no tenía la sensibilidad de comprenderlo, iba a perder a Salomón para siempre.

Amén.

Sus sienes empezaron a punzarle por la furia que experimentaba, y fue a por un vaso de agua para tomarse una pastilla que le calmara el dolor.

Solo faltaba que su abuelo la llamara.

Y, en efecto, así fue. Breve, pero tan severo como su corazón, le transmitió lo decepcionado que se sentía de ella por acabar con una relación tan prometedora —dejar a un muchacho de tan

buena familia por aquella nimiedad—. Le sugería, no, le ordenaba tomar decisiones con la cabeza y no con esa sensiblería estúpida que en mala hora su madre le legó. Con ella, lo único que lograría era quedarse soltera, sin dinero y sin posición social.

Con los ojos encharcados, se mordió la lengua, porque sabía que si era agresiva, su madre pagaría las consecuencias. Respiró hondo y aguantó en silencio el exabrupto. Él podía patelear todo lo que deseara. Los dos sabían que aunque la golpeará con sus palabras, ella ya no hacía lo que él quería.

Ya no la tenía bajo su poder, aunque nunca se cansara de intentar controlarla.

Esa noche se fue a la cama con el alma adolorida.

No. Se negaba a dejarse intimidar. No era una víctima. Era una mujer sensata e independiente. Nada de lo que dijeran su abuelo y Enrique podía derrumbarla. Se había equivocado con Salomón, pero había aprendido la lección.

Nunca más.

Al día siguiente saldría para Tampere con Mika y sus colegas, y lo iba a disfrutar. Y con esa promesa, dejó que un cálido arcoíris de esperanza la arrullara hasta quedarse dormida.

Con unas inexplicables ganas de vivir, Alejandra contemplaba los bosques que rebosaban de abetos, de pinos y de alisos, y de los espigados abedules, cuyos brotes verdosos aplaudían el paso del BMW. Según Kaisa, algunos finlandeses usaban aquellas ramas frescas para azotarse el cuerpo durante la visita a la sauna, a razón de que favorecía la dilatación de los vasos sanguíneos e incrementaba la relajación.

¿Y qué más le había dicho su colega? No lo recordaba. Su cerebro era incapaz de trabajar bien en aquel momento, pues su mirada se desviaba hacia el espejo retrovisor y se topaba con aquellos ojos azules que la llevaban de un ala. Chispas de energía crepitaron desde el dedo gordo de su pie, subieron por su columna y permanecieron en su pecho, enloqueciendo a su corazón. Turbada, volvió los ojos a la carretera y pretendió interesarse por las singulares fachadas de granjas y casas que descansaban entre el murmullo de una incipiente grama.

La melodía de una guitarra la arrullaba. ¿Qué decía la canción en inglés? Algo sobre el amor.

El amor, suspiró. Una mano con dedos de hielo apretó su corazón, advirtiéndole que debía detener lo que nacía en él, pero... ya era demasiado tarde.

Ay, Dios mío, ¿y desde cuándo le gustaba su jefe? ¿Cómo no lo había visto venir?

¿Era esa la consecuencia de un corazón roto? ¿Por eso se estaba encaprichando con él?

No. No. Eso se venía cocinando desde hacía tiempo, lo que pasaba era que le daba miedo admitirlo.

Todavía no podía creer lo ciega que había sido. La verdad la había sacudido aquella mañana, cuando lo primero que vio al despertarse fue la imagen de Mika. Su gran anhelo por verlo la había llenado de tanta ansiedad que no había podido terminar su desayuno. Mientras se vestía y se duchaba, había buscado, desesperada, otra explicación a lo que experimentaba, pero ante el temblor de sus manos y las ganas de vomitar que sintió cuando él la llamó para avisarla de que la recogería en unos minutos, se había rendido a la evidencia.

Después, entre la torpeza al manipular su maleta, despedirse de su hermano sin que notara el caos en el que se encontraba y bajar a esperarlo, se había preguntado cómo diablos se las iba a ingeniar para que sus colegas, y en especial él, no se dieran cuenta.

Dios mío, le gustaba el director de *art & viiva*; estaba metida en un gran lío.

Miró de reojo a Kaisa. Dormía; menos mal que no notaba las miradas que Mika le dedicaba.

¿Le gustaba ella a su jefe? Hasta preguntárselo le parecía una locura.

Virgen santísima, era el director de una de las empresas más importantes del país. ¿Y si su intención era aprovecharse de su posición y así tener sexo con su incauta y necesitada empleada?

Debía tener cuidado. Mucho cuidado.

Hizo un esfuerzo por esquivar sus ojos y mantuvo la cabeza en dirección a la ventanilla, pero, igual que si estuviera hechizada, se giró otra vez y ahí estaban, como el color del océano Atlántico, pendientes de ella.

¿Es que nunca miraba por dónde conducía?

—Llegaremos en unos minutos a Hämeenlinna y almorzaremos ahí. —Le regaló una dulce sonrisa—. ¿Qué te gustaría comer?

Kaisa, que iba al lado de Mika, se enderezó de pronto.

—Me apetece comida nepalesa. Sí, ya sé que no me lo has preguntado a mí, pero dejemos que la señorita aquí escoja. —Se giró hacia Alejandra y le guiñó un ojo.

Conteniendo apenas una carcajada, la apoyó.

—Comida nepalesa está bien para mí.

La verdad, deseaba probarla; había visto varios restaurantes en Helsinki, pero no había tenido la oportunidad de ir a uno.

—Para mí también —dijo Ville después de bostezar.

—Muy bien, almorzaremos en Siddhartha —confirmó Mika—. De todas maneras, Hämeenlinna es una ciudad pequeña y hay poco donde escoger. —Sus labios dibujaron una mueca de desagrado.

—Ay, eres un esnob en lo que a comida se refiere, amigo mío —lo incordió Kaisa.

—Sí, temo que estás en lo cierto. —Sonrió.

¿Ah, sí? Alejandra tomó nota de aquello.

El coche avanzó entre las silenciosas calles mientras ella apreciaba las expresivas edificaciones, con ese tono pastel, tan nórdico, que tanto le gustaba.

—Aquí hay un hermoso castillo medieval, tienes que venir a verlo en otra ocasión —le hizo saber Mika al tiempo que estacionaba el coche.

Lo observó maniobrar el vehículo y se dio cuenta de que los mandos del volante, el acelerador y el freno compartían palancas. Si la movía hacia delante, aceleraba, y hacia atrás, frenaba.

Segundos después, Kaisa, como si lo hubiera hecho infinidad de veces, se dirigió al maletero, sacó el armazón de una silla de ruedas, la dejó cerca de la parte delantera del automóvil y volvió a por dos ruedas. Sin ocultar su curiosidad, Alejandra la siguió; quería saber cómo salía él del coche. Había un espacio amplio alrededor del asiento, el mismo que había observado entre los dos asientos traseros. Se imaginó que todo en el coche estaba adaptado a las necesidades de su jefe. Vio que la silla giraba y se desplegaba hacia el exterior. Mika tomó el armazón, le colocó las ruedas con movimientos ágiles y seguros y se sentó sobre él. Volvió a activar el mecanismo y todo regresó a su posición. De pronto, él levantó la cabeza y la sorprendió mirándolo. Avergonzada, buscó un peine en su bolso, lo sacó y lo pasó por sus cabellos para disimular.

Kaisa y Ville se adelantaron, de camino a la entrada del restaurante, mientras Mika se deslizaba a su lado. Su pulso latía acelerado. Cuando llegaron ante las puertas del recinto, su jefe se hizo a un lado para que pasara primero. Dentro, percibió con sus cinco sentidos la exótica atmósfera. Una extraña melodía y un fuerte aroma que, supuso, era típico de la gastronomía del Himalaya, flotaba entre el murmullo de los comensales. Se dirigieron a una mesa que había libre, cerca de dos ventanales, y al tiempo que se sentaban, un sonriente camarero se acercó con el menú.

Alejandra revisó la lista de platos; todos parecían deliciosos e interesantes. Sabía poco de Nepal y de su comida. Solo que era un país influenciado por la cultura india y tibetana, lo que explicaba la peculiaridad de sus salsas, donde primaban los pimientos picantes, el *curry*, el jengibre y el cilantro. No sabía qué ordenar, y cuando se atrevió a levantar los ojos, su jefe la miraba atento.

—Te recomiendo de entrada un *pakora*, una especie de frito de harina de garbanzo con vegetales, pollo o queso *cottage*. Lo sirven caliente, con salsa de tomate y chile.

—Pues entonces me gustaría un *pakora* de queso *cottage*.

—Para mí también, pero yo lo quiero de vegetales —dijo Kaisa.

Ville y Mika pidieron lo mismo, pero de pollo.

De plato principal, fue difícil decidir. Con paciencia, su jefe le explicó uno por uno hasta que se decidió por el cordero *korma*, bañado por una salsa con crema de coco, tomate, cilantro, jengibre y *curry*. Después de pedir, aprovechó para ir a los lavabos, y cuando volvió, Ville no estaba. Fue el turno de Kaisa para ir, por lo que le tocó quedarse a solas con su jefe... y, ay, sus tontos ojos se posaron en todas partes menos en él. Con un silencio incómodo entre los dos, volvió a usar la excusa del bolso; lo abrió y esta vez sacó su *smartphone*, pero cuando se percató de que no era cortés revisarlo frente a él, lo dejó donde estaba. Armándose de coraje, levantó la cabeza y se topó con que la miraba con intensidad. Sin saber qué decir, juntó sus manos como una niña, ofreciéndole una temblorosa sonrisa. Creía que iba a decirle algo cuando su colega, gracias a Dios, regresó.

El mismo camarero se acercó con una bandeja y depositó en la mesa los entrantes para todos. Alejandra se concentró en la comida y se olvidó del mirón de su jefe. El *pakora* resultó ser una especie de buñuelo de sal, crocante, con una deliciosa salsa entre picante y dulzona. Después llegó su cordero, junto con varias porciones de pan indio, y se olvidó de todo lo que no fuera darle gusto al paladar y escuchar la música de fondo.

—¿Está bueno? —le preguntó Mika.

—Ajá. —Se limpió con la servilleta y le sonrió—. Me encanta. En Cali no hay este tipo de restaurantes.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo es la gastronomía colombiana? —preguntó con los ojos sobre sus labios.

—Uy, tenemos una gran variedad de sopas. La especialidad en mi ciudad es el sancocho, una sopa con carne de res, de cerdo, de gallina, plátano, papa y yuca.

—Ah, suena delicioso. He probado la yuca y el plátano en África.

—Recuerdo que en Bogotá se suele comer una sopa de patatas con una hierba de extraño sabor..., no recuerdo el nombre, pero, sabrosísima —comentó Kaisa.

—Ajiaco —declaró Alejandra.

—En efecto, ajiaco.

La siguiente hora, Mika llevó el hilo de la conversación, indagando, con evidente interés, sobre las costumbres colombianas, su diversidad geográfica, su historia y su política moderna. Todos la escucharon con atención, incluido Ville, algo que la sorprendió. Fue agradable constatar aquella genuina actitud por conocer su país. Kaisa hizo sus propios aportes, encrespándose como un pavo real cuando ella los corroboraba.

Cuando terminaron, todos habían comido tanto que decidieron pasar del postre. Sin embargo...

—¿Quieren café, o esperamos a llegar a Tampere? Allí podemos buscar una buena cafetería y acompañarlo con algo dulce.

La imagen de una deliciosa porción de tarta se abrió paso en su cabeza, pero le dio vergüenza expresarlo en voz alta, sobre todo después de semejante comida, y esperó a que los otros

decidieran.

—Apártate de mí, satanás, no quiero oír hablar de nada que me haga engordar. He tenido suficiente por hoy —declaró su compañera, para su desilusión.

Entonces, con un coraje que la sorprendió a ella misma, se oyó decir:

—Una taza de café con... con pastel en Tampere, por favor.

Mika la contempló con lo que le pareció un destello entre divertido y dulce y le sonrió.

—Ya escuchaste a la señorita, Kaisa; me temo que yo la secundo. Tomaremos café con pastel en Tampere. —Y le guiñó un ojo, dejándola tan temblorosa como la jalea de guayaba.

Cuando llegaron al automóvil, la directora de finanzas se ofreció a conducir el resto del trayecto, pero su jefe se negó. Empezaron el camino, y observó que mantenía siempre una velocidad moderada. Supuso que, debido a su discapacidad, tenía que ser cuidadoso con el control del vehículo.

Tras una hora y media de viaje, entre kilómetros y kilómetros de hermosos bosques, divisaron por fin un firmamento de aguas azules que abrazaban con cariño una moderna ciudad: Tampere.

## CAPÍTULO 21

Desde que Mika se había enterado de que Alejandra había terminado con su novio, creía que el universo conspiraba para ayudarlo y, siendo consecuente con esa esperanza, se dejaba llevar por la necesidad de verla todos los días y de sentir las tímidas miradas que le dedicaba. Era cierto que no tenía claro qué había sucedido en la relación con su exnovio, pero intuía que él no le era indiferente. Quizá se engañaba. Quizá era tanto su deseo de que le correspondiera que no leía con precisión las señales de atracción que flotaban entre los dos. Sabía que su posición de jefe la apabullaba, y quería que se diera cuenta de lo sencillo y de lo accesible que era como persona, por eso, visitaba cada vez que podía el *ateljee*.

Lo cierto es que el cazador que habitaba en él disfrutaba de aquel silencioso cortejo. Un cortejo apasionado y dulce que lo sumergía en su propio y particular clímax. Escuchaba con paciencia las prolongadas explicaciones a las que Matti lo sometía para poder observarla por el rabillo de su ojo. Mordía, besaba y lamía cada trocito de piel que dejaba ver la coleta que se hacía cuando se inclinaba a trabajar sobre sus bocetos o sobre el ordenador. Su lengua recorría el camino de los diminutos vellos que se expandían desordenados por su elegante nuca, y en las oportunidades en que podía acercársele con el pretexto de contemplar sus diseños, inhalaba su aroma, llevándola con él el resto del día.

Descubrió que la fantasía era un juego más potente de lo que había creído. Gozaba imaginando que le daba placer y que ella se lo daba a él. Sentía sus caricias, sus besos y su mirada llena de pasión recorriendo su piel. Hacía el amor con ella de todas las maneras que conocía mientras el ardor que lo consumía reptaba como dedos abrasadores por cada nervio de su espalda, de su pecho y de su cuello. En una ocasión, ajena a todo lo que él conjeturaba, se había acercado a la impresora a recoger unas copias. Pudo contemplar a placer sus piernas envueltas en unas medias de algodón muy fino, y se deleitó en imaginar cómo quitárselas, abrirse paso hasta su centro de mujer y quedarse ahí saboreando su aroma. Estaba tan ensimismado en su deseo que cuando ella se giró y lo sorprendió, se había ruborizado con violencia. Para disimular, le había sonreído con naturalidad y, acto seguido, pretendió leer el papel que sostenía en la mano. No quería alarmarla y que pensara que la acosaba, pero no pudo evitar que sus ojos la buscaran de nuevo. En cambio, Alejandra no levantó la cabeza ni siquiera cuando él se despidió.

La posibilidad de tenerla donde anhelaba se acrecentaba, y con ella, las dudas. ¿Y si tenía las expectativas demasiado altas? ¿Y si no sentía nada? O si sentía diferente, ¿cómo reaccionaría? Y ella, ¿qué sentiría? ¿Cómo reaccionaría? ¿La podría satisfacer? Tenía miedo, sí, sin embargo, también vibraba lleno de esperanza. Se decía que si una pareja se deseaba, la búsqueda de ese placer podía ser una maravillosa aventura para los dos. El sexo y el amor eran un arte, y como todo arte, requería de paciencia y de práctica. Sin descorazonarse, había intentado hablar con ella cuando se la encontraba a solas en el corredor, pero saltaba como una ardilla y se escabullía. Entonces, frustrado, había ideado un plan para tenerla todo un fin de semana con él. Y ahí estaban, a las puertas de la ciudad de Tampere.

Dos grandes lagos, el Näsijärvi y el Pyhäjärvi, se fundían y atravesaban, en una sucesión de rápidos, aquella urbe alegre y dinámica. En sus contornos, islas y arrecifes, zurcidas por frondosos bosques, flotaban sobre las aguas, invitando a los turistas a pescar y a navegar. Mika dejó atrás las aguas y se adentró entre las tiendas y edificios hasta llegar a la calle Hämeenkatu, cerca de las oficinas de *art & viiva* y de la cafetería Fazer, donde podrían beber esa taza de café



acompañada de un delicioso pastel, como quería Alejandra. Encontró con facilidad un lugar habilitado para personas discapacitadas; esa era una de las pocas ventajas de su condición, no tener que gastar minutos preciosos buscando dónde aparcar.

La brisa fresca se entrelazaba con el modesto sol y jugaba con los cabellos del grupo, que avanzaba por la transitada acera. Mika deslizaba sus manos por las ruedas, atento a cualquier obstáculo que pudiera encontrar. Era algo que lo inquietaba, que ella vislumbrara las dificultades que tenía que encarar en todo momento. Sin contratiempos, entraron en el café y se dirigieron al mostrador. Contempló cómo las mejillas de Alejandra se llenaban de color al observar el despliegue de pasteles y, con un deje de ternura, la animó:

—Si quieres, podemos pedir uno de cada y los probamos entre todos.

—Uy, no, me temo que engordo con facilidad... Es mejor que no coma tanto. —Curvó su boca en un rictus de pena.

Mika recorrió con lentitud su cuerpo y se mordió la lengua para no decirle que, aun con unos kilos de más, era perfecto para él.

Kaisa observó su propia figura y luego, las tartas.

—Yo paso, no quiero perder la línea. —Se ajustó las gafas sin apartar los ojos del mostrador.

Exasperado, Mika se volvió hacia la chica que esperaba la orden.

—Una porción de cada una de las tartas.

—¿Perdón? —La chica parpadeó sorprendida y bajó la cabeza contemplando los ocho tipos diferentes—. ¿De todos?

—De todos; y tres tazas de café y una de té, por favor.

—Eres un adorable demonio. —Kaisa sonrió satisfecha mientras le guiñaba un ojo a Alejandra—. Por eso eres mi mejor amigo.

El director, por respuesta, resopló.

Escogieron una mesa, se quitaron los abrigos y los colgaron en un perchero cerca de la puerta. Cuando se sentaron, Mika ubicó su silla de ruedas muy cerca de Alejandra y, al girarse para accionar el freno, su brazo rozó el de ella; un gesto tan simple y tan ligero, pero que lo estremeció de pies a cabeza. El aroma de su champú —no usaba perfume y eso le encantaba, natural, como todo en ella— sobresalía por encima del fuerte aroma a café y a canela del lugar.

La camarera llegó y dejó sobre la mesa varias porciones de *cheesecake*, tres clases de pastel de chocolate y uno de zanahorias; dos minutos después, regresó con el café y el té.

La conversación entre los cuatro versó sobre la gran protagonista del momento, la ciudad de Tampere. Le explicó a Alejandra su historia y la evolución de su industria textil a lo largo de los años, y ella, olvidándose de su timidez, lo bombardeó a preguntas. Mientras le respondía, fue incapaz de apartar la mirada de sus labios al saborear el pastel o de las carcajadas que dejaba aflorar con las ocurrentes intervenciones de Kaisa. Por un instante, apartó los ojos y se topó con los de su amiga, que le decían: «Conozco tu secreto». Desvió el rostro con incomodidad, pero después, exasperado, alzó una ceja y la observó retador. Ella se llevó la taza de té a la boca, ocultando, estaba seguro, una sonrisa de satisfacción. Afortunadamente, Ville vivía en su propio mundo y no pareció darse cuenta de nada.

Cuando abandonaron el establecimiento, la temperatura había caído unos grados, típico de la primavera finlandesa, por lo que todos se abrocharon los abrigos y se ajustaron las bufandas. Como antes, Mika empujó con cuidado las ruedas por la acera abarrotada de gente, que hizo más lento su desplazamiento. Kaisa se adelantó con Ville mientras Alejandra disminuía el ritmo de sus pasos, permaneciendo a su lado. Su delicada mano estaba tan cerca que el deseo de sostenerla con la suya lo acosó todo el trayecto.

Diez minutos después, llegaron ante el viejo edificio de ladrillo, sede de *art & viiva*, en cuyo frente se podía apreciar la elegante exhibición de muebles y accesorios de la tienda. Ignoró la entrada al almacén y se introdujo por un estrecho portal que desembocaba en una puerta. Marcó la clave y, tras un chirrido, la empujó, manteniéndola abierta para que Kaisa y Alejandra pasaran primero. Luego, se adentraron por un corredor en penumbra, buscando el ascensor.

En la administración, hizo un rápido recorrido presentando a Alejandra y a Ville a todo el personal. Los dejó con Satu, la asistente de diseño, mientras Kaisa y él se reunían con Markus, el director.

A las seis de la tarde terminaron y él fue a por Alejandra. La encontró riéndose con el jefe de contabilidad de la sucursal, un rubio alto y guapo a quien le gustaba flirtear con cuanta mujer bonita tenía enfrente. Los ojos de ella brillaban, y estaba tan relajada, contrario a como se comportaba con él, que el agujón de los celos lo asaeteó. La ridícula imagen de su contrincante despatarrado en el suelo después de haberle aplicado una llave de kárate no lo aplacó. Su rabia fue tan visceral que lo asustó. Se acercó.

—¿Cómo estás, Mika?

—Kaisa te está buscando, quiere hablar contigo —le mintió con brusquedad sin responder al saludo.

El chico se sonrojó, y entonces, arrepentido, le respondió:

—Estoy bien.

Alejandra los miró incómoda mientras el silencio se expandía.

—¿Dónde está? —preguntó el contable.

—En la oficina de Markus.

—Bien, iré a ver qué necesita... Hasta pronto. —Y se alejó apresurado.

El silencio siguió flotando entre los dos; él no dejaba de observarla y ella no lo miraba, hasta que masculló:

—¿Has aprovechado el tiempo con Satu? —Maldijo para sus adentros porque la pregunta le sonó a regaño.

—Bueno..., sí, me mostró todos sus bocetos y...

—¿Y?

Tomó entre sus dedos el medallón que siempre llevaba, signo de que estaba nerviosa.

—Me mostró la tienda y luego me dejó con el... contable mientras Ville le explicaba en finés lo que Matti quería para el diseño de los nuevos edredones.

Quiso darse contra la pared por idiota. Sonrió e intentó tranquilizarla.

—¿Te gustaron sus bocetos?

De inmediato el rostro de Alejandra se iluminó y comenzó a hablar de los estampados y los colores que la habían impactado. Ville y Satu se les unieron, y se quedaron conversando hasta que Kaisa regresó.

Una hora más tarde, se encaminaron hacia el hotel Torni Tampere. La torre color ceniza, de veinticinco pisos, estaba repleta de ventanales rectangulares, incrustados en vertical, que daban la sensación, al mirarla desde lejos, de que estaba construida por las piezas de un Lego.

Un vestíbulo sobrio pero elegante les dio la bienvenida, y mientras se registraba, Mika sintió todo el peso del intenso dolor en los músculos de la espalda. Había comenzado de forma leve en las horas de la mañana, pero en ese momento se había incrementado. No había recibido su masaje semanal, por lo que no le extrañó la tirantez.

Percibiendo su tensión, Kaisa, con la confianza que le daban los años de amistad, le preguntó:

—¿Tienes dolor?

Incómodo, se fijó en la expresión de Alejandra y creyó ver un ramalazo de inquietud en sus ojos. En vez de animarlo, no supo por qué, le molestó. No quería que presenciara su fragilidad, maldita sea. No quería que...

—No te preocupes, nada que una dosis de ibuprofeno no pueda remediar —respondió, más seco de lo que pretendía. Entregó la llave a cada uno y se fue a su cuarto sin mirar atrás, percibiendo, muy a su pesar, la mirada de las dos mujeres como una cálida lluvia sobre su espalda.

## CAPÍTULO 22

Las puertas del ascensor se abrieron y ambas mujeres avanzaron por un largo pasillo decorado con trazos de arte moderno en los muros y en el suelo. En el interior de la habitación, el olor a limpio y a madera les dio la bienvenida. Kaisa abrió las cortinas, permitiendo que la luz de la tarde entrara a raudales, mientras Alejandra se detenía a evaluar lo que las rodeaba. Había dos abollonadas camas con un cubrecama azul aguamarina y un par de almohadas con fundas de un immaculado blanco, que contrastaban con el cabecero color caramelo quemado y las paredes grises, salpicadas con los mismos trazos modernos que vio en el corredor. Los tonos oscuros de la alfombra y las cortinas le daban al mobiliario un aura de refinamiento. No era el estilo que más le gustaba a Alejandra, pero de todo se aprendía.

Abrió su maleta, y cuando se dirigía a tomar una ducha, su colega, quien se había sentado sobre una de las camas, le dijo:

—Déjalo para después, querida, cenaremos pronto. Después de la cena podríamos nadar y visitar la sauna un rato. Intentaremos que Mika se una a nosotras, eso aliviaría el dolor de su espalda.

Contenta porque su colega le había abierto un espacio para hablar sobre lo que le pasaba a su jefe, se aventuró a preguntar:

—¿Le sucede a menudo?

Kaisa palmeó sobre la cama, instando a Alejandra a que se sentara a su lado. Sin esconder su enorme interés, y sin importarle que la directora de finanzas pudiera encontrar inadecuado que una empleada cotilleara sobre su director, se acercó ansiosa.

—Algunas veces, cuando presiona demasiado sus músculos. Me imagino que la larga jornada conduciendo le produjo la tensión. Creo que el dolor aparece también sin razón, no estoy muy segura. Supongo que la lesión que sufrió alteró ciertas conexiones entre su cerebro y su cuerpo. Como es un gran deportista, se mantiene en perfectas condiciones físicas y recibe masajes con cierta regularidad, pero no sé realmente cuán doloroso es todo esto para él. Como habrás notado, es muy reservado y no se queja nunca. Hoy pude notar su fatiga porque tenía arrugas en la frente y no había articulado una palabra en veinte minutos. —Sonrió.

Después de un titubeo, Alejandra le lanzó la pregunta:

—¿Cómo pasó?, digo..., ¿qué causó la paraplejía?

Kaisa giró el rostro hacia la ventana, y por un momento, temió haber sido demasiado indiscreta, pero, buscando de nuevo sus ojos, le contestó:

—Fue hace dos años. A Mika le gustan los deportes de riesgo, y su favorito es el esquí alpino. Es una pasión o una obsesión para él, no lo sé. El hecho es que iba a practicarlos cada invierno a Austria o a Suiza, y en una de esas vertiginosas bajadas, sufrió una aparatosa caída, con la desafortunada consecuencia que vemos ahora. No sé cuál fue el diagnóstico exacto, pero el daño en la médula es evidente. Mira, querida, es un hombre maravilloso, no te imaginas con qué coraje tomó las riendas de su vida y siguió adelante, considerando lo otro que le pasó...

Guardó silencio, como sopesando las expresiones de Alejandra, y ella, con el corazón a punto de estallar por la impaciencia, insistió:

—¿Qué le pasó?

—Estaba muy enamorado de su prometida, pero después del accidente, la relación se acabó. Jamás supe cuál fue la verdadera razón. No quiero juzgar, porque me imagino que para cualquier

mujer es muy difícil asumir, de buenas a primeras, que el hombre a quien amas se enfrenta a una serie de limitaciones que lo hacen diferente a aquel al que una vez quisiste...

A medida que Alejandra la escuchaba, sentía como si alguien le hubiera pisado un dedo del pie. Sabía que era una locura, pero la envidia hacia la mujer a quien Mika había amado lo suficiente para comprometerse le agujereaba el corazón. Y lo más aterrador: le dolía que su jefe hubiera sufrido tanto. Despertaba en su ser un enorme anhelo de protegerlo, de demostrarle que ella podía amarlo con todas sus limitaciones. Pero... ¿acaso había perdido el juicio? Ni siquiera sabía qué intenciones tenía él, y mucho menos cómo de preparada estaba para comenzar una relación después de lo que pasó con Salomón.

Algo debió de revelar su rostro, porque Kaisa se apresuró a explicar:

—No. Estoy segura de que Mika ya no suspira por ella. Lo doloroso para él es no poder caminar y no ser la persona que era antes del accidente. Es un hombre muy atractivo y, a pesar de su condición, no le falta el asedio de las mujeres. —Sus labios se curvaron en un gesto cínico—. Tiene mucho dinero, querida, y te sorprendería ver el fervor que esto genera. Pero él merece una mujer que lo ame de verdad.

Asustada, observó con fijeza a su colega, preguntándose por qué compartía con ella una información tan íntima.

¿Acaso creía que estaba interesada en su jefe? Ay, Dios mío, ¿tan obvio era?

Lo peor era que cada minuto que pasaba junto a él, su atracción crecía. El solo roce de su piel o el timbre de su voz le bastaban para perderse en una infinidad de sentimientos a los que no les quería poner nombre. Tembló. No podía dar un paso en falso. Si se involucraba en un amorío con su jefe, sería ella la que estaría en desventaja. Además, ¿y si Mika solo deseaba experimentar una relación sexual con una extranjera, sin compromisos y sin promesas de amor? Eso, en sí, no era algo malo. Era normal, en realidad, pero ella era una colombiana chapada a la antigua, con heridas muy profundas y sin la sofisticación necesaria para saber cómo conducirse si se convertía en la amante del director de la compañía en la que trabajaba y de la que requería el dinero con desesperación.

Sí, quería perderse, olvidarse de todo y quemarse en ese deseo; pero no, acababa de salir de una decepción amorosa y no tenía fuerzas para otra más. ¿O sí?

Algo de esa lucha debió de percibir Kaisa en su expresión, porque se apresuró a tranquilizarla:

—No quería perturbarte, querida. Mika es mi amigo y solo deseo verlo feliz.

—Oh, no, no, Kaisa, no lo has hecho, es solo que... es triste lo que me cuentas; quiero decir, no debe de ser fácil para un hombre con tanta energía aceptar sus limitaciones. —No quiso decirle más, no estaba lista para compartir con ella lo que sentía por su jefe.

—Ah, querida, no te engañes. Él ha hecho todo lo posible por gozar de una vida útil y feliz. Míralo, sigue liderando la compañía con éxito y... Bueno, no hablemos más de él. Voy a retocarme y... —miró su reloj— en cinco minutos vamos a cenar.

A las siete y media de la noche, las dos entraron en el restaurante del hotel. Las tenues luces del amplio recinto daban calidez e intimidad a los tonos oscuros de los muros y al naranja de los sillones. Las apasionadas notas de un tango finlandés aportaban fuerza a un fondo de susurros y voces. Alejandra divisó a Mika y a Ville sentados alrededor de una de las mesas que escoltaban los amplios ventanales. A través de ellos se podían apreciar los tibios dedos del sol sobre la ciudad.

A medida que se acercaba, los ojos de ambos se enredaron en una detallada inspección el uno del otro. Sentía que la sangre de su cuerpo borboteaba por todas sus venas, llenándola de una inmensa alegría. Cuando llegó hasta él, Mika le sonrió y, galante, apartó ligeramente la silla para

que se sentara. Ville hizo lo mismo con Kaisa. Cuando todos se acomodaron, su jefe preguntó:

—¿Qué quieren tomar?

—Vino —respondieron sus dos colegas.

La miró a ella.

—Para mí también, gracias.

Una media hora después, entre los comentarios jocosos de Kaisa y los agudos de Mika, degustaba una deliciosa cena. Mientras él hablaba, dejó que sus ojos vagaran por su rostro, tanteando, preocupada, alguna señal de dolor hasta que su mirada la interceptó. Sonrojada, buscó su copa de vino y tomó un sorbo.

—Me dice Kaisa que quieren nadar y después visitar la sauna. —Sorprendida, levantó la cabeza, y él continuó—: Podemos ir al Holiday Club, un *spa* muy agradable.

—Sí, me gustaría mucho, pero me temo que no traje bañador.

—Por eso no te preocupes, yo tampoco lo traje. Los podemos alquilar en el *spa* —aseguró Kaisa.

—Bien, yo las acompañaré; me hará bien nadar. ¿Vienes con nosotros, Ville?

—No, gracias, estoy cansado. Solo quiero irme a la cama con un buen libro.

Terminaron de comer y, una media hora más tarde, se dirigieron a las instalaciones del centro, esa vez con Kaisa al volante, quien insistió en que Mika se sentara atrás junto a Alejandra.

En lo alto, un firmamento azul salpicado por tenues sombras grises sobrecogía por su belleza. Era muy consciente del brazo de su jefe a escasos centímetros del de ella, y de las largas y musculosas piernas, inmóviles, descansando a su costado. Observó con disimulo los vigorosos dedos de su mano y tuvo el loco impulso de entrelazarlos con los suyos. Cerró los párpados para controlar la tentación, pero su aroma, un ligero almizcle a hojas del bosque mezclado con el del gel para afeitar, le llegó con más fuerza, embriagándola. Abrió los ojos y se concentró en lo que había fuera como si le fuese la vida en ello. Gracias a Dios, solo les llevó diez minutos llegar a las instalaciones del *spa*.

Se apeó y miró insegura la silla de ruedas que descansaba en el asiento delantero. Quería ayudar a bajarla, pero antes de reaccionar, él la tomó como si no pesara nada, la desplegó sobre la acera y le colocó las ruedas con destreza.

Llegaron a la recepción y, tras alquilar los bañadores, se dirigieron a los vestuarios. Allí se probó la prenda negra y se miró en el espejo, nerviosa por lo que su jefe pensara de su cuerpo, pero, lo más extraordinario, deseando contemplar el de él.

Siguiendo las instrucciones de Kaisa, después de enjabonarse y ducharse, entró desnuda a la sauna. No sin cierta aprensión, pues era la primera vez que visitaba una en Finlandia. Tenía entendido que disfrutar de la sauna era una costumbre tan especial en aquella cultura que hasta los ejecutivos tomaban las decisiones más importantes en sus cálidas salas llenas de vapor. Así pues, Alejandra quería respetar todas las reglas, y una de ellas era entrar sin bañador. Se encogió, aguantando las ganas de volver a por una toalla y cubrirse, e intentó no mirar a las mujeres que estaban sentadas con los pechos descubiertos. Cuando se dio cuenta de que ellas no estaban interesadas en su cuerpo, se relajó. Con naturalidad, su colega colocó unas toallas de papel en la superficie de madera y la instó a sentarse sobre una. Escuchó que preguntaba algo en finés y, tras el asentimiento de todas, cogió un cazo, lo llenó con el agua que había en un balde y lo arrojó a la estufa con piedras. De inmediato, el recinto se llenó de un agradable vaho.

—¿Qué les preguntaste?

—Si podía arrojar agua sobre las piedras. Es cortés consultarlo con las personas que comparten el recinto contigo porque el vapor genera demasiado calor y no todos lo pueden

resistir. Observa: lanzas dos o tres cucharadas de agua, haces una pausa de unos tres minutos, y después se lanza agua otra vez. Todo depende de lo alta que esté la temperatura en cada sauna. Por lo general, en estos sitios públicos ronda los setenta o setenta cinco grados, que no es muy elevada, por lo que se puede arrojar agua sin pausas muy largas.

—¿Por qué está prohibido entrar con el bañador?

—Por higiene, querida. Evita la propagación de las bacterias que hay en los tejidos; además, la ropa dificulta la evaporación del sudor.

Por sugerencia de Kaisa, estuvieron más de quince minutos entrando y saliendo, de forma alterna, entre la sauna y la ducha. Sintió que sus pulmones se expandían para tomar más oxígeno y que su cuerpo flotaba en una agradable somnolencia. Luego, se colocaron el bañador y se dirigieron a la piscina.

Alrededor de la gran superficie azul en forma de ameba se hallaban una pareja y una familia con dos inquietos adolescentes. Vio a un individuo nadando a lo largo con energía; de repente, dio la vuelta y se acercó a ellas. Como si supiera el punto exacto donde se hallaba, los ojos de Mika se encontraron con los suyos. Por su cabello y sus pestañas se deslizaban hilos de agua, lo que no le impidió recorrer su cuerpo con detenimiento. Todo en ella cosquilleó de placer, pero cuando quiso esconderse y sumergirse en la piscina, su voz la detuvo:

—¿Has visitado la sauna?

—Sí.

—Entonces es mejor que te hidrates bien. —Miró a Kaisa y le dijo—: En una de las mesas, al lado del bar, dejé unos zumos de frutas para las dos.

—Ay, qué galante, querido; muchas gracias. Vamos, Alejandra.

Percibió la mirada de Mika hasta que se sentó; segundos después, reanudó el ejercicio.

Una vez que terminaron las bebidas, se sumergieron en las cálidas aguas, y mientras su colega se alejaba, Mika se aproximó a ella nadando jugueteón. Se zambullía y emergía como un simpático delfín, creando olas alrededor. Lo encontró muy perturbador.

De pronto, se detuvo y le preguntó:

—¿Ya habías disfrutado de la sauna antes?

—Esta es la primera vez... Bueno, en Finlandia. ¿Ya no te duele? —Se arriesgó a interrogarlo. Sus ojos azules fulguraron.

—No, ya no me duele nada. —Le sonrió.

Temblando, Alejandra se desplazó a lo largo de la piscina para esconder su turbación, seguida de cerca por él. Nadaron durante varios minutos, hasta que en uno de los descansos que hicieron, se preguntó cómo había entrado Mika en el agua. Buscó alrededor y detectó la silla de ruedas, solitaria y tranquila, al lado de una de las escalinatas de salida.

—¿Cómo entraste?

—Me deslicé de la silla al suelo ayudándome con los brazos. No es complicado, solo se necesita práctica y unos brazos fuertes.

Retomando el juego, su jefe entró y salió del agua, esta vez, rozándola. Sintiendo que se estremecía, escapó de él, buceando hasta tocar el fondo, y cuando ya no le quedaba aire en los pulmones, subió a la superficie. Afortunadamente, Kaisa llegó en ese momento y se quedó a conversar.

Una hora después, fatigados, decidieron dar por terminado el largo día. Alejandra se quedó de pie en la orilla, observando con sumo interés cómo salía Mika. Con un brazo aferrándose al pasamanos de la escalinata y el otro apoyándose en el borde de la piscina, se propulsó hacia fuera. Una vez que se sentó, giró el torso y, con la mano derecha agarrada al asidero, encontró el

equilibrio para, con la mano izquierda, sacar sus piernas inertes, doblarlas en un ángulo de noventa grados y recostarlas contra la barandilla. Luego, con la barbilla, se aseguró de mantener las rodillas juntas e inmóviles mientras acercaba la silla de ruedas a su cuerpo. Accionó el freno y, con una palma apoyada en el suelo y los dedos de la otra haciendo el artefacto, se impulsó hacia arriba con fuerza y se sentó.

Ecurría agua por todas partes, con el consabido aroma a cloro, y ella, como hipnotizada, dejó que sus ojos vagaran por todo su cuerpo. Le pareció... guapísimo. Lleno de músculos firmes y fibrosos, con el pecho y los antebrazos poblados de diminutos vellos dorados. Campanas de alarma repicaron en su cabeza cuando sintió los familiares espasmos de excitación en su vientre, junto con un loco impulso de besarlo.

«Vaya por Dios». Levantó la cabeza y tropezó con ese fondo índigo lleno de... ¿diversión? ¿Curiosidad? Con las mejillas encendidas, como un faro en altar mar, salió pitando en dirección a los vestidores, sin esperar a Kaisa.

«Ja, y ahora resulta que quiero saltar sobre él».

Poco después su colega la alcanzó y se bañaron y se vistieron en un agradable silencio.

Los tres, cansados y soñolientos, se dieron las buenas noches en recepción, y antes de que las puertas del ascensor se cerraran, su jefe le dedicó una última mirada de adiós. No estuvo segura de si la interpretó con exactitud, pero le pareció que estaba cargada de ternura y pasión.

«Definitivamente, algo le pasa a mi cerebro. Quizá se me derritió en la sauna».

Dos horas más tarde, hecha un lío, no paraba de dar vueltas entre las sombras de la noche y el edredón. Escuchaba la respiración acompasada de Kaisa y sintió envidia de esa tranquilidad.

¿Cómo era posible que deseara hacer el amor con su jefe con aquel anhelo?

¿Se estaba enamorando?

Se incorporó, cogió la almohada y se abrazó a ella temblando.

¿Y cómo diablos había sucedido?

Repasó todos y cada uno de sus encuentros fortuitos con él, sus miradas profundas y sus actos, llenos de tanta ternura que hasta dolían, porque nunca un hombre la había tratado con esa dulzura. Movié sus piernas tratando de arrullarse. Se quitó el edredón. Sintió frío. Volvió a cubrirse. Deseaba hacer el amor con Mika con una intensidad que la asustaba. No se reconocía a sí misma. Con Salomón había esperado muchos años antes de confiar lo suficiente para entregarle el corazón, y no digamos dejar que le tocara un pelo. Y para ser sincera consigo misma, había llegado a la intimidad con él porque creyó que era un paso necesario en una relación seria, más que por un deseo irrefrenable. En cambio, a su jefe lo conocía desde hacía solo cinco meses y no podía controlar lo que sentía por él. Anhelaba besarlo y acariciarlo. Quería sentir sus brazos estrechándola, la longitud de todo su cuerpo contra el suyo mientras lo besaba horas y horas. Quería ver su piel blanca y palpar la firmeza de sus músculos, y que él hiciera lo mismo con ella. Su vientre se movió inquieto. Y quería que ese inconfesable dolor que llevaba atorado en su pecho y en su abdomen desapareciera. Aquel deseo había estado escondido desde hacía tiempo, solo que ella no había querido admitirlo ante sí misma por su lealtad a Salomón. Dios, y lo peor era que todo lo que experimentaba le parecía tan hermoso que, a pesar de sus aprensiones, ansiaba vivirlo.

Pero... ¿podría él? Por lo que Kaisa le había dicho, sufría limitaciones graves. Entonces, ¿cómo sería?

Dudas. Muchas dudas y muchas emociones. Su cerebro daba vueltas y vueltas, como si estuviera montado en un tiovivo, hasta que, en algún momento de la madrugada, se aquietó y pudo por fin quedarse dormida.





## CAPÍTULO 23

Mika se levantó con la cálida luz del sol arrojando su corazón. Se abrió paso entre los sillones naranja que rociaban de alegría el tono melaza de las mesas y las paredes del comedor. Divisó a Kaisa y a Ville al fondo, pero no vio con ellos a Alejandra. Antes de acercarse, fue a por una bandeja y, con ella en su regazo, contempló el amplio repertorio de platos fríos y calientes. Se sirvió de todo un poco, colocó una jarra con café caliente sobre la bandeja y se dirigió a donde estaban sus colegas. Le puso el freno a la silla de ruedas y, tras saludarlos, preguntó:

—¿Y Alejandra?

—Creo que le costó dormirse, y esta mañana descansaba tan profundo que me dio lástima despertarla. Le enviaré un mensaje para que se apresure.

—No, déjala descansar.

Pero en cuanto terminó de decirlo, una turbada Alejandra se presentó ante ellos.

—*Huomenta!* Lo siento, me he quedado dormida.

Estaba preciosa; los ojos de Mika reptaron por su agitado rostro, bajaron por su vestido de primavera y se detuvieron en sus piernas envueltas en aquel par de medias que ya le había visto lucir con anterioridad. Le encantaban; algún día se las quitaría con la boca y las manos.

—No te inquietes. Acércate al bufé y escoge lo que quieras —la tranquilizó mientras llenaba su taza con la humeante bebida—. Aquí hay café suficiente para ti también. —Señaló la cafetera.

Unos minutos después, Alejandra regresaba con un zumo de naranja y un plato con *croissants*, mermelada y mantequilla.

—Prueba el salmón frío y la carne de reno, están deliciosos. O las salchichas negras; son típicas de aquí —le sugirió Kaisa.

—Muy bien. Dios mío, voy a engordar con tanta comida.

Pero se fue a por otro plato.

Dispuesto a quedarse con Alejandra hasta que terminara de desayunar, llamó a Markus, el director, para avisarle que llegaría un poco más tarde.

Cuando regresó, a la vez que observaba cómo daba cuenta de lo que tenía en el plato, les recordó el programa de aquel día. Ville y Alejandra irían al museo Werstas, el cual ofrecía cuatro interesantes itinerarios sobre la historia del trabajo en la ciudad de Tampere. Estaba seguro de que ella los encontraría fascinantes, en especial el que explicaba el desarrollo de la industria textil. Mientras, Kaisa y él continuarían la evaluación sobre el desempeño laboral de aquella sucursal, operación que ejecutaban cada primavera y que habían iniciado el día anterior con Markus.

Tras el desayuno se despidieron y cada uno se encaminó a sus respectivas actividades.

Alrededor de las tres de la tarde, los cuatro se dirigieron a Nokia, una localidad industrial a unos quince kilómetros de Tampere. La idea era que ambos diseñadores pudieran conocer la fábrica que se encargaba de confeccionar parte de las telas y los estampados que *art & viiva* utilizaba. Teniendo en cuenta que era sábado, el director había garantizado la apertura para su cliente más importante.

El BMW se deslizó entre un entramado de árboles para luego salir a una amplia zona de campos desnudos que rodeaba una ciudad sin gracia. Dio unas cuantas vueltas alrededor para que Alejandra pudiera observar los paisajes y algo de la ciudad. Minutos después, estacionó el coche frente a un insípido edificio rectangular de dos pisos, situado al final de una calle, donde se hallaba un vivero de empresas grandes y pequeñas.

Accedieron a las instalaciones a través de una rampa que desembocaba directa en el nivel superior. Era tan elevada que requirió de un denodado esfuerzo por parte de Mika. Cuando entraron en el recinto, un fuerte olor a pintura los recibió. El interior era una especie de balcón desde donde se podía contemplar toda la extensión del primer piso. Abajo, en el flanco de la izquierda, había varias pacas de algodón amontonadas contra una pared, y en el centro y el flanco de la derecha yacían una serie de máquinas distribuidas en dos largas filas. Aparentemente dormían. Solo dos de ellas estaban en funcionamiento. Ambas plasmaban sobre unas telas, mediante la presión de unas prensas, unos grabados entintados.

El director de producción llegó y, después de presentarse, pasó a explicarles a los dos diseñadores los mecanismos de cada dispositivo y el tipo de materiales que estaban utilizando en ese momento. Alejandra lo escuchaba atenta mientras él la miraba con disimulo.

—Lo primero que hay que tener en cuenta es la elección de la tela o material sobre el que vamos a estampar nuestro diseño. Es importante conocer muy bien las propiedades técnicas de cada tejido. Hay tejidos gruesos, tejidos medios y tejidos finos; y dentro de estos grupos, están los tejidos sintéticos y los tejidos naturales. Los elegimos de acuerdo al uso que les daremos. Si, por ejemplo, lo que queremos es estampar camisetas o manteles, lo más lógico será buscar entre los tejidos finos o medios. Si, en cambio, queremos imprimir diseños para cojines o cortinas, sería aconsejable elegir tejidos gruesos.

—¿Cómo saber cuál es el tejido idóneo para ciertos colores? —preguntó Alejandra.

—Muy buena pregunta. La elección entre un tejido natural u otro sintético, por ejemplo, va a repercutir en el color y en la solidez del mismo, por eso es fundamental conocer los tratamientos que requiere cada material, y para esto hay que realizar pruebas de color con ellos; es la única manera de asegurarse de que la pigmentación va a quedar como se esperaba.

—¿Solo trabajan con material ecológico?

—Sí, y solo usamos un proceso de tintado ecológico.

—¿Y con qué tipo de materiales ecológicos trabajan? —continuó, absorta en lo que le contaba el director, y Mika no pudo evitar una punzada de orgullo al escuchar sus sensatas preguntas.

—Algodón orgánico, poliéster, yute, cáñamo, alpaca, lino y pulpa de madera, entre otros...

Mika y Kaisa se quedaron arriba, pero Ville y Alejandra bajaron a contemplar de cerca el funcionamiento de las máquinas. Cuando regresaron, con los ojos brillantes por el entusiasmo, le habló con familiaridad.

—Las telas para la nueva colección quedaron divinas.

—Sí, ¿verdad? *Divinas* —repitió Mika con dulzura, encantado con sus peculiares expresiones.

Regresaron al hotel a tiempo para la cena. Había reservado una mesa en el Finlaysonin Palatsi, un restaurante que ofrecía una gastronomía del tipo de *La Chaîne des Rôtisseurs*<sup>17</sup>, la cual, estaba seguro, disfrutaría Alejandra. Aunque, por supuesto, eso no lo iba a decir. Imaginó que Kaisa lo había pensado cuando extendió la invitación a los tres porque lo miró con ojos pícaros. Pero llegados a ese punto, no le importó, ya que su amiga parecía aprobar sus planes de conquista.

El refinado restaurante estaba ubicado en una construcción que olía a pasado y a historia. La arropaba un parque que comenzaba a poblarse de los tímidos colores de la primavera finlandesa. Cuando se acercaron a la entrada, una joven colocó unas rampas por las cuales Mika accedió sin problemas. Dentro, la atmósfera, la comida y la compañía, más que nada la compañía de Alejandra, mirarla, escucharla y observar cómo lo contemplaba—no podía decir con seguridad lo que él despertaba en ella, pero al menos intuía que disfrutaba de su conversación—, lo hicieron sentir como un hombre normal. Sin los complejos y sin las secuelas de su accidente.

Sin pasado. Sin mañana.

En el presente, cortejando a una mujer hermosa, aun cuando tuviera por chaperonas a una celestina y a un asistente de diseño que no entendía lo que pasaba a su alrededor.

Cuando la velada terminó, regresaron al hotel y subieron a la terraza a tomarse una copa antes de irse a dormir. Las tenues luces del bar armonizaban con la de la noche, que irrumpía por los amplios muros de cristal. Los tres se repantigaron en uno de los cómodos sofás, de cara al panorama de las aguas que besaban la ciudad. Mika y Kaisa fueron a por las bebidas y, después de una copa, Ville, como el día anterior, dijo que se retiraba a leer. Tan pronto como la puerta del ascensor se cerró, su amiga se levantó.

—Ay, qué cansada estoy —bostezó—. Me voy a dormir. Tú, no. —Detuvo a Alejandra cuando se incorporó—. Quédate a disfrutar de la noche. —Y luego, con suavidad, se despidió—: Buenas noches a los dos.

Mika tuvo cuidado de que no se le notara la pícara sonrisa que bullía en sus labios. No quería inquietar a Alejandra. Una ola de ternura lo invadió al comprobar que sus ojos vagaban por todo el lugar, menos por donde estaba él. La dulce reverberación de un piano ondeó por todos los rincones, aumentando su deseo de besarla; entonces, arriesgándose, desplazó la silla de ruedas y se situó a su costado.

—¿Otra copa de vino?

—No sé..., he tomado mucho.

—¿Una copa de coñac, quizá? Acompañame, por favor.

—Bueno... Sí, está bien.

Se dirigió al mostrador y pidió las bebidas. Cuando regresó, al tenderle el vaso, sus pulgares se rozaron, y él se estremeció. Contuvo a duras penas el impulso de asir su mano, sentarla en su regazo y besarla hasta que no tuviera ninguna duda de lo que sentía por ella. Sin embargo, la intuición le decía que era muy pronto todavía. Es cierto que la noche anterior lo había tratado con naturalidad, y hasta había percibido cierta admiración cuando examinó su cuerpo, pero tenía miedo de asustarla. No se engañaba. Que una mujer amara a un hombre con sus limitaciones físicas significaba que debía de ser una persona muy especial, pues no era un destino sencillo de asumir, a pesar de las facilidades que existían hoy en día para las personas con discapacidad. Habría ciertas cosas que nunca podría ofrecerle, y quería que Alejandra lo viera con todas sus aristas primero.

Pero bueno... Si sus pensamientos seguían por ahí, su plan de conquistarla se iría al garete.

Sin titubeos, dejó que el deseo vibrara en su cerebro. Se recreó en todo lo que soñaba con hacerle para complacerla, no solo a su cuerpo, sino también a su alma. Lo anhelaba con cada gota de su sangre.

Pero...

—Salud. —Chocó el cristal de su copa suavemente.

—¿Cómo se dice en finés? —preguntó.

—Kippis.

—*Kipis* —pronunció.

—*Kip-pis*. Hay una doble *p*.

Lo repitió bien, pero se rio.

—Es una lengua difícil.

—Lo es, pero no imposible de aprender.

Quiriendo saber más acerca de ella, le preguntó sobre su familia, y se enteró de que la había criado su abuelo junto con su madre. Le habló de sus dos hermanos, y por la forma como se expresó de él, entendió que Samuel era su favorito. Ella le preguntó sobre la suya, tímida al

principio, pero al constatar que no le molestaba, lo acosó a preguntas. Mika le describió a su madre, a su atolondrada hermana Minna y a su padre. A Alejandra le pareció maravilloso que hubiera crecido en un hogar donde se hablaban varias lenguas.

—En realidad fueron dos idiomas: mi madre me hablaba en finés y mi padre, en alemán. El inglés y el sueco los aprendí en el colegio, y un poco de ruso y de francés, después.

—Guau. ¿Y en qué lengua se comunicaban tus padres?

—En alemán, al principio, pero cuando papá aprendió finés, hablaban también en finés.

—Y tu fluidez en el inglés, ¿la adquiriste en el colegio?

—Sí, lo estudié en el colegio, pero luego trabajé como voluntario en una ONG en África durante un año, y después hice un MBA en *design management* en Inglaterra.

—Oh, vaya, por lo que veo, para la mayoría de los finlandeses es fácil estudiar o vivir en otras culturas.

—Pues sí. ¿Y qué me dices de tu país? ¿Cómo hace la gente en Colombia? ¿Les gusta, como a ti, viajar y aprender sobre otras culturas?

Indagó todo lo que pudo sobre sus gustos, sobre sus aspiraciones, aunque, para su frustración, el novio fue un tema tabú. Se dio cuenta de que era una mujer muy sensible y amorosa, con una profunda lealtad hacia su familia y hacia las personas a las que estimaba. Sintió una tremenda envidia de ese individuo al que ella había amado. El anhelo de que todo eso fuera para él estrujó su corazón y lo dejó con un sentimiento agrisado el resto de la noche.

Fue una velada memorable. Esperaba que, a partir de ese instante, su relación pasara al nivel de amigos.

Le pidió otra copa más y, hacia las doce de la noche, notó que los ojos de ella luchaban por no cerrarse. La ternura lo volvió a acosar, y el impulso de sentarla sobre su regazo y llevarla a su cuarto lo hizo vaciar de un trago el resto de la bebida.

—Será mejor que nos retiremos a dormir. Mañana desayunaremos sin prisa y saldremos para Helsinki entre las once y las doce.

Entraron en el ascensor y las puertas, al cerrarse, los aislaron del mundo exterior. Solo quedó un silencio suave y espeso, su aroma a flores y a ella, y todos esos sentimientos con los que él tejía nudos para que no se le escaparan.

Sí, quería decirle tantas cosas. Quería hacerle tantas cosas, pero todavía no era el momento.

Hizo un esfuerzo y la acompañó sin una palabra hasta la puerta de su cuarto.

—Buenas noches, Mika, y gracias por todo.

—Buenas noches, Alejandra. *Kauniita unia*.

—¿Qué significa?

—Que tengas dulces sueños.

—Qué bonito, gracias. *Kunitauni...*, bueno, eso para ti también.

Una risa ronca, que salió de lo más profundo de su garganta, hizo lo que a Mika le hubiera gustado hacer, pero no podía: abrazarla y besarla.

Alejandra, sin enterarse de nada, abrió y entró en la habitación. Cuando cerró la puerta, Mika se giró y regresó al ascensor.

El aliento helado de la madrugada empañaba los cristales de su habitación, y junto a él, unos tímidos dedos de color oro se colaban entre las sábanas revueltas a un lado de la cama. Mika, distraído, se pasó una mano por la cabeza, desordenando aún más sus cabellos; la bajó y presionó el ratón del ordenador que tenía en su regazo. No había dormido bien durante la noche, por lo que,

cansado de dar vueltas, decidió terminar el informe con los datos que había recogido el viernes y el sábado. Hizo una pausa y se repantigó en las amplias y abollonadas almohadas. Cerró los ojos y dejó que ese sentimiento, que tocaba las fibras de su corazón como si fueran las cuerdas de una guitarra, saliera y se expandiera por todo el cuarto. Sonrió contento y, sin darse cuenta, se quedó por fin dormido.

Dos horas después, lo despertó la alarma de su *smartphone*. Sobresaltado, se incorporó. Hizo a un lado el portátil y acercó a su inseparable compañera, que lo observaba como un perro fiel; se sentó y se encaminó a la ducha.

Se vistió y abandonó el cuarto en dirección al restaurante. Cuando llegó, lo primero que advirtió fue la figura de Alejandra. Tenía el cabello mojado y, como siempre, sonreía. Se abrió paso por entre los murmullos de los demás comensales y llegó a la mesa donde los tres desayunaban.

—*Huomenta!* —No pudo esconder su alegría.

—*Huomenta!* Vaya, estás muy sonriente esta mañana —le contestó Kaisa con una pizca de picardía.

—Dormí muy bien —mintió como un bellaco. Fue a por una taza de café y un copioso desayuno. Cuando volvió, se situó al lado del objeto de su deseo. Observó que tenía un plato tan repleto como el suyo. Ella interceptó su mirada y, avergonzada, le dijo:

—Tenía mucha hambre.

—Me alegra que disfrutes de nuestra gastronomía; por lo visto te encantaron las salchichas negras. —Señaló las rodajas que tenía en el plato.

—Fue lo que más me gustó —aclaró después de limpiarse con la servilleta.

—El secreto está en rociarlas con bastante salsa de arándanos. —Le guiñó un ojo, pasándole su ración de salsa.

—Ay, no le creas, no hay necesidad de... Ay, Jesús, eres igual de golosa que él. —Kaisa hizo un mohín de asco al ver cómo Alejandra mojaba las salchichas con el jugo de arándanos rojos que Mika le había cedido.

Terminaron de comer en una alegre camaradería. Incluso el silencioso y tímido Ville se había relajado lo suficiente para sonreír y hablar más de lo que acostumbraba. Mika se alegró: era muy joven para ser tan huraño.

Una hora después, canceló la cuenta y emprendieron el regreso a Helsinki. Había sido un fin de semana perfecto, mejor de lo que esperaba. Esta vez aceptó que Kaisa condujera la mitad del camino y agradeció su hábil intervención para colocar a Ville de copiloto. Sentado en la parte trasera junto a Alejandra, se dejó arrullar por la música y por su atenta mirada mientras él le hablaba sobre los lugares por los que pasaban. Le llegaba su aroma a fresco, dejándolo con ganas de arrimársele, olisquear su cuello, besarle el lóbulo de la oreja y, de paso, esos adorables hoyuelos. La tentación era tanta que, para controlar sus impulsos, se giró hacia el lado opuesto, el de la ventanilla, y se colocó las gafas de sol.

Cuando llegaron a Hämeenlinna, se detuvieron en una cafetería para tomar unas bebidas e ir al baño. A partir de ahí, Mika tomó el volante. Una vez que llegaron a Helsinki, pasaron por el distrito de Haaga, donde dejó a Ville, y continuó por la calle Mannerheimintie, en Töölö, para dejar a Kaisa; quería quedarse a solas con Alejandra. Antes de despedirse, su amiga sacó la silla de ruedas del maletero y la dejó en el asiento del copiloto.

Con un gesto nervioso, se quitó las gafas y se pasó la mano por el pelo. Respiró profundo, sopesando el siguiente paso. Quizá podría invitarla a la nueva exposición de arte contemporáneo en Kiasma, o quizá al cine, o a cenar. Mientras reunía el valor, el silencio entre los dos se

espesaba como una cortina de niebla. Buscó sus ojos por el espejo retrovisor, pero ella los esquivó. Sin descorazonarse, le preguntó:

—¿Cansada?

—No..., no.

—¿Te gustó la ciudad de Tampere?

—Sí, muchas gracias.

Seguía sin mirarlo.

—¿Y... el viaje? Me imagino que te resultó muy instructivo.

Sus pestañas apenas se movieron.

—Sí.

—Espero que las ocupaciones de este fin de semana no hayan ocasionado retrasos en tus deberes de la universidad.

—No, no.

Seguía sin mirarlo, concentrada en las calles que dejaban atrás; su semblante era serio. Demasiado serio.

Inseguro, su voz y su motivación fueron languideciendo. Cuando llegaron al edificio donde ella vivía, notó que se bajaba con rapidez. Demasiada rapidez. Y sin levantar la vista, le agradeció:

—Muchas gracias por todo, jefe. Fue un fin de semana encantador. Un viaje interesante y..., bueno, aprendí mucho y... Hasta mañana.

Desconcertado, Mika apretó los labios. ¿Jefe?, ¿cómo que jefe?

A pesar de la desilusión, no intentó detenerla, pero esperó a que pulsara la clave y entrara en el edificio.

¡Maldita sea! ¿Qué había sido todo eso? ¿Por qué había levantado esa barrera entre ellos?

Frustrado y despechado, se marchó a casa.

## CAPÍTULO 24

Aquel lunes, Alejandra se acercaba a las oficinas de *art & viiva* con el corazón arrebuñado como un acordeón.

Quería verlo.

Necesitaba verlo, y con desesperación, pero estaba avergonzadísima.

Ay, ¿cómo había podido ser tan tonta? Tan estúpida.

¿Por qué había sido incapaz de mirarlo? ¿Por qué le había soltado ese montón de síes y noes?

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Porque se había sentido intimidada. Aterrada de que él hubiera traspasado la delgada línea entre jefe y empleada y no hubiera sabido cómo manejarlo.

Desde la tarde anterior, no había hecho sino flagelarse sin misericordia por su conducta infantil y poco sofisticada. Se detuvo y cerró los ojos, como si con eso pudiera borrar lo que había sucedido. Una parte de ella quería saltar a ese abismo desconocido al encuentro de Mika, y de todo lo que él quisiera, pero otra parte, arisca y recelosa, le gritaba que tuviera cuidado.

«Debiste permitirle mostrar sus cartas y reaccionar como la mujer madura que eres».

«Lo sé», gimió desconsolada. Sus hombros se hundieron, y no se percató de que caminaba por el carril de las bicicletas hasta que casi colisiona con una. El conductor frenó en seco y la miró enfadado.

—I'm so sorry.

Tomó aire y prosiguió, rumiando sus pensamientos. «A lo mejor, el pobre hombre tiene más miedo que tú y necesita de toda tu sensibilidad, Alejandra. Ay, Dios mío, ¿y qué tal que al *pobre hombre* no se le haya pasado por la cabeza tener algo conmigo, y yo aquí, haciendo un lío de todo?».

Se detuvo frente a la puerta de la empresa, que la miró con enfado. Pulsó la clave y entró. El olor a ambientador le dio la bienvenida. Miró a un lado y a otro; ni rastro de su jefe. Aterrizó a salvo en su cubículo y pronto se zambulló en el torbellino de actividades de los lunes. Durante el descanso, corrió a por una taza de café y, mientras bebía, buscó información sobre las lesiones de la médula espinal. Le llamó especialmente la atención un artículo titulado: *Sexo desde la silla de ruedas*. Sintióse culpable, se ruborizó cuando copió el enlace de la página.

Cerca del mediodía, absorta en su trabajo, se levantó a por unos folios sin advertir que había alguien detrás de ella. Tropezó, intentó no caerse, y antes de aferrarse a los brazos que se habían extendido para recibirla, se percató de que era su jefe. Un agradable cosquilleo la recorrió al percibir sus músculos firmes y cálidos a través de la camisa. Sin poder apartar la mirada de él, se escuchó murmurar:

—Discúlpame, no te vi.

—No hay problema... ¿Cómo has pasado la mañana? —Sin dar indicios de querer soltarla, los ojos de Mika se deslizaron como una caricia por todos los ángulos de su rostro. ¿O eran imaginaciones suyas? De pronto, recordando el lugar donde estaba, echó una ojeada alrededor y sus mejillas se encendieron al notar que todos sus colegas los observaban. Sin inmutarse, la ayudó a incorporarse. Se estremeció. Para su alivio, giró la cabeza hacia Ville y lo llamó:

—Me gustaría hablar con todo el equipo de diseño unos minutos, por favor. Vamos a la oficina de Matti.

En el alegre y extravagante refugio del arquitecto había todo tipo de sillas y poltronas,



cómodas e incómodas, y como Alejandra las había probado todas, se aseguró de sentarse en la que más le gustaba. Observó el desorganizado y familiar flujo de colores, que reflejaba la forma de ser del diseñador, mientras esperaba con paciencia a que Mika comenzara. A su lado había un espacio libre, entre una silla y ella, y el corazón se le aceleró cuando su jefe se situó en él.

Con satisfacción en la voz, les anunció que acababa de cerrar un contrato con los dueños de una cadena hotelera británica. La firma había iniciado la remodelación de un hotel de lujo en Reikiavik y quería que la empresa se encargara de amueblar las *suites* principales, el restaurante y el *skybar*. El proyecto, continuó, representaba un gran salto a escala internacional para *art & viiva*, por lo que los instaba a dar lo mejor de sí para responder a toda la presión que se les venía encima. Aclaró que, en vista de que necesitarían más personal, había decidido contratar a otro asistente de diseño. Cuando terminó de hablar, los demás se dispersaron por la habitación, pero él se giró hacia ella:

—Creo que puedo comentarte esto ahora. Matti y yo lo hemos discutido y estamos de acuerdo en que seas tú la nueva asistente de diseño. —Sus ojos azules fulguraban.

Decir que estaba contenta era quedarse corta.

—Sí, sí, me encantaría..., por supuesto. Sí, sí, pero... legalmente yo solo puedo trabajar media jornada.

—No te preocupes por eso, continuarías con las horas establecidas. Lo que decidimos fue contratar a otra persona para que ocupe tu cargo y apoye no solo al equipo, sino en otras secciones.

¡Un ascenso! Sintió que sus labios perfilaban una enorme sonrisa mientras su corazón subía hasta la cima.

—Muchas gracias, Mika.

El director le devolvió la sonrisa. Cuando creyó, entusiasmada, que iban a poder conversar, Tommi se acercó y los interrumpió. Con pesar, se hizo a un lado, sumiéndose en las reflexiones sobre lo que traería a su vida esas nuevas responsabilidades. Afortunadamente el semestre en la universidad pronto terminaría; durante las vacaciones de verano, ella podría dedicarle toda su energía a la empresa.

En los días siguientes, la novedad exaltó los ánimos de todos. Tommi, Matti, Mika, Ville y Alejandra pasaban más tiempo juntos. Se dio cuenta de que a su jefe y a su asistente los unía una estrecha amistad; la sorprendió contemplar cómo este le tomaba el pelo y Mika lo celebraba carcajeándose. Oírlo reír con aquel desenfado era como escuchar la caída de una cascada de agua sobre la paz de un arroyo. De vez en cuando, sus ojos se encontraban y, haciendo un esfuerzo para no esconderse en su caparazón de tortuga, le sostenía la mirada y le sonreía con el corazón. En una oportunidad, le había parecido que él deseaba decirle algo, pero el sonido de su móvil los había interrumpido. Con la mirada todavía sobre ella, había contestado y, antes de abandonar la oficina, le había guiñado un ojo. Con el rostro encendido, Alejandra se había apresurado a mirar a sus compañeros, pero ellos, enzarzados en una discusión, no habían notado nada.

Después de ese episodio, cada vez que se encontraba con ella, Mika la trataba con tanta ternura que, si no fuera su jefe, pensaría que la cortejaba con disimulo.

Cuando estaban juntos, encendían una, dos, tres lucecitas en sus almas, y cuando se apartaban, no encontraban cómo apagarlas. Sus rostros burbujeaban como un vino espumoso, y no eran conscientes de que Tommi, Ville y Matti se habían percatado. Tampoco eran conscientes de su cómplice silencio, atentos al desenlace.

Sin embargo, Alejandra seguía batallando con las dos fuerzas que la dividían, aunque ya no a partes iguales. Un ochenta por ciento quería saltar a lo que fuera que Mika deseara de ella, pero el

otro veinte la contenía. Los sentimientos por él crecían con tal ímpetu que intentaba que no se convirtieran en una avalancha que la arrastrara sin estar preparada. En ocasiones se percibía tan vulnerable, tan frágil que temía quebrarse como el más fino cristal. Experimentar la intensidad de aquellas emociones la descolocaba. Tal vez por eso siempre se había protegido tanto. Comprendió entonces que un hombre como Salomón no había representado un serio peligro para ella, porque la terrible verdad era que nunca se había entregado en cuerpo y alma a él. Una lágrima caminó por su pómulo.

«¿Por qué lloras?».

Porque estaba aterrada. Porque no podía controlar lo que sentía. Y porque no sabía con quién compartirlo.

Cada vez que iba a contarle a Samuel, la lengua se le enredaba, y Xisca estaba lejana y triste. Así pues, decidió enviarle un correo a su antigua psicoterapeuta. Ella la conocía muy bien, y Alejandra confiaba en que le sugiriera algo que disminuyera su ansiedad.

Como no esperaba que le respondiera tan pronto, pues sabía lo ocupada que estaba, se sorprendió cuando al día siguiente recibió un mensaje de ella:

De: martha.llggn@ssml.com

Para: ale2diaz@htttth.com

¡Buenas tardes, Alejandra!

Celebro que hayas tenido el valor y la fuerza para encontrar todo tu poder como mujer y aventurarte a nuevas experiencias. Te felicito. Hubiera sido fácil quedarte bajo el ala de tus miedos y de tus traumas, pero no lo hiciste. Volaste y alto. Me siento orgullosa de ti.

Siempre te dije que en la vida nunca habría certezas, y entregar el corazón es la más arriesgada travesía de esta. Ilusionate y vívela, que, si te equivocas, has de levantarte y seguir adelante. Me temo que no hay atajos, tampoco recetas. Solo experimentar y tomar lo que se te ofrece con la mejor actitud. Tú decides.

Por lo que me cuentas, es un hombre que necesita de tu comprensión y de tu sensibilidad. Dos personas maduras y dispuestas a entregarse pueden rodar juntas, siempre y cuando esa entrega venga de la plenitud que cada uno lleva en el alma. Los amantes toman un solo camino, pero no olvides que los andantes son dos.

Te envió un saludo y mis más sinceros deseos de que encuentres la abundancia del dar y del recibir en esa nueva relación.

Martha L.

Lágrimas de gratitud se deslizaron por su rostro. Se sintió arropada por aquella sabia y vieja amiga que le daba el último empujoncito para rendirse a lo que sentía. Seguiría los anhelos de su alma, y al diablo con las consecuencias.

Así pues, se entregó con ahínco a devorar cuanta lectura encontró sobre el problema de Mika. Se dio cuenta de que cada caso era diferente, y que evolucionaba a razón de cómo y dónde se había lesionado la médula. Aprendió que, en caso de impotencia, a los hombres, en mayor porcentaje que a las mujeres, les costaba más adaptarse a una forma diferente de vivir la sexualidad. Se preguntó cómo habría sido el proceso de Mika. ¿Habría estado con una mujer después del accidente? Quizá sí. Era un hombre muy atractivo y con toda probabilidad habría tenido aventuras. ¿O no? En cualquier caso, quería aprender a darle placer.

Se dejaba llevar por todas las fantasías que las lecturas exaltaban. Soñaba que acariciaba y recorría con sus besos cada centímetro de aquel cuerpo fuerte y recio. Saboreaba su boca y pasaba su lengua por ese encantador diente torcido, que no sabía por qué le gustaba tanto. A lo

mejor porque le parecía maravillosamente imperfecto. Durante las noches, en su mente, lo seducía, lo enamoraba y lo dejaba tan satisfecho que se quedaba dormida con una sonrisa de plenitud.

Llegó junio, y el amarillo del cielo favoreció que todos los colores de la naturaleza florecieran. Los jardines y las calles se llenaban de personas que se agolpaban en torno a cada rayo de luz. El olor a mar se intensificaba y los chillidos de las gaviotas se confundían con el claxon de llegada de los barcos en el puerto. En los parques, olas de gansos salvajes llegaban para adueñarse de ellos. Se podía ver a los machos cuidar con esmero a sus compañeras y a sus crías.

Alejandra realizó el último examen en la universidad y dio por terminado el semestre. Satisfecha con sus notas, lo celebró cocinando para su hermano y para sus compañeras de piso.

El estío también llegó para Samuel: fue seleccionado para un puesto en la compañía Nokia y alquiló un apartamento en la ciudad de Espoo, cerca de su nuevo trabajo. En cuanto al resto de su familia, llamaba a menudo a su madre. Nunca al abuelo. Nunca a Enrique. En realidad, no suponía un gran problema, porque ninguno de los dos quería hablar con ella. Aún no le perdonaban que hubiese roto con Salomón.

Su exnovio dejó de enviarle mensajes. Lo sentía tan lejano... Como si la persona que lo había amado hubiera sido otra y no ella. Todavía le dolía su traición, pero poco a poco ese dolor se diluía en otra naciente esperanza de amor. En ocasiones, cuando la ominosa voz de su miedo le decía: «Ten cuidado, que puedes estrellarte», la hacía a un lado, como hacía con los molestos zancudos de su ciudad natal, y seguía soñando con Mika.

## CAPÍTULO 25

Aquel día de verano, las cargadas nubes desprendían melancolía. Desde la ventana de su oficina, Mika contemplaba los tejados dormidos que esperaban, con la misma paciencia que él, a que los rayos del sol asomaran y alejaran aquel flotante color gris. Se dio la vuelta y condujo la silla de ruedas hacia el escritorio. Le colocó el freno y se acomodó en su sillón. Tomó la agenda y, con gesto de cansancio, revisó las reuniones que lo esperaban aquella semana. Levantó la mano y revolvió con inquietud sus cabellos. Sentía una zozobra que no podía definir; quizá era el recuerdo de aquella fragancia que lo perseguía en todo momento. Ansiaba sentir las manos de Alejandra recorriendo su cuerpo. Deseaba que lo besara mientras le susurraba palabras de pasión con ese particular acento. Aquellos días había sido testigo de ligeros cambios en ella: su expresión se iluminaba cuando él entraba en una habitación, y sus ojos lo seguían, o le sostenían la mirada, cuando él buscaba la suya. Sin embargo, aún no reunía el valor para invitarla a salir. Al gran director de *art & viiva* le sudaba la espalda y le temblaban las piernas, y eso que no las sentía, ante la posibilidad de pedirle una cita. En la empresa no había restricciones para encontrarse con un colega durante las horas de asueto, así que nadie podría reprochárselo, pero cuando reunía el coraje para formular las palabras, llegaba alguien.

El lunes de esa semana, por ejemplo, se la había encontrado en el pasillo, y después de observarla con fijeza durante lo que le parecieron horas, mientras carraspeaba, *perkele!*, había aparecido Tommi. Y el resto del día estuvo tan ocupado que cuando pudo buscarla, ella ya se había marchado.

El martes por la mañana recibió una visita inesperada: Minna. Sabía que aquel vendaval que tenía por hermana esperaba que la llamara o la invitara a cenar con regularidad, y como no había hecho ni lo uno ni lo otro, verla entrar sin llamar a su oficina no le extrañó. Hablaba con un cliente en el extranjero mientras la contemplaba deambular por toda la habitación, tocando sus cosas y probando todos los sillones como una cría. El cobre bruñido de sus cabellos enmarcaba un rostro espolvoreado de cientos de pecas. Tanto los colores de los pantalones que vestía como los de su blusa y los de sus zapatos rivalizaban con los tonos de un títerito en una función. Siempre que ella entraba a un sitio, no había nadie que no advirtiera su forma de vestir o su irreverente personalidad.

La madre de Minna había sido prima lejana de su madre, y cuando esta había muerto, junto con su esposo, en un accidente marítimo, sus progenitores habían decidido adoptarla. Sin embargo, la relación entre los tres no había evolucionado como se esperaba. A la nueva integrante de la familia le gustaba seguir sus propias reglas, y para sus conservadores e intelectuales padres había sido difícil guiarla. Todo lo contrario que Mika, cuyo espíritu temerario había encajado perfectamente con la indisciplinada y salvaje naturaleza de su nueva hermana. Lo cierto era que la había querido y protegido desde el primer momento en que llegó a su vida.

Colgó.

—¿Es que no te puedes quedar quieta unos minutos?

—Yo también te he extrañado, hermano de mi alma. —Se acercó y le estampó un sonoro beso.

—*Terve*, linda. —La besó a su vez—. ¿Quieres un café, un té? —Levantó una ceja—. ¿Una chocolatina?

—No, gracias, estoy cuidando la línea; quiero estar muy delgada para comprar el vestido que he visto para mi boda.

—Así que por fin te casas. Me alegro, enhorabuena.

—Gracias. —Le lanzó una sonrisa de pura felicidad mientras cogía la silla de ruedas de Mika y se sentaba en ella.

—¿Y cuándo es el gran día?

Se recostó contra el espaldar de su asiento y observó cómo se desplazaba, juguetona, por la oficina.

—Todavía no lo sé, apenas he tenido tiempo de asimilar que he dicho que sí.

—Hummm, pobre Obafemi. Ha tenido que esperar más de dos años para que su novia acepte casarse con él, y ahora tiene que esperar... ¿qué, otro año? —se mofó, con un brillo de ternura en los ojos.

Obafemi era un alegre y agradable nigeriano que había luchado con ahínco para ganarse el amor y la confianza de su hermana, y aunque vivían juntos, ella había rechazado su propuesta de matrimonio varias veces.

Minna arrugó la nariz.

—No quiero hablar de mí. Dime, ¿por qué no has visitado a tu querida y única hermana?

—Lo sé, lo lamento, he estado muy ocupado y...

—No. No es una buena excusa, tú siempre sacas tiempo para tu madre y para mí. ¿Por qué nos tienes abandonadas? —Lo miró con una expresión de sospecha durante tan largos segundos que Mika sintió cómo el calor se adueñaba de su rostro—. ¿Estás enamorado? —le preguntó a bocajarro.

—No digas tonterías.

—No es ninguna tontería. ¿Y por qué te pones como una remolacha? ¿Quién es ella?

—Minna Fischer Tamminen —se pasó, exasperado, las manos por la cara—, déjame en paz.

—¿Estás enamorado! ¿Quién es, qué hace, dónde vive, cómo la conociste?

El cuello de la camisa lo ahogaba. Se desabrochó el primer botón con enojo.

—No quiero hablar de ella.

Su hermana se carcajeó.

—Así que hay alguien...

—Sí, pero ella no lo sabe aún.

—¿Cómo que no lo sabe? No me digas que no has sido capaz de decirle algo.

—Minna, dame un respiro, ¿quieres?

—Dime quién es o aquí me quedo toda la tarde.

Mika refunfuñó:

—Es colombiana y trabaja aquí. Ulla la conoció en una reunión y me pidió el favor de entrevistarla. Me gustó desde el principio, y ahora... digamos que intento encontrar el valor para invitarla a salir. ¿Contenta?

Lo miró con fijeza durante otros tantos segundos, tan largos que su hermano casi podía escuchar los mecanismos de su cerebro tramando algo y se alarmó.

—Preséntamela. —Se levantó y dejó la silla de ruedas al alcance de él.

—¿No me has escuchado? Ella no lo sabe.

—Te oí, y no me importa. Preséntamela.

Juntó las cejas irritado.

—Olvidalo, no quiero que la asustes.

Silencio.

—Y ella, ¿siente algo por ti?

—No lo sé, creo que sí... No estoy seguro.

—¿Y cómo vas a estar seguro si no le dices nada?

—¿Cómo van los negocios de Obafemi?

—No, no cambies de tema.

La ignoró; él podía ser igual de tozudo que ella.

—Dile que le agradezco los dos kilos de café que me envió, y que el de Kenia me gustó más que el de Ruanda.

Para alivio de Mika, con tan solo un gesto de disconformidad en sus facciones, su hermana aceptó el giro de la conversación. Sin embargo, conociéndola como la conocía, estaba seguro de que tramaría algo. Lo único que lo calmaba era saber que mientras no le presentara a Alejandra, no corría ningún peligro.

Pero qué equivocado estaba.

## CAPÍTULO 26

La mujer abrió la ventana para que el tímido sol de la tarde no se amedrentara y entrara a hacer lo que quisiera con la estancia. Se soltó el pelo y dejó que se esparciera con libertad por su espalda, como le gustaba a su hombre. Con aire de niña traviesa, muy traviesa, tomó su móvil y llamó.

—Terve, Minna. —La voz al otro lado del teléfono sonaba como siempre: contenta.

—Terve. ¿Y cómo está mi niño favorito?

—Engordando. ¿Te había dicho que es el niño más glotón del mundo?

—Sí, y también que es el bebé más hermoso, el más inteligente y el más tranquilo.

La joven soltó una carcajada, dejando entrever que sabía muy bien que era una pesada al dejarse llevar por su orgullo de madre.

—Lo sé. Soy una mamá primeriza, ¿qué esperabas?

—Escucha, Ulla, te llamaba para algo importante. ¿Conoces a Alejandra...? Bueno, no sé el apellido, pero Mika me dijo que es colombiana y que tú se la recomendaste.

—Sí, la conozco, ¿por qué?

—Porque... ¿Estás sentada?

—Sí, estoy sentada, suéltalo.

—Creo que mi hermano está enamorado de ella.

—¿Lo dices en serio?... Qué gran noticia, pero... ¿estás segura?

—Segurísima.

—Uy, no me extraña que le guste. Es una chica muy dulce, algo tímida pero preciosa.

—Invítala a tomar un café y me incluyes, pero que sea esta semana.

—¿Y la quieres conocer para...?

—Tú déjame a mí, asegúrate solo de presentármela.

—Lo haré, Minna, pero no me metas en problemas con tu hermano, ¿eh?

—No, te lo prometo.

—Hummm, por qué será que no te creo.

Dos días después, Minna pedaleaba rumbo a la cafetería Ursula, con tanta satisfacción en la cara que parecía sostener toda la felicidad del mundo sobre los hombros. Tenía todo para estar contenta: estaba enamorada, se iba a casar y su adorado hermano había encontrado, por fin, alguien a quien amar. Se lo merecía después de lo que había sufrido desde el accidente.

Se bajó de la bicicleta, la estacionó y aseguró el candado. Llenó sus pulmones con el aire marítimo mientras inspeccionaba a la gente que bebía o conversaba en la terraza. Ni rastro de Ulla.

El café tenía la forma de un barco con las velas extendidas, como si fuera a zarpar. Su amiga y ella solían ir a menudo a charlar y a tomarse alguna bebida caliente en invierno, o a saborear un helado durante los veranos. Se dio la vuelta en dirección al estacionamiento y la vio. En ese momento sacaba un cochecito para bebé del maletero de un Volvo. Tras desplegarlo, abrió la puerta del compartimento trasero y cogió en sus brazos a un bebé rollizo y muy rubio. Antes de que lo sentara en el carrito, Minna le gritó:

—No, dámelo. Deja que esta preciosura se quede con la tía. —Cogió a Alexander y lo besó con fuerza en los mofletes, haciéndolo reír—. ¿Verdad que sí?

Cuando Minna terminó de zarandearlo, el bebé tiró con curiosidad del aro de oro que esta llevaba engarzado en una de las aletas de la nariz.

—Cada día se parece más a Anders.

Anders era el esposo de Ulla. Ambos habían crecido juntos y, creyéndose hermanos de sangre, se habían amado en secreto durante muchos años. Por suerte, el destino estaba escrito, y ese amor había llegado a buen puerto.

—Sí, ¿verdad? —afirmó su amiga con cara de orgullo—. Mira, allí viene.

La pelirroja se giró y contempló a la mujer, bajita pero guapa, que se aproximaba. Mientras su amiga la saludaba, la evaluó con detenimiento.

—Mucho gusto. Alejandra. —Estrechó su mano con calidez.

—Encantada de conocerte; soy Minna.

Entraron en el café y esperaron con paciencia la larga cola para llegar al mostrador. Después de ordenar tres copas con helado, se dirigieron con ellas sobre dos bandejas a la terraza. El lugar estaba repleto, pero, por suerte, una pareja se retiraba en esos momentos, y se apresuraron a ocupar la mesa libre. La brisa era fría y los tímidos rayos del sol apenas calentaban el ambiente. Minna se apresuró a colocarle a Alexander la chaquetita que su madre le acababa de pasar.

—¿Cuántos meses tiene? —preguntó Alejandra, sonriéndole al bebé.

—Ocho —contestó Ulla al tiempo que observaba a su hijo saborear con placer el helado que Minna le daba—. Me temo que olvidé que este caballero come por dos.

—Pues puede comerse el mío si quiere —Alejandra sonrió.

Durante varios minutos, la conversación giró en torno al niño, hasta que Minna, impaciente, cambió de tema.

—Alejandra, Ulla me ha dicho que trabajas para art & viiva.

—Sí, sí.

—¿Y te gusta?

—Sí, mucho. Me encantan los diseños que venden, me gusta el ambiente laboral y... todo.

—¿Y qué haces allí?

—Bueno, yo soy diseñadora; estoy cursando un máster sobre las artes en el diseño industrial y art & viiva me ofreció un cargo como asistente de diseño.

—Debes perdonarme, no tengo idea del mundo del diseño, así que puede que te haga preguntas estúpidas. —La sonrisa de Alejandra la animó a continuar—: ¿Qué hace una asistente de diseño?

—Bueno..., mi rol consiste en apoyar al diseñador de la empresa en todo lo que tiene que ver con la investigación de un proyecto. Realizo bocetos bidimensionales y tridimensionales de forma manual y digital, ayudo en la preparación de los materiales para la producción... y también estoy participando en la creación de nuevos diseños, lo que me tiene muy contenta. —Después de introducirse una cucharada de helado en la boca, preguntó—: ¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

—Soy profesora en un jardín infantil. Como seguro habrás notado, me encantan los niños. Por eso adoro a este caballero. —Le dio a Alexander un sonoro beso que lo hizo carcajearse.

—¿Tienes hijos?

—Todavía no, pero espero tenerlos; mi compañero y yo nos vamos a casar —respondió, satisfecha de que le hubiese formulado una pregunta personal, porque así podría interrogarla sobre lo que llevaba todo el tiempo ansiando averiguar—. Y tú, ¿tienes novio?

—No..., no.

—¿No te llama la atención ninguno de mis compatriotas? —Observó con agrado cómo enrojecía mientras, por el rabillo del ojo, se percataba de que Ulla se movía inquieta—. ¿No...?

—Minna, creo que estás siendo demasiado imprudente. Es su vida privada —la reprendió.

—¿Qué? No estoy siendo indiscreta, ¿verdad que no, Alejandra? ¿Cómo piensas que nos podemos conocer si no pregunto?



Alejandra soltó una carcajada y le respondió:

—Digamos que tus compatriotas son muy guapos, pero hasta ahora no hay... —carraspeó— nadie. —Esquivó sus ojos.

—¿Y tu familia? Me imagino que la extrañas.

—Sí, sobre todo a mi madre. Tengo dos hermanos; uno de ellos, gracias a Dios, está trabajando aquí.

—Ah, mira qué bien —dijeron al mismo tiempo las dos mujeres—. Debes de sentirte menos sola con él cerca de ti —agregó la pelirroja.

—Sí, mucho. Y tú, ¿tienes hermanas, hermanos? —preguntó con inocencia Alejandra.

Esperando de un momento a otro una oportunidad como aquella, Minna buscó sus ojos:

—Tengo uno. Sospecho que tú lo conoces. —Minna tuvo la delicadeza de ruborizarse—. Es Mika, el director de art & viiva. —Observó complacida el rápido parpadeo y el leve rubor en las mejillas de Alejandra.

—Ah —musitó, sorteó su mirada y se inclinó a tomar una cucharada de helado.

La pelirroja siguió alimentando a Alexander sin dejar de estudiarla. Se detuvo en la curva de sus largas pestañas, con un poco de rímel; el contorno de sus mejillas, con una hermosa piel bronceada, y sus labios, prestos a sonreír. Era una mujer dulce y sin artificios. Le gustaba. Era justo lo que su hermano necesitaba. Quiriendo saber más de ella, le preguntó cómo era Colombia. Sus ojos brillaban al hablar de los hermosos rincones de su país. Sus comentarios eran tan cálidos y llenos de detalles que lograron que Minna se sintiera transportada a aquel exótico lugar.

Fantástico; la decisión estaba tomada. Cogiendo aire, le confirió un matiz de naturalidad a su voz:

—Escúchame, Alejandra, me gustaría invitarte a cenar en mi casa una de estas noches.

—Muchas gracias... Encantada. —La miró como un ciervo asustado.

—Perfecto. ¿Qué te parece este sábado? A mi novio y a mí nos encantaría que nos hablaras de tu tierra. Sé que Obafemi (así se llama mi prometido) estaría feliz de que le contaras todo lo que me has dicho ahora. Nunca nos visita nadie —mintió con cara de desolación— y nos sentiríamos honrados de tenerte esa noche. —Esperó la respuesta sin mirar a Ulla, que, sentía, la taladraba con los ojos.

—Sí, este sábado está bien para mí. Gracias.

—¡Genial!

Cuando terminaron los helados, cruzaron la calle y se dirigieron al parque Kaivopuisto. Ulla sentó a Alexander sobre la hierba y dejó que se entretuviera contemplando los gansos que acicalaban sus plumas mientras las tres continuaban charlando. Una hora después, Alejandra se despidió, y Minna la vio alejarse con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Estás segura de lo que haces? —le preguntó Ulla.

—Segurísima. Es perfecta para Mika, ¿no crees?

—Sí, me gusta. Pero eso no significa que debamos meternos en los asuntos de tu hermano.

La ignoró.

—¿Te diste cuenta de cómo se ruborizó cuando le dije que era la hermana de Mika?

—Cariño, te estás metiendo en la vida privada de dos personas. —Movi6, acusadora, un dedo ante su cara—. No es buena idea lo que vas hacer.

—Tonterías, hay que darles un empujoncito.

Vio cómo su amiga suspiraba con resignación.

—Tú sabrás, pero si Mika se entera y se enfada, negaré hasta la muerte que tuve que ver en esto. Le diré que tú robaste el número de mi móvil.

Minna soltó una carcajada.

—Todo saldrá bien, no te inquietes.

—Así lo espero. Él, más que nadie, merece ser feliz —dijo con rictus de tristeza.

Cuando Ulla y Alexander se marcharon, Minna se montó en la bicicleta con la imagen de su hermano en la cabeza. De pronto, lo visualizó enfadado, y su corazón saltó un tris, nervioso. Para darse ánimos se recordó que, por encima de todo, buscaba la felicidad de él, así que hizo a un lado sus resquemores y se concentró en cómo obligarlo a asistir a la cena sin que se enterara de que Alejandra también acudiría.

## CAPÍTULO 27

Aquel sábado, el sol entraba por las ventanas abiertas de par en par y retozaba sobre las vistosas sillas de la oficina de Mika. Exasperado, había interrumpido la enorme cantidad de trabajo que tenía y hablaba con su madre por teléfono. Le prometía no perderse la cena que Minna había organizado aquella misma noche con motivo de su compromiso. No entendía cuál era la prisa por celebrar, pero si había buscado refuerzos para que acudiera, considerando que él era el único invitado, se imaginaba lo peor. Solo esperaba que ahora que estaba interesado en alguien, su hermana no incluyera, como acostumbraba, a una de sus amigas para que hiciera pareja con él. Apretó los labios con fastidio. A veces aquella pelirroja podía ser un gran incordio.

Dio por terminados sus asuntos y decidió irse a casa para acabar de preparar la bebida de ruibarbo que fermentaba en el refrigerador desde hacía dos días. Iría bien con la cena, ya que su hermana no podía tomar alcohol. Obafemi podría agregarle un poco de vodka si así lo prefería. Pero antes, se dirigió al estacionamiento subterráneo de los almacenes Stockmann y subió hasta la dependencia en la que vendían flores para comprarle un ramo de margaritas a Minna.

En su piso, se duchó y se vistió con una camisa de manga larga que lo protegería de la brisa fría de la noche. A las seis y media de la tarde, se encaminó a Ullanlinna, uno de los barrios que, al igual que Kruununhaka, donde vivía, quedaba cerca del principal centro comercial de Helsinki. Era un lugar tranquilo, con pintorescas edificaciones modernistas, numerosos parques y una hermosa iglesia gótica luterana llamada Johannes. Estacionó el coche y se tomó su tiempo para desplegar la silla de ruedas, liviana y fácil de manipular, que usaba cuando iba a la oficina. La RGK Elite, fuerte y con más estabilidad, la utilizaba solo para sus prácticas deportivas o para lugares de difícil circulación.

Tomó las flores y el recipiente con el zumo y los puso entre sus muslos para empujar con sus manos libres las ruedas. Mientras atravesaba el jardín delantero del edificio percibió el aroma de la grama, que realzaba su verde entre las violetas y las hortensias que colgaban de los pequeños balcones. Tecleó la clave, entró y se dirigió al ascensor. Mientras subía pensó en Minna; se alegraba de que tuviera en su vida a un hombre que la quería y que sabía cómo manejar su particular forma de ser. Atrás había quedado la época de rebeldía y autodestrucción en la que había caído a causa de la dependencia a la bebida y del amor al maltratador con el que había estado casada varios años. Desafortunadamente, cuando él se había dado cuenta del infierno en el que vivía, había sido demasiado tarde, y casi la pierde. Sin embargo, con el apoyo de Ulla, había logrado ingresarla en un programa de rehabilitación y se había podido recuperar.

Pulsó el timbre, y ella abrió la puerta.

—*Terve*. Pasa, pasa.

—*Terve*, linda.

Se inclinó y lo besó. Él le entregó las margaritas y la bebida, pero no las recibió con la efusividad de costumbre. Tampoco le dio las gracias, lo cual le extrañó. La miró con fijeza y notó tensión al girar la cabeza hacia las voces que se escuchaban desde la cocina. Esquivando sus ojos, Minna le pidió que la siguiera y se alejó por el corredor. Mika frunció el ceño con desconfianza; a saber lo que le esperaba. Sintió temor.

—¿Te sucede algo? —la aguijoneó.

—No, no, no... ¿Quieres tomar algo?

—Sí, me apetece un...

Decir que el corazón casi se le sale por la boca era poco. En la sala acababa de entrar Alejandra, y lo miraba tan conmovida como él a ella.

—Ustedes ya se conocen, ¿verdad? —Alcanzó a notar cómo Minna agitaba las flores, corriendo el riesgo de estropearlas, y movía tanto el recipiente que temió que lo volcara. Sin embargo, eso no lo ablandó. No sabía qué hacer primero, si apretarle el cuello con lentitud o atender la evidente incomodidad de Alejandra. Avergonzado, se decidió por la última. Se acercó a ella despacio, sintiendo que sus dedos temblaban, por lo que los apretó en los reposabrazos de su silla y, echando mano de su estoica cortesía, le dijo:

—Qué sorpresa tan agradable... No sabía que conocías a Minna. —¡Maldita sea! Supo que había sido un comentario desafortunado en cuanto vio que sus mejillas se violentaron.

—Tu hermana y yo... nos encontramos... Ulla me la presentó. —Miró azorada a Minna.

—*Hello, my brother.* —Un fuerte golpe en la espalda lo sobresaltó. Levantó la mirada: un enorme hombre de color, vestido con un *buba*<sup>18</sup> blanco, lo saludaba sonriente—. *Welcome, welcome.* ¿Quieres tomar algo? Minna, haz que Alejandra y tu hermano tomen asiento mientras yo les preparo unos deliciosos cócteles.

Gracias al desparpajo de Obafemi, los colores en los rostros de los presentes volvieron a la normalidad.

—Mi hermano puede escoltarte, Alejandra. Con permiso, voy a poner las flores en agua. —Y la muy bandida escapó.

El silencio entre los dos cayó como cae el telón tras el final de una obra, dejando a los artistas tras bambalinas protegidos del escrutinio del público, pero no del suyo propio. Se miraron incómodos, aunque también anhelantes. Con un gesto tímido, Mika le sonrió, y ella le mostró esos hoyuelos que lo enloquecían. Parecía contenta de verlo. Se emocionó tanto que, al girar, tropezó con la maldita mesa, llena de revistas y libros, que flanqueaba uno de los sillones. Cohibido, le señaló el sofá:

—Toma asiento, por favor.

Mientras ella se acomodaba, dejó que sus ojos subieran despacio por sus piernas, sus caderas, la blusa de verano que llevaba, hasta toparse con su mirada... Y se quedó allí, leyendo en aquel fondo oscuro un ramalazo de pasión. El pulso se le aceleró. ¿Eran imaginaciones suyas?

—Me disculpo en nombre de mi hermana, ella... —Qué fastidio. ¿Qué le podía decir? ¿«Déjalo pasar»?—. ¿Te gustaría escuchar música finlandesa?

—Sí..., sí, me encantaría. —Le ofreció una sonrisa avergonzada.

Revisó la colección de discos compactos de Minna. Todos con aroma a yoga. Hizo una mueca de frustración; esa mujer no escuchaba otro tipo de música. Por fin, con satisfacción, encontró, quizá por cortesía de Obafemi, una colección de tangos de Olavi Virta. Colocó uno en el reproductor.

Las románticas notas fueron esparciéndose, dibujando en el aire tantos sentimientos de amor que el corazón de Mika se agitó contra los barrotes de su celda. Buscó los ojos de Alejandra con lentitud, sabiendo lo que le gritarían.

No quería esperar más. Anhelaba que lo viera de una vez por todas.

Las miradas se quedaron prendidas una de la otra. Las inhalaciones y exhalaciones de ambos se aceleraron. La música lo apremiaba a hacer algo, cualquier cosa, que le permitiera calmar aquella necesidad que tenía de tocarla. Tembló. Reunió el valor para acercársele y besarla.

Como a cámara lenta, se dirigió hacia ella..., pero su entrometida hermana hizo acto de presencia y, ajena a aquella atmósfera cargada de fuertes emociones, le tendió a Alejandra una copa con un líquido oscuro.

—Gracias. —Ella la recibió con expectación.

A saber qué sería, porque a Obafemi le gustaba mezclar zumos de frutas con bebidas alcohólicas, y algunas no resultaban tan buenas como parecían.

—El tuyo tiene poco alcohol —lo tranquilizó, pasándole otra.

Minna, atenta a las expresiones de su invitada después de que probara el licor, le preguntó:

—¿Te gusta?

—Delicioso. ¿Qué es?

—No tengo ni idea; a Obafemi le gusta inventar cócteles. Algunos son desagradables, pero si le dices que está delicioso —susurró—, no importa si no es verdad, te adorará toda la vida.

—Me temo que es cierto —corroboró Mika con una mueca.

Minutos después, un grito se escuchó desde el comedor:

—¡La cena está servida!

Sobre la mesa, cubierta por un coqueto mantel de flores amarillas, había una gran variedad de platos de la gastronomía nigeriana. Mika los había probado casi todos, pero sabía que para Alejandra supondrían una interesante novedad.

Obafemi le sirvió a cada uno la bebida de ruibarbo que él había llevado.

—*Kippis!* Por el placer de teneros en nuestro hogar.

—*Kippis!*

De entrante, saborearon unos deliciosos langostinos bañados en una salsa que, según explicó el anfitrión a su invitada, estaba hecha a base de chiles rojos, zumo de lima, coco rallado y cilantro. Como plato principal sirvieron ternera asada acompañada con arroz *jollof*, que contenía tomate, pimientos rojos, cebolla, pimienta, comino, jengibre y nuez moscada. En deferencia a Minna, que era vegetariana, había una variedad de tartas de vegetales, plátanos y yuca fritos.

Al comentar Alejandra que muchos de los platos de la zona costera de Colombia recibían influencia de la comida africana, el nigeriano la asedió a preguntas, las cuales ella respondió complacida. Nunca la había visto tan habladora. Sin quitarle la vista de encima, Mika disfrutó de sus carcajadas y de la soltura de sus movimientos. Supuso que al proceder ambos de dos culturas igual de accesibles, el diálogo se facilitaba. Sintió envidia, y se regañó por ser tan estúpido. De pronto, al desviar sus ojos, se encontró con los de su hermana. Levantó una ceja, interrogante, y obtuvo por respuesta una pícaro sonrisa.

«Adorable metomentodo».

En vista de los acontecimientos, bien podría abortar los planes de estrangulamiento. Le guiñó un ojo y continuó con la inspección de Alejandra, quien, en ese momento, se giró hacia él y le dedicó una sonrisa dulce y tentadora. Se estremeció. Sintió su cuerpo tan ligero como el viento. Sin embargo, la imprudente hermana que, por desgracia, le había tocado en suerte rompió el hechizo.

—Alejandra, el otro día me comentaste que no tenías novio y me pregunté... —Mika la miró furioso, pero eso no la amedrentó— cómo es posible que una chica tan bonita como tú esté sola. —Se metió un gran trozo de tarta de zanahoria en la boca sin quitarle la vista de encima a su interlocutora.

—Bueno... —Alejandra parpadeó, con el rostro encarnado, y miró a Mika—. Tuve una relación, pero no resultó... —Se inclinó y sorbió su bebida, como si no supiera qué más decir.

—Ah, ¿sí? Y dime...

Enfadado, Mika la interrumpió:

—Creo que debes controlar tu curiosidad, Minna, a menos que quieras incomodar a tu invitada. Lo miró como una niña regañada.

—Yo solo quiero saber...

—¿No has escuchado por ahí que la curiosidad mató al gato? —le recalcó cortante, y cambió de tema—: ¿Qué tipo de música se escucha en Colombia? —se dirigió a Alejandra con suavidad.

—Bueno, la música colombiana es muy rica y variada. Mi ciudad, Cali, por ejemplo, es conocida por su salsa. A mí no me gusta mucho, aunque es casi un pecado decirlo. —Se rio—. Lo que más me gusta es la cumbia colombiana.

—No la he escuchado, pero quizá me la puedas enseñar en alguna oportunidad —manifestó.

—Por supuesto, he traído algunos CD. También de salsa; estoy segura de que te encantarán.

Y mientras tomaban el postre, los dos invitados se enzarzaron en una conversación en la que los anfitriones fueron solo espectadores.

Cuando terminaron, pasaron a la sala. Minna y Obafemi se entretuvieron en la cocina, preparando el café, mientras Alejandra se sentaba en el sofá y Mika luchaba contra los deseos de tocarla. Se detuvo titubeante en medio de la estancia, hasta que arriesgándose, se acercó al amplio sillón y, tras apretar el freno, se sentó a su lado. El cojín se ladeó ligeramente e hizo que las piernas de ambos se rozaran. No lo percibió, pero verlo lo enardeció. Ella inclinó la cabeza y el cabello oscuro le cubrió el rostro. El aroma que desprendía le dio vértigo.

El silencio se espesaba. Solo escuchaba el ritmo de sus respiraciones.

Al ver que se abrazaba a sí misma, se dio cuenta de la brisa fresca que entraba a ráfagas por la ventana.

—¿Tienes frío?

Se giró hacia él, llevándose unos mechones detrás de la oreja, y sus miradas se encontraron. Entonces fue cuando lo vio: la pasión pura y descarnada brillando en sus ojos. A su corazón le salieron pies y corrió por toda la habitación. Aun así, tragó saliva con dificultad. Tenía miedo de equivocarse; algo tan maravilloso no podía ser verdad.

—Un poco —contestó con timidez.

Como si flotara en una nube, Mika buscó a su derecha, en el reposabrazos del asiento, la manta que su hermana siempre dejaba ahí. La extendió y la colocó con delicadeza sobre los hombros de Alejandra. Se aprovechó todo lo que pudo. Levantó cada mechón con lentitud, le rozó la nuca con la yema de los dedos. Y ella, sin decir palabra, lo dejó hacer. Quiso estrecharla contra su pecho, enterrar el rostro en esas hebras de seda y dejar caer un reguero de besos hasta encontrar su boca, pero no se atrevió.

El tintineo de platos y pocillos y el aroma a café, que se acercaba, lo sacó de la excitación en que se hallaba.

La risa de Minna y la voz estridente de Obafemi marcaron la pauta la siguiente hora, mientras los dos invitados guardaban un expresivo silencio. Aunque Mika era consciente de cada uno de los gestos de ella sin mirarla.

Una hora después, agradeciendo la velada, Alejandra anunció que era hora de marcharse, y él se apresuró a decir:

—Yo te llevo.

—Gracias. —El aleteo rápido de sus pestañas delató su inquietud.

Al despedirse, no le pasó desapercibida la sonrisa de suficiencia de su hermana, pero no le dijo nada.

Entraron callados en el ascensor. Él la miraba con insistencia, pero ella encontraba más interesante el panel de los botones.

Fuera, el viento marítimo les revolvió los cabellos, y la claridad de la noche se expandía arropándolos.

—Me gusta, es hermoso.

—¿Qué es hermoso? —preguntó con ojos acariciantes. Ella sí que era hermosa.

—Que no haya oscuridad durante el verano. Es un fenómeno muy bonito.

—Sí, y cuanto más cerca se está del Polo Norte, más visible es. En Laponia, por ejemplo, disfrutan del sol de medianoche. Aquí es más como un crepúsculo permanente.

Se dirigió a abrirle la puerta, esperó a que se sentara y la cerró. Después, con destreza, se acomodó en el asiento del conductor. Le quitó las ruedas a la silla y dejó caer el armazón detrás. Tuvo cuidado de colocar todo de forma que le permitiera recuperarlo con facilidad. Encendió el vehículo y se perdió entre la pálida noche.

Nervioso, se concentró en conducir en silencio. Especulaba qué hacer para tomarla entre sus brazos y detener el tiempo con un beso.

Llegó al edificio donde ella vivía y estacionó el coche. La miró, pero las palabras se le quedaron atascadas en la punta de la lengua cuando Alejandra le preguntó:

—¿Te-te gustaría pasar a tomar una taza de café colombiano?

## CAPÍTULO 28

Alejandra no quería que la velada terminara.

No sabía qué hacer con aquel amasijo de sentimientos que le oprimía el pecho y que le atenazaba la garganta, por lo que, dejando a un lado su timidez, lo invitó con torpeza a tomar una taza de café.

Sí, no había sido muy original, pero no se le ocurrió otra manera de impedir que se fuera.

Sin embargo...

—Me encantaría. —Su rápida respuesta la emocionó y la alivió.

Esperó con paciencia a que ajustara las ruedas a la silla; después, silenciosos, se encaminaron al portal del edificio.

Era consciente de la brisa fresca de la noche, de los latidos desaforados de su corazón, del sonido de la silla de ruedas sobre el pavimento y de los coches que pasaban. Sus sentidos estaban tan alterados y concentrados en su presencia que se sorprendía de ser capaz de mover un pie detrás del otro y avanzar.

Deseaba detenerse, inclinarse y besarlo.

Deseaba demostrarle todo lo que sentía por él, pero no se atrevía.

El runrún del ascensor, que subía con lentitud, rasgó el silencio. Sus dedos estaban tan cerca de los de Mika que, si no los rozaba, su pecho estallaría.

Pero no lo hizo. En cambio, aferró el bolso, sin atreverse a mirarlo.

Abrió la puerta y lo hizo pasar. El apartamento no era elegante, pero las tres lo mantenían limpio y ordenado. Dejó el bolso sobre la mesita del recibidor y le sonrió nerviosa.

—Ponte cómodo. —Señaló la sala, que se veía desde allí—. Voy a hacer el café.

—Prefiero acompañarte.

Sin decir una palabra, Alejandra se encaminó a la cocina con él detrás. Atisbó a la gata y se imaginó que se ocultaba en alguna parte.

Entraron en la cocina.

—Me temo que solo tenemos una simple cafetera. La buena noticia es que es un excelente café de Colombia. —Trató de sonreír, pero no pudo. Su voz sonó tensa.

—No te preocupes por eso, yo te ayudo.

—Las tazas están en los estantes de arriba... —«Pero qué idiota». Olvidó que, a pesar de su estatura, le era complicado alcanzarlas—. Lo siento, yo las sacaré —dijo incómoda.

Se giró con rapidez, llenó la jarra con agua y puso café en el cono. Percibía todo el tiempo la presencia de él detrás de ella. Escuchaba su respiración cerca.

Demasiado cerca.

Inhaló, pero el aire no llegaba a sus pulmones. De pronto, los dedos de Mika, como el aleteo de una mariposa, se deslizaron por sus caderas mientras hundía el rostro en su espalda. Creyó que se desmayaría. Sin poder más, se dio la vuelta y enredó las manos con las suyas; lo miró con toda la pasión que la había ahogado durante la velada. El cegador brillo de sus ojos la desnudaba, a la vez que sus brazos, con infinita suavidad, como si no quisiera asustarla, tiraron de ella para sentarla sobre su regazo. Los labios de ambos se encontraron con desesperación. Sus lenguas se entrelazaron y se saborearon sin control. Aquel beso parecía durar una eternidad, y cuando Alejandra se retiró para coger aire, la boca de Mika buscó sus mejillas, descendió a su barbilla y luego ascendió hasta la punta de su nariz. Rozó sus ojos y sus cejas, mientras que las manos,



aferradas a su pelo, la apretaban con fuerza. Las de ella no se quedaban quietas: las deslizó por la espalda recia estrechándolo con impaciencia. La boca de él volvió a apoderarse de sus labios y se besaron como si no fueran a parar nunca. No les interesaba hablar. Solo sentir y consumirse en aquella desgarradora pasión que los había arrollado por tan largo tiempo.

El silencio de la casa los envolvía, los abrigaba, mientras la gata, desde su escondite, observaba la escena.

Los pulgares de Mika, inquietos y titubeantes al principio, pero audaces después, rozaron sus senos con dulzura. Al corazón de ella le salieron alas y voló por toda la habitación. Lo vio inclinarse y sintió el reguero de besos que dejaba por su cuello y más abajo... Acarició sus pechos a través del tejido de la blusa. Erráticas caricias que le sabían a adoración; que le gritaban tantos sentimientos hermosos que no sabía cómo asimilarlos. Los dedos de Alejandra, también intrépidos y temblorosos, desabrocharon los primeros botones de la camisa, y cuando sintió su cálida piel y los apresurados latidos de su corazón, un ardor, como si tuviera fiebre, la acometió, lastimándola con doloroso placer. El rugido de su sangre amenazaba con ahogarla y sintió que se aproximaba a un abismo en el que caía y caía, sin llegar al fondo. Por primera vez perdió el control y no supo cómo manejarlo. Su vientre desbocado bombeaba sangre, e intentando calmarse, colocó su frente contra la de él. De repente, comenzó a llorar.

Copiosas lágrimas se deslizaban por sus mejillas sin que pudiera detenerlas. No sabía por qué lo hacía, aunque su cuerpo sí lo entendía. Aquel éxtasis emocional tenía tanta fuerza, tanto significado para Alejandra que la única forma que encontró para apaciguarlo fue descargando un sollozo silencioso.

Cerró los ojos avergonzada, pero él no dijo nada. Sensible a los sentimientos de ella, a sus suspiros, saboreó cada gota salada, estrechándola con infinita paciencia y ternura hasta que poco a poco se calmó.

La respiración de Mika también se sosegó.

—Perdóname...

La siguió besando en las mejillas, sus pestañas...

—¿Por qué? —murmuró él.

—Soy una tonta.

—¿Por llorar? Es la forma más hermosa de demostrarme que te gustan mis besos.

Alejandra sonrió y besó su cuello.

—Sí, mucho, muchísimo. —Se lo dijo a sus ojos azules después de un jadeo quedo.

Su risa ronca le hizo cosquillas.

—A mí también me gustan muchísimo tus besos; es más, me enloquecen. Toda tú me enloqueces. —Encontró sus labios una vez más.

De repente, escucharon una llave introduciéndose en la cerradura y, después, unos pasos aproximándose. Alarmada, se levantó, se arregló la blusa y se limpió los últimos vestigios de lágrimas. Oyó la voz de Samuel llamándola:

—Aleja, ¿estás ahí?

—Aquí estamos.

Mika entrelazó sus dedos con los de ella y le guiñó un ojo. Su hermano entró en la cocina, y Alejandra vio la ráfaga de sorpresa en su mirada cuando se fijó en las manos entrelazadas, aunque luego sonrió burlón.

—Buenas noches. —Extendió la mano hacia Mika—. Samuel, el hermano de Alejandra. ¿Y usted es...?

—Mika, Mika Fischer; encantado. Ella me ha hablado mucho de usted. —Le estrechó la mano.

—Ah, ¿sí? De usted también habla. Supongo que es su maravilloso jefe.

—Samuel...

La carcajada de Mika sonó a regocijo puro.

A continuación, Xisca entró y miró el cuadro con cara de sorpresa, pero, reponiéndose, saludó:

—Hola otra vez. ¿Me recuerda?

—Por supuesto, la compañera de Alejandra. Encantado de volver a saludarte.

Xisca se quedó mirando la mano que Mika se negaba a soltar.

—¿Qué pasa, hay un *meeting* aquí? —Tiia entró en la cocina.

Alejandra gimió para sus adentros. Otra que se quedaba mirando los dedos asidos, pero solo dejó escapar un:

—¡Ah!

Mika extendió el otro brazo con cortesía.

—Mucho gusto, soy Mika. Tú debes de ser la otra compañera de Alejandra.

—Encantada. Tiia.

—¿Alguien quiere café? Este se ha recalentado —anunció Samuel.

—Ay. —Alejandra fue a comprobarlo, pero su hermano le dijo:

—Anda, vete, vete; yo preparo más.

Se dirigieron a la sala y se sentaron; Mika, con esa manera cordial y sofisticada que tenía de manejar un grupo, llevó la batuta de la conversación. Ella guardaba silencio, sintiendo que flotaba. Le parecía mentira lo que había sucedido; que se hubieran besado y que sus manos no se soltaran.

Poco después, entró Samuel con una bandeja y la colocó sobre la mesita del centro. Había café y varios bocadillos de leche que había traído de Colombia, y que Alejandra había guardado para un invitado o una invitada especial.

Después de servirles a las mujeres, su hermano le cedió una taza del humeante líquido a Mika, acompañado con uno de los dulces.

—Esto es muy popular en mi país. Está elaborado con leche, azúcar y coco.

Mika lo probó.

—Hummm, está muy bueno.

Se quedó hasta entrada la noche, mostrándose alegre y abierto con todos. Para satisfacción de Alejandra, Samuel y él parecieron entenderse muy bien. Se desilusionó cuando anunció que era hora de retirarse, pero lo acompañó abajo sin una protesta.

Fuera, el viento refrescó su corazón, que ardía. Se sentía tan infinitamente completa que tuvo miedo. Contempló cómo él se acomodaba en el asiento y lo ayudó a guardar la silla de ruedas. De pronto, se miraron con timidez. Él la acercó y la sentó con cuidado sobre su regazo.

—¿Nos vemos mañana? ¿Quieres pasar el día conmigo? —le preguntó mientras aproximaba la nariz a sus mejillas, olisqueándola y acariciándola por todo el camino hasta su cuello. Ascendió despacio y, con infinita delicadeza, tomó sus labios. Por unos minutos, solo se escuchó el batir del viento, el leve sonido de un coche circulando a lo lejos y las voces de un grupo de jóvenes que iban a disfrutar de la noche.

—Sí, me encantaría pasar el día contigo —murmuró Alejandra, sintiendo el volante a un costado y, en el otro, los fuertes latidos del corazón de Mika. Se estremeció. Respiró con placer su aroma; todo el automóvil olía a él.

—Podríamos almorzar en Tallin. ¿Te gustaría? ¿La conoces? —Mika apoyó su frente sobre la de ella.

—Sí, fui una vez, pero me gustaría volver... contigo. —Le sonrió con candorosa ilusión.

—Bien, podríamos partir por la mañana en un barco pequeño; son más rápidos que los grandes y... —Se interrumpió cuando Alejandra le acarició con dulzura la mejilla. Mika tomó sus dedos y, cerrando los ojos, los besó uno por uno. Lento, muy lento. Después reclamó su boca de nuevo—. Hablaremos mañana... —Su voz ronca acabó de sumergirla en la deliciosa ola de sensualidad a la que sus besos la habían llevado. Él no parecía querer marcharse. Tras unos segundos respirando entrecortado, apoyó su frente una vez más sobre la de Alejandra y, como si le costara decirlo, afirmó—: Será mejor que me vaya. Podríamos tomar el barco de las diez, ¿te parece?

—Hasta mañana. —Alejandra asintió.

Suspirando con pesar, se levantó, cerró la puerta y le dedicó una sonrisa. Mika, guiñándole un ojo, encendió el motor y se perdió en la claridad de la noche. Se quedó ahí, de pie, observándolo, hasta que ya no lo vio más.

Con pasos lentos, se dirigió al ascensor, subió y entró en el apartamento, preparada para el interrogatorio de Samuel. Inquieta, constató que, en efecto, su hermano la esperaba en la sala con los brazos cruzados y un brillo pícaro en los ojos.

—Ven aquí, *enana*. —Palmeó a un lado del sofá—. Tú sí que haces todo en grande. Cuéntame, ¿qué es lo que tienes con tu jefe, y cómo no me lo habías dicho antes?

—Ay, Samuel, simplemente sucedió. Ni yo misma lo tuve claro hasta que estuve en Tampere con él. Esto es algo serio para mí, no es un idilio cualquiera. —Se sentó a su lado.

Su hermano suspiró.

—Lo sé; el amor, los estudios, la amistad, la vida, todo es muy serio para ti, por eso me preocupa. Parece un buen hombre, pero... ten cuidado, *enana*.

—Ay, *gordito*, creo que es demasiado tarde.

—Qué carajo; adelante, ya estás crecidita. Ahora entiendo por qué hablabas tanto de él: «Mi jefe dice esto, mi jefe dice aquello, mi jefe...» —la remedió con ternura.

—No es cierto... Eh, deja de molestarme. ¿Y tú?, ¿qué haces aquí? Te veo muy compenetrado con Tiia. ¿Estás enamorado de ella?

Puso un dedo sobre sus labios para silenciarla.

—Ven, vamos a tu cuarto.

Mientras Samuel se sentaba en la cama, Alejandra abrió la ventana y dejó que entrara la brisa.

—Es muy pronto para hablar de algo tan serio como el amor, ¿no crees? —terminó Samuel con una expresión de tristeza.

Sorprendida, Alejandra lo miró confusa.

—¿Pero?

—Pero nada, apenas la estoy conociendo..., y ya sabes que en las relaciones yo no suelo ser el ganador.

—Ah, ¿no? Pensé que Tiia besaba el suelo por el que pisabas...

—Pues ya veremos si eso perdura.

Alejandra se sentó a su lado y le tomó la mano, preocupada. No le gustaba el tono de su voz.

—Ay, *gordito*. ¿Qué pasa? No quiero que vuelvas a menospreciarte, seguramente ya te has dado cuenta de lo interesante y atractivo que eres. Si las chicas aquí no dejan de perseguirte.

—No, tienes razón, menospreciarme no me ayuda. Reconozco que tengo cosas que ofrecer —sonrió—, pero... soy precavido. No me dejo obnubilar solo porque unas cuantas mujeres han decidido salir detrás de mí. No niego que me halaga, pero tú ya sabes que no soy un hombre de aventuras fáciles. Quiero conocer a Tiia, y ya veremos a dónde nos conduce todo.

—Puede que tengas razón, pero, mientras tanto, diviértete, *gordito*, disfruta de toda esa atención, que ya has sufrido demasiado. ¿Quién quita que te enamores perdidamente de ella, y ella

de ti? Quizá puedas disfrutar por fin la relación que siempre has anhelado.

—Ya veremos. —Alejandra tuvo la sensación de que su hermano le ocultaba algo, pero no quiso presionarlo. Ya hablaría cuando estuviera listo—. Ven acá, déjame abrazarte. Celebremos que el amor ha llegado de nuevo a tu vida. Me cae bien tu Mika, y deseo con todo mi corazón que te vaya muy bien, te lo mereces. —La besó, cariñoso.

Siguieron conversando durante media hora. Alejandra, sintiéndose libre por fin para expresar todo lo que sentía por Mika, no paró de hablar.

Sus esperanzas, sus expectativas se deslizaron entre las alas blancas de la noche como una silenciosa promesa de amor.

Después de que Samuel se fuera, antes de cerrar los ojos, el sonido de su *smartphone* la sorprendió. Era un mensaje de Mika. La hizo sonreír enamorada, pues estaba en español:

Hasta mañana, amor mío.

## CAPÍTULO 29

El barco, con capacidad para doscientos pasajeros, se mecía de lado a lado al cortar las aguas del Báltico. El cielo era tan azul como el mar, y los ojos oscuros de Alejandra brillaban con toda su dulzura. Tras las gafas oscuras, Mika la contemplaba. Estaba sentada junto a él en un área habilitada para la silla de ruedas, cerca de la proa, y no era en su belleza física en lo que reparaba, sino en la belleza de su alma. Cerró los ojos, sintiendo cada gota de sangre vibrar enamorada. El estío había llegado por fin a su vida y no había espacio suficiente para dar cobijo a la felicidad que lo embargaba. Los abrió. La brisa entraba por la ventana, agitándoles los cabellos. Se inclinó y, con delicadeza, le retiró los mechones que se introducían en sus labios. Alejandra, sonriente, le asió los dedos. El ruido de los motores del barco y el barullo de la gente les impedían escucharse, por lo que se concentraron en seguir el vuelo de las gaviotas y en mirarse de tanto en tanto.

Una hora y media después, el barco atracó en el Puerto Viejo de Tallin. Aquella ciudad le encantaba. Era la forma más rápida de gozar de un agradable paseo entre hermosas e interesantes construcciones medievales, erigidas por los diferentes conquistadores que habían invadido a los estonios a lo largo de su historia: daneses, germanos, suecos y rusos. Además, ofrecía una gastronomía deliciosa y asequible en precios. La zona vieja, que era hacia donde se dirigían, quedaba muy cerca del puerto.

Tuvieron que esperar a que todos los pasajeros descendieran para poder desembarcar sin inconvenientes. Había decidido llevar su RGK Elite porque le daría la estabilidad que necesitaba para transitar por las calles empedradas y adoquinadas que cubrían el casco antiguo. Sabía por experiencia que no sería fácil acceder a todos los sitios turísticos, pues, aunque la zona estaba bien conservada y organizada, todavía quedaban muchas obstrucciones para una persona que se desplazaba en una silla de ruedas. Abrirse paso entre el tumulto de turistas y observar los edificios desde fuera sería lo único recomendable para él, ya que la entrada a algunas tiendas e instalaciones resultaría prácticamente imposible. Reconocía que se sentía inquieto: era su primera cita con Alejandra y quería regalarle un día perfecto, pero también comprendía que obviar su realidad era ridículo. Esperaba que los dos pudieran hacerles frente a los momentos frustrantes con una actitud positiva.

Sin embargo, echaría mano de algunas de las facilidades que podía permitirse, como, por ejemplo, contratar los servicios de un taxi furgoneta para llegar a las zonas más inaccesibles.

El conductor del coche los esperaba a la salida del puerto.

—¿A dónde señor?

—A Toompea.

Tras cinco minutos de trayecto, el vehículo los dejó lo más cerca que pudo del mirador de Kohtuotsa, en la parte alta de la ciudad antigua. Desde ahí podrían disfrutar de una hermosa panorámica y luego ir descendiendo poco a poco, visitando los sitios más concurridos.

Había varios miradores, pero el que más le gustaba era aquel. El suelo era desigual, y llegar al balcón de piedra caliza desde la rampa supuso una prueba para sus músculos. Le había sonreído a Alejandra, tranquilizándola, cuando se había detenido a su lado, esperando con paciencia a que avanzara. Cuando llegaron a la cima, contemplaron la magnífica vista que descendía hasta los pies de la ciudad. El abrazo tibio del sol dejaba ver los contornos de las edificaciones, que, como una colmena de coloridas y singulares techumbres, perfilaban los diferentes estilos arquitectónicos de

los pobladores que se habían establecido en la ciudad durante siglos. Más allá se podía ver la parte moderna de Tallin, dinámica y pujante, pero no tan bonita como la zona en que estaban.

—Hermosísimo —musitó ella.

—Sí, ¿verdad? —Esperó a que tomara fotos y contestó a sus preguntas sobre las torres que sobresalían. Llevaba una falda larga de flores y una blusa blanca que delineaba su figura. Lo cierto era que, para él, *hermosísimo* significaba contemplar su silueta, pero no se lo dijo; lo disfrutó con discreción todo lo que pudo.

Desde allí se dirigieron a la hermosa catedral ortodoxa Alejandro Nevski, construida cuando Estonia formaba parte de la extinta Unión Soviética. Su antiguo diseño ruso constaba de cinco cúpulas oscuras en cuyos cilindros alargados destacaban, por encima de las ventanas, unos arcos conopiales de color blanco brillante y de un ocre cerrado. El acceso al interior era complicado por el frente, por lo que tuvieron que buscar a alguien que los ayudara a entrar desde otro ángulo. Al principio Alejandra, con timidez, adujo que no era necesario, que ella ya la había visto, pero él insistió. Después de tantas molestias, pudieron pasar al interior, y permanecieron unos veinte minutos apreciando los hermosos iconos y toda la extravagante decoración en oro de la iglesia ortodoxa.

Cuando salieron, pasaron por el edificio del parlamento de Estonia, cuya fachada, de estilo expresionista, ostentaba un singular tono rosado. Se adentraron en las calles repletas, a ambos lados, de tiendas de artesanías y *souvenirs*, oyendo la charla de aquel enjambre de turistas de diversas nacionalidades. El gentío impedía que Mika avanzara con rapidez, y Alejandra se acoplaba con calma a su lado. Atento a sus expresiones, notó que lanzaba miradas a los bazares como una niña curiosa, pero, al percatarse de que había obstáculos para su silla de ruedas, disimulaba y pasaba de largo.

—¿Quieres comprar algo? —Le sonrió con ternura.

—Pues... —Lo miró dudosa y se sonrojó.

—No te preocupes, se trata solo de tener paciencia. Te espero aquí.

—No. No dejaría de preocuparme. Mira, podemos entrar en esa tienda de allí. —Señaló un amplio establecimiento que tenía una puerta ancha, de fácil acceso para él.

En el bazar, un fuerte aroma a popurrí los recibió. Alejandra se detuvo a admirar las simpáticas figuritas que imitaban el estilo medieval de las construcciones y escogió una. Cuando la iba a pagar, Mika le dijo:

—Permíteme. —Sacó su tarjeta y le preguntó—: ¿Quieres algo más?

—¡Por Dios, no!, pero gracias.

—¿Otra de esas para tu madre? —Se desplazó hasta el otro mostrador, tomó una segunda figura y se la entregó a la vendedora para que también la envolviera.

—Gracias. —Alejandra lo miró con timidez.

—De nada, es un placer.

Salieron. Fuera el sol brillaba con ganas, a pesar de la brisa. Entonces la invitó:

—¿Quieres tomar algo?

—Sí, gracias. —Le sonrió.

Se dirigieron a la plaza del ayuntamiento, un cuadrilátero espacioso rodeado de espléndidas edificaciones, entre las que se amontonaban restaurantes y cafés. Se sentaron en una de las terrazas y, mientras esperaban las bebidas, ella le preguntó:

—¿Puedo tomarte una foto?

—Por supuesto, mi amor. —Le cogió los dedos y tiró de ella hasta levantarla y sentarla sobre él, sin importarle la gente alrededor—. ¿Así está bien? —Como ella no traía gafas, fue fácil

perderse en sus ojos. Sus mejillas, como fresas maduras, se distendieron en una sonrisa a la vez que pasaba un brazo alrededor de su nuca y presionaba su mejilla contra la de él. Su otra mano tomó la foto con el *smartphone*. Sin poder evitarlo, Mika enterró su nariz en su cuello, aspirando con pasión su aroma y besándola.

—No, así no se vale —la oyó decir.

—¿Ah, no?

—Tienes que quitarte las gafas y mostrar tu rostro a la cámara.

—¿Así? —Se quitó las gafas y encontró sus ojos. Supo que los suyos gritaban que se la quería comer porque ella se sonrojó profundamente. Con el pecho sobrecargado de ternura, la besó con fuerza. Saboreó sus labios, olvidándose de los turistas que los rodeaban, hasta que el camarero les trajo las bebidas. Alejandra se apresuró a levantarse, y él reprimió la risa para no avergonzarla más.

Tras tomar las bebidas, retomaron su deambular por la plaza. Se detuvieron a observar la hermosa construcción del ayuntamiento, el único de estilo gótico del norte de Europa, que databa del año 1402. Destacaba su magnífica torre, de sesenta y cuatro metros de altura, rematada con una veleta en forma de guerrero y un par de gárgolas en forma de dragón, realizadas en el siglo XVII. Desde ahí, se adentraron por un laberinto de callejuelas hasta llegar al mercadillo Müürivahe, que ofrecía prendas de lana con los diseños tradicionales de las diferentes regiones de Estonia. Vio que Alejandra tomaba un par de mitones, pero después los devolvió sin decir nada.

—¿Te gustan?

—Bueno..., tengo muchos. No necesito otros, solo curioseaba.

—¿Me ayudarías a escoger unos para mi madre y otros para Minna?

Sonrió relajada y escogió un par de guantes azules y otro par de color rojo.

—¿Cuáles te gustan más?

—Los azules.

Mika cogió otro par de los azules para ella, añadió tres bufandas a su gusto y pagó. No quería agobiarla a regalos, pero Tallin era para eso, para comprar artículos bonitos, y conociendo como conocía a las mujeres, especialmente a sus chicas, sabía que las prendas hermosas las ilusionaban. Entendía que entre los dos no había la confianza suficiente, pero deseaba agasajarla.

Quería echarla a perder, la verdad.

Colgó los paquetes en el respaldo de su silla y continuaron.

—¿Estás cansado?

—No, señorita. Soy un buen deportista, no te preocupes por mi estado físico. Además —miró su reloj—, pronto almorzaremos. He reservado una mesa en Olde Hansa. Es un restaurante que ofrece comida local con un toque medieval. ¿Tienes hambre?

—Sí, muchísima.

Unos veinte minutos después, llegaron a la entrada principal de Olde Hansa. Tras superar un pequeño saliente sin importancia, pudo pasar al interior. El recinto, muy oscuro, estaba iluminado por cientos de velas artificiales, que dispersaban una tenue atmósfera con aire feudal. Las mesas y los asientos rústicos de madera; los camareros, con atuendos de la época, y el aroma a pan recién horneado y a estofado caliente acabaron por transportarlos completamente al pasado.

Una rubia muy sonriente se acercó con el menú y esperó con paciencia a que decidieran lo que querían beber.

—Te aconsejo probar la cerveza negra con miel.

—Pues esa.

Y mientras la camarera iba a por ellas, leyeron la lista de platos. Mika se decidió por estofado de oso y Alejandra, por estofado de alce. Como entrante, ambos ordenaron crema de guisantes.

—No me atrevo a probarlo —le dijo ella en referencia al oso.

—La verdad es que si está bien preparado, es delicioso. Te dejaré probar del mío, y si te gusta, te lo cambio.

Les trajeron las cervezas, y tras probarla le preguntó:

—¿Te gusta?

—Deliciosa. Es muy dulce, me encanta.

—Como tú. —Ahondó en sus ojos y sintió que todo a su alrededor desaparecía, incluso las voces de los comensales. Le parecía mentira estar ahí con ella. Extendió su brazo y, con amor, le acarició la nariz, la boca, sus mejillas encendidas...

—Todavía eres tímida conmigo.

—Bueno..., un poco. —Curvó sus labios en una temblorosa sonrisa.

Asiendo la mano de ella, se la llevó a la boca y la besó con delicadeza.

—¿Sabes que te tengo donde he querido tenerte desde hace seis meses?

—¿De verdad?

—De verdad. Te he anhelado desde la primera vez que te vi.

—¿En serio? —Se soltó y se llevó las manos a los pómulos, apretándolos, más ruborizada todavía, como si no pudiera creer lo que le decía.

La miró con seriedad.

—Muy en serio. Quedé impactado por tu arrojo en aquella primera entrevista, y desde ese momento te he seguido en sueños, en mi imaginación, en la empresa, y tú no te dabas cuenta.

—Ay, es que no lo puedo creer...

—Te visitaba en el *ateljee*, y tú apenas me mirabas. Entonces, desesperado, planeé ese viaje a Tampere para tenerte conmigo.

Sin vergüenza de mostrarle su candor, o quizá sin saber cómo ocultarlo, Alejandra lo miró con ojos empañados.

—¿En serio?

—En serio. —Asintió con la cabeza.

—¿Cómo iba yo a imaginarlo? —Sus lágrimas se deslizaron por sus mejillas, y él, sacando su pañuelo, se las secó con ternura. Entonces ella tiró de sus dedos y se los besó, uno a uno—. Ay, Dios mío, es que me parece imposible.

—¿Por qué imposible?

—Bueno..., tú eres el gran jefe; ¿cómo iba yo a imaginar que estuvieses interesado en mí? Además, yo tenía novio.

—Ah, sí, el novio... No sabes cómo lo envidié. —Su semblante se puso serio y dos arrugas en su frente hicieron patentes sus celos.

—¿De verdad?

—Sí, pero ya no. Ahora eres mi novia.

—¿Somos novios?

—Por supuesto. ¿Te resulta difícil creer que esté loco por ti?

—No. Bueno, sí, es que...

Apretó la mano que ella sostenía y, temeroso, le preguntó:

—Es que... mi discapa...

—No. No. —Presionó los dedos sobre sus labios, interrumpiéndolo—. No lo digas, por favor. Eso no me importa. Yo también estoy loca por ti. Es solo que... todo esto es tan nuevo, tan bonito



que no puedo creer que sea verdad. Antes te admiraba, me parecías..., bueno, un hombre guapísimo, interesante... —Se rio, pero en sus ojos había seriedad—. Después de Tampere estuve segura de que sentía algo por ti, pero no sabía cómo demostrártelo.

Al pecho de Mika le dolió respirar.

—Esto es algo muy real para mí. Y tenemos todo el tiempo del mundo para conocernos, para enamorarnos y para que tú te des cuenta de lo que significa estar con una persona con una discapacidad. Hay muchos, digamos, obstáculos a los que tendremos que hacer frente y...

Alejandra lo cortó con esa manera suave como hacía todo.

—Me interesa el hombre que veo en este momento. Todo tú. Y no tengo miedo de afrontar tu discapacidad. Sé que..., bueno, que quizá hay cosas que debo aprender, pero no tengo miedo.

Sus palabras lo relajaron, pero no pudo alejar de su cabeza todas las aprensiones que todavía lo intimidaban como hombre y que, paradójicamente, se le hacían más reales y más difíciles en aquellos instantes en que la tenía donde había querido tenerla. Su deseo de no defraudarla, de no hacer algo que lo llevara a perderla, aumentaba su ansiedad. Sin embargo, como ella manifestó, aquello era tan nuevo, tan maravilloso que no quería estropearlo con las preocupaciones.

—Bien, démosle tiempo al tiempo. Ahora disfrutemos de esto que tenemos, como tú dices, tan bonito. —Le sonrió con dulzura.

El olor a comida caliente detuvo la conversación. La camarera sirvió la crema de guisantes y, quince minutos después de que dieran buena cuenta de ella, se acercó con el plato principal. Servidas en dos escudillas de barro, ambas carnes iban acompañadas con puré de lenteja, espelta y pan casero. Una vez que ella probó de todo, le preguntó:

—¿Está bueno?

—Delicioso.

—¿Quieres probar un poco del mío? —Le acercó su plato.

Alejandra se metió un trozo de carne de oso en la boca y lo masticó con lentitud.

—¿Qué te parece?

—Hummm, no estoy segura. Se parece un poco a la carne de res, pero de sabor más fuerte.

—¿Quieres quedarte con él? —le dijo indulgente.

—No. La verdad, me gustó más la carne de alce. Es la primera vez que la pruebo. ¿Quieres un poco? —Le acercó el plato de ella.

Mika aceptó y, con movimientos sosegados, se llevó una porción a los labios.

—También está sabroso. —Le sonrió con sensualidad.

Continuaron degustando la comida en un placentero silencio hasta que ella le preguntó:

—¿Cuál es tu plato preferido?

—Como de todo que esté bien preparado, pero odio la comida rápida, las hamburguesas, las pizzas y todos sus derivados.

—¿Te gustaría que te preparara comida colombiana? Aunque... no sé si te gustará.

Dejó los cubiertos sobre el plato y la miró a los ojos.

—Por favor, Alejandra, te pido que cocines para mí todo lo que quieras.

Ella sonrió con placer.

—Sí, jefe.

—No. Nunca más *jefe*. Mika, tu novio.

Y en la sonrisa que se dedicaron había dicha, ilusiones y un anhelo de amor eterno, que sus almas perseguían en secreto.

## CAPÍTULO 30

Era la primera vez en su vida que experimentaba tanta alegría. Y le daba miedo.

Habían terminado el copioso almuerzo y, perezosos, deambulaban por las calles de Tallin. Se sentía amada y mimada. Y no encontraba palabras para definir aquel torbellino de emociones que la asaltaban cada vez que él la miraba. Presentía que amarlo significaba entregarle todo lo que ella tenía y lanzarse al vacío de lo inesperado, sabiendo que si algo salía mal, se destrozaría.

Pero no quería escapar; ¿cómo hacerlo si la ternura de Mika rasgaba a jirones de placer su alma? La maravillaba que un hombre tan varonil pudiera ser tan sensible a los sentimientos de una mujer como ella. A pesar de su discapacidad, era muy seguro de sí mismo; se desenvolvía en todas las circunstancias con una calma y una suave firmeza que la sorprendían. Era tan distinto a las figuras de poder con las que había crecido, su abuelo y su hermano Enrique, que le hacía sentir una extraña paz. Despertaba la mujer que había en ella con un anhelo que la asustaba, pero que, al mismo tiempo, la fascinaba. Le hacía experimentar toda la sensualidad que poseía en su interior, sumiéndola en un mundo de eróticas fantasías que no sabía que existían hasta que llegó él.

Quería desnudarlas todas para Mika.

Quería aprender a darle placer.

Dios mío, ¿sabría qué hacer cuando llegara el momento?

Lo miró por el rabillo del ojo, deseando besar sus ojos, su barbilla... Todavía le parecía imposible asimilar lo que le había confesado durante el almuerzo: que la había querido conquistar desde la primera vez. ¿Quién lo hubiera creído?

¡La quería un hombre maravilloso y ella le correspondía! Estaba tan conmovida que su corazón no dejaba de saltar.

Sus pasos los llevaron hasta una callejuela empedrada de estilo medieval.

—El callejón de Santa Catalina —le dijo.

Recordaba muy poco de la primera vez que había ido, así que se dedicó a observar con detenimiento las casas de madera y los muros de piedra grisácea, algunos, con restos de tumbas del convento dominico que se había establecido en el siglo XIII. Había leído que en aquel pasaje se escondían artesanos y joyeros que vendían curiosos diseños exclusivos. Desafortunadamente, muchas de las tiendas estaban ubicadas en sótanos, de tan difícil acceso para Mika que se sintió frustrada. Como siempre, galante, le dijo que la esperaría fuera, a pesar de insistirle en que no quería entrar. Claudicó para complacerlo, pero no lo disfrutó. Se sintió tan incómoda que entró con rapidez en dos bazares sin fijarse en lo que había. Aunque, en el último, antes de llegar a la puerta de salida, vio colgada una acuarela pequeña que representaba dos pájaros volando sobre un firmamento de aguas turquesas. Costosa, pero quería que Mika la tuviera. Pidió que la envolvieran y, sin decirle nada, la llevó con ella todo el camino.

Sabía que Tallin era famosa por la cantidad de joyerías que ofrecían ámbar del Báltico de buena calidad. Los había en varios tonos: como el amarillo opaco, como la melaza fría y como el caramelo derretido. Nunca le había llamado la atención aquella piedra, pero eran tan llamativas que, en esos momentos en los que contaba con dinero, le hubiera gustado comprarse unos pendientes. Sin embargo, ni las miró, no fuera a darse cuenta. Cómo no, su novio tenía otra idea, porque se dirigió a una tienda lujosa y, a pesar de todas sus protestas, le compró unos pequeños pendientes de oro con dos ámbar en forma de elipse.

—Irán bien con tu medallón. —Le señaló el colgante que ella siempre llevaba en su pecho.

Que lo hubiera notado la emocionó más que la joya que le compró. Con suma timidez, le dijo:

—Muchas gracias.

—De nada, mi amor.

Se dirigieron a la calle Lai, donde, según él, había una chocolatería fundada en 1804, en cuya cafetería podrían degustar una copa de Vana Tallinn, la bebida nacional. Cuando llegaron al Maiasmokk Café, nerviosa, contempló la entrada. Tenía una barrera que demandaría un denodado esfuerzo por parte de Mika, y quizá de su ayuda. Insegura, se preguntó si la rechazaría.

—¿Puedo ayudarte a empujar?

Él se giró y le sonrió indulgente.

—Puedo hacerlo solo, mi amor. Estoy entrenado para pasar sobre todo tipo de niveles. —Pero debió de palpar la ansiedad en el rostro de Alejandra porque, suspirando, le dijo—: Bien, si me atasco, me ayudas, ¿vale?

Alejandra le sonrió radiante.

—Hecho.

Y como había pronosticado, sus brazos manejaron con destreza la silla de ruedas y entró sin dificultades. Dentro, un fuerte olor a vainilla y a café los recibió. Se deslizaron por un largo pasillo, entre muros pintados en un tono amarillo pastel intercalado con otros de un marrón oscuro. Las puertas, las mesas, los asientos y los mostradores de madera le conferían la apariencia de una cafetería de comienzos del siglo XX. El murmullo de los comensales rebotaba por todas partes. Parecía repleto, y cuando, desanimada, pensó que no encontrarían una mesa libre, atisbaron una, olvidada en el rincón más apartado.

Ordenaron dos tazas de café con dos chupitos de Vana Tallinn, que resultó ser una especie de ron muy dulce aromatizado con varias especias. Cuando lo probó, percibió la canela, la vainilla y... el zumo de algún cítrico. Le encantó. Tanto que Mika le prometió comprar una botella antes de partir.

Mientras bebían y conversaban, se contemplaron con ardor. Cada segundo que pasaba a su lado se sentía más segura de sí misma y más cómoda. Debía confesar que antes de salir de Helsinki había estado muy nerviosa, preguntándose si lo podría ayudar en caso de presentarse alguna dificultad. Pero lo cierto era que la calma con que él asumía los imprevistos la impulsaba a adoptar la misma actitud. Recorrió su rostro con amorosa dulzura, anhelando acariciar su fuerte barbilla, su boca y... De pronto, él se inclinó y, juguetón, le dijo:

—Yo también deseo que me beses.

La sorprendió tanto su descaro que soltó una carcajada, entre tímida y divertida.

—Pero aquí no. —Alejandra barrió con la vista el gentío.

—Oh, oh, a mi novia colombiana le da vergüenza besarme en público; pensé que esa era una prerrogativa de tu tímido novio finlandés.

El desafío guasón de sus ojos la picó y se le aproximó, con todo el deseo que sentía, para saborear el ron y el café de sus labios. La lengua de Mika fue a su encuentro, perfilando con deliciosa lentitud los contornos de su boca; después, atrevida, se introdujo un poco más, explorando sensualmente su cálido interior. Satisfecha, antes de retirarse, dejó caer dos besos en su barbilla. Por su expresión se dio cuenta de que ese gesto le había encantado.

Después de beber un trago, él le preguntó:

—¿Qué simboliza tu medallón?

Alejandra lo cogió.

—Me lo regaló mi madre cuando cumplí dieciocho años. Es la imagen de la virgen María. Es como una especie de protección.

Los recuerdos tristes de aquella época se abrieron paso en su mente. Momentos en los que, desesperada, había luchado por salir de la maraña dolorosa de una vida que no entendía, pero que estaba obligada a aguantar, al igual que su madre. En ese entonces, su único aliciente para seguir adelante fue aferrarse a la fe. Una fe que había cuestionado, porque nunca la había ayudado a comprender la razón del maltrato al que su abuelo las sometía. No quería hablar con Mika sobre eso. Por Dios, no. La aterraba. Sacudió la cabeza y despejó sus sombras. Tal vez algún día.

—Entiendo —le contestó.

—¿Y tú? Eres luterano, ¿verdad? ¿Puedo preguntarte...? Lo digo porque he observado que la religión aquí es un asunto muy personal.

—Puedes preguntarme lo que quieras. —Tomó su mano—. Mis padres son luteranos y fui bautizado dentro de su fe, pero ahora soy un agnóstico convencido. Lo cierto es que no pienso mucho en ello.

—Ah, ¿y en qué crees?

—En la vida, en la democracia, en la oportunidad de educación para todos, en el amor, en ti.

Sus ojos brillaron, intensos e íntimos. Tembló sin saber qué decirle.

Creía en ella. En aquel amor.

¿Lo creía ella? Lágrimas resbalaron por sus mejillas. «¿Es esto real? ¿Es él real?». Hurgó en el alma de la niña herida que una vez fue; en la mujer que quebró sus alas contra las rejas de su prisión, derrotada y sin esperanzas de escapar; en la mujer madura en que se había convertido y que había aceptado que el único tesoro que encontraría en la vida era su libertad. Porque, ¿cómo podía haber imaginado que hubiera en el mundo un hombre como Mika? ¿Era eso lo que secretamente ella siempre había buscado? ¿Un gran amor? ¿Y al desconfiar de encontrarlo se había conformado con un débil sustituto? Saboreó la sal en sus labios, pero no apartó los ojos de su mirada. Entonces, con infinita dulzura, por segunda vez ese día, Mika le secó el rostro con su pañuelo.

—Perdón...

—¿Por qué?

—Debes de pensar que soy una llorona.

—Lo que creo es que eres hermosa... Hermosísima.

—Gracias, tú también.

Tomó aire con fuerza, como si estuviera complacido con sus palabras.

—Si mi novia lo dice, es que debe de ser verdad.

Se quedaron otra media hora. Ella guardó silencio, escuchando atenta sus ideas altruistas. Era un idealista, y eso le gustó. Sintió como si la Tierra hubiera detenido su curso para siempre, en aquel día, en aquel instante, en aquel rincón, bebiendo café y conversando con él.

La tarde caía cuando se aproximaron a la puerta Viru. La amplia abertura en la muralla, que daba salida y entrada al casco antiguo, estaba custodiada por dos torres, cuyo estilo, Alejandra había leído, correspondía al siglo XIV. Cada torre era como un largo cilindro, con un sombrero cónico color sangre que le daba vistosidad a los tonos grises de los muros. Se imaginó que debieron de ser los mejores centinelas desde donde otear la llegada de los enemigos que querían conquistar la ciudad. Su vena romántica afloró y fantaseó con que en una de aquellas torres se escondía Rapunzel esperando la llegada de su amado para soltarle la trenza.

Se rio de su tontería.

Tomó varias fotos y, con más confianza, se sentó sobre el regazo de Mika, abrazándolo con todo el amor que germinaba en su corazón, y disparó la cámara. Pasara lo que pasara en el futuro, aquel hermoso instante quedaría para siempre en su memoria. Y en su *smartphone*.

Cansados, vieron el vehículo al que Mika había llamado estacionado a unos cien metros de las murallas. Se montaron, y unos minutos más tarde, se detuvo en una tienda, donde compraron los licores que Mika le había prometido, para después continuar en dirección al puerto. Abordaron el barco y, en menos de dos horas, avistaron la ciudad de Helsinki. Allí, otro taxi los esperaba. Se subieron, y cuando Alejandra se dio cuenta, estaba aparcando enfrente de su piso.

Antes de bajarse, le preguntó:

—¿No sientes dolor?

—No, ni pizca. Nos vemos mañana, amor mío. —Buscó sus labios.

—Kaunita uni.

Mika rio.

—*Kauniita unia*, para ti también.

La besó una vez más y dejó que descendiera del automóvil con todos sus regalos. Pero antes de que cerrara la puerta, ella extendió el brazo y le entregó el cuadro.

—¿Qué es?

—Un regalo. —Le sonrió con timidez.

Se alejó, no sin antes percatarse, satisfecha, del brillo de felicidad en su rostro mientras miraba el envoltorio.

## CAPÍTULO 31

Las siguientes tres semanas fueron días plenos de descubrimientos para Mika. Su vida transcurría entre el abundante trabajo que tenía como director y la exploración de aquel periodo dulce y lleno de magia que vivía con Alejandra. La llevaba a cenar, a museos, a exposiciones de arte y a las veladas a las que él tenía que acudir por compromisos laborales. Lo invadía un irracional orgullo al presentarla como su novia. Cada momento que compartían era un hallazgo de sus expresiones, de sus gustos, de sus pensamientos, de sus ideas acerca del mundo e incluso acerca de la religión. Descubrió que la fe católica que ella profesaba era una convicción profunda y viva en su alma, y para un agnóstico como él, se le antojaba un ideal incomprensible y al mismo tiempo maravilloso.

Conocía el sabor de su boca tanto como el suyo propio, el aroma de su piel, de su pelo, que, estaba seguro, reconocería entre miles de mujeres con los ojos cerrados.

Era una mujer muy alegre y expresiva. Suponía que aquel era un comportamiento intrínseco a su origen, porque en una ocasión habían cenado con Samuel y ambos lo habían divertido con su forma abierta y alborozada de relacionarse. Las amorosas caricias y la consideración que le demostraba su novia sobrecogían su sensible corazón. Jamás se había sentido tan querido y tan deseado, tanto que a veces temía despertarse y encontrarse con que todo había sido un mero espejismo.

Durante las horas de oficina, bajaba al *ateljee* y, con disimulo, la rondaba, rozándola o enviándole con los ojos mensajes cargados de ardor y ternura. Le mandaba notas de amor por el móvil o le dejaba flores en el escritorio. Y cuando se cruzaban en los pasillos, contenía apenas el anhelo de sentarla en su regazo y de besar sus labios, saludándola con un seco «buenos días» o interrogándola con una acartonada frase: «¿Todo bien?». La tensión sexual que fluía entre los dos era tan intensa que temía que todos en la empresa la palparan. No le preocupaba que sus colegas estuvieran al tanto de su relación, pero cualquier demostración afectiva delante de ellos le hacía sentir un extraño pudor. Quizá era debido a la reserva con que todos los finlandeses manejaban sus asuntos personales.

Deseaba estar con Alejandra de la manera más íntima posible, pero al mismo tiempo lo aterraba dar ese paso. ¿Y si algo salía mal? ¿Y si no salía como esperaba? ¿Y si la defraudaba? Su ansiedad era tal que las expectativas negativas dominaban a las positivas, dejándolo tenso y cansado. Sí, de acuerdo, era un cobarde patético, pero deseaba mantenerse en aquella oleada de magia por la que su relación atravesaba. También deseaba que la pasión con que ella lo miraba no menguara.

Su hermana y su madre estaban al tanto de su relación. Minna, encantada, no dejaba de recordarle que le debía esa felicidad. En cuanto a su progenitora, esperaba con impaciencia el momento oportuno para invitarlos a cenar.

En la última semana de junio, un domingo, llegó Mr. Adamson, el representante legal del consorcio de hoteles que deseaba que *art & viva* amueblara los salones y las habitaciones de lujo de su nuevo hotel. Fuera de almorzar y de cenar con él, durante tres días había tenido que escoltarlo por todo Helsinki. Como no había podido estar con su novia todo lo que hubiera querido, el miércoles fue a buscarla. El golpeteo de dedos sobre los teclados armonizaba con el siseo que emitían los suyos al propulsar las ruedas de la silla. Entró en el amplio salón, pero no la encontró en su cubículo. Dio la vuelta y se dirigió al *ateljee*. Tampoco estaba ahí. Torció en dirección a la oficina de Matti y, cuando avanzaba por el largo corredor, la vio venir. Se detuvo y

esperó a que se acercara.

—¡Buenos, días! —Cariñoso, le cogió la mano y le besó los nudillos.

—¡Buenos días! —Lo miró contenta, pero se apartó, atisbando a un lado y a otro con inquietud.

«¡Al diablo con todo!».

—Te espero en mi oficina... —masculló, dejando a sus espaldas el murmullo de voces que se aproximaban.

En su despacho, exasperado, tuvo que atender una llamada urgente. Cinco minutos más tarde, escuchó un suave golpe en la puerta. Impaciente, la abrió y dejó entrar a Alejandra. Le sonrió con dulzura y tiró de ella, sentándola en su regazo, mientras continuaba la discusión de negocios por teléfono. Percibió su respiración agitada y sus ojos tímidos recorriendo su rostro. Se estremeció cuando ella, enlazando los brazos alrededor de su nuca, dejó caer una lluvia de besos por su barbilla. La mano libre de él no se quedaba quieta. Sus dedos caminaron con lentitud por la curva de una de sus piernas y se detuvieron en el dobladillo de su falda, justo por encima de la rodilla, temblorosos e inseguros. Ambos corazones palpitaban tanto que amenazaban con salirse del pecho. Entonces, sin saber lo que le decía a la persona con quien hablaba, colgó para buscar con desesperación sus labios. Sus lenguas se encontraron, se devoraron y se saborearon mientras la fundía contra su cuerpo. Los dedos de ella tiraban con suavidad de su pelo, haciéndolo vibrar, desear algo más. Había descubierto que la piel que cubrían sus cabellos era una zona supremamente sensible, y cada vez que su novia la acariciaba lo sacudía una arrolladora sensación de placer.

¡Maldita sea! No había cerrado con llave y en cualquier momento Tommi podría entrar. Respirando con dificultad, impulsó con las manos las ruedas de su silla y se acercó a la puerta, bloqueándola. Por varios segundos continuaron prendidos el uno del otro, tocándose por todas partes, hasta que Alejandra retiró sus labios, apoyó la frente contra la de él y le dijo con tono pesaroso:

—Tengo reunión con Matti y Ville, debo irme.

Con un suspiro de resignación, observó cómo se levantaba y se alisaba la falda.

—Mañana tengo que entrenar con mi equipo de baloncesto. ¿Te gustaría acompañarme? —La cogió de la mano.

—Sí, sí, me encantaría. —Sonriente, se inclinó para darle un último beso en la frente y abrió la puerta.

—Saldremos de aquí después de las seis de la tarde, ¿está bien?

—Sí, claro que sí. —Le dedicó una mirada diáfana y se fue.

El resto de la mañana estuvo muy ocupado, pero antes de salir a almorzar con Adamson, se acercó hasta el cubículo de Alejandra para despedirse. Sabía que a la una terminaría su jornada y ya no la vería hasta la tarde del día siguiente. No la encontró, ni allí ni en el *ateljee*. Aliviado, la halló en la oficina de Matti revisando unos bocetos con él.

—Mika, pero qué sorpresa. —El diseñador sonrió burlón.

El director, ignorándolo, se acercó a ella y le explicó con seriedad:

—Me tengo que ir, te llamo esta noche.

Alejandra, con una sonrisa de incomodidad, giró el rostro hacia Matti. Este le aseguró en tono socarrón:

—Prometo no mirar.

De golpe, con un brillo pícaro en los ojos, se inclinó sobre Mika y le dio un beso profundo y apasionado.

—Buena suerte —le susurró.

Tomado por sorpresa, Mika quiso ahondar el beso, sin importarle que su colega los observara, pero ya no tenía tiempo, así que, con desgana, la soltó.

Al final del día, concretó y ensambló cada uno de los acuerdos y compromisos que la empresa adquiriría. Uno de ellos era que, a mediados de julio, su grupo de diseñadores viajaría con él a Reikiavik para analizar todos los salones y habitaciones que amueblarían.

Eran las ocho de la noche cuando iba rumbo al aeropuerto para dejar y despedir a su nuevo cliente. Una franja densa de nubes cubría la luz del sol, y el soplo del viento levantaba remolinos que jugaban con los cabellos de los transeúntes por las calles. Dejó atrás la zona urbana de Helsinki y entró en la monótona vía a Vantaa. Unos cuarenta minutos después, llegó a su destino y, con un fuerte apretón de manos, le deseó un buen viaje a Adamson.

De regreso a la capital, repasó todo lo que la firma esperaba de los diseños de *art & viiva*. La elegancia y la calidez debían imperar, complementadas con cierto carácter sobrio. Esa había sido la razón por la que el grupo había escogido a su empresa. No querían enseres artificiosos ni extravagantes.

Pensó en la comitiva que lo acompañaría a Islandia: Matti y sus dos asistentes. Su novia ya había sido ascendida y, como Ville, se había convertido en la mano derecha del arquitecto. En vista de la demanda del reciente proyecto, se requeriría del trabajo de otro creador, lo cual le allanaba el camino para llevarse a Alejandra con él, porque no estaba dispuesto a prescindir de su presencia tanto tiempo, al menos no en esa etapa de su relación.

Cansado, pero consciente de los cuidados que debía prodigar a su cuerpo, se dirigió al gimnasio para trabajar con las pesas y las máquinas durante una hora.



## CAPÍTULO 32

¡Una maceta de orquídeas!

Como tres libélulas blancas con los ojos de color rosa y las alas batiendo al viento, las flores la miraban con amor.

Como él.

Se hallaban sobre el escritorio de su cubículo dándole los buenos días. Con disimulo, Alejandra hundió la nariz en uno de sus pétalos —no quería llamar la atención de sus compañeros—, aspirando su aroma. Se moría por las orquídeas y, curiosamente, en aquel país las había de todos los colores y de todos los tamaños. Le había resultado extraño, porque Colombia era por excelencia una tierra con gran variedad de orquídeas, pero no había visto tantas juntas como en aquel lugar. Adornaban los establecimientos, los restaurantes y hasta las peluquerías.

Sujetó la maceta contra su pecho mientras flotaba en el sueño de amor en el que vivía últimamente. Debía confesar que cada vez que él le enviaba sus cariñosos mensajes o encontraba sus ojos llenos de ternura en algún rincón de la empresa, se le hacía duro aterrizar y concentrarse en las actividades laborales.

Con un suspiro de resignación, revisó sus correos y se puso manos a la obra. Trabajó con tanto ahínco que cuando miró el reloj, era cerca del mediodía.

El sonido de su móvil la sobresaltó:

Enviado por Mika:

¡Terve, amor mío! Hoy no he tenido el placer de verte. Estoy hundido hasta el cuello entre documentos y citas. Mi madre nos invita a cenar este sábado. ¿Quieres ir?

«Oh, vaya, me llegó la hora de conocer a la suegra». Eso la animó.

Enviado por Alejandra:

Hola, amor. Gracias por las flores, ¡están preciosas! Me encantaría conocer a tu madre; el sábado está bien. Un beso.

Colgó con una tonta sonrisa en su cara, estaba segura.

Las semanas anteriores había sentido que viajaba en un globo aerostático y tenía miedo de que el viaje terminara. A pesar de sus numerosas ocupaciones, Mika sacaba tiempo para estar con ella. La había llevado a sus prácticas de baloncesto, de natación, y le había mostrado todo lo interesante que había por explorar en Helsinki. Disfrutó del amigo, del deportista, del hermano —habían pasado otra velada con Minna y Obafemi—, y en todo momento, se había manifestado como un hombre leal, honesto y afectivo. Era muy sensual: la besaba y la acariciaba con regularidad, y poquito a poco, Alejandra se volvía más atrevida. Ansiaba hacer el amor con él, pero le ponía freno a aquel ardiente deseo porque... porque era una tonta, lo sabía. Necesitaba tiempo. Se estaba enamorando, eso sin duda, y todavía la asustaba. Si daba el paso, ya no quedarían barreras y muros entre los dos, y eso la acobardaba terriblemente. Por otro lado, le daba vergüenza tomar la iniciativa, porque a pesar de la pasión que su novio le demostraba, no le habían pasado desapercibidas las sutiles barreras que él interponía para llegar a la intimidad. No lo hablaban, todavía era reservado al respecto. Lo comprendía. ¡Y cómo lo comprendía! El sensible corazón de Alejandra descifraba el mensaje que Mika le expresaba con sus miradas, con su cuerpo, con sus acciones, incluso con sus silencios, esperando con paciencia a que compartiera con ella sus temores más profundos.

Se había enterado de que la mujer con quien su novio había estado comprometido era Ulla. No la inquietaba porque comprendía que los sentimientos que él había albergado por ella se habían desvanecido hacía mucho tiempo; sin embargo, había otra mujer que le hacía sentir un agujero en el corazón: Sanna. Se había enterado de que lo llamaba a menudo, y lo había visitado en la empresa, porque la había visto en el pasillo. Aquel día, su intención había sido saludarla, pero la hermosa rubia la había ignorado con rudeza. No quería comportarse como una novia celosa, comprendía que era una amiga y no tenía por qué coartar sus amistades, pero no podía hacer a un lado los celos y la inseguridad que su presencia le generaba.

¿Cómo podía? ¡Si era una *top model*!

Su madre y Samuel eran felices de verla tan contenta; por supuesto, los otros dos miembros de su familia no estaban al tanto de su relación. Temblaba solo de pensar en que su abuelo se enterara. Estaba segura de que no lo aceptaría.

Eran los primeros días de julio, el cenit del verano finlandés, según había oído, y lo estaba absorbiendo con sus cinco sentidos. Admiraba los colores de las flores abiertas al sol en los parques; el azul del mar y de los lagos compitiendo en belleza con el verde de la grama y de los árboles, que, llenos de vida, extendían sus dedos. Así, por fin, el sábado esperado llegó. Por la mañana fue a clase de pilates y luego pasó por el supermercado; quería elaborar un pastel de coco, típico de su ciudad, para regalarle a la madre de Mika. Después, fue a una floristería y compró una maceta de orquídeas rosadas. Su novio le había dicho que dentro de la gran colección de plantas de su progenitora no había ni una orquídea.

Aquella tarde, cerca de las seis, un BMW se estacionó frente a una casa de ladrillos blancos abrazada por todos los colores del estío. Del exuberante jardín que la rodeaba brotaban numerosas anémonas y rosas, entre las macetas repletas de hortensias y violetas, que, entre tanto verde, peleaban por sobresalir, en tan confuso desorden que parecía un cuadro de Van Gogh. Alejandra se apeó del coche y, nerviosa, se pasó la mano por el pelo mientras esperaba a que Mika se acomodara en la silla de ruedas. Acto seguido, subieron por la rampa que desembocaba en un pequeño portal, donde los esperaba una mujer con un hermoso cabello cobrizo salpicado de canas.

—*Welcome!*—Unos ojos similares a los de su novio la miraron con bondad. La mujer extendió ambas manos para acoger la que Alejandra le ofrecía—. Encantada, querida. He escuchado cosas tan bonitas sobre ti que estaba ansiosa por conocerte.

—Muchas gracias, señora, encantada de conocerla. —Sonrió relajada.

—Llámame Sirpa, cariño, y tutéame, por favor. Pero pasad, pasad. ¿Cómo estás? —Se inclinó hacia su hijo y lo besó.

—Muy feliz y tranquilo. —El brillo de sus ojos hizo que la piel de Alejandra se erizara de placer.

—Sí, ya lo veo —constató su madre con cara de picardía.

—Hice esto para ti. Es un pastel típico de mi ciudad. —Le entregó la tarta y las flores.

—Muchas gracias, cariño, no sabes cómo lo aprecio. Hummm, huele delicioso. —Acercó el recipiente a su rostro—. Y las orquídeas son preciosas.

Alejandra sonrió satisfecha. Sabía de buena fuente que los finlandeses valoraban todo regalo hecho a mano.

Siguieron a la anfitriona por un corredor hasta llegar a una amplia sala llena de colores, objetos y vida, pero allí, al contrario que en el jardín, todo estaba en perfecto orden.

—Por favor, hijo, muéstrale la casa mientras voy a por unas bebidas. ¿Qué queréis beber? ¿Quieres vino blanco, Alejandra?

—Sí, muchas gracias.

—Cualquier cosa que no tenga alcohol para mí, mamá. —Le entregó la botella de vino blanco que había llevado—. Ven, déjame ayudarte.

—Puedo sola; anda, muéstrale todo a tu novia. —Le guiñó un ojo.

Mika la condujo en un *tour* por toda la casa.

—¿Aquí creciste?

—No, esta casa la compró mi madre después del divorcio.

Se divirtió mirando las fotos de su novio de cuando era niño; una en la que lucía una gorra blanca que, según le explicó, se lograba al terminar el bachillerato. Había varias esquiando con su padre, con montañas blancas a su espalda. Se lo veía tan sonriente, tan intrépido y tan lleno de vida que sintió una punzada dolorosa en el corazón.

Sirpa regresó y, con las bebidas en la mano, los escoltó afuera. Avanzaron por un caminito adoquinado y bien cuidado que serpenteaba por todos los rincones del jardín trasero. Se dio cuenta de que tanto la casa como el vergel estaban adecuados para que Mika se desplazara en la silla de ruedas sin dificultad. Una parte de ese bosque quedaba a la intemperie, y la otra, encerrada en un invernadero. Ambos guardaron silencio mientras Sirpa le nombraba los diferentes tipos de flores, de hierbas y de árboles frutales que cultivaba. Eran tantos colores y aromas juntos que terminó mareada. En lo alto, el sol brillaba todavía con fuerza, y la serenidad del cielo extendía sus brazos azules hasta el infinito sin que nube alguna los obstaculizara. Alejandra llenó sus pulmones de aire puro al tiempo que sentía un dedo de Mika rozando los suyos. Con timidez, lo asió.

Cuando entraron a la casa, jugueteón, la sentó sobre su regazo y la llevó hasta el comedor; antes de dejar que se levantara, le robó un apasionado beso. Sonrojada, encontró los ojos de su suegra inundados de lágrimas. Le sonrió con ternura, comprendiendo que para aquella madre no debía de haber sido fácil sobrellevar el accidente de su hijo.

Durante la velada, Sirpa compartió con ella miles de anécdotas sobre la niñez de Mika: sus travesuras y las de Minna. Le habló también del pasado, cuando el abuelo de Mika había ido a la guerra, y todas las dificultades y penurias por las que los finlandeses habían pasado en aquella época. Le explicó cómo las mujeres, en ausencia de los hombres, tuvieron que tomar las riendas de las granjas y de las fábricas para luchar por el bienestar de sus hijos. Aquello las había empoderado tanto que, una vez que sus compañeros regresaron, continuaron formando parte de la mano de obra del país, lo que, sin duda, contribuyó a que en ese momento ambos sexos gozaran de igualdad en derechos.

—Finlandia fue el primer país de Europa en permitir el voto a las mujeres, cariño —le aclaró Sirpa—. La idea inicial era que todos: mujeres, hombres, clase trabajadora y clase pudiente, tuvieran el derecho a opinar, pero eso dio pie para que después eligiéramos a la primera mujer parlamentaria en el mundo —concluyó con orgullo.

Alejandra escuchó y absorbió todo con gran interés. La madre de su novio se le antojaba fuerte, decidida e independiente. Lo más curioso fue constatar que, a pesar de estar divorciada, se refería a su exesposo con bastante aprecio. Los gestos, la voz, los modales de aquella mujer eran tan pausados que se sintió arrullada por el ir y venir de unas suaves olas. Pudo entonces vislumbrar con cuánto amor y paz había crecido Mika. No era extraño, pues, que fuera un hombre seguro de sí mismo, equilibrado y amoroso.

## CAPÍTULO 33

Ante la señal verde del semáforo, Samuel presionó el pie sobre el acelerador con suavidad. Hacía casi cuatro meses que había llegado a Finlandia, pero sentía como si llevara más de dos años. Todo lo que le había tocado asumir en ese corto tiempo había sido de tal relevancia y profundidad que su mundo estaba del revés. Había asimilado la traición de su viejo y de su hermano; había hecho a un lado el sube y baja que sentía en su estómago cuando se acordaba de que no tenía empleo y buscaba uno con ahínco; había experimentado la inmensa felicidad de encontrarlo, contra todo pronóstico, en una de las compañías más representativas del mundo, y, lo más importante, había despejado las dudas en su corazón. En él crecían y se afianzaban inexplicables sentimientos de amor. Había que reconocer que Tiia, la hermosa finlandesa que vivía con Alejandra, lo había ayudado a sentirse mejor consigo mismo. No solo había colaborado en su adaptación a la ciudad de Helsinki, sino que, con su evidente interés por él, lo había hecho verse de una forma diferente. Sin embargo, las elecciones de los afectos siempre eran imprevisibles, y él se moría por otra mujer.

Sí, se estaba enamorando. ¿O lo estaba ya?

¿Qué importaba? Lo que importaba era que no dejaba de pensar en ella ni de buscar cualquier excusa para verla, hecho en sí bien complicado, porque la receptora rechazaba cualquier avance que hacía para acercársele.

Su Mazda circuló con tranquilidad por las calles de Helsinki entre el escaso tráfico del domingo. La mañana era abierta y azul, y los rayos del sol giraban con el aliento del viento. Bajó las ventanas para dejar que la brisa entrara con libertad. Se sentía satisfecho consigo mismo: había alquilado su propio piso, había comprado un automóvil y sus perspectivas hacia el futuro eran positivas.

No le faltaba compañía femenina los fines de semana; se le habían presentado miles de oportunidades para experimentar aventuras fáciles escondido bajo el manto de la noche y del alcohol, pero no, que el mundo lo llamara estúpido si quería, porque lo único que él deseaba era llevarse a la cama a una mujer por la que sentía más que simple deseo. Considerando su árido pasado de conquistas, cualquiera diría que era una insensatez, pero ¿qué le iba a hacer? Él era así.

Y estaba dispuesto a enamorarla, aunque se le fuera la vida en ello.

Bajó los ojos hacia el simpático Molly Balon que nadaba con prisa en la bonita pecera que le había comprado. ¡Ella no podría resistirse! Le encantaban los animales.

El automóvil pasó de largo por un amplio parque salpicado de arbustos con diferentes tonos de verde y enormes macetas rebosantes de violetas de todos los colores. A un costado, los niños trepaban por un andamio de metal en forma de barco pirata bajo la atenta mirada de sus padres; al otro, las edificaciones abrían sus ventanas para saludar al sol. Unos minutos más tarde, giró hacia la izquierda y vio ante sí el edificio donde vivía su hermana. Su corazón tiritó. Tiia, quien por fin había comprendido que su interés por ella no iba más allá de una simple amistad, aquel fin de semana había viajado a la isla de Gotland con unos amigos y su nuevo ligue. Alejandra estaba en Islandia con su novio y con su equipo de la empresa para la que trabajaba, así que, Dios mediante, la encontraría sola. Estacionó el coche y, antes de bajarse, sintió que las manos le sudaban.

«Valiente cobarde».

Tomó el pececito, al que sacudió de aquí para allá por la agitación. Respiró hondo antes de pulsar el código de la puerta. Esta chirrió cuando la empujó. Entró, subió al ascensor, y cuando

llegó ante el portón de madera, el corazón le aporreaba como un batallón militar. Pulsó el timbre.

Esperó.

Llevaba un mes inventando excusas para charlar con ella como un amigo, pero era hora de avanzar.

El silencio tejía nudos en su estómago. Estaba seguro de que se encontraba en el apartamento; no salía mucho, ni los sábados ni los domingos, lo cual lo aliviaba, porque le daba la certeza de que no había nadie especial en su vida. Iba a llamar al timbre otra vez cuando escuchó la suavidad de unos pasos que se acercaban... La puerta se abrió.

—¡Buenos días, Xisca!

Sabía que su sonrisa resplandecía, pero esperaba que los labios no le temblaran.

—¿Puedo pasar? —Sin darle tiempo a recuperarse de la sorpresa y que dijera que no, como había hecho varias veces cuando Tiia no estaba, la apartó a un lado con suavidad y entró. Rápido, le mostró el Molly Balon—. Simpático, ¿verdad? Lo compré para ti. Es un pez fácil de cuidar: sociable, juguetón y vive más de tres años, solo o acompañado, y... —El flujo de palabras le salía de forma atropellada, pero era de esperarse, ¿no? Le entregó el acuario y, mientras ella miraba al pez, aspiró con placer el aroma a fresa de su champú.

Finalmente, levantó sus ojos verdes hacia él.

—Muchas gracias... No sé qué decir.

—Solo di que te quedarás con él. —En ese momento, *Duquesa* llegó y le pasó el lomo por el pantalón. Se inclinó y la alzó—. ¿Y cómo está mi niña bonita hoy? —La gata maulló, coqueta, y Samuel la dejó en el suelo—. Es un lindo día, ¿lo has visto?

Sin esperar respuesta, Samuel se quitó los zapatos y se acomodó en uno de los sillones de la sala. Se atrevió a mirarla a los ojos y leyó confusión y vergüenza en ellos. Suponía que era porque estaban solos o... ¿sería por él? Una pizca de placer lo invadió.

—¿Me invitas a un café? Yo lo preparo mientras tú te arreglas. Quiero decir... —Su rostro se encendió—. Estás muy bonita como estás, pero ponte algo para que vayamos a Suomenlinna, como me prometiste. —El calor en su rostro lo delataba por mentir tan descaradamente, pero presionarla era su nueva táctica—. ¿No te acuerdas? Me dijiste que en verano me mostrarías el lugar, y aquí estoy, esperando a que cumplas.

—Sí, sí. —Xisca carraspeó—. Pero yo... —Se mordió el labio inferior, como hacía siempre que estaba nerviosa. Sí, sí, sí, lo había notado. Sabía todo sobre ella. Bueno, al menos lo que le había permitido conocer y lo que le contaba Alejandra.

—Podemos ir en mi auto hasta el centro, dejarlo estacionado allí y tomar el *ferry*. Si quieres, podemos almorzar en Suomenlinna, o podemos comprar algo para llevar con nosotros; como tú prefieras. Prepararé café mientras te alistas. —Y sin darle tiempo a responder, se levantó y se encaminó a la cocina.

Llenó con agua el tanque de la cafetera y colocó café para dos en el portafiltro mientras escuchaba el ruido de la ducha, y sonrió con el corazón encaramado en el último andamio.

Iría con él.

Una hora después, iban en el *ferry* rumbo a la isla de Suomenlinna, que, según le había explicado su hermana, era una fortaleza digna de ver. Se había informado de que había sido construida por los suecos para protegerse del expansionismo ruso en los tiempos en que Finlandia pertenecía a aquel país. En esos momentos, era considerada un barrio de la ciudad de Helsinki. El acceso era fácil. Cada quince minutos, iba y venía un *ferry*.

Recostado sobre la barandilla del barco, contemplaba cómo la brisa agitaba aquellos cabellos del color del sorgo maduro que crecía en su tierra. Quiso acercarse y perderse en su textura. No

podía, claro, pero podía fantasear con ello. Deslizó la mirada por sus labios carnosos y suspiró; otro problema, se moría por besarla.

Estaba callada y ocultaba los ojos tras unas gafas oscuras. ¿Estaría disgustada con él? De pronto, todo el coraje que se había infundido al principio se evaporó.

—¿No vas a España estas vacaciones?

Sonrojada, se giró hacia él y le contestó:

—No. Es posible que vengan mis padres.

—Ah, ¿y cuándo será eso?

Se sonrió más. «Vaya». Eso lo preocupó. ¿Hablar de sus padres era un tema tabú?

—No lo sé. Quizá en agosto, cuando el calor en Valencia sea tan insoportable que no les quede más remedio que buscar un sitio fresco. Tienen un *chalet* en Bocairant, a unos kilómetros de la ciudad. Por lo general pasan ahí todos los veranos. Es un sitio rodeado de montañas con un clima muy agradable en esa época del año. Les gusta hacer largas caminatas y quedarse hasta altas horas de la noche charlando con los vecinos; pero espero que esta vez se animen a visitarme. Se hacen viejos, ¿sabes? Ya no les gusta viajar tanto como antes, por eso siempre soy yo la que va.

—Ah, qué bien. Me gustaría mucho conocerlos; si no te importa, claro.

Sus labios se curvaron en una tímida pero bella sonrisa.

—Sí, a ellos les gustará conocer a mis amigos.

Con el pecho henchido, le preguntó:

—¿Y qué otros planes tienes para estas vacaciones?

—Pues... tal vez vaya una semana a Copenhague... o a Estocolmo. Me gustaría viajar un poco por los países nórdicos.

Le habría gustado ir con ella.

—¿Y tú? —La luz del sol destelló sobre los cristales de sus gafas—. ¿Qué planes tienes? —Contempló cómo extendía los dedos jugando con el viento. Parecía feliz. ¿Feliz de estar con él? Su corazón se agitó.

—Nada en especial. No tengo vacaciones todavía, pero puedo acompañarte uno de esos fines de semana, si quieres. Como amigos, quiero decir... Eres una de mis mejores amigas aquí. —Giró el rostro hacia el mar para que ella no viera sus ojos—. No conozco Copenhague. Estocolmo, sí, pero no he estado en Dinamarca, y me ilusiona ir con una buena amiga.

—Podrías ir con Tiia. —Lo miraba con mucha atención.

Samuel no se acobardó, le mostró todos los sentimientos que albergaba por ella. «Es ahora o nunca».

—Tiia tiene su grupo de amigos y planes muy concretos con ellos. Yo tengo otros, y me gustaría mucho ir contigo.

Xisca se volvió a ruborizar. Tres veces en un lapso de... ¿cinco minutos? Muy revelador. No. No quería hacerse falsas ilusiones. Bueno, sí. Sí que quería.

Pero ella no le contestó. Se recostó contra la valla del barco, mirando hacia el horizonte, y cuando pensó que le daría una excusa cortés, se giró hacia él y lo sorprendió al decirle, con una amplia sonrisa:

—Pues sí, te avisaré.

«¡Bien!». Mentalmente, lanzó sus puños al aire. Con la risa brillando en sus labios, contempló las ondas irregulares del agua y la estela de espuma que el barco dejaba por donde pasaba. De pronto, el chillido de las gaviotas cruzando el cielo les advirtió que se aproximaban a un grupo de pequeñas islas. Estaban tan juntas que parecían una. Entre los arbustos y la hierba aceitunada, sobresalía una construcción de un raído color rosa con ventanas dormidas. Cuando el *ferry* atracó,

la pudo observar mejor.

Una vez que se apearon, Samuel hizo ademán de dirigirse al edificio.

—Vamos a mirar qué hay en el interior.

Xisca señaló una especie de túnel en medio de la edificación.

—No vale la pena entrar. Solo hay una vieja cafetería y unos baños públicos; mejor vamos por ahí.

—Muy bien, te sigo. —Se arrimó a ella, rozando su blusa verde sin mangas. La brisa era fría a pesar del sol, pero él llevaba una chaqueta liviana anudada a su cintura, en caso de necesitarla—. ¿Tienes frío? ¿Quieres mi chaqueta?

—No, gracias. —Sonrió—. Con la caminata entraremos en calor.

Avanzaron durante diez minutos hasta llegar a una especie de castillo que, según Xisca, durante la guerra civil finlandesa se había empleado como campo de prisioneros. Inspeccionaron las silenciosas y abandonadas celdas de piedra, y las dejaron atrás para cruzar un puente con vallas de madera blanca que colgaba sobre las aguas verde-azules de un lago. Se detuvieron en el centro para observar el grupo de patos silvestres que enseñaban a nadar a sus crías. Samuel extendió sus brazos y, con suma delicadeza, le quitó las gafas para perderse en esos hermosos ojos verdes. Notó su confusión y... ¿miedo? Un acuciante anhelo de protegerla lo hizo asegurarle con dulzura:

—Solo quiero tomarte una foto sin las gafas. Si me lo permites, por supuesto.

Cuando ella asintió, guardó las gafas en el bolsillo de su camisa y se retiró al otro extremo de la valla. Le tomó una foto y después, aprovechando que pasaba un grupo de turistas, detuvo a uno de ellos y le pidió que sacara una foto de los dos. Decidido, volvió a ella y le colocó un brazo sobre los hombros, acercándola a su torso. Sintió que se relajaba, y juraría que buscó la calidez de su cuerpo. Le agradeció al hombre y le devolvió las gafas a Xisca.

Prosiguieron el camino en un agradable silencio. Ascendieron por un montículo en cuya cima encontraron varios cañones que vigilaban el horizonte. El océano se fundía con el cielo y, pendiente abajo, se expandía una alfombra de florecillas amarillas que besaban el regazo de una playa de arena oscura.

—Hermoso, ¿verdad?

Xisca sonrió por respuesta.

Durante una hora se dedicaron a visitar los museos y tiendas de la isla. Uno de los museos era un submarino de la segunda guerra mundial, y otro, el que pareció llamar la atención de ella, acogía una exposición de juguetes antiguos. Samuel pagó las entradas y, cuando salieron, al ver que se interesaba por algunas postales de los juguetes, sacó su billetera.

—Permíteme. —Y pagó.

Al lado de la caja había un mostrador con toda una maravillosa exhibición de pasteles de sal y de dulce, su debilidad...

—¿Quieres café con pastel? ¿O prefieres que busquemos un sitio donde almorzar? —No podía apartar sus ojos de los pasteles. Ella rio divertida.

—Creo que tus ojos han decidido.

—Lo siento, me encanta todo lo dulce. —Hizo una mueca.

—Lo sé.

¿Ah, sí? Se emocionó.

Pidieron dos tazas de café; ella escogió un quiche con tomate y queso de cabra, y Samuel, un pastel de chocolate. Se acomodaron en una de las mesas, vestida con un delicado mantel de encaje blanco que le hizo sentir que tomaba el té en una cafetería del siglo XVIII. Charlaron en íntima armonía de todo un poco. Xisca le habló sobre su familia sin restricciones. Le contó anécdotas

sobre sus cuatro hermanos, quienes, por ser la única mujer, la habían malcriado. Con un aire de nostalgia, le dijo que sus padres se habían querido desde niños.

—Debe de ser muy bonito crecer junto a unos padres que se han amado toda la vida.

—Sí, lo es.

—¿Y tus hermanos están casados?

—Dos; los otros dos viven con sus novias.

—Debes de extrañar mucho a tu familia.

—Sí, pero me gusta vivir aquí; al principio no... El frío y la oscuridad me resultaban muy duros, pero con el tiempo me acostumbré, y... —se rio— me gusta mucho mi trabajo.

Tembló. Dudó. Pero no pudo evitar preguntarle:

—¿Y no hay nadie que haya captado la atención de tu corazón?

Sus grandes ojos verdes lo miraron con fijeza, y Samuel se sonrojó.

—¿Debería gustarme alguien?

—¿Por qué no? Eres una mujer hermosa, y me imagino que hay una cola de hombres disputándose conquistarte.

Sonrió y, con un tono coqueto, le dijo:

—Puede —sus ojos brillaron—, pero mi corazón es caprichoso.

Todo Samuel quedó hecho un guiñapo con aquella mirada.



## CAPÍTULO 34

El aroma a café, a pastel y a mar, y la alegría del verano, que entraba a raudales por las ventanas de la cafetería, se conjugaban con el aroma a sándalo de la loción de Samuel, perturbando sus emociones. Sus ojos negros y su sonrisa la embriagaban. Esa sonrisa que hacía que su rostro resplandeciera como si todo el sol del Mediterráneo brillara en él. Hacía cuatro meses que lo conocía y que su corazón lo seguía. Poco a poco. Al principio pensó que la relación entre él y Tiia había derivado en algo serio, pero se había dado cuenta de que su amiga había retomado la compañía de su antiguo grupo. Sin embargo, una parte de ella se resistía a sucumbir. No quería enamorarse otra vez. Hasta había aceptado algunas invitaciones a cenar de un compañero con el anhelo de olvidar a Samuel. No lo había logrado. ¿Cómo podía? Si su asiduo visitante aparecía en todo momento. Y cada vez que tenía una oportunidad, la había invitado a salir junto con Tiia. Por supuesto, ella no había aceptado.

En una ocasión, después de tanta insistencia, había claudicado porque pensó que, si lo veía como a un buen amigo, la atracción que sentía por él se esfumaría, pero, tonta de ella, se había equivocado. Su simpatía y su ternura la habían ganado. Era un hombre sensible y muy inteligente; todo un caballero, tanto que a veces le parecía salido de las películas de los años cuarenta.

Aquella mañana la había sorprendido cuando se presentó ante su puerta, y tuvo que reconocer que la había emocionado. ¡Un pececito de regalo! Era lo que más le gustaba de él, lo detallista que era. Bollos de canela, panes y flores para Tiia, Alejandra y ella cada vez que las visitaba. Acumulaban en el piso una exagerada cantidad de macetas, que ninguna tenía tiempo de cuidar, pero que tampoco habían tenido el valor de rechazar. Una noche había aparecido con un CD de salsa y lo había puesto mientras les preparaba comida colombiana. Tras la cena, las había sacado a bailar a todas. La había sorprendido ver a aquel hombre tímido transformado en un desenvuelto bailarín. Aquella noche había tenido que aceptar lo profundo de sus sentimientos por él y sintió mucho miedo. A partir de ese momento, había inventado todo tipo de excusas para alejarse.

Sin embargo, a pesar de lo que se decía a sí misma, aquel año no había ido a España en vacaciones, como hacía desde que vivía en Finlandia. Se había repetido hasta el cansancio que quería obligar a sus padres a visitarla, pero lo cierto era que no quería dejar de tropezarse con Samuel. Y allí estaba... con un pedazo de su alma en ascuas, esperando a ser defraudada otra vez. Sabía qué hacía mal. El pasado era el pasado y debía pasar página, pero era como si esa otra parte de ella, esa que se había congelado cuando Juan la dejó, no pudiera fundirse. A veces la asustaba observarse y encontrar tanta frialdad.

¿Acaso el adiós de su exnovio le había hecho un daño irreparable?

Sí.

Y lo que más le dolía era comprender que había sido por su culpa. Sí, no había sido lo suficientemente inteligente para protegerse del egoísmo de Juan. Había confiado a ciegas en él, y no quería volver a confiar así en nadie otra vez.

«¿Y te vas a quedar soltera y sola toda la vida?».

No lo sabía.

Lo único que sabía era que los ojos negros de Samuel la buscaban con tanto calor, con tanta ternura que, al menos ese día, su resistencia disminuía. ¿Qué podía pasar en una tarde?

Por lo visto, mucho.

Tras recorrer toda la isla, tomaron el *ferry* de regreso, y una vez que llegaron al centro, Samuel

la invitó a comer. Escogieron un restaurante de comida vietnamita, una gastronomía novedosa para los dos. Pidieron un bol con verduras frescas, fideos de pasta de arroz, pollo y especias. Y entre bocado y bocado, Xisca disfrutó del irónico sentido del humor de su acompañante cuando le explicó, sin tapujos, cosas sobre la realidad social y política de Colombia. Le habló sobre sus planes para el futuro y sobre su familia. Percibió cierta tensión en él cuando mencionó a su abuelo. Después de un largo titubeo, le confesó que las diferencias de carácter entre ellos los habían distanciado.

Cuando terminaron la comida, pasearon por Esplanadi, muy juntos. Una infinita alegría la inundó al sentir la tersura del viento, el sonido de su risa y la sensación de seguridad que le inspiraba. La mano de Samuel estaba tan cerca que la necesidad de entrelazarla con la de ella fue como un hormigueo permanente en todo su cuerpo. Todo sucedía muy deprisa. Lo conocía hacía cuatro meses y...

«Con Juan llevabas toda una vida y mira lo que pasó».

¿Era el tiempo una variable determinante para conocer bien a una persona? ¿O lo era la madurez con que la mirabas?

Lo llevó a su piso, y después de aparcar el coche frente al edificio, se quedaron mirándose en silencio. Quería invitarlo a pasar, pero sabía lo peligroso que podía ser. No estaba lista para subir otro peldaño. ¿O sí? Sus manos estaban heladas. No se sentía segura de nada, pero fue él quien decidió. Abrió la guantera, sacó una bolsa y le dijo:

—Te acompaño; te mostraré qué y cómo le puedes dar de comer a tu pez. —Señaló el paquete.

Subieron callados mientras corrientes de dulzura, ansiedad y deseos fluían entre los dos y se esparcían por todo el cubículo del ascensor. Cuando llegaron, se sorprendió a sí misma al preguntarle:

—¿Te gustaría una copa de vino?

—Me encantaría.

Le dio a escoger entre un vino moscatel o un rioja que había guardado para una ocasión especial. Escogió el rioja, y mientras lo destapaba, sentía su presencia cerca de ella. Demasiado cerca. Abrumada, lo instó a seguirla al salón.

En la modesta estancia se sentaron uno al lado del otro, y después de entrechocar con suavidad las copas y de brindar con un: «¡Salud!», guardaron un opresivo silencio.

Contempló cómo, después de dos sorbos, Samuel dejaba el cristal sobre la mesa y buscaba sus ojos. La miró con tanta pasión que su corazón enloqueció; no sabría decir cuál era la emoción que la dominaba, si el miedo o la alegría. Él se inclinó. Iba a besarla, pero, sorprendida, sintió la yema de sus dedos, suaves como el aleteo de un pájaro; dulces y tibios como una mañana soleada, acariciando su boca, pidiéndole permiso.

Todo su ser lloró de anhelo.

Anhelaba ser amada y deseada.

El beso llegó con un sabor a menta, a vino y a cosas buenas. Una deliciosa sensualidad, combinada con una olvidada añoranza, la recorrió. Se estremeció. Se dejó llevar. Saboreó cada rincón de su boca y permitió que él saboreara la suya. Sus lenguas se descubrían y se enardecían. Las manos de Samuel, inseguras al principio pero firmes después, la acariciaron toda. Sus dedos caminaron por su espalda como chispas de energía, estrechándola contra él. Los de Xisca buscaron los latidos de su corazón a través de la camisa y temblaron con su ritmo. El aroma masculino nubló sus sentidos. La transportó a lugares exóticos, verdes. Su boca la abandonó y una cascada de besos cayó sobre su rostro, pero cuando fueron descendiendo por su cuello y acariciaron sus senos, un ramalazo de angustia la asaltó. Si se dejaba llevar, aquel no sería un

encuentro casual, y ella no estaba lista para algo más serio. La parte congelada de su alma ganó, y el frío se extendió hasta envolverla. Completamente. Su ansiedad remontó tan alto que intentó soltarse de sus brazos. Quería empujarlo con fuerza, pero se obligó a controlarse porque sabía que aquel hombre dulce no se merecía su brusquedad.

—Para, por favor...

Inmediatamente, él se detuvo y, alterado, se disculpó:

—Lo siento, lo siento, yo... Mira, yo... —Se pasaba las manos por el pelo.

—No pasa nada; por favor, vete.

Vio dolor en sus ojos, y la hirió.

—Si te lastimé, lo siento; no quería... Eres una mujer muy hermosa, y yo...

No quería escucharlo.

—Vete, por favor.

—Xisca, escúchame. Yo, bueno, no me gusta jugar. Sé que ha transcurrido poco tiempo, pero me estoy enamorando de ti y...

Lo interrumpió con amargura:

—Al principio todos dicen lo mismo y después, todo cambia. No estoy lista para una relación.

«¿Entonces cuándo lo estarás?», le gritó una voz en su interior.

—Perdona, Xis. No pretendo presionarte. Antes que nada, somos amigos, y si tú no quieres que pase algo más entre nosotros, lo acepto, pero...

—Por favor, vete. —Le dolía escuchar su bondad.

—Escúchame, Xis... Me iré, no volveré a molestarte. Solo quiero que sepas que seguiré siendo tu amigo si eso es lo que quieres, pero antes necesito decirte todo esto que siento por ti. No soy —su voz enronqueció— un hombre de devaneos y relaciones fáciles. Quizá sea introvertido y modesto en mis avances con las mujeres, pero no necesito coleccionar aventuras. ¿Sabes? Soy un hombre de una sola mujer, y tú eres esa mujer.

Pero Xisca no dijo nada.

No podía.

Se dio la vuelta, rechazándolo, y cerró los ojos.

Deseaba llorar.

El silencio entre ellos se prolongó durante largos y dolorosos minutos, hasta que escuchó el sonido de la puerta de entrada cerrándose.

Solo entonces se permitió estallar en sollozos.

## CAPÍTULO 35

Era mediados de julio cuando el director de *art & viiva* y su equipo llegaron al aeropuerto internacional de Keflavík. Sin contratiempos, salieron de la zona de inmigración, que, para las grandes expectativas sobre aquel país, era un lugar demasiado simple y pequeño. Aquella era la segunda ocasión que Mika visitaba Islandia. Cuando era joven, había recorrido la isla durante diez días, subiendo hasta el norte para hacer senderismo por los glaciares, y luego había tomado un barco para visitar Groenlandia. Sin duda, la salvaje belleza de aquel lugar representaría una maravillosa aventura para su novia, y se sentía feliz de brindarle esa oportunidad.

Durante el vuelo, Tommi había reservado un taxi furgoneta, así que, tan pronto como salieron, el conductor se acercó a saludarlos y, solícito, guardó todo el equipaje.

Minutos más tarde, el coche se movía a través de una ancha extensión de tierra, dividida en retazos de grama verde que se alternaba con el color ámbar, negro y gris de la lava petrificada. Lava que había brotado de los volcanes, quizá muchos años atrás. Parecía un enorme monstruo, con la piel rugosa y llena de verrugas, echando la siesta en el regazo del sol. Mika se giró y contempló con indulgente ternura la cara de alegría de Alejandra, que lo observaba todo con curiosidad. Ella le devolvió la mirada, ofreciéndole esa sonrisa que hacía que su corazón estuviera a sus pies; por fortuna, las gafas oscuras impidieron que sus colegas pudieran leer la profunda emoción que lo asaltó.

Después de casi una hora de camino, el vehículo entró en Reikiavik, avanzando por una larga y concurrida avenida. A lado y lado, se amontonaban casas y construcciones, refinadas y muy cuidadas. La mayoría, pintarrajeadas con fuertes colores que, al igual que en otros países nórdicos, tenían como objetivo compensar la escasez de luz en invierno y el resplandor de los largos días de verano. Enfilaron la avenida, si recordaba bien, Saebraut y, de repente, apareció ante ellos un firmamento azul índigo: el Atlántico. Como telón de fondo, unas majestuosas montañas, con nubes de algodón flotando alrededor de sus jorobas, descansaban como serenos centinelas del mar. Era algo sublime de admirar, por lo que no le extrañó la exclamación de Alejandra y de Tommi. Continuaron, escoltados por el agua, al lado derecho, y por la arquitectura de la ciudad, al lado izquierdo. Enfrente, la luz del sol, con un extraño matiz bruñido, los invitó a palpar el espíritu de los ancestros nórdicos, prestos a lanzarse a la mar, cuando apuntó sus rayos sobre el paseo que zigzagueaba a la orilla del océano, y donde yacía la escultura de acero de un barco vikingo, *El viajero del sol*.

Más adelante, el taxi se abrió paso con lentitud entre un gran flujo de vehículos que circulaban por el centro de Reikiavik hasta llegar a una dinámica zona llena de color y de historia. Minutos después, se estacionó frente al hotel Canopy by Hilton. Se bajaron y se adentraron en la vanguardista decoración del *lobby*. Los paneles y suelos de madera contrastaban con las barandillas de ladrillo blanco y con los tenues pero dispares colores de los muebles. La amplia estancia desprendía el mismo estilo del que hacía gala *art & viiva*.

Tommi se encargó de registrarlos mientras los demás se dirigían a un bar a unos cuantos metros de la recepción, y que invitaba a la charla y al recogimiento. Un camarero se acercó y cada uno ordenó una pinta de la cerveza local. Mika conversó con Matti mientras Alejandra y Ville guardaban un relajado silencio. Su amigo regresó con las llaves electrónicas y, una vez que las repartió, su novia se disculpó y se encaminó a su habitación. Nervioso y anhelante, la vio alejarse. Deseaba compartir con ella la *suite* destinada para él, pero como no quería presionarla, dejó que

su asistente le reservara un cuarto propio, como a todos.

Sin embargo, estaba determinado a cambiar dicha situación en cuanto pudiera.

Tras almorzar algo ligero en el restaurante, se dirigieron al hotel que amueblarían, en dos coches alquilados, uno de ellos, adaptado a sus necesidades. El edificio quedaba a unos diez kilómetros de distancia de donde estaban, y al llegar, tuvo la sensación de que era más grande de lo que habían imaginado. Se pusieron manos a la obra, y las siguientes cuatro horas se sumergieron en un torbellino de actividades. Matti y su grupo se dedicaron a analizar la distribución y la amplitud de los cuartos y salones, así como el juego de luces que los ventanales, o la falta de estos, le conferían a cada espacio, mientras Tommi y él se reunían con el director del hotel.

Cerca de las seis, dieron por terminada la jornada y, cansados, regresaron a su alojamiento para ducharse y cenar. El arquitecto quiso salir a caminar por el centro de la ciudad, aduciendo que comería por la zona, y Ville lo acompañó. El resto optó por hacerlo en el restaurante del hotel; quedaron en encontrarse en el comedor al cabo de veinte minutos. Mika, que aspiraba a estar a solas con su novia, se desinfló cuando su amigo se les unió. Sin embargo, para no herir sus sentimientos, guardó silencio. Se duchó, se afeitó y se cambió la camisa. Sentía el estrés tensando todos sus músculos y ligamentos, y sabía el motivo: la deseaba más que nunca y quería hacerle el amor esa noche.

No quería esperar más.

Intuía que Alejandra lo deseaba, pero de lo que no estaba seguro era de si aquel era el momento oportuno para ella. Aunque se entregaba a sus besos y a sus caricias, percibía sus recelos. No tenía la certeza de si se debía a su paraplejia o a los temores y las reservas que formaban parte de la manera de ser de su novia. Había aprendido a interpretar sus emociones y se había dado cuenta de que era una mujer muy sensible, que avanzaba con celo en la relación. Como una tortuguita que miraba a un lado y a otro, preparándose para esconder la cabeza a la primera señal de peligro. Por eso no quería apresurarla. Quería que se sintiera a salvo con él y, más que nada, que creyera en ese amor que florecía entre los dos. Le había contado la razón por la que había terminado con su exnovio, y suponía que esa traición hacía que fuera más precavida. Aunque estaba seguro de que existía algo más profundo que la inquietaba. Se tornaba ansiosa ante todas sus demostraciones por complacerla y por mimarla, como si le atemorizara recibir tanto amor. También había notado tensión en su mirada cuando hablaba de su abuelo o de su hermano Enrique. Le daba la impresión de que los mantenía a distancia, y si bien quería averiguar el motivo, no deseaba ser indiscreto. Le preocupaba, porque todo lo que la hacía infeliz lo alteraba. No podía frenar su deseo de protegerla.

Al entrar en el moderno restaurante, lo primero que distinguió fue la diáfana luz del sol que entraba por las ventanas brillando sobre el color índigo del tapizado de los asientos y sobre los cabellos de Alejandra. A medida que la silla de ruedas avanzaba, se abrió ante él un abanico de detalles que lo sumió en un ambiente íntimo y acogedor, como las paredes grises cubiertas de retratos antiguos a lado y lado, el suave azul de la alfombra y el aroma a comida caliente flotando por doquier. Sentada al lado de Tommi, Alejandra lo recibió con una misteriosa mirada. Deseó mandar al diablo la cena, llevarla a su habitación y hacer con ella todo lo que anhelaba hacer. Le parecía que todo el deseo que llevaba acumulado desde que la vio por primera vez estallaba de repente, como un volcán que entraba en erupción y expulsaba lava ardiente, derritiendo cada molécula de su cuerpo. Pero, reprimiéndose, se contentó con saludarla:

—Hola. —Notó que su cabello estaba mojado y que el precioso vestido verde musgo que lucía intensificaba el secreto de sus ojos.

—Hola —le contestó sonrojada. Sintió su mirada como una pluma recorriéndole la barbilla y la garganta. Se detuvo en su nuez de Adán, y Mika tragó saliva con dificultad.

—¿Pudiste localizar a Pertti? —La voz de Tommi lo sacó de la corriente sensual que lo arrastraba, y, a regañadientes, desvió su rostro hacia él. Aunque, poco después, como si estuviera bajo el influjo de un hechizo, sus pupilas volvieron a concentrarse en cada pequeño detalle de las expresiones de su novia. Estaba encantadora, como una diosa exótica. Su diosa.

Los tres ordenaron un surtido de tapas que incluía una variedad de carnes rojas y de pescados locales, acompañados de guarniciones de patatas, nabos y zanahorias. A pesar del hambre, el nudo de ansiedad en su estómago le impidió dar buena cuenta de lo que se había servido en el plato. En un intento por sobrellevar la incesante conversación de su amigo, a la vez que evitaba comérsela con los ojos, llenó su copa de vino; una detrás de la otra, y aquella era... ¿qué?, ¿la cuarta?

Debía parar.

¡Qué patético! Quería llevarla a su habitación, quitarle el vestido y darle placer toda la noche, pero al mismo tiempo estaba aterrado. ¡Sí, estaba aterrado! A pesar de creer que ella lo acogería con apasionada dulzura, los nervios lo sumían en un espiral de incertidumbre.

¿Y si le decía que todavía no estaba lista?

¿Y si le decía que sí y la hermosa magia que experimentaban se desvanecía ante la realidad de su problema? ¿Y si la desilusionaba? Y si, y si... *perkele!*

Guardó silencio y, en vez de alcohol, se valió de un vaso de agua, más que nada por mantener ocupadas las manos, aparte de sostener los cubiertos. Unos minutos después, incómodo, se disculpó para ir a los lavabos. Sabía que en esas circunstancias era mejor evitar cualquier percance. Aunque podía sentir cuándo necesitaba ir al baño, ya no retenía como antes y, para prevenir accidentes, usaba un colector de orina. Lo sacó del maletín que colgaba del respaldo de la silla de ruedas y se lo colocó en el pene. Se lavó las manos y regresó. Cuando llegó a la mesa, Alejandra lo miró con curiosidad; de pronto, una ola de vergüenza lo invadió. Era un hecho que si compartían intimidad, ella vería el dichoso aparato, y eso todavía le resultaba difícil de tolerar.

Bien, pero no iba a dejar que aquella nimiedad, aunque importante, lo amilanara, ¿no?

Desanimado, se refugió en la atmósfera que rezumaba el comedor: música, risas, el tintineo de cubiertos sobre los platos y las animadas palabras de Tommi, que fluían sin parar. Ambos se miraban de reojo, contestando con monosílabos las preguntas de su colega, si es que un «hum» podía considerarse un respetable monosílabo.

De golpe, cuando terminaron de comer, Tommi miró a uno y después al otro y, arrugando el ceño, espetó:

—Ya veo quién sobra aquí.

El rostro de Alejandra se tornó en un hermoso color vino mientras Mika, sin despegar los ojos de los de ella, le dijo a su amigo:

—Bueno, ¿acaso me culpas?

—No, la verdad es que no. Me temo que no quiero postre. —Dejó la servilleta de tela al lado del plato y se levantó—. Me marchó, chicos. —Les ofreció una mueca burlona—. Pórtense bien. —Y abandonó la mesa.

Solos, sin excusas ni intromisiones, se miraron ansiosos e inesperadamente tímidos, como si fuera la primera vez que salían.

Sintió que su sangre se evaporaba como el agua en la sauna. Quiso preguntarle si deseaba subir a su habitación, pero las palabras se le atascaban en la garganta. Carraspeó, asió el vaso y bebió un trago, incapaz de llenar aquel silencio.

De pronto, con voz animada, su novia le dijo:

—Me encanta esta canción.

Prestó atención, percatándose de la romántica melodía.

—Ah, ¿sí? ¿Y de quién es?

—Es de un grupo islandés, Of Monsters And Men, y la canción se llama: *Love Love Love*. —  
Lo miró con tanta sensualidad, con tanta pasión que todo el calor que experimentaba se agolpó en su rostro. *Perkele!* Se sintió un imberbe enamorado y, sin saber qué hacer o decir, le preguntó con torpeza:

—¿Quieres más vino?

—No, ya he tomado bastante.

—Ah, ¿sí? No me había fijado. —Levantó una ceja, tratando de aparentar seguridad, y acercó la botella a su copa, insistiendo. Quizá si ambos se embriagaban, seducirla sería más fácil.

—Creo que me quieres emborrachar. —Cubrió el cristal con la mano.

Mika se rio.

—¿Y todavía no lo estás?

La carcajada que ella dejó caer en respuesta se le antojó tan hermosa como el suave golpeteo de la lluvia contra una ventana, o como los colores de la aurora boreal danzando en la noche.

—No, solo he tomado dos copas; todavía puedo caminar sola.

—Qué lástima, y yo que quería llevarte en mis brazos. —Le lanzó una mirada nublada de picardía y pasión. Fue el turno de Alejandra de ruborizarse. Respiró con dificultad: la ternura que sentía acabaría con él—. Entonces, ¿quieres postre?

Negó con la cabeza; el corazón de Mika se detuvo por unos segundos al vislumbrar tanto amor en su expresión. Entonces, aquel terrible apremio de llevársela a la habitación lo arrasó todo, y por fin, con voz ronca, se oyó decir:

—¿Quieres bailar? Podemos ir a mi habitación y...

*Perkele!* ¿No pudo ser más original?

—Sí, me gustaría —le contestó. El mismo deseo brillaba en sus ojos.

Con la garganta como lija, la instó a seguirlo:

—Vamos.

Los pasos de Alejandra se sincronizaban con el lento movimiento de su silla de ruedas. Los rayos del sol, entre un amarillo y un extraño color rosa, entraban a raudales a través de los numerosos tragaluces que se abrían en lo alto de los muros del largo corredor. Llegaron ante la puerta de la *suite*, Mika la abrió y se apartó para que ella entrara primero. Cuando pasó a su lado, percibió su aroma a flores y le dio vértigo.

—Ponte cómoda. Vuelvo en un momento —le habló con tono estrangulado. Sí, no era muy romántico, pero debía quitarse el dichoso aparato.

Después de lavarse las manos, salió. La vio de pie, junto a las anchas puertas de vidrio que daban al balcón frente a la cama, ensimismada en el paisaje. Se giró al tiempo que Mika ponía en el *smartphone* la canción que le gustaba.

—¿Es esta?

—Sí..., gracias.

—¿Bailamos? —Dejó el móvil sobre una mesita y extendió la mano. Mientras su novia se acercaba, recorrió con ardor sus curvas. Lo excitó notar que sus piernas no llevaban medias y que sus pequeños pies estaban desnudos. Se había quitado las sandalias. Se imaginó que le subía el vestido y...

Se detuvo frente a él, como insegura y cohibida.

Como él se sentía.

Las aletas de su nariz se embriagaron con su aroma. Tiró de ella con delicadeza y la sentó en su regazo. Las notas seguían fluyendo, dispersándose y encerrándolos en un halo hipnótico de sentimientos y sensaciones donde solo existían ellos dos. Se miraron con deseo, sin saber qué hacer a continuación. Fue Alejandra quien tomó la iniciativa. Con la punta de la nariz, suavemente, recorrió cada centímetro de su piel desde la barbilla hasta la garganta. Lo olió a lo largo y a lo ancho, y después, mimosa, dejó caer una ristra de diminutos besos, como gotas de lluvia fresca, por su cuello candente. Él, estremecido de deseo, solo atinaba a mover la silla de ruedas al ritmo de la melodía.

—Estoy nerviosa.

Su corazón se levantó como impulsado por un resorte al escucharla. El hecho de que ella admitiera su inquietud le dio el coraje para revelar toda esa vulnerabilidad que lo ahogaba y que no había podido dejar atrás. Cerrando los ojos, enterró su frente con dolorosa fuerza entre sus senos y le susurró:

—Amor mío, tengo que confesarte que yo también estoy nervioso. Te deseo... muchísimo, pero sabes que para mí..., bueno..., no sé cómo decirte esto. —Ahí estaba, atragantado con aquella amalgama de sentimientos contradictorios: pasión, anhelo y vergüenza. Una vergüenza que hacía más difícil decirle lo que necesitaba explicarle.

Con infinita dulzura, Alejandra le alzó la cara y puso su frente sobre la de él. Las hebras de su cabello lo cercaron en una cortina con aroma de orquídeas mientras le hablaba y lo besaba.

—Yo también te deseo, muchísimo..., con toda mi alma, y entiendo más de lo que tú crees, pero... quiero estar contigo, de la forma que sea. Enséñame. —Los labios de ella hechizaban sus mejillas, su mentón, su cuello, al tiempo que sus brazos lo apretaban, transmitiéndole seguridad.

Entonces, sin mirarla a los ojos, encontró las palabras para explicarle lo que, creía, su cuerpo podía y no podía experimentar, así como lo que podía esperar de él cuando hicieran el amor. Sin tapujos. Con tan descarnada sinceridad que le dolió, como si alguien le quemara con un hierro ardiente las entrañas. Su novia lo escuchó en silencio, y mientras lo hacía, trazaba con su dedo índice una línea imaginaria por la curva de sus cejas, por el puente de su nariz y por sus labios. Cuando terminó de hablar, lo besó en la boca. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas. Sorprendido, al principio pensó que eran de ella, pero cuando se dio cuenta de que eran suyas, apretó los ojos para contenerlas, avergonzado. Sin embargo, era como detener con sus manos toda la fuerza de una corriente de sentimientos dolorosos que desde hacía tiempo necesitaba sacar de su alma. Era la primera vez que compartía con una mujer aquel íntimo temor que lo desgarraba como hombre. Con una mujer de la que estaba locamente enamorado y por la que había luchado tanto. Sus cimientos temblaron. Sus murallas se desplomaron, dejándolo desnudo e indefenso, y fue entonces cuando se derrumbó en el pecho de ella llorando como un niño. El tictac de su reloj se detuvo, dejando que el tiempo goteara aquel llanto silencioso y desolador, mientras los brazos de Alejandra lo arrullaban con dulzura.

Pudo verter las lágrimas por aquel hombre que se había ido para siempre y, por extraño que pareciera, también por el otro hombre que renacía con el amor de aquella mujer. Cuando expulsó hasta la última gota, levantó la cabeza y sus lenguas se encontraron con vehemencia. Las manos de su novia, como sedosas plumas, se deslizaron por los músculos de su pecho y se detuvieron en el primer botón de su camisa.

—¿Puedo? —susurró.

Se entregó a sus manos, reprimiendo su deseo de devorarla.

—Puedes hacer conmigo lo que quieras.

La vio sonreír amorosa; con dedos trémulos, desabrochó un botón, dos botones, otros dos, y



después, toda la hilera de un tiro. La camisa se escurrió, formando un lago azul en el suelo de madera. El torso de Mika quedó expuesto a su inspección mientras él impulsaba la silla de ruedas hacia la cama. Se detuvo lo más cerca que pudo y accionó el freno. Con el corazón desbocado, la observó inclinarse y recorrer con la lengua su piel y todo lo que encontró a su paso. Cerró los párpados, disfrutando lo indecible. Al sentir sus labios lamiendo sus pezones, la descarga de placer fue tan intensa y tan sorprendente que dejó escapar un ronco gemido. Ella se detuvo, levantó el rostro, y al encontrarse con su mirada, olvidó el pasado, el futuro y hasta el mismo olvido.

—No te detengas, por favor. —La voz de Mika sonó como un quejido.

Cerró los ojos, entregándose de nuevo a sus caricias, en tanto Alejandra continuó recorriéndolo con los labios. En su mente, introducía su pene en ella, lentamente, llenándola hasta el fondo, para luego danzar sobre su cuerpo el baile de amor más antiguo. Su respiración alterada, apresurada, se confundió con la de su novia, y sin poder esperar más, quiso contemplar lo que tantas veces en su imaginación había contemplado. Abriendo el abanico de sus pestañas, se irguió y, con delicadeza, su dedo trazó una línea por encima del reguero de botones del vestido. Desde su escote hasta el final de su talle, como pidiéndole permiso. Ella, sonriéndole con sensualidad, tomó su mano y la posó sobre uno de sus senos. Mika abrió la palma y lo abarcó por entero, apretándolo con dulzura. Después, agitado por dentro y por fuera, soltó, uno a uno, cada botón.

Ambos corazones batían con desesperación sus alas.

Por fin, abrió el vestido, revelando un sujetador de encaje blanco tan delicado como todo en ella. Sus senos eran más grandes de lo que había imaginado, y eso lo enardecía. Con los ojos nublados por la pasión, sin quitarle la prenda todavía, inclinó la cabeza y abarcó uno de sus pezones con la boca, mojándolo con la lengua. Lo besó y lo mordió con ternura. Hizo lo mismo con el otro. Se detuvo para desprender el gancho que lo sujetaba por detrás y después, contempló con parsimonia el tenue bronceado de su piel y la oscuridad de sus pezones. Sonrió al escuchar el suave quejido de impaciencia y, durante dos segundos, solo pudo tragar saliva con dificultad hasta que, despertando de su letargo, sopló juguetón sobre ambos pezones, sin tocarla, intensificando su deseo.

Alejandra movió inquieta las piernas, cerrados sus ojos, con la cabeza inclinada hacia atrás y entregada completamente a sus caricias. Estaba hermosísima. Sin poder esperar más, Mika besó y chupó sus senos poniéndole toda el alma. Una trenza de emociones se adueñó de su cerebro: éxtasis, felicidad y ternura. Una terrible ternura. De repente, la silla de ruedas dejó escapar un ronco quejido cuando ella, con la piel encarnada, se levantó y terminó de quitarse el vestido. Este cayó como un charco de seda sobre el suelo.

La vio sentarse en la cama y, sin dejar de admirar su cuerpo, sus hermosos senos, las pequeñas bragas de encaje que cubrían aquel triángulo de rizos negros, extendió los brazos y se unió a ella. Rodaron juntos sobre el edredón, que olía a limpio y a jabón, hasta que, acomodándose de lado con cierta torpeza, logró que sus torsos se rozaran en toda su extensión. Las lenguas se enredaron y se saborearon. Disfrutó de su aliento, de su saliva, como si fueran los suyos.

Con un gemido de angustia, Alejandra lo frenó, lo empujó y se incorporó para besar su pecho. Deliciosos besos, húmedos y dulces, que, como una lluvia de verano, resbalaban por cada centímetro de su vientre mientras sus manos inquietas desabrochaban sus pantalones. Una ola de miedo y de vergüenza lo hizo dar un respingo. Al notarlo, ella se paró y, con seductora timidez, se arrodilló ante él. Se quitó las bragas, mostrándose primero, con una mirada tan inocente y tan transparente que sus aprensiones salieron por la ventana. La recorrió con lascivia y, sin poder apartar la mirada de su vello púbico, le pidió:

—¿Podrías alcanzarme las dos almohadas? Así podré recostarme y observarte más cómodo

mientras me ayudas a quitarme los pantalones.

Con torpeza, cuatro manos acomodaron los mullidos cojines detrás de su cabeza. Luego dejó que aquella exótica mujer besara y moldeara todos y cada uno de los músculos de su cuerpo a medida que le bajaba los pantalones. La contempló observar su pene, tímida al principio y con seguridad después. Sus labios lo acariciaron con reverencia. Así lo sintió él. Y este se irguió, lo poco que podía. Las imágenes de ella besándolo y saboreándolo eran tan lujuriosas que creyó que perdería el conocimiento. La vibración directa de sus pieles, de sus propios aromas, de contemplarse en su mirada, de compartir sus alientos y el gusto de sus bocas, de sentir aquel hormigueo que le producían sus labios al recorrerlo, de sus dedos cuando tironeaban de sus cabellos y de la visión de su boca saboreándole el pene arrastró a su mente a un océano de placer que exaltó todos sus sentidos.

El mundo giraba, se movía y palpitaba, como aquel sentimiento cristalino que fluía en su alma; como la corriente de un río, que arrasaba todo lo que había a su paso hasta desembocar con toda su energía y su fuerza en un mar de sentimientos nutridos por ella. Se ahogaba en la emoción. Experimentaba unas ganas inmensas de gritar, como si experimentara un orgasmo físico. ¡Estaba con la mujer a la que amaba!, y esa necesidad de intimidad tan anhelada al fin era colmada.

Temblaba de forma visible. Quería remontar el horizonte. Aquel orgasmo era una inmersión metafísica que su alma producía en su mente. Toda su sangre bailaba y todos los poros de su cuerpo respiraban vida. El mundo fuera emitía vida. Las cortinas danzaban, la noche se dormía con su mejor sonrisa, el aire frío del mar despedía volutas de calor, y cada mueble inmóvil dentro de aquel cuarto también lo sentía. Nada podía permanecer impávido al percibir todo el amor desbordante que Mika recibía y devolvía.

Perdido durante varios minutos en su orgasmo emocional, volvió a la tierra poco a poco. Abrió los ojos y encontró los de ella, ansiosos y expectantes. Quiso decirle que la adoraba, pero no encontró su voz. Aquel momento no podía ser real. Comprendió que hacer el amor adquiriría una infinidad de significados, y que todos esos detalles físicos: sentir cosquillas en el estómago, el palpito acelerado del pulso y la indiscernible sensación de caída libre al ascender la cumbre de la pasión, podían compararse al estado en que su corazón y su alma se hallaban en aquel momento. Se sintió tan poderoso, tan en plenitud que le sonrió con toda esa felicidad depositada en su boca.

## CAPÍTULO 36

Aquella era la noche más hermosa de toda su vida.

El crepúsculo se difuminaba y se agitaba entre una oleada de colores, sonidos y aromas que se desdibujaron en cuanto Mika había entrado en el restaurante. Estaba guapísimo. A medida que se acercaba, la miró con aquella pasión y ternura que le demostraba todo el tiempo, y se sintió la mujer más especial del mundo. Su sangre bullía, revolviendo la poca serenidad que le quedaba. La velada transcurrió en una cadena de acontecimientos orquestados por la conversación de Tommi. El extraño plato que habían pedido entre los tres, un surtido de tapas con pequeñas porciones de tiburón, de ballena y de otros tipos de carne y de verduras, no lo había saboreado como debería. Estaba tan nerviosa que echó mano del vino como un salvavidas, pero cuando todo a su alrededor empezó a dar vueltas, mantuvo con prudencia los ojos sobre el plato hasta que la comida dejó de bailar.

Minutos después, contempló a Mika con disimulo, y no pudo por menos que admirar cómo la tela de la camisa se tensaba sobre los músculos de su pecho y cómo, cuando se llevó la copa a los labios, la luz que entraba por la ventana brillaba sobre los vellos dorados de su muñeca. De pronto, sus ojos tropezaron con los de Tommi, y al distinguir diversión en ellos, bajó la cabeza, avergonzada.

Exasperada y azorada ante el mutismo de su novio, había intentado seguir la conversación del asistente, pero cuando este se levantó y abandonó el comedor, se dejó arrastrar por su deseo y, mirando a Mika, le reveló todo lo que sentía.

Quería entregarse a él y no le importaba nada más.

La luminosa noche que entraba a raudales por las ventanas del hotel despejaba el camino por el que avanzaban en silencio. Habían atravesado acogedoras salitas, donde los huéspedes se reunían a conversar o a tomarse unas copas, hasta que encontraron los ascensores. Mika presionó el botón, y sin mirarlo, entró, sintiendo que sus piernas se derretían. Fue un milagro traspasar el umbral de la *suite* sin tropezarse o caerse. La elegante habitación giraba ante ella a medida que se adentraba, pero su ansiedad no le permitió fijarse en ella.

Como en un sueño, escuchó que le decía: «Ponte cómoda», mientras él, supuso, se dirigía al baño.

En un intento por desacelerar el ritmo enloquecido de su corazón, se había acercado a las grandes puertas de vidrio y memorizado las opacas luces del sol sobre las aguas del Atlántico, y el diminuto borde de la luna en lo alto, para dibujarlas a la primera oportunidad. Percibió un movimiento a su espalda. Se giró. Escuchó las notas de la canción que le gustaba tanto. La melodía flotó, se deslizó entre los dos, y sin dejar de mirarla, Mika la invitó a bailar. Se aproximó a él y al vislumbrar, bajo ese intenso deseo, un ramalazo de... ¿miedo?, supo lo que debía hacer.

La cama era suave y el aroma de Mika lo impregnaba todo. Sin dejar que las inhibiciones le impidiesen demostrarle todo lo que sentía, sus labios recorrieron su pecho con adoración; como tantas veces había anhelado hacer. Saboreó con su lengua aquellos músculos recios y, satisfecha, percibió su palpar con cada pequeña nervadura de su boca. Sintió sus diminutos vellos haciéndole cosquillas en la nariz, y sus aletas dilatarse con aquel aroma a hojas mojadas y a esa esencia tan de él que su cuerpo desprendía. Lamió sus pezones, titubeante al principio, pero con confianza después. Subió por su garganta y besó la carrera a contrarreloj de su pulso. Besó sus orejas, sus sienes, mientras masajeaba sus cabellos, y sonrió cuando él musitó que eso le

encantaba. Con el corazón henchido de ternura, se dedicó a mimarlo ahí, una y otra vez. Recorrió a besos sus brazos, su vientre, trazando elipses y círculos hasta llegar a sus caderas. Se atrevió a abrirle el cierre de los pantalones y, ante su evidente ansiedad, se detuvo. Ansiosa también, decidió quitarse sus bragas primero. No se le ocurrió qué más hacer para tranquilizarlo. Temblorosa, se expuso a su mirada hasta que Mika, con la respiración entrecortada, le pidió ayuda para bajárselos. Los empujó torpemente por sus piernas inertes al tiempo que delineaba con la boca cada músculo que descubría. Sabía que él no podía sentirla, pero quería que la viera hacerlo.

Ahogada en un océano de dulzura y pasión, sus labios ascendieron, dudando al principio, pero luego con audacia, hasta rozar su pene con reverencia. Temía lastimarlo. Sin embargo, cuando notó sus ojos nublados por la lujuria, comprendió que le gustaba. Fue indescriptible contemplar cómo la piel de su rostro enrojecía, abstraído en el placer que cada caricia de ella le producía. Segura de lo que hacía, saboreó su protuberancia y después, con cuidado, se deslizó sobre su cuerpo, tan femenina, tan consciente de su poder como mujer que percibió cómo su ser florecía igual que un girasol ante la luz, abriendo sus pétalos y emanando su fragancia. Como la mujer que había estado destinada a ser, pero que ningún hombre antes había podido descubrir.

Minutos después, cuando la respiración de Mika se transformó en unos pausados jadeos, con el placer aún en su rostro, lo vio erguirse de costado y serpentear poco a poco hasta quedar encima de su torso. Anhelante, Alejandra abrió las piernas, acomodándolo con torpeza en su pelvis. Los ojos de Mika brillaron como apatitas azules antes de inclinarse y besarla con brusquedad, como si quisiera fundirla contra él. Después, se incorporó y, con sensualidad, le pidió que se colocara una de las almohadas detrás de la nuca. Se inclinó sobre ella; lo sintió mimar y estimular sus pezones con la boca hasta dejárselos firmes y erguidos. Con adoración, así lo sintió Alejandra, fue desgranando un rosario de besos hasta sus inquietos muslos.

Se estremeció casi con dolor cuando él olió el palpitar de su deseo. Su respiración se interrumpió y corrió desaforada cuando sintió el primer contacto de su boca. A pesar de que lo ansiaba, no pudo evitar sentir vergüenza ante aquella ráfaga de placer y, con un quejido de angustia, intentó apartarlo, pero Mika se negó a ser desalojado. Silencioso, con una abrasadora determinación, buscó su vulva y la exploró. La avidez con que la lamía y la chupaba la sorprendía. Como si se estuviera desdoblado, Alejandra sintió que todo alrededor flotaba en una maraña de colores, de olores, de sensaciones tan terrenales que apenas las distinguía entre todos los sentimientos hermosos que Mika le despertaba. La penetró con su lengua, en un ritmo lento al principio y rápido después, hasta que las oleadas de placer fueron tan feroces que todo giró. Ella giraba. El cuarto giraba, y mientras caía y se hundía en el abismo, las lágrimas mojaban sus mejillas. Lágrimas que se unieron a las que se escurrían por su alma en un llanto sanador, porque por primera vez en su vida recibía y se entregaba totalmente en un acto físico de amor.

Cuando volvió en sí, miró alrededor y encontró sus ojos resplandeciendo como zafiros, satisfecho de sí mismo.

—Sabes y hueles a orquídeas.

—No, no es verdad —le refutó con pudor.

—Sí, es verdad. Y eres la cosa más bonita que he tenido entre mis brazos.

Sonriendo, agotada, no se dio cuenta de que se había quedado dormida hasta que, minutos más tarde, sintió unas plumitas haciéndole cosquillas en los pómulos. Abrió los ojos y contempló a Mika recostado sobre uno de sus brazos mientras con la yema de los dedos acariciaba su cara. Se sintió tan rebosante, tan bonita y tan femenina que se vio escribiendo en un cuaderno que era una mujer diez.

Enterró la nariz en la garganta de Mika, aspirando su aroma y regalándole besos tiernos. Cuando llegó a su oreja, le susurró:

—Hola.

Su risa, henchida de placer, la hizo sentir muy feliz.

—Señorita Díaz, acaba usted de hacer maravillosamente bien el amor con su jefe.

—Pensé que era mi novio.

—Sí, y mucho me temo que ahora no podrá vivir sin usted.

—Pues dígale que su novia piensa lo mismo.

—¿Te quedarás aquí conmigo?

—Si tú quieres.

—Por supuesto. Mañana traes tus cosas y cancelamos la otra habitación.

—Hummm. —Cerró los ojos, soñolienta.

—¿Te estás quedando dormida otra vez?

—Hummm.

Y se dejó arrastrar a un cosmos de placidez sin notar la mirada de amor con que él veló su sueño durante largos, largos minutos antes de quedarse dormido.

## CAPÍTULO 37

La luz del sol entraba y se detenía a besar cada rincón de la amplia habitación: la pequeña sala con sus cómodos sillones tapizados de un oscuro color rosa, el ordenador sobre la mesa de madera y la inmensa cama, que, con capacidad para cuatro personas, acogía en aquel momento a dos amantes. Como buen madrugador, Mika llevaba despierto unas horas, disfrutando del calor del cuerpo de Alejandra y del sonido de su respiración. Esperaba ansioso a que abriera los ojos, pero eran las nueve y media y ella aún seguía dormida. Suspirando resignado, con cuidado de no despertarla, pidió un copioso desayuno.

Finalmente, a las diez de la mañana, las pestañas de su novia se movieron, y queriendo tomarle el pelo, le dijo:

—Tu jefe lleva más de una hora esperándote. —No esperaba asustarla, pero eso fue lo que hizo. Se levantó como un resorte, buscando desesperada su vestido. Debía reconocer que el panorama era adorable, pero, ansioso por tranquilizarla, se incorporó en la cama—. Era una broma, amor mío; es sábado, ¿recuerdas?

Se detuvo agitada. Lo miró sorprendida, y como si de pronto se diera cuenta de dónde estaba, frunció el ceño.

—Jefe sinvergüenza, por poco se me paraliza el corazón. —Se acercó con timidez a su lado de la cama, cubriéndose con el vestido, y se sentó en la orilla—. ¡Buenos días!

Mika le quitó el vestido y tiró de ella, recostándola sobre su cuerpo. La besó y aspiró su aroma matutino.

—Buenos días, amor mío. —Disfrutó al sentir el torso de ella sobre su pecho—. Lo siento, solo quería bromear un poco, no pensé que te lo tomarías tan en serio. —Dos arrugas aparecieron entre sus cejas.

Sonrojada, acarició su rostro con los ojos.

—Estás perdonado. Me gusta verte... así, tan feliz.

En respuesta recorrió su espalda desnuda, contando con delicadeza cada vértebra, mientras sus lenguas danzaban, se acoplaban y se saboreaban. Suspiros, caricias y gemidos. Sintió los sedosos besos de Alejandra desfilan por su tórax, subir por su garganta y perderse cerca de su oreja. Su piel se erizó cuando le mordió el lóbulo, juguetona, una, dos, tres veces. Alzó la vista y lo miró. En sus pupilas dilatadas había tanta ternura que el corazón se le contrajo en una dolorosa alegría. Con voz ronca, le dijo:

—Eres la mujer más hermosa que he tenido entre mis brazos.

—Oh, por Dios, no... —Rio con aparente bochorno.

Mika la deslizó a su costado y se irguió sobre ella.

—Escúchame, tienes un cuerpo precioso, muy sexi..., pero estoy hablando de tu alma, de tu dulzura. —Cogió uno de sus mechones negros y lo enredó sutilmente detrás de su oreja—. Anoche fue... maravilloso. Me sentí un hombre completo otra vez. —Su voz se enronqueció—. Acariciarte, sentir el sabor de tu piel, de tu cuerpo, tu olor... —La aspiró y la besó por todo el cuello. Luego levantó el rostro—. Sentir tus besos, tus caricias, tu entrega me dio tanto placer que pensé que moría y volvía a nacer.

Alejandra, que lo escuchaba expectante, le dijo con timidez:

—Para mí también fue —la nitidez de su mirada se lo dijo antes que sus palabras— la experiencia más hermosa que he tenido en mi vida; tú... —enrojeció— me diste tanto placer, me

hiciste sentir tan bonita y tan deseada —rió azorada, pero lo dijo con firmeza— que por primera vez en mi vida me sentí toda una mujer. Nunca pensé que hubiera un hombre como tú en este mundo...

Emocionado, Mika la interrumpió, besándola apasionado, pero después, con premura, descendió por su garganta hasta llegar a esos senos que lo tentaban desde hacía minutos. Se regocijó al oírla respirar con dificultad cuando se metió un pezón en la boca mientras sus manos resbalaban por su vientre. Entonces, un toque en la puerta los sobresaltó. Con un gesto de pesar, se detuvo; presionó la frente entre sus pechos e inhaló su aroma.

—El desayuno, me temo... ¿Tienes hambre?

—Sí, mucha.

Se dio la vuelta y se incorporó. Acercó la silla de ruedas, se sentó y fue a por los pantalones en tanto que Alejandra se vestía y se dirigía al baño. Después de dejar pasar al camarero, este abrió las puertas de vidrio que daban al balcón cubierto y dispuso el desayuno sobre una mesa redonda de madera. Antes de retirarse, abrió uno de los ventanales, permitiendo que el olor del mar se mezclara con el de la comida fresca y la caliente. La brisa agitaba las servilletas de tela y hacía remolinos con los cabellos. El café dibujaba espirales de humo cuando Mika, con el torso desnudo, lo vertió en las tazas. Al notar que ella se encogía como si tuviera frío, fue a por su camisa y la posó sobre sus hombros. Antes de retirarse, la besó cariñoso en el cuello.

—El clima aquí es muy variable a lo largo del día, tan pronto puede llover como subir o bajar las temperaturas varios grados, y con fuertes vientos. Aunque, en verano, lo máximo que puede descender es hasta los catorce grados.

Destaparon los diversos recipientes, en los que encontraron huevos revueltos; salchichas; salmón curado en sal, azúcar y eneldo; gachas de avena calientes, y toda una variedad de panes negros y blancos. Había también tortitas con mantequilla y mermelada.

—¿Qué te gustaría hacer hoy?

—Me gustaría conocer la ciudad, pero primero quiero explorar la naturaleza de Islandia. He leído que está repleta de lagos termales y de cascadas. Pero lo que más me gustaría ver es la Laguna Azul.

—Así me gusta, que mi novia sepa lo que quiere. Muy bien, ¿qué te parece si hoy recorremos la ruta del Círculo de Oro, que incluye la cascada de Gullfoss, el géiser y la falla de Thingvellir, y mañana vamos al *spa* de la Laguna Azul? Me temo que para ir allí hay que hacer la reserva con anticipación.

Mientras probaba la bebida caliente, Alejandra asintió.

—Me parece perfecto.

Cuando terminaron de desayunar, Mika llamó para que alguien recogiera todos los objetos personales de su novia y los trasladara a la habitación. Dispuesto a compartir todos sus espacios con ella, le pidió que lo acompañara a ducharse. Entraron en el amplio baño, cubierto por azulejos de un suave gris perla y oscuras baldosas en el suelo. Los pequeños pies de Alejandra se movieron en silencio y sus manos titubearon sobre los primeros botones de su vestido, mirándolo con timidez. Lo cierto es que él también se sentía algo cohibido. Le sonrió, en un esfuerzo por tranquilizarla y tranquilizarse. De pronto, Alejandra se acercó y le preguntó:

—¿Te ayudo?

—Pues... no hay mucho que puedas hacer, me gustaría más ayudarte a ti. —Contempló fascinado el rubor que le subía desde el cuello hasta alumbrar todo su rostro. Le parecía mentira que después de la intimidad que habían compartido todavía se ruborizara de aquella manera—. Ven aquí. —La sentó sobre su regazo y empezó a desabrochar con lentitud los botones, mirándola

a los ojos.

—Jefe Fischer, si sigue por ahí, no vamos a tener tiempo de ver nada. —Su voz sonaba nerviosa.

—¿Algún problema con eso? —Enterró la cabeza entre sus senos.

—Nin-guno.

Pasó media hora antes de que entraran en la ducha. La observó seguir con ojos curiosos su traslado de la silla de ruedas al asiento abatible, justo bajo el grifo. Mika tuvo que reconocer que el mejor uso que le daba a aquel asiento era tenerla sentada a horcajadas sobre él, completamente a su merced. Sus labios jugaron con sus pezones mientras ella lo enjabonaba. Se miraron a los ojos durante varios segundos, profundamente, y sintió cómo sus almas se abrazaban y se decían que se amaban sin palabras.

Después de secarse, tomó el colector de orina que estaba sobre el lavamanos con un resignado suspiro. Supuso que tarde o temprano ella lo vería. Apretando los labios, hizo el intento de ponérselo.

Envuelta en una toalla, Alejandra se arrodilló frente a él.

—¿Puedo ayudarte? —Le sorprendió encontrar aquella naturalidad en su rostro. Sus temores se dispersaron como burbujas de jabón.

—Bueno... —Su voz sonaba ronca—. Esto es para...

—Creo saber para qué es... Muéstrame cómo te lo pones.

Le explicó el mecanismo, y la visión de Alejandra sosteniendo su pene mientras lo cubría con el pequeño condón fue aún más erótica que la ligera sensibilidad que experimentó con su roce. Supo que esa era la última barrera que caía.

—He de confesar que verte así me excita —le dijo con voz ronca.

Lo miró coqueta.

—Me temo, Mr. Fischer, que no tengo tiempo de complacerlo ahora, pues me ha prometido un hermoso paseo. —La sonrisa que le dedicó una sonrisa, diáfana y amorosa, lo sacudió hasta el alma. La besó con toda la pasión de que fue capaz.

Una hora más tarde, iban rumbo a lo que la guía llamaba el Círculo de Oro. Gracias al GPS encontraron primero el cráter de Kerid, un volcán extinguido que se había convertido en un hermoso lago color turquesa. La tierra rojiza, el negro de la ceniza y el musgo que se aferraba a sus laderas conformaban un cuadro de tanta belleza que valió la pena quedarse a contemplarlo algunos minutos en silencio. De hecho, había un banco de madera para que los turistas se sentaran a ello. Como Mika no pudo bajar hasta la orilla, la animó para que ella lo hiciera sin remordimientos. Él aprovechó la distancia para tomarle fotos.

Continuaron su itinerario adentrándose en la verde extensión de tierra que rodeaba la catarata de Gullfoss. Se bajaron del coche y se desplazaron por el largo paseo para observar de cerca los amplios escalones de piedra cubiertos por la majestuosa caída del agua y las bifurcaciones que las corrientes azules formaban a lo lejos. Con las gafas de sol puestas, Mika contempló en lo alto el refulgente anillo de oro que dejaba caer su aliento de fuego sobre el paisaje, mientras partículas gélidas de la cascada salpicaban su rostro. Su silla de ruedas pudo llegar hasta cierto punto, pero observó cómo Alejandra, emocionada, avanzaba hasta las magníficas rocas que forjaban una terraza natural sobre la furia del torrente. Vio que tomaba varias fotos y, desde ahí, le tomó varias a él. Regresó a mostrárselas.

—Anda, posa para mí —le pidió Mika. Enfocó su *smartphone* y disparó.

—Pero tú tienes que salir conmigo, sola no tiene gracia. Espera. —Detuvo a un japonés que pasaba por su lado y le pidió que les tomara algunas instantáneas con las cataratas como telón de



fondo.

Alrededor de las cinco de la tarde llegaron a la falla de Thingvellir. Tenía entendido que era uno de los lugares históricos más importantes de Islandia, ya que ahí había sido fundada la institución parlamentaria más antigua de la que se tenía conocimiento en el mundo. La gran llanura de tierra estaba atravesada por varias fallas que asemejaban heridas abiertas sobre la corteza terrestre; algunas estaban colmadas por un agua tan cristalina y helada que se percibía el frío solo con mirirlas. El aroma a tierra y a musgo mojado le recordó el olor de los bosques en Finlandia. Se detuvieron cerca de una de las fracturas, conocida como Cañón de los Peniques, donde, tomando a Alejandra de la mano, le contó:

—Se lo llama así porque el fondo está repleto de monedas. ¿Las ves? La leyenda dice, como en tantas otras fuentes y ríos del mundo, que al lanzar una moneda y pedir un deseo, si la ves tocar el fondo, tu deseo se hará realidad.

—Ay, pues mira. —Se acercó al pasamanos, sacó una moneda y la lanzó sin despegar los ojos de las tranquilas aguas, mientras él le tomaba fotos.

—¿La viste?

—La vi —le dijo, sonrojada como una niña—. Mi deseo se cumplirá.

Con indulgente ternura, la hizo inclinarse para estamparle un beso en la punta de la nariz.

Luego se dirigieron al géiser Strokkur. Allí, Mika tuvo que desplazarse con cautela por la resbaladiza tierra volcánica, ante la preocupada mirada de su novia. Se detuvieron a unos metros de los hoyos, entre la aglomeración de gente. De todas maneras, la erupción de agua era tan candente que aconsejaban no aproximarse mucho. Los géiseres eran criaturas temperamentales, y podían pasar horas, minutos o días hasta ver una buena erupción. Tuvieron suerte: el más grande de ellos lanzó un chorro de agua tan alto que todo el enjambre de turistas pudo apreciarlo.

—¿Por qué se da este fenómeno?

—No lo sé, mi amor. Solo sé que es un tipo de fuente termal subterránea.

Tras visitar otros lagos de aguas termales, regresaron a Reikiavik entrada la noche. Cansados, buscaron un buen restaurante para cenar. Afortunadamente, encontraron mesa sin necesidad de hacer reserva en un pequeño y familiar comedor que, aunque ofrecía poca variedad de platos, les habían recomendado en la recepción del hotel donde se hospedaban. Ambos se decantaron por ganso asado. Su tierna y deliciosa textura, con su correspondiente acompañamiento, superó con creces todas las expectativas. De postre pidieron el famoso *skyr*, un producto lácteo bañado con arándanos y moras. Volvieron al hotel y se quedaron en el bar bebiendo un par de copas. Una media hora después, impaciente por tenerla en sus brazos, Mika le preguntó si no prefería continuar bebiendo en la *suite*.

Sentado en la silla de ruedas con Alejandra en su regazo, dejó que le desabrochara la camisa. Un botón, dos botones, tres botones, y entre uno y otro, besos dulces, besos apasionados, besos pícaros...

—Me encanta tu pecho —le confesó.

Mika, que tenía los ojos cerrados, sonrió, dejándose mimar como un gatito, aun cuando por dentro se sentía como un tigre. De improviso, su novia se detuvo, y él, abriendo un ojo, la animó:

—Sigue, sigue...

Ella continuó inmóvil. Intrigado, entreabrió los párpados y se encontró con una misteriosa y juguetona mirada que lo excitó. Inclínándose, procedió a cubrirlo de suaves mordiscos a lo largo y ancho de su garganta, para luego lamerlo y besarlo con adoración. Tragó saliva con dificultad cuando pasó la lengua por sus sensibles orejas y enredó los dedos entre las hebras de su cabello, tirando de ellos con dulzura. La descarga eléctrica que lo asaltó fue tan intensa que lo hizo levitar.

Disfrutó con sus cinco sentidos de cada caricia de la boca de Alejandra, de sus manos deslizándose por todo su cuerpo. No dejó un milímetro de piel sin explorar. Y cuando Mika se sosegó, procedió a desnudarla con parsimonia.

Se entregó a la tarea de saborear sus senos, al alcance de la boca, y brindarle placer. Mientras se besaban, empujó la silla de ruedas hasta la mullida cama. Con la altura perfecta para sus intenciones, la instó a recostarse sobre el lecho. Sentado en la silla, la acercó lo más que pudo y se abrió paso entre sus muslos, recorriéndola con su boca hasta encontrar su íntima zona palpitante. Antes de continuar, con un cúmulo de sentimientos revolviéndose en su pecho, se detuvo a contemplar su mirada, entre anhelante y avergonzada, pero entregada por completo a sus atenciones. Más tarde, cuando la escuchó sollozar en el momento de la liberación, experimentó la misma plenitud y poder que percibía cuando descendía en caída libre con sus esquíes por la montaña más alta. Y lo más maravilloso, lo mejor de todo, fue que entendió en toda su dimensión que cuando un hombre le hacía el amor a una mujer podía entregarle también su alma.

Entrelazados en la cama, su novia pestañeó y lo encandiló con el brillo de su mirada obsidiana. La estrechó con fuerza y se quedaron así, escuchando los minutos pasar y hablando de cuando en cuando. Le planteó la posibilidad de ampliar sus alternativas sexuales con unas inyecciones que se aplicaban directamente en el pene para estimular y mantener la erección. No sabía muy bien cómo funcionaba, ni tampoco si la erección podía llegar a ser lo suficientemente estable para que ambos obtuvieran placer, pero valía la pena que consultaran y lo intentaran. Antes no había querido plantearse otras opciones, sin embargo, en aquellos momentos, quería intentarlas todas con ella, y así se lo dijo.

Alejandra rio complacida y, mirándolo sensual, le aseguró:

—Estupendo, porque yo también estoy dispuesta a ensayarlas todas. Todo lo que te haga feliz.

## CAPÍTULO 38

Aquel domingo, de madrugada, Alejandra abrió los ojos y por un momento, confundida, sin entender la razón de tanta satisfacción en el corazón, recorrió las líneas rosadas de las cortinas hasta que poco a poco fue consciente de la respiración de Mika cerca de su oreja y de su abrazo rodeándola. Se arrimó más, buscando con la nariz el pausado ritmo de su pulso en el cuello, y volvió a quedarse dormida.

A las ocho de la mañana ambos se ducharon y desayunaron con rapidez para emprender el camino hacia la Laguna Azul. Iba tan excitada que no paraba de moverse y de hablar.

—Deja de brincar, vas hacer que pierda la dirección del coche —la regañó su novio con amorosa ternura.

Ella arrugó la nariz.

—Si no brinco. Solo estoy...

—Saltando. —Se rio. Tomó sus dedos y los besó—. Puedes saltar todo lo que quieras, amor mío, solo te estoy tomando el pelo.

—¿Puedes imaginar cuánto soñé con conocer la famosa Laguna Azul?

—Puedo. —Le sonrió indulgente.

Una vez que el coche abandonó la ciudad, se incorporó a una vía que zigzagueaba entre una infinita extensión de tierra cubierta por lava solidificada. Llanuras negras alternadas con colinas verdes y rugosas, detrás de las cuales se podían ver vapores flotando, como si salieran de chimeneas gigantes. Aquel paisaje le recordó la tierra de Mordor en las escenas de la película *El señor de los anillos*. Pudo constatar, emocionada, por qué el famoso Tolkien se había inspirado en aquel hermoso país para describir algunos de los paisajes en su libro, como le había informado la bien dispuesta y simpática recepcionista del hotel con la que había conversado.

El viento suspiraba a través de las ventanas del coche, y el olor dulzón del azufre se hacía más intenso a medida que se acercaban a la humareda que dibujaba fantasmas en el aire. Todo le parecía tan inhóspito y misterioso que esperaba que alguna criatura legendaria se dejara ver camuflada entre las colinas. Había leído que en Islandia abundaban las supersticiones. Muchos de sus habitantes creían que los elfos, los gnomos y los espíritus se ocultaban en aquellos parajes solitarios. Suponía que tenía que ver con la comunicación tanto física como psíquica que los locales mantenían con la naturaleza, ya que sus vidas estaban atadas a los caprichos de las erupciones volcánicas. Mika le había contado que, en el pasado, esas explosiones habían causado la desaparición de una gran parte de los terrenos cultivables de la isla.

Poco a poco se aproximaron al inmenso balneario geotérmico, y se dio cuenta de lo que significaba ser un país rico en fuentes termales. La tierra rugía y los vapores surgían de un asombroso océano de aguas color topacio, que discurrían y se esparcían entre retazos de lava.

—¿Por qué el agua es azul?

—No estoy muy seguro; creo que tiene que ver con que es rica en algas azules, o por la sílice, que al contacto con el sol produce esa tonalidad.

Su novio encontró la zona habilitada para discapacitados con facilidad y estacionó el vehículo. Al bajarse, el aroma del azufre mezclado con el aire calentado por el sol los envolvió. Llenó sus pulmones con esa placentera estimulación. No era el típico olor fuerte del azufre, por lo que le gustó. Encontraron las claras señalizaciones; las siguieron, avanzando por una vereda en medio de montículos de lava que los llevó hasta la puerta principal del Centro.

En la recepción tuvieron que aguardar una larga cola, la cual, para su sorpresa, se movió con rapidez. Una vez que pagaron, les ofrecieron unos brazaletes para el acceso a todas las dependencias, junto con un par de toallas, dos albornoces y dos pares de zapatillas. Un simpático guía, contento de saber que venían de Finlandia, los orientó por un largo corredor mientras les contaba que su novia era finlandesa. Antes de continuar el trayecto, se detuvo, indicándole a Alejandra el pasadizo que llevaba a los vestidores de las mujeres. Con una tonta sensación de abandono, se quedó mirando cómo se alejaba con su novio.

Caminó por donde le señalaron hasta llegar a una habitación llena de taquillas automáticas. Abrumada, sin comprender cómo abrirlas a pesar de las indicaciones, se sentó a observar cómo dos mujeres, por cuyo acento al hablar entre ellas, dedujo, eran irlandesas, abrían las cabinas con facilidad, y acto seguido, las imitó. Orgullosa de su logro, estaba a punto de desvestirse cuando una de las asistentes del establecimiento la llamó. Sorprendida, se giró, y la chica le pidió con amabilidad que la siguiera.

La dejó en un vestidor privado, donde la esperaba un sonriente Mika.

—Hola. Les he aclarado que quería un vestidor privado. —Tiró de ella, la sentó sobre su regazo y la besó con ternura.

Más tranquila y contenta, examinó el amplio cubículo. Contaba con todas las facilidades para que una persona con cualquier tipo de discapacidad se cambiara y se duchara. Siguió al pie de la letra las estrictas normas de limpieza: usaron el jabón, el champú y el acondicionador; cuando estuvieron listos, atravesaron una puerta que desembocaba en una amplia galería. A la izquierda, había una piscina interior, y a la derecha, una tienda que vendía bebidas y *snacks*. Pero lo más maravilloso de todo fue contemplar frente a ella, a través de dos grandes puertas de vidrio, la gran humareda de vapor que flotaba sobre unas aguas de un increíble tono turquesa.

—¿Quieres beber algo?

Emocionada, sin despegar los ojos del exterior, respondió:

—No, gracias. No puedo esperar para entrar en el agua.

Se rio contento.

—Ya veo, mi chica está impaciente; vamos, pues.

Fuera hacía un agradable fresco. Suponía que en el verano las temperaturas eran templadas. «Aunque, viéndolo bien, nada es demasiado frío después de vivir en Finlandia».

Contempló cómo Mika deslizaba su silla de ruedas sobre la madera oscura, y después de colocarle el freno, se dejó caer con gracia en el suelo. Una vez que se introdujo sin dificultades en las ardientes aguas, Alejandra lo siguió. Flotando, se abrieron paso entre las espesas volutas de vapor, respirando el azufre.

El balneario parecía una colmena de gente de diversas nacionalidades.

—¿Feliz?

—Mucho. —Se acercó, lo rodeó con sus piernas y lo besó.

Nadaron, explorando cada recoveco de esa inmensa laguna de lecho blanco, y luego se detuvieron a descansar a la orilla de un bar. Tras ordenar dos cervezas bien frías y beberlas, se les acercó una chica con un cuenco que contenía un mejunje blanco. Les entregó a cada uno una porción de arcilla, explicándoles que contenía algas y sílice de grandes propiedades medicinales para la piel. Les indicó que la aplicaran por el rostro y el cuello, como una mascarilla, y después de quince minutos, se la enjuagaran.

Estuvieron en la piscina una hora y media. Cansados, con un extraño aletargamiento, se ducharon, se vistieron y se dirigieron a las tiendas donde vendían prendas de lana con diseños típicos de Islandia, y artículos para la piel y el cuerpo fabricados con el barro que extraían de las

inmediaciones del volcán.

—¿Ves algo que te interese?

—Pues... no creo. —Alejandra miró aterrada los precios.

—Mira, ahí está la crema que nos dieron. Vamos, coge algunos botes para ti, y otros para Minna y mi madre.

Tomaron una cesta y entre los dos seleccionaron varios productos. Después de pagar, se dirigieron al restaurante, donde el delicioso olor a comida aumentó el hambre que ya traía. Ambos pidieron crema de setas caliente, acompañada con varias porciones de pan negro con queso derretido por encima.

Una hora después, relajados y soñolientos, se encaminaron a la ciudad.

—¿Sabes conducir?

—Sí, pero hace tiempo que no practico, y no he renovado el permiso de conducir.

—Bien, le pediré a Tommi que averigüe lo que necesitas hacer. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, claro que sí, muchas gracias.

Por la tarde, se dedicaron a recorrer los sitios de relevancia histórica de la ciudad, como la casa Höfdi, donde, según el libro guía, Ronald Reagan y Mijaíl Gorbachov se habían reunido para decidir el fin de la guerra fría. Visitaron un curioso museo: una *faloteca*, que exhibía una enorme colección de especímenes fálcos pertenecientes a más de trescientas clases de mamíferos, incluido el hombre; desde el más grande, el del cachalote, cuyo pene alcanzaba un metro setenta centímetros, hasta algunos diminutos, como el de un hámster, de tan solo dos milímetros de longitud.

—¡Vaya! Definitivamente es un culto al pene —no pudo por menos que afirmar mirando a un divertido Mika.

Cansados, decidieron cenar en la *suite*, abrigados por la suave claridad de la noche y el aire marítimo.

Los días siguientes se vieron arrastrados por una vorágine de trabajo y de turismo. Matti le pidió que se encargara de investigar todo sobre la historia del edificio: quién lo proyectó, en que época fue construido, todos los dibujos que encontrara sobre los planos originales y todas las fotos que arrojaran datos sobre cómo era antes de la remodelación. Entre los dos analizaron la información que descubrió. Examinaron las puertas, los suelos, los falsos techos y los estampados de los papeles en las paredes para tomarlo como referencia. Ville se dedicó a terminar de medir y a fotografiar todos los espacios que iban a amueblar. Posteriormente, los tres se dedicaron a dibujar todas las estancias para tener un croquis real de cada lugar, ya que hasta que no lo realizaran a mano, no percibirían con exactitud las dimensiones y las características propias.

El relajado ambiente laboral permitió que Alejandra y Ville se hicieran buenos amigos. Poco a poco comprendió la manera como socializaba. Se tomaba su tiempo para evaluar a una persona y, una vez que decidía que esta merecía su confianza, ofrecía su amistad. Recordó que Xisca le había dicho que aquel era el típico comportamiento de los finlandeses con las personas extranjeras. Como fuera, ambos se enzarzaban en agradables conversaciones acerca de cualquier tema durante los descansos. Muy contenta, se dio cuenta de que su colega admiraba y respetaba su trabajo por los comentarios que realizaba sobre sus diseños. La camaradería se extendió al arquitecto, quien, lejos de la presión de sus deberes en Helsinki, dio rienda suelta al singular sentido del humor que poseía.

Mika, con el análisis del proyecto hecho por Matti en la mano, se reunió con los directivos del hotel para gestionar los plazos de trabajo y los honorarios.

Por las tardes, cuando terminaban sus respectivas obligaciones, se dirigían a la *suite* y se

acomodaban en el balcón a disfrutar del paisaje sin una palabra. Con él, Alejandra aprendía otro significado del silencio. Uno en que disfrutaban de la armonía de sus respiraciones, muy juntas, mientras el atardecer descendía. En ocasiones, lo acompañaba con una copa de coñac o se dejaba arrastrar por la sensualidad que su novio desplegaba con sus besos y sus caricias. Siempre se empeñaba en ofrecerle el máximo placer a ella. Alejandra, buscando lo mismo para él, recorría cada centímetro de su cuerpo atenta a sus expresiones de gozo.

Aprendió a convivir con los hábitos de autocuidado que Mika debía tener presentes para mantener el adecuado funcionamiento de sus esfínteres, como consumir alimentos ricos en fibras y conservar horarios fijos para ir al baño. Comprendió que evitar el deterioro neurológico era muy importante, por lo que las actividades deportivas y físicas que realizaba eran fundamentales. Así que, por las noches, antes de cenar, lo acompañaba al gimnasio del hotel o a nadar. En dos ocasiones, visitaron una de las numerosas piscinas públicas que había en Reikiavik, cuya particularidad radicaba en que se alimentaba de aguas termales. El contraste entre el cálido interior de las aguas y el aire fresco del exterior —que, según había leído, durante el invierno se convertía en una experiencia única—, le resultó muy gratificante. Se dio cuenta de que los islandeses disfrutaban de aquella costumbre tanto como los finlandeses disfrutaban de la sauna.

Pero los obstáculos a los que Mika se enfrentaba no eran siempre fáciles de resolver. Su ingreso a ciertos locales resultaba imposible. Alejandra intentaba restarle importancia, y aunque su novio lo asumía con extremada calma, notaba cierta tensión en su expresión cuando ella se negaba a entrar si no podían acceder los dos. Lo tranquilizaba, lo besaba, pero seguía con el ceño fruncido. Sabía que le preocupaba que tuviera que experimentar los mismos impedimentos que él, e imaginó que solo con el tiempo se daría cuenta de aquello no representaba un sacrificio para ella.

Se perdieron entre las tiendas, museos y edificaciones de relevancia arquitectónica en Reikiavik. Visitaron la famosa iglesia luterana Hallgrímskirkja, sobria, como todas las iglesias luteranas, pero con un llamativo diseño exterior con el que, por lo que sabía, el arquitecto había pretendido que se asemejara a las formaciones volcánicas de basalto. Le gustó tanto que se detuvo a dibujar la estructura en su cuaderno mientras su novio la esperaba con una paciente sonrisa.

Una tarde, Mika, con cara de sorpresa, le dijo que quería mostrarle algo. Guardó silencio hasta que estacionó el coche cerca de una preciosa iglesia con el característico estilo vikingo de la mayoría de construcciones de la zona:

—Es una iglesia católica y, si no estoy equivocado, está abierta justo ahora.

Con los ojos encharcados, lo abrazó y le dio un beso ruidoso.

—¿Vamos a mirar? —la apremió riéndose.

Antes de entrar, frente al lateral derecho, contemplaron una encantadora torre que lucía un sombrero verde como tejado, y que tenía a ambos lados unos elementos en forma de triángulos, también verdes. Los muros estaban orlados con numerosas ventanas, con arcos o cuadrangulares, del mismo color que los tejados. Mika le aclaró que era la escuela católica de Landakot, una de las más antiguas en Islandia.

Por la noche, la invitó a un concierto de folclore islandés en el moderno centro de conciertos y convenciones Harpa, erigido a la orilla del mar. El armazón era un peculiar modelo geométrico, en dos y en tres dimensiones, con columnas de basalto cristalizado. En la fachada sur, una serie de hexágonos de cristal cambiaban de color con la luz exterior. Una vez en el interior, se dio cuenta de que estos creaban un efecto translúcido que permitía vislumbrar el hermoso paisaje de fuera. Fue una noche mágica, como todas las que había vivido desde que llegó a aquel hermoso país. Mientras escuchaba una de las melodías interpretadas por el grupo, sintió lágrimas de felicidad.

rodando por sus mejillas. Era tanto el amor con que Mika la obsequiaba que una nueva Alejandra florecía, llena de plenitud y seguridad en sí misma. Sin embargo, los espectros del pasado no la abandonaban del todo; en ocasiones, la acosaban con pesadillas durante la noche, sin rostros ni figuras definidas, dejándola con una extraña sensación de amenaza. Era como si una parte de ella estuviera segura de que esa alegría que disfrutaba pronto le sería arrebatada. Sobresaltada, se despertaba buscando aquel enemigo oculto en la habitación, pero cuando percibía cerca de su mejilla la respiración tranquila y pausada de su novio, se sosegaba.

Colombia le parecía tan lejana que apenas si se había comunicado con sus seres queridos. Aunque debió haber sabido que solo era cuestión de tiempo que los conflictos familiares la alcanzaran. Un día antes de regresar a Helsinki, recibió una llamada de su madre.

Esa tarde, después de haber terminado su trabajo, se dirigió con Ville y Matti al hotel. En la *suite*, al darse cuenta de que estaba sola, se sentó en el balcón a disfrutar del silencio. Miraba los barcos que se alejaban de la costa cuando sonó su móvil.

—Aló, mamita, ¿estás bien?

—Sí, sí, hija... ¿Cómo está?

Ya estaba acostumbrada a la melancolía de su madre, pero esa vez, el tono tenso de su voz la alarmó.

—¿Qué pasa, mamá?

—Nada, hija. Es... solo que la extraño.

—Yo también te extraño... Hay algo más, ¿verdad? Por favor, dímelo. —El silencio que siguió le indicó que su madre lloraba. Y para que le mostrara aquella debilidad debía de ser grave—. ¿Qué te ha dicho? —Solo podía haber un culpable. Su tono destilaba la amarga resignación de costumbre, porque sabía que su madre no le diría nada.

—No-no es nada. Ya le dije que la extraño; soy una vieja tonta.

—No eres tonta, mamita. Es normal que extrañes a tus hijos. —Y aunque sabía que era inútil, le suplicó—: Dime, por favor, ¿qué es lo que te pasa? No te encierres en ese silencio. —Su voz se quebró.

De pronto, Rosita, la empleada y amiga de su madre, se escuchó por el teléfono:

—¿Alejandra?, ¿cómo está, niña?

—Bien, bien; ¿qué es lo que pasa, Rosita? —le preguntó impaciente.

—Le he dicho a su mamá que se lo diga, niña; para alertarla, pero ella no la quería asustar. Su abuelo se ha enterado de que usted anda enredada con ese señor importante..., ese jefe suyo, y bueno, está tan furioso que ha amenazado con usar toda su fortuna para destruir la compañía esa... en la que usted trabaja. Y está siendo más cruel con su mamá que de costumbre. Le dice que todo es culpa de ella, por ser tan alcahueta con usted y por meterle tantas cucarachas de independencia en la cabeza. Su hermano también está furioso. Esto parece aquí un corral de gallos de pelea, niña; no se sabe cuál es peor, si don Pablo o el niño Enrique.

Alejandra sintió que los rabiosos latidos del corazón le martillaban en la cabeza.

—Pues que se atreva. Mira Rosita, dile a mi mamá que no tenga miedo. No creo que por mucho dinero y poder que tenga el abuelo en Colombia le alcance para hacer algo aquí. Solo amenaza porque sabe que mi mamá es frágil. Él-no-tiene-poder-sobre-mí, repítéselo. No me puede hacer daño. —La verdad era que, al expresarlo en voz alta, también trataba de convencerse a sí misma—. Me gustaría que las dos se alejaran unos días de él.

—¿Pero a dónde vamos a ir, niña? Ya sabe que él controla el dinero de su mamá. Además, ella no va a querer abandonarlo porque ha estado muy enfermo.

Eso no la conmovió, porque demasiadas veces su abuelo había usado sus dolencias para

obligar a su familia a hacer lo que él quería. Sin embargo, ¿qué podía hacer por su madre?

Con el corazón compungido, colgó.

No lo sabía.

La antigua frustración debida a la actitud sumisa que su madre siempre mostraba ante el abuelo la hirió como un cuchillo que penetraba en su alma y la rasgaba. Esa creencia de que no era una mujer útil para nadie y la necesidad enfermiza de agachar la cabeza ante el poder de su padre estaban tan profundamente arraigadas en su progenitora que destrozaban a Alejandra. La descolocaban y la hacían volver a aquella joven por la que había luchado tanto para dejar atrás. Las imágenes se agolparon una tras otra, y fue de nuevo aquella niña perdida en el laberinto de desvalorización hacía sí misma que su abuelo había tejido en torno a ella mientras crecía. Recordó el dolor y la impotencia de no poder proteger a Samuel y a su madre de sus palabras frías, despectivas y duras. Sus exigencias y su desprecio hacia su condición de mujer. Aquel maltrato sutil y callado al que los sometía mientras, ante los ojos de los demás, se mostraba como el padre y el abuelo perfecto. Un poco brusco y seco, quizá, pero que les daba todo lo que el dinero podía comprar. Buena educación, ropa fina, viajes. La había encerrado en una jaula de oro y, como a su madre, se había asegurado de cortarle las alas. Pero lo que él nunca imaginó fue que tras cada lágrima, tras cada caída, su espíritu se fortalecía preparándose para escapar; aunque al tiempo que lo hacía, la culpa la ahogaba, porque a pesar de todo también lo amaba. Había anhelado su amor y su aceptación durante tanto tiempo... que al principio se esforzó por ser lo que él quería que fuera, y aunque le tenía miedo, ansiaba un beso o un abrazo que le aseguraran que no era un error de la naturaleza por haber nacido mujer. Pero cuando había comprendido que, hiciera lo que hiciera, nada lo complacería, se volcó en encontrar ese amor dentro de sí misma.

Y lo había logrado, no podía olvidar eso. Sin embargo, a pesar de ella misma, la melancolía y los recuerdos la arrastraron al mismo túnel de desesperanza y tristeza del que una vez había escapado. No quería que Mika la encontrara así. Buscó sus zapatos, se peinó con rapidez y se dirigió a la puerta con intención de salir a caminar hasta calmarse, pero fue demasiado tarde.

El entraba en esos momentos con una sonrisa de felicidad bailando en sus labios. No sabía por qué, pero sintió vergüenza de que su novio se diera cuenta de todo. No quería que conociera la retorcida relación de amor que mantenía con algunos miembros de su familia, no cuando Mika tenía una tan llena de luz y de comprensión. Tampoco quería que se enterara de la manera como sus emociones y su mente se habían roto en millones de pedazos una vez, ni de que, si la presionaban demasiado, se rompería de nuevo. La avergonzaba profundamente. Era muy consciente de lo que había aprendido en psicoterapia: cuanto más se conociera a sí misma, y cuanto más aprendiera a conocer sus límites, mejor podría protegerse y cuidarse. Había luchado tanto para ser una mujer diferente a su madre..., y ahora había encontrado un hombre maravilloso, maduro y sofisticado, pero... ¿qué pensaría de ella si se enteraba? Pertenece a una cultura donde la mujer era fuerte y segura de sí misma.

El chirrido de la silla de ruedas acercándose sonó como un violín desafinado, y ella permanecía ahí, como pegada al suelo, sin moverse, sin sonreír, sin decir una palabra.

—Hola, amor mío. —Había tanto cariño en sus ojos que el nudo de lágrimas que trataba de contener se agrandaba y la ahogaba—. Ven aquí, necesito un beso.

Intentó curvar sus labios en un gesto de alegría y deshacer aquel nódulo mientras le permitía que la sentara en su regazo, pero sin poder más, enterró la cara en el colchón mullido de pecho y comenzó a llorar.

Ansioso y preocupado, trató de alzarle el rostro, pero ella no lo dejó.

—¿Qué pasa, mi vida? ¿Te sientes enferma? —Negó con la cabeza—. Entonces, ¿ha pasado



algo en tu familia?

Volvió a negar. Sin insistir más, la abrazó con fuerza y dejó que le empapara el hombro. Le besaba el pelo. Besos llenos de ternura que hacían que su dolor cobrara más fuerza porque sabía que debía darle una explicación. Lloró desconsolada.

Mika la dejó desahogarse hasta que su respiración se acompasó al ritmo sereno de la de él. Cuando sus ojos se secaron, sintió un pañuelo en la punta de la nariz. Lo tomó y se sonó.

—Cuéntame, por favor. —Su frente estaba surcada por arrugas de preocupación.

Volvió a sacudir la cabeza.

—¿Por qué no? ¿Es que no confías en mí?

—Sí, pero...

—¿Pero?

—Es que me da vergüenza.

—Alejandra, no hay nada tan terrible que no puedas compartir conmigo. Por Dios, amor mío, soy tu pareja, tu mejor amigo, tu amante..., el hombre que te ama con todo el corazón. Nada, escúchame bien, nada cambiará lo que siento por ti. ¿Acaso no es eso lo más importante para que me hables sobre todo con sinceridad?

Su declaración de amor la hizo llorar otra vez.

—Yo también te amo.

—Entonces todo es perfecto entre los dos, cariño. Tus palabras no podrían hacerme más feliz, pero, por favor, dime qué te perturba.

—Se trata de mi abuelo.

Lo oyó suspirar mientras tomaba uno de sus mechones y se lo colocaba detrás de la oreja con ternura.

—¿Qué pasa con él?

—Bueno, es difícil de explicar...

Enterró el rostro en su pecho y, por un minuto, se quedó escuchando el latido uniforme de su corazón.

—Vamos, preciosa, cuéntame qué pasa. No tienes buena relación con él, ¿verdad?

Negó con la cabeza y, después de un momento, se irguió.

—Es un hombre muy complejo... Duro, poderoso, machista. Ha trabajado toda su vida para amasar la fortuna que posee ahora. Supongo que eso lo endureció. No sé por qué, Mika, solo sé que a Samuel, a mi madre y a mí nos hiere terriblemente. Supongo que a su manera nos ama, pero nada de lo que hacemos parece satisfacerlo. Me pasé gran parte de mi vida complaciéndolo, como hace mi madre, hasta que me di cuenta de que jamás lo lograría... porque algo no estaba bien con él. No soy yo, es su personalidad. A veces siento que es incapaz de amar a alguien, pero al mismo tiempo siento que todo lo que hace es por nuestro bienestar. Es algo muy confuso para mí. Solo sé que mi psiqui... —Apartó sus ojos y los dirigió a un rincón de la habitación.

—¿Tu psiquiatra? —susurró Mika con dulzura.

Alejandra asintió en silencio.

—Llegué a la conclusión, en psicoterapia, de que debía alejarme de él... —Su voz se quebró y se convirtió en un murmullo.

Mika la sostuvo por las mejillas como si fuera una frágil copa de cristal y le ofreció su amorosa mirada, dándole ánimos para que continuara. El flujo de todos los recuerdos se agolpó en sus labios: la chica que quería estudiar artes y la furia de su abuelo porque no había elegido la carrera que él deseaba. Y cuando por fin había accedido a pagarle la universidad —la razón todavía era un misterio para ella—, le había exigido ser la mejor estudiante, porque de otra forma

no la apoyaría más. La había presionado tanto que al final logró hundirla.

—Tuve un momento de quiebre en mi vida...

—¿Cuándo, mi amor?

—Cuando terminé mi carrera. Sufrí una fuerte depresión. Había puesto tanto empeño para graduarme con honores... Tenía tantas expectativas sobre mí misma para... para poder escapar del control de mi abuelo que creí que tan pronto como terminara mis estudios encontraría trabajo y me independizaría. Pero la realidad fue que nada iba bien conmigo misma: le tenía miedo hasta a mi sombra, me costaba confiar en la gente, me costaba relajarme, y la situación laboral de Colombia no era fácil. Después de enviar cientos de currículos y de ser rechazada en varias entrevistas, me derrumbé. Mi autoestima estaba por los suelos, y supongo que lo más grave fue que perdí la esperanza y la fe en la vida. Me sentía acorralada; mi abuelo no dejaba de decirme que era como mi madre, incapaz de conseguir nada que valiera la pena, y me ordenó devolverle lo que había invertido en mi educación. Me envió a atender las obras sociales de su empresa. Me decía cosas tan terribles que cada día moría un poco, hasta que... hasta que un día me vine abajo... —Sintió los brazos de su novio apretarla con fuerza—. Me deprimí tanto que me costaba levantarme de la cama. Todo me producía apatía, todo me resultaba difícil; hasta comer me costaba. Mi madre trató de protegerme, pero ella no sabía cómo ayudarme. Quien realmente me ayudó fue Samuel. Me llevó a ver a una psiquiatra, y poco a poco encontré fuerzas en mí y esperanza. —Escuchó que Mika dejaba escapar el aire con fuerza y la apretaba más contra él.

—Continúa, amor mío.

La forma como él la sostenía era la de siempre, las mismas palabras cariñosas, y eso le dio el valor para terminar de mostrarle aquella fragilidad que su alma sentía como un estigma. Suponía que los viejos baremos con que se medía a sí misma tenían mucho que ver.

—Permanecí una semana en una clínica de reposo y seis meses en psicoterapia intensiva. Después, Samuel convenció a mi abuelo de que nos dejara ir unos meses al Canadá. Creo que él me vio tan mal que fue la única vez que accedió a algo sin problemas. Ese fue también un tiempo crucial para Samuel, porque creo que hacerse cargo de mí lo hizo ser consciente de toda su fortaleza. Por supuesto, él acudía a psicoterapia desde hacía tiempo, pues mi abuelo casi acaba también con él. Cuando regresamos al país, me di cuenta de que mi educación bilingüe me podría abrir otras puertas que no había considerado antes, y encontré trabajo en aquella mueblería. Y, bueno, me gané el aprecio del jefe y fui escalando poco a poco. Pronto pude alquilar mi propio apartamento e irme de la casa. Mi abuelo montó en cólera, pero ya sus gritos y expresiones no me causaban el mismo daño que antes, y lejos de él y de toda la atmósfera de mi hogar, empecé a sentirme una mujer diferente.

Se encontró con los ojos de Mika.

—Amor mío, lo que más he admirado de ti desde el primer momento en que te vi es ese coraje que has demostrado. Y ahora, después de escucharte, creo que eres la mujer más valiente que he conocido en mi vida.

—¿Tú crees? —Un cálido estremecimiento le hizo cosquillas al serpentear por todas sus venas.

—Sí, y no entiendo esa tontería de sentirte avergonzada. Tus... fragilidades, como tú las llamas, las tenemos todos, de una forma o de otra. A todos la vida nos hiere y nos quiebra de alguna manera; lo importante es que después de la caída, conservemos intacto nuestro espíritu. Y tú lo has hecho de la manera más hermosa. Has guardado tu ternura, tu candor, de una forma que no he visto en ninguna otra mujer. Tu capacidad de amar es tan inmensa como esa alma tan grande que tienes, y me siento orgulloso de amarte.

Alejandra comenzó a llorar otra vez.

—Qué cosas tan lindas me has dicho... Yo también te amo.

Aquellos ojos lapislázuli fulguraron emocionados antes de estrecharla tan fuerte que Mika la lastimó, pero ella no le dijo nada, feliz de percibir todos sus sentimientos arropándola en ese abrazo.

—Pues son la pura verdad, y soy el hombre más afortunado del mundo por haberte encontrado y porque me correspondes. —Le regaló una lluvia de besos. Besos dulces, besos apasionados, besos sanadores.

Aquello le dio el valor para contarle lo que su madre le había dicho, su impotencia al no poder ayudarla y las amenazas de su abuelo.

—La podríamos traer para que te visite unos días.

—Ya lo había pensado, pero no vendrá.

—Bien, entonces podemos ir unos días a Colombia.

—Pero ahora tenemos todo este trabajo en Islandia, y no podemos...

—El mundo no se va a acabar porque la compañía no nos tenga unos días.

—Pero mi abuelo... Tú... —Se mordió el labio preocupada.

—Mi vida, he lidiado con gente más difícil que él. Créeme, no le tengo miedo. No te preocupes, seré todo un caballero, pero no voy a permitir que te lastime.

Alejandra quería creerlo, pero la forma como Mika veía la vida, sus percepciones acerca de la mujer eran tan distintas a las de su familia —excepto Samuel— que no confiaba en cómo lo recibirían. Enrique y su abuelo eran tan duros y difíciles de tratar que sus temores no eran infundados. Lo sabía seguro de sí mismo, pero no podía dejar de sentir una inexplicable necesidad de protegerlo. Sin embargo, le sonrió y no le dijo nada para no inquietarlo.

Él continuó:

—En estos momentos, lo que puedes hacer por tu madre es darle la confianza de que tu abuelo no puede dañarte, ni a ti ni a Samuel, a pesar de lo que diga. Háblale de lo feliz que eres conmigo. Creo que ver que estás con un hombre que te adora y que hará hasta lo imposible por mantenerte segura la tranquilizará. ¿No crees?

Le sonrió con el corazón en los ojos, y se mordió los labios para que no afloraran sus pensamientos negativos y sus dudas. Tenía la certeza de que su abuelo no se iba a quedar de brazos cruzados mirando cómo se alejaba de él para siempre. Sí, se había ido de su lado, lo evitaba, hablaba con él lo estrictamente necesario, pero siempre la había tenido a su alcance en Colombia. Cuando se mudó a Finlandia, montó en cólera; aun así, había tenido la certeza de que después de unos años ella regresaría. Sin embargo, ahora que sabía que tenía una relación seria, su reacción sería implacable, pues para él eso significaba que posiblemente Alejandra nunca regresara al país.

Tenía una triste corazonada, y lo peor era que no sabía cómo explicárselo a su novio. Decidió darle tiempo al tiempo. Ya vería cómo se desarrollaban los acontecimientos antes de que ambos fueran a Colombia.

El sábado por la noche aterrizaron en el aeropuerto de Vantaa, y mientras avanzaban por el ya familiar corredor de losas en forma de triángulos grises, iluminadas por las luces opacas del techo, Alejandra sintió que la invadía una extraña sensación de nostalgia. Después de recoger las maletas, cuando Mika insistió en que se quedara en su piso el resto del fin de semana, se dio cuenta de que su tristeza tenía que ver con separarse de él.

Entraron en el hogar de su novio; se quitó los zapatos, dejando que las plantas de sus pies percibieran la agradable sensación de la madera. Tuvo tiempo de disfrutar del aroma a bosques que flotaba en el ambiente antes de que, juguetón, Mika tirara de ella para que cayera sobre sus fuertes muslos.

—Debemos hacer esto como se debe. —Le olió y besó el cuello.

—¿Que es cómo?

—Llévate en brazos a mi cama.

Con un suave quejido, las ruedas giraron, escoltadas por los gemidos y los besos susurrados. Tardaron varios minutos en llegar a la habitación y, una vez allí, se desnudaron sin prisas, regalándose miles de caricias. Intensas y apasionadas. Tiernas y delicadas. Sus alientos se confundieron, se paladearon, mientras las manos jugaban con los cierres y los botones. Los dedos sensibles de Alejandra dibujaron figuras en el torso de Mika, recreándose en el temblor de los músculos bajo su tacto. Le dijo con los labios que lo amaba, que lo deseaba y lo encontraba hermoso. Retozaron. Se excitaron. Alejaron, con cada beso, miedos y complejos, entregando todo lo que tenían para darse hasta que el sueño los venció.

Antes de abandonarse, Alejandra experimentó la profunda sensación de que había llegado a casa.

A la mañana siguiente, cuando abrió los ojos, lo primero que contempló fue el rayo de luz dorada que se filtraba a través de unas cortinas de trazos azules. Frunció el ceño; no recordaba haberlas visto antes. Entonces, al sentir el cálido contacto de unos labios y una barba raspando su mejilla, sonrió. Se besaron y jugaron como niños. Pícaro, le hizo cosquillas sin misericordia hasta que lo escuchó carcajearse.

Era cerca del mediodía cuando por fin se levantaron. Antes de ir al baño vislumbró, colgado en una de las paredes del cuarto, el cuadro que ella le había comprado en Tallin. La sonrisa de felicidad no la abandonó hasta que entró en la cocina a elaborar el desayuno. Mika preparó el café en su sofisticada máquina, o como él decía, «su juguete». Observó con ternura el cuidado que ponía al tostar y moler los granos de café. Luego, cómo los colocaba en la cafetera y vertía agua en el portafiltro. Cuando extrajo el espumoso líquido negro, se sentaron a comer.

Por la tarde entraron a la sauna. Desnudos, se sentaron en los peldaños de madera, arrullados por las nubes de vapor. Perezosa, recostó la cabeza sobre el regazo de él, aspirando el agradable aroma de la madera y el olor a turba que se desprendía de la esencia que Mika acababa de arrojar sobre las piedras de la estufa. Con parsimonia, se ducharon, se vistieron y luego se dirigieron a un supermercado para proveer la nevera, que estaba casi vacía. Entre los estrechos pasillos abarrotados de productos, gozaron como niños escogiendo lo que les gustaba. Sabía que Mika tenía que mantener una alimentación sana, pero el muy sinvergüenza era más goloso que ella. Divertida, escuchó la larga lista de postres especiales que sabía hacer. Con un guiño, le prometió preparar para la cena una deliciosa tarta alemana que su padre le había enseñado.

Por la noche habló con su madre. La notó más tranquila, y como Mika le sugirió, intentó transmitirle seguridad. Le pasó el teléfono y, tímido, le recitó las palabras en español que había practicado con ella entre risas y besos: «Encantado, bienvenida a Finlandia, amo a su hija y la cuido bien». Todo recitado con claridad y con las consabidas pausas. No fue así la respuesta de su madre, quien —como constató Alejandra a través del audio—, a pesar de su recato, le soltó a su novio una sarta de palabras y comentarios en español que lo hicieron mirarla confundido. Sintiendo lástima, se apresuró a arrebatarle el móvil.

También se comunicó con Samuel, quien esa noche salía para Estados Unidos con el objetivo de empaparse en Silicon Valley de las últimas innovaciones tecnológicas. Lo enviaba la compañía

para la que trabajaba.

El lunes por la mañana se dirigieron a la empresa en el coche de Mika. El cielo se abría en una infinita bóveda azul, adornada con largas franjas de nubes que ondeaban como metros de tela blanca desenrollada. Estaban a finales de julio, y aquel cálido clima, según le dijo, se prolongaría hasta mediados de agosto. Cuando se bajaron, cortés, la ayudó a sacar la maleta, la cual, a regañadientes, había aceptado que ella llevara consigo. Durante el desayuno Alejandra le había aclarado que debía regresar a su piso. Quería que él recuperara su espacio; no soportaba pensar que, después de un tiempo, Mika sintiera que ella lo ahogaba.

Cuando terminó la jornada laboral, tomó un taxi a casa. Por la noche disipó la tristeza con el efusivo recibimiento de sus compañeras. Le extrañó que Xisca, que estaba de vacaciones, no estuviera con su familia en España. Les entregó los presentes que les había comprado, incluyendo un juguetito para Duquesa. Como siempre, la gata no se acercó hasta que Tia se retiró. Primero se hizo la desentendida lamiéndose las almohadillas de las patas, hasta que, arriesgándose, estiró una y atrajo hacia ella el ramillete de plumitas de colores que le había comprado. Al sentir que estas sonaban, se dedicó a empujarlas de acá para allá. Sonriendo, la dejó para ir a ducharse. Después, mientras pensaba qué preparar para cenar, entró una llamada.

¡Su hermano Enrique!

Suspirando con fastidio, se preparó para hablar con él. Pero su sorpresa fue todavía mayor: ¡estaba en Helsinki y quería verla! Recelosa, al principio no supo qué decir. ¿Sabía su madre que vendría? No, supuso que no; se lo habría mencionado.

Inquieta, le preguntó:

—¿Sabía Samuel que venías?

—Se lo iba a decir, pero quería hablar contigo primero. Ya sabes que él no responde a mis llamadas. ¿Podrían reunirse conmigo en, digamos..., una hora? —«Oh, sí, cómo no». Definitivamente no confiaba en él. Pero ¿qué hacía? Samuel no estaba, y le tocaba, le gustara o no, manejar sola la situación. El silencio de Alejandra se prolongó tanto que la voz de Enrique sonó acusadora—. No quiero decirte esto por teléfono. ¿Te ha cambiado tanto Europa que ya ni te dignas a hablar con tu hermano?

Sintiéndose mal, le contestó:

—Claro que no, pero, si recuerdo bien, en Colombia no era mucho lo que hablábamos. Los dos sabemos que mis asuntos no son importantes para ti.

—Mira, Alejandra, he venido a verlos porque quiero contarles algo muy grave. No tengo tiempo para comprender tus inmaduros comentarios ni para discutir contigo. Una vez que ambos se enteren, ya sabrán qué hacer.

Enojada, se mordió el labio para no aclararle que decir la verdad no era una muestra de inmadurez. No. No dejaría que Enrique la desestabilizara. Con pretendida calma, le dijo:

—Samuel está en Estados Unidos y... ¿Dónde te estás quedando? —preguntó derrotada.

—En el hotel Crowne Plaza. Qué lástima. ¿Cuándo vuelve?

—No lo sé. Creo que en unos diez días.

—Solo puedo quedarme seis días, pero si no hay más remedio, tú te encargarás de contárselo. Entonces, ¿quieres comer conmigo? —Sin esperar su respuesta, con voz autoritaria, agregó—: Te espero en el restaurante del hotel.

—Enrique —lo llamó antes de que colgara.

—¿Qué?

—Voy porque quiero ir, no porque tú me lo ordenes.

Silencio.

—Muy bien; gracias por concederme el honor de poder verte, hermanita —le contestó con sarcasmo.

Desanimada y molesta, colgó. Como una cobarde, quería esconderse y no acudir a ese encuentro, pero, por encima de todo, era su hermano y no era capaz de rechazarlo. «Puedo manejarlo, puedo manejarlo», se repitió una y otra vez mientras se arreglaba. ¿Qué se traería entre manos? Estaba segura de que su madre no sabía que estaba en Helsinki, y eso le preocupaba más.

Una hora después, entró en la amplia sala de recepción del hotel Crowne Plaza. Nunca había estado allí, pero el elegante estilo internacional llamó poco su atención. Tras averiguar dónde estaba el restaurante, atravesó el bar con pasos inseguros para pasar al interior de un animado recinto. Sus sentidos captaron las voces de los comensales, la tenue música y el agradable aroma a comida. Con mariposas en el estómago, divisó la oscura cabellera de su hermano, y cuando se acercó a la mesa, por segunda vez aquella noche, la sorpresa la sacudió. Junto al corpulento individuo, de atractivas facciones y ojos tan parecidos a los de ella, había otro hombre, guapo también, al que pensó que nunca vería otra vez: Salomón.

Su asombro se convirtió en furia.

—¿Es una broma? ¿Es esto lo que tú consideras un asunto de gravedad?

—Hola, hermanita. Cálmate, no hagas aquí las rabietas que acostumbras —le dijo con ironía—. No, Salomón es otro asunto.

—No la trates así, Enrique. —Su exnovio salió en su defensa—. Mira, renacuajo, yo solo quise acompañar a mi mejor amigo; no niego que deseaba ver cómo te trataba la vida, pero no te preocupes, me retiraré y los dejaré con sus asuntos.

Con ganas de llorar o, mejor, de tirársele encima a Enrique y morderlo, como hacía cuando era niña y la molestaba, para que le quedara claro cuál era la diferencia entre hacer una rabieta o comportarse como una adulta, cuadró sus hombros, respiró hondo y esperó de pie a que su exnovio se retirara como había dicho. Su actitud conciliadora no la apaciguó. Aguardó unos segundos y, en vista de que él no se movía, le aclaró:

—Sí, prefiero que te retires.

—No seas grosera; él es mi mejor amigo y es como de la familia. Está aquí porque yo se lo pedí y, lo creas o no, no vino por ti. El mundo no gira a tu alrededor, lo entiendes, ¿verdad?

Cinco minutos..., no, tres minutos con Enrique y lo peor de sí misma salía a relucir. Afligida, trató de calmarse, porque estaba a un paso de darse la vuelta y dejarlo tirado.

—No la regañes, hermano. Siéntate, Aleja. —Solícito, Salomón le acercó un asiento.

Insegura, miró alrededor sin saber qué hacer. No quería montar una escena, pero tampoco quería quedarse sola con ellos. La imagen de Mika la llenó de una cálida sensación de confianza; podía con ello. Lo escucharía y después se largaría. Se sentó con premeditada lentitud para sosegar el temblor de su cuerpo.

Un camarero se acercó, y ante la negativa de ella, Enrique ordenó bebidas para dos.

—¿Cómo has estado? —le preguntó.

—Bien. —Ahondó en sus irónicos ojos negros sin deseos de preguntarle cómo estaba él; total, siempre estaba bien—. Bueno, dime qué es eso tan importante que me tienes que decir.

—El abuelo tiene una grave insuficiencia cardíaca. —La observó detenidamente, como sopesando el impacto de sus palabras—. Se trata de una estenosis, un estrechamiento de la válvula aórtica que debe ser intervenido quirúrgicamente. El problema es que se le ha complicado con una diabetes tipo dos y con la hipertensión, por lo que hay que estabilizarlo antes de llevarlo al quirófano. Necesita mucho reposo, una dieta sana y que nada lo altere, pero creo que tu ingratitud y la de Samuel lo están matando, si quieres que te diga la verdad.

Le dolió. Dios sabía que lo quería a pesar de todo, y le dolieron los esfuerzos que hacía su hermano por culparla, agrandando el arrepentimiento que ya sentía. Pero no le dijo nada, ¿para qué? No quería pelear. Pero de pronto... lo miró con desconfianza.

—¿Es verdad? ¿O es una treta tuya y del abuelo?

—No seas infame, Alejandra. No juego con algo tan serio como la salud del abuelo. Ni nuestro viejo lo haría.

No le recordó que sí, que lo había hecho, y más de una vez, pero era mejor no discutir con él. Recordó que la mejor estrategia para lidiar con su hermano era no agredirlo, a menos que fuera extremadamente necesario, y no permitir que transgrediera sus límites, harto difícil para su forma de ser. Sabía que cuanto menos le abriera su corazón, menos se lo pisotearía.

El camarero trajo las bebidas, y cuando se retiró, Enrique continuó:

—Mamá no lo sabe; ya sabes lo débil que es, y el viejo no quería preocuparla. Tampoco quería que se lo contara a Samuel y a ti, pero yo insistí. A pesar de lo que creas, quería que siguieran disfrutando de la vida que habían escogido lejos de él.

Los remordimientos por no llamarlo más a menudo la asaltaron.

—¿No crees que mamá tiene derecho a saberlo? Me parece injusto que se lo oculten.

—El abuelo se lo dirá cuando se acerque el día de la cirugía. Si se lo dice ahora, mamá no dejaría de llorar y lo cuidaría en exceso. El abuelo no quiere esa carga.

Alejandra apretó los labios enfadada; no estaba de acuerdo. Su madre podía ser una mujer sumisa, pero no se desmoronaba ante los sucesos difíciles que le tocaba afrontar, y era triste que su abuelo y Enrique menospreciaran la forma como se desvivía por cuidarlos. Por otro lado, quizá su hermano tuviera parte de razón y era mejor no preocuparla hasta que fuera necesario.

—¿Y para cuándo está programada la cirugía?

—Puede tomar más o menos un mes. Como ya te dije, hay que estabilizarlo; mientras tanto, Rafael está arreglando todos los trámites burocráticos para aprobarla.

Rafael era el asistente del abuelo. En un mes, suspiró. Eso le daría tiempo para pedir unos días de licencia sin salario a la compañía.

—Hablaré con Mika..., mi novio. Puede que venga a Colombia conmigo.

—Ah, sí, tu novio... —repitió con ironía—. Quizá no puedas regresar en meses. Tu deber es quedarte y apoyar al abuelo.

Sintió la presión de Enrique como si la estuviera ejerciendo el mismo abuelo, por lo que, molesta, le comentó:

—Ya me las arreglaré. Estaré yendo y viniendo. Mi vida está aquí. Mi novio, mi trabajo, mis estudios. No puedo abandonar todo irresponsablemente. Pero lo más importante es que Mika está aquí, y no pienso renunciar a él. —Lo miró con más firmeza de la que sentía.

Sin levantar la voz, pero con una mirada gélida, su hermano le espetó:

—Tu vida está al lado de tu familia.

—Mika es mi familia también.

—Quiero conocerlo.

La pregunta la descolocó.

—¿Para qué?

—Como tú dices, es parte de la familia. Y ya que me quedaré unos días, ¿por qué no conocer a mi nuevo cuñado? El abuelo insistió para que me tomara unas cortas vacaciones, y quiero hacerlo en este país y, si no es mucho pedir, escoltado por mi querida hermana. —Salomón, quien había permanecido en un respetuoso silencio hasta ese momento, carraspeó—. Con Salomón, claro está.

No supo qué hacer o decir. ¿Cómo reaccionaba una mujer adulta en aquellas circunstancias? Si

se negaba a reunirse con él, agrandaría la brecha entre ellos dos, y acarrearía consecuencias para la tranquilidad de su madre y para el propio abuelo, quien, ofendido con ella por rechazar a su hermano, se podría alterar más. Con la sensación de que el destino la ponía contra las cuerdas, se rindió a lo inevitable.

—De acuerdo, hablaré con Mika. Ahora me voy. —Se levantó—. Te llamo mañana. —No miró a su exnovio a propósito, pero este preguntó:

—¿No comes con nosotros?

—No, gracias, no tengo hambre. Hasta luego. —Parpadeó con rapidez, despidiéndose de los dos.

«Qué remedio».

Pero cuando llegó a la salida, un brazo la detuvo.

—Mira, renacuajo, lo creas o no, antes que tu novio, fui tu amigo, el de toda tu familia, y no tenía otras intenciones más que acompañar a Enrique y ver cómo te iba. Si entendí bien a tu madre, estás muy enamorada, y no pretendo hacerte cambiar de opinión. ¿No crees que al menos podemos ser amigos otra vez?

Incómoda, se soltó con delicadeza, resistiendo el impulso de apartar el brazo con brusquedad. Lo miró a los ojos; en realidad no sentía rabia hacia él. Ya no. Por primera vez lo vio como era. Sus ojos, su rostro guapo, su risa fácil. Tuvo la sensación de que sus facciones bonitas eran más las de un adolescente que las de un hombre maduro. En cierta forma, era bueno volver a tenerlo frente a ella y darse cuenta de que nunca lo había amado de verdad. Era otro capítulo de su vida que podía cerrar para siempre. Aun así, dudó de sus intenciones para ir a Finlandia. Había aprendido, gracias a los maquinadores hombres de su familia, que una cosa era lo que decían y otra, lo que hacían. Así que, cautelosa, manifestó:

—Ya veremos. Hasta pronto.

Y salió sin volver la vista atrás.

La opaca luz de la noche suspiraba siguiendo sus pasos. Llegó a la marquesina de la parada del tranvía y se sentó sobre el frío metal del asiento. Pensó con dolor en su abuelo. El tiempo no pasaba en vano, y él ya tenía ochenta y seis años. Era un hombre tan poco frágil que casi había pensado que viviría para siempre.

Se subió al vehículo, pagó y buscó un asiento cerca de la ventana para apoyar, desanimada, la cabeza contra el cristal. Sintió frío, se cerró la ligera chaqueta que vestía. Por otro lado, el tiempo que tendría que compartir con Enrique le generaba una extraña sensación de amenaza. Quizá exageraba y le otorgaba a su hermano un poder que no tenía. ¿Qué podía hacer en unos cuantos días?

Extrañó a Mika, deseó estar con él y dormir a su lado.

No. No era una criatura débil que requería del apoyo de su novio en todo momento.

Cuando abrió la puerta de su piso, recibió un mensaje:

Enviado por Mika:

¿Estás despierta? ¿Voy a por ti?

Sonriendo emocionada, le respondió:

Enviado por Alejandra:

¿No es muy tarde?

Enviado por Mika:



Tú estás despierta y yo estoy despierto. Para que podamos dormir, tenemos que estar juntos.

La ternura que la invadió estremeció todas y cada una de las fibras de su ser.

Enviado por Alejandra:

Muy bien, pero tomaré un taxi.

Enviado por Mika:

Prefiero ir a buscarte. Compláceme, ¿sí? Solo me llevará unos quince minutos.

Suspirando contenta, se apresuró a meter en una pequeña maleta una falda y una blusa para el día siguiente y... Se dio cuenta de que había olvidado su pijama y su cepillo de dientes en el apartamento de Mika.

Veinte minutos después, salió del edificio y se apresuró a subirse al BMW que estaba estacionado enfrente.

Más tarde, con la cabeza sobre su torso desnudo, le contó que Enrique estaba en Helsinki y lo que le ocurría a su abuelo.

—Debes ir a verlo. Hablaré con Tommi para que te conceda una licencia especial.

Un aire glacial la invadió. ¿Y él? «Dios mío, Alejandra, tienes que aprender a estar sin él». ¿Qué pasaba con la mujer independiente que era? Aun así, respiró aliviada cuando agregó:

—Organizaré todo para ausentarme unos días y estar contigo. No te daré tiempo para que me echés de menos.

Fue entonces cuando le comunicó lo otro que le preocupaba.

—Mi hermano quiere conocerte.

—Por supuesto, encantado. ¿Dónde se hospeda?

Suspiró con temor.

—En el Crowne Plaza. Mi exnovio, Salomón, también está aquí.

Arrugó el ceño.

—¿Lo viste?

—Sí, estuvo todo el tiempo con Enrique y conmigo mientras hablábamos.

Mika tomó su rostro entre las manos y le preguntó:

—Y... ¿sentiste algo?

—No, señor. No sentí nada por él, ni un poquito. —Se irguió y le llenó de besos la barbilla—. Es el mejor amigo de Enrique, es todo. Me temo que él... —Le daba vergüenza, pero tenía que decírselo—. Me temo que él estará todo el tiempo con mi hermano y te tocará conocerlo. Lo siento.

—Por mi está bien, siempre y cuando tenga muy claro que eres mi novia.

Alejandra se rio.

—Mi querido Mika, te amo con todo mi corazón y nada ni nadie cambiará eso. No lo olvides, por favor.

Hermosas palabras nacidas de su ingenuidad. Unas semanas después, se harían añicos contra la dolorosa realidad.

El martes, la ciudad despertó con un cálido cielo amarillo y azul. Después de desayunar juntos, Mika la despidió con un apasionado beso y se fue a trabajar. Aquel día Alejandra tenía el turno de

tarde, así que deambuló sola por el apartamento de su novio con un vacío en el estómago, preparándose emocionalmente para hablar con el abuelo. Se sentía tan nerviosa que, para calmarse, fue a clase de pilates. Como el gimnasio quedaba cerca de su piso, fue allí, se duchó, preparó algo rápido y salió pitando para la oficina.

El sol fulguraba en lo alto y el lamento del viento enredaba sus cabellos. Pulsó la clave de la puerta y se deslizó por los callados corredores de la empresa. Cuando llegó a su cubículo, se puso a trabajar hasta que dos horas después, calculando la hora a la que su abuelo se levantaba, buscó un lugar tranquilo y privado para marcar su número de teléfono.

Mientras escuchaba los timbrazos, el corazón le martillaba en los oídos. Por fin, su voz sonó en sus tímpanos y casi se le cae el *smartphone*. Lo saludó con torpeza y, sin saber si interrogarlo o no acerca de la cirugía, se apresuró a contarle todo sobre sus experiencias en el trabajo y sobre su viaje a Islandia. Le parecía que le decía tonterías, pero era incapaz de parar. Para su sorpresa, la escuchó interesado y le hizo preguntas sin la brusquedad que acostumbraba. Conmovida por el esfuerzo que hacía para conversar, sus ojos se llenaron de lágrimas. Sabía que cambiar sería prácticamente imposible para aquel hombre forjado con dureza, aun así, guardaba la esperanza de que algún día le ofreciera cariño de una manera más sana.

Quizá fuera posible. A veces, cuando se padecía una grave enfermedad, se generaban cambios tan drásticos en una persona que los acercaban al amor de los seres queridos.

Se despidió prometiéndole que lo volvería a llamar. Quiso decirle que lo quería, pero no se atrevió. Supuso que él nunca lo haría, y era mejor no ilusionarse.

Los siguientes días fueron un torbellino de actividades entre el trabajo y ejercer de guía de su hermano y de Salomón. Les mostró Helsinki con orgullo, como si fuera su propia ciudad. Debía reconocer que ambos se comportaron como unos turistas encomiables. Formularon preguntas interesantes y estuvieron abiertos a visitar todo lo que Alejandra les sugirió, sin embargo, en ocasiones, necesitó de toda su fortaleza emocional para no dar importancia a los comentarios sutilmente agresivos de Enrique. Como por ejemplo cuando le dijo:

—Qué mujer tan admirable eres al sacrificar toda tu plenitud sexual haciendo feliz a un hombre que ya no siente nada. Nunca pensé que tuvieras un corazón tan generoso.

Molesta, le había replicado:

—Encontrar y hacer feliz al amor de mi vida no tiene nada que ver con el sacrificio. Y ese hombre puede sentir amor desde la punta de los dedos del pie hasta los cabellos de su cabeza, por no hablar de su alma y de su corazón, habilidad que muchos hombres no poseen, así que la afortunada soy yo.

—Si tú lo dices.

Mika fue encantador con Enrique y distante con Salomón, aunque siempre cortés con los dos. Una noche se ofreció a buscarlos para que experimentaran la vida nocturna de Helsinki, noches de rumba que los dos deseaban conocer. Se sintió muy incómoda al presenciar cómo Enrique se comía con los ojos a toda mujer hermosa que veía, y pensó que se moriría de vergüenza ante su abierto coqueteo con una chica en un establecimiento. Mika sabía que Enrique tenía una novia en Colombia con la que pensaba casarse. La verdad es que quería llorar. Su afligido rostro no pasó desapercibido para su novio, quien deslizó su pulgar por las arrugas de su frente, sonriéndole con tanto amor que se le escapó una lágrima. Entonces, se inclinó y la besó con pasión, sin importarle el carraspeo de Salomón frente a ellos.

Una tarde, antes de que Enrique se fuera, después de acompañarlo a comprar regalos para su novia y la familia, se sentaron a beber una taza de café en uno de los restaurantes de la calle Esplanadi. Y cómo no, volvió a lanzar sus dardos contra Mika.

—No te engañes, Aleja; es un hombre como todos. Le gustan el éxito, el poder y las mujeres hermosas, aunque lo esconde bajo esa fría reserva. —Se rio ante la expresión de ella—. Pero no te preocupes, con sus circunstancias te será fiel.

Harta y cansada de su juego, mandó la paciencia al diablo.

—Ni tú lo conoces ni sabes cómo son todos los hombres del mundo, así que no creo que tu gran arrogancia te permita hacer un juicio con conocimiento de causa.

—Uy, perdóname, qué susceptible eres. Algún día te darás cuenta de que todos los hombres somos iguales. No somos seres monógamos. Si no, ¿por qué crees que hay tantos divorcios y que tenemos amantes?

Quiso decirle que no había diferencias entre las mujeres y los hombres en cuanto al sexo se refería, sino más bien en cuanto a otras diferencias que tenían que ver con la educación, el respeto por los demás y miles de teorías más, pero ¿para qué? ¿Acaso cambiaría o la escucharía?

—Yo no sé nada; de lo único que estoy segura es de que ya estoy harta de ti. Que tengas un buen viaje. —Se levantó y recogió su bolso.

—Uy, perdona. Te agradezco todo el tiempo que has sacrificado conmigo. Supongo que es poco, a cambio de todos mis desvelos por conservar el patrimonio de la familia...

Alejandra se alejó y ya no lo escuchó. No le importó si se iba o si se quedaba. Ni si se sacrificaba por la empresa o no. Ni siquiera si era su hermano y si su abuelo se enojaba. Le había dado el beneficio de la duda, pero tristemente se había dado cuenta de que Enrique era más egoísta de lo que pensaba. De ahí en adelante lo evitaría, como había decidido hacer después de terminar su psicoterapia.

## CAPÍTULO 39

Después de ducharse, Mika se acercó a la encimera del baño para tomar su cepillo de dientes; antes de cogerlo, vio el de Alejandra y sintió que un agradable estremecimiento lo recorría. La crema para la piel y el champú que usaba lo miraron y se le antojaron tan femeninos como ella. Su aroma flotaba por doquier, haciéndolo sentir menos solo. Cuando ella no se quedaba en su apartamento, sentía todo el peso de la soledad. Desalentado, se acercó a la ducha y se desvistió. Hacía tiempo que no se compadecía de sí mismo, si es que alguna vez lo había hecho, pero en los últimos días, entre su trato con Salomón y Enrique, su confianza en sí mismo se resquebrajaba. Muy a su pesar, los celos lo atormentaban. Lo cual era una locura porque, aun con los límites de su parapleja, era capaz de ofrecerle a su novia un amor que aquel *gigoló* latino no podía. Además, ella no evidenciaba hacia su exnovio otros sentimientos más que la cortesía.

El problema radicaba en él mismo. En sus miedos. En sus fantasmas.

No había duda de que Salomón era un canalla con éxito, y de que sabía usar su encanto y su atractivo con una bien orquestada zalamería. Cada vez que había tenido oportunidad, había corrido a abrirle la puerta a su novia, adelantándosele, o le había apartado la silla, asegurándose de situarla a su lado, y aunque eso no parecía afectarla, a él lo había invadido un primitivo impulso de barrer con su cara bonita el suelo a su alrededor. Le crispaba que la llamara *renacuajo*. Sabría Dios lo que significaba, pero por el tono que utilizaba, evocaba recuerdos cariñosos entre ellos.

Después de ponerse el traje, echó una ojeada a la hora en su reloj. Tenía tiempo de prepararse una taza de café antes de salir. Se puso a ello, pero saborearlo no lo revivió, como sucedía siempre, y sabía por qué. Lo que más le preocupaba eran los comentarios sutiles que Enrique dejaba caer cuando Alejandra no se daba cuenta. Comentarios que lo confrontaban y que abrían poco a poco una fisura en su autoestima. La amaba tanto que quería ofrecerle lo mejor de sí mismo, pero no podía desconocer las limitaciones y los inconvenientes a los que ella se vería abocada si compartía su vida. Era cierto que hasta el momento se había adaptado bien. Tomaba con calma los contratiempos que suscitaba su desplazamiento y asumía con agrado y naturalidad sus hábitos de autocuidado. Disfrutaba al aplicarle todas las noches la crema hidratante que él tenía que usar a menudo para evitar problemas en la piel. Le decía con tono sensual que esa era la parte favorita de su día, porque lo tenía a su merced para tocarlo donde y como deseaba.

Sí, sonrió con ternura, su novia encaraba sus limitaciones con esa dulzura y esa fuerza que le ponía a todo lo que hacía. Aunque... ¿por cuánto tiempo? Se martirizaba preguntándose si ella podría asumirlo toda la vida. Ambos querían hijos. Sabía que había formas de lograrlo, pero la responsabilidad de educarlos y cuidarlos era un asunto de dos, y tenía miedo de que, debido a su discapacidad, toda la carga recayera sobre ella. ¿Y qué pasaría si no podían tenerlos?

Miles de dudas giraban en su cabeza, dudas que no se había planteado antes, concentrado en el anhelo de lograr su amor, pero que comenzaban a ser relevantes en ese instante.

Suspiró alicaído. Lo obvio era que estaba cansado de esos inesperados huéspedes, y no lo animaba saber que se marcharían al día siguiente, porque todavía tenía pendiente un encuentro con Enrique aquella mañana. Había quedado en mostrarle las oficinas de *art & viiva* y la tienda principal. Menos mal que el *gigoló* de su amigo no estaba interesado en ir.

Dos horas más tarde, después de un recorrido por la empresa sin contratiempos, Mika y su invitado entraron en la sala de conferencias. Las ruedas de la silla zigzaguearon entre los asientos

hasta llegar a los pies de la mesa sobre la que se ubicaba la sofisticada máquina de café expreso. Enrique se repantingó en uno de los sillones y guardó silencio hasta que el director de *art & viiva* se acercó a él con una taza humeante. Y entre sorbo y sorbo, le preguntó:

—¿Te vas a casar con mi hermana?

Con expresión impasible, sin dejar entrever que la pregunta le había molestado, Mika respondió:

—Creo que eso es asunto de ella y mío.

—Oh, sí, los nórdicos... Tan civilizados y reservados en sus expresiones y en sus afectos... Sin ánimo de ofender, ¿eh? —Se rio—. Pero resulta que mi abuelo, que ha sido como nuestro padre, está preocupado. Como entenderás, es natural que nos preocupemos por nuestra voluble, inquieta y frágil hermanita. No queremos que se aprovechen de ella. Por eso he venido a conocerte y a enterarme de cuáles son tus intenciones.

Ni un músculo de Mika se alteró. Aunque la intromisión en su vida no era de su agrado, comprendía el deseo de Enrique por proteger a su hermana. Lo que sí le irritó fue la forma como se expresó de su novia, pero por ella, lo asumiría con tranquilidad. Tomó otro trago de café, lo saboreó con parsimonia y...

—¿Es bueno, verdad? Este café es de Kenia... —Sin esperar respuesta, lo miró a los ojos—. Tu hermana es una mujer madura, responsable y muy inteligente. No solo ha sabido responder a un máster en un país con una cultura totalmente diferente a la suya, sino que ha logrado encontrar trabajo en una compañía importante y tiene a su director rendido a sus pies, así que, como verás, no creo que necesites preocuparte por sus decisiones. Y en cuanto a mí, como puedes ver, lidero con éxito y honestidad esta empresa. Soy un hombre honorable, la amo y... digamos que tengo todas las facilidades para cuidar de ella y hacerla feliz en el presente y en el futuro, si así lo decidimos.

Notó que Enrique lo miraba sorprendido con lo que le pareció un destello de rabia en los ojos.

—Sí, ya veo que eres un hombre de éxito y, a pesar de tus circunstancias, has logrado una independencia y una notoriedad en lo laboral envidiables, pero... ¿estás completamente seguro de que le podrás brindar a mi hermana todo lo que ella necesita? Ahora ella está deslumbrada contigo, las mujeres son así al principio —se rio—, pero cuando la rutina de la vida siga su curso... Porque tú y yo sabemos que después de un tiempo, la novedad pasa, es decir, ese periodo donde vemos al otro casi perfecto termina, ¿y qué queda? La realidad, en la que vemos al otro como realmente es; con todos sus defectos y carencias. Y en la mayoría de los casos, esto sucede cuando ya es demasiado tarde y se han casado. Por eso hay tantas parejas divorciadas, ¿no lo crees?

Mika no le contestó, guardó la calma para saber a dónde quería llegar y siguió bebiendo su café.

—Pero mi punto es: ¿te has puesto a pensar en todo lo que esta relación implicaría en el bienestar y la felicidad de Alejandra? ¿Has considerado lo que significará para ella dejar atrás para siempre su país y a su familia, por no hablar de otras cosas que tienen que ver con la particularidad de tus circunstancias?

Fustigado en lo que más le preocupaba, Mika no pudo evitar responderle:

—Sí, por supuesto que lo he considerado. La felicidad de Alejandra es lo más valioso para mí.

—Entonces, seguramente te has preguntado si con el tiempo ella podría sentir que compartir su vida contigo fue más difícil de lo que había imaginado, ¿verdad? —Bebió de su café y continuó—: ¿Te has preguntado qué pasará cuando lleguen los hijos?, si es que pueden tenerlos, claro. ¿Podrá Alejandra con todo? Es decir, ¿podrá con la responsabilidad de un trabajo, la educación

de los hijos y tener la fuerza para apoyarte, incondicionalmente, cuando lleguen las pruebas a las que, seguro, los someterá la vida? La conozco muy bien; nunca sería capaz de decirte que todo es demasiado para ella o, en el peor de los casos, que desearía ser libre.

Mika no pudo refutar aquello porque era un fantasma latente que lo perseguía y lo atemorizaba todos los días. En las ocasiones en que transitaba por ese túnel de sombras, se preguntaba si era justo para Alejandra encadenarla a su condición y a sus carencias. Comprendía que era una mujer leal y generosa y que, una vez que se comprometiera con él, pasara lo que pasara, lo acompañaría hasta el final, en las buenas y en las malas; aunque significara una carga para ella. Y eso lo aterraba, porque quería darle lo mejor y hacerla la mujer más feliz del mundo. También lo aterraba perder la imagen de hombre deseable, fuerte y capaz ante ella. Lo aterraba que la pasión muriera, y que algún día la lástima fuera lo único que la atara a él. Sí, lo que le decía Enrique había estado rondando su alma, solo que ahora se convertía en un espectro real. Y aunque le doliera, no podía sentir rabia hacia las palabras de aquel hombre. Lo miró a los ojos, sin dejar entrever todo el tormento que había removido, y le respondió con calma:

—No me gusta hablar de mis sentimientos con personas a las que apenas conozco, pero respeto el hecho de que eres el hermano de mi novia y te empuja tu preocupación por ella. No tengo el poder para controlar todos los obstáculos que puedan presentarse en mi vida y en la de ella; por ahora tengo un buen trabajo y poseo una fuerza de carácter y una madurez que, creo, garantizan que sabré enfrentarme a los desafíos del futuro. Creo también que en el amor y en la vida no hay certezas, y ella y yo solo descubriremos lo que lograremos juntos siguiendo adelante. Pero puedes estar seguro de que su felicidad será siempre mi prioridad, y te prometo que la ayudaré a que escoja el camino que más le convenga.

Enrique sonrió fríamente, pero con cortesía le dijo:

—Bueno, hermano... Puedo llamarte «hermano», ¿verdad? Yo he cumplido con expresar lo que a mi abuelo le preocupa y, ahora que te conozco, lo que a mí me preocupa. Lo demás, tienes razón: les concierne a mi hermana y a ti decidirlo.

Sin agregar nada más, ambos guardaron silencio por unos minutos. Acto seguido, Mika se puso en movimiento para que Enrique pudiera conocer la tienda principal. Se trasladaron en su vehículo al local, y una vez allí, su invitado mostró un genuino interés por cada diseño y compró varios artículos para su novia y su madre. Una hora después, lo dejó en el hotel y le deseó un buen viaje.

Agosto llegó, y en los primeros días, nubes de color cenizo amenazaban con descargar sus esponjosas barrigas sobre la ciudad, pero fueron amenazas vanas, porque el sol salía a conquistar el terreno perdido por las tardes, haciéndolas a un lado y brillando en todo su esplendor.

Tras la partida de Enrique, todo volvió a la normalidad; sin embargo, muy a su pesar, sus palabras se afianzaron en el alma de Mika, expandiéndose como una sombra determinada a cubrir por completo el sol en su corazón hasta dejarlo sumido en la tristeza. Enumeraba en su cabeza cada una de las limitaciones derivadas de su discapacidad y no dejaba de pensar en lo que significaría para Alejandra asumirlas toda la vida. Empezó a odiar sus rutinas de autocuidado para ir al baño y lo que tenía que hacer para remediar lo que ya no funcionaba bien, y hasta a avergonzarse de ello, como le había pasado durante los primeros meses después del accidente. Creía que ya lo había superado, pero era como un león al acecho. Dios sabía que la adoraba, y que quizá no sería capaz de renunciar a ella, cualesquiera que fueran sus miedos y sus celos; aun así, se sumía en una melancolía de la que no sabía cómo salir.

El tiempo avanzó y su aflicción se intensificó. Empezó a sentir que la acaparaba demasiado y que debía darle más espacio para que retomara las actividades que había dejado de lado para

estar con él. A ella le gustaba hacer pilates y no había vuelto a practicarlo por ir a nadar con él. Entonces, a pesar de que le había asegurado que le encantaba la natación, no le volvió a pedir que lo acompañara. Deseaba que pasara más tiempo con sus compañeras de piso; ella decía que las extrañaba, pero que como todas estaban tan ocupadas, no podían verse. No deseaba comportarse como la clase de hombre que ella tanto temía: hombres que cortaban sus alas y le impedían actuar con libertad. Por lo tanto, aquel fin de semana no le pidió que se quedara con él, como anhelaba.

Ese domingo, deprimido, recorrió cada rincón de su piso añorando su presencia. De pronto las paredes se cerraron en torno a él, ahogándolo hasta que, sin poder más, tomó su portátil, bajó al garaje, se acomodó en el asiento de su coche, introdujo la llave en el arranque y salió a la nublada mañana con intención de ahogar su negatividad trabajando en la oficina.

## CAPÍTULO 40

Era mediados de agosto y el calor del sol rozaba con tímida ternura la ciudad. El aire ya olía a otoño. Los últimos días, las nubes densas y grises cubrían como fantasmas aviesos los rayos dorados, y las emociones de Alejandra corrían parejas al clima. Sensible como era, había notado que su novio atravesaba un periodo de profunda tristeza. Aunque intentaba disimularlo. Y no sabía qué hacer al respecto. Al principio, con ternura, le preguntó si le pasaba algo, y él, sin mirarla a los ojos, le había respondido que nada por lo que debiera preocuparse. Sabía, por haber crecido al lado de dos hermanos, que el género masculino no expresaba los sentimientos con tanta facilidad como las mujeres, pero le dolía que no se abriera a ella. Creyó entonces que demostrándole con sus acciones cuánto lo amaba sería suficiente hasta que él encontrara otra vez su estabilidad.

Pero se equivocó.

Impotente, observaba que Mika ya no bromeaba como antes y que no le pedía que lo acompañara a nadar. Quiso hablar con Minna, pero luego lo descartó. Todavía no tenía la confianza para compartir con ella confidencias. Se le ocurrió que quizá sufría una especie de depresión relacionada con su paraplejia, e intentó, con tacto, explorar las causas, pero se encontró con una pared. Se sentía tan rechazada y aislada de su corazón que, dándose por vencida, se dejó llevar por sus inseguridades y sus sentimientos de desesperanza.

Para su frágil autoestima, la única explicación razonable era que Mika se había cansado de ella. Atormentada, se repetía que era una locura, pero lo que le había dicho Enrique antes de irse empezaba a germinar en ella. Lo único que mantenía viva la llama de su ilusión era que su novio no había dejado de desearla. Una noche había ido a su apartamento para prepararle una deliciosa cena, y cuando se había arrimado para besarla, como siempre, cariñosa, Mika, con brusquedad, la había sentado sobre su regazo, desnudándola con impaciencia, y después se había dedicado a darle placer de una forma tan exquisita y pasional que, a pesar de disfrutarlo enormemente, la impactó. Era como si quisiera demostrarle cuánta satisfacción sexual podía prodigarle. Al terminar, la había besado con devoción, y cuando se sentaron a cenar, una vez más, se había atrevido a preguntarle si le ocurría algo malo, pero después de un largo silencio, le había respondido:

—Nada que no pueda solucionar; no quiero hablar sobre eso. Cuéntame, ¿cómo has pasado el día?

Los días que siguieron fueron más de lo mismo. No permitía que Alejandra le diera placer, dedicándose a proporcionárselo él a ella. Tuvo miedo de preguntarle si había pedido cita con el especialista que los asesoraría sobre el uso de inyecciones para la estimulación eréctil. Temía que pensara que ella no sentía placer y herir su sensibilidad masculina. Se sentía tan frustrada y tan sola que extrañaba a sus compañeras de apartamento, sobre todo a Xisca, con quien podía hablar en español. Samuel estaba ocupado en su trabajo y no quiso molestarlo. Además, no quería compartir con nadie algo tan íntimo sobre su pareja.

Aquel fin de semana, sintiendo que si no encontraba con quién hablar en su lengua, reventaría, decidió quedarse en su piso. Mika no le insistió, como siempre hacía, para que se quedara con él. Le dolió. Su cabeza entendía que él necesitaba de su espacio, de su soledad, pero el corazón, no, y se sintió profundamente herida.

La desconfianza en su alma estaba fuera de control. Suponía que para Mika la novedad de la



relación había llegado a su fin y que, por lo tanto, intentaba deshacerse de ella con diplomacia.

¿De verdad creía eso?

Ya no estaba segura de nada.

Su abuelo evolucionaba bien; su madre se había enterado de la gravedad de su enfermedad y supervisaba la dieta que debía seguir. Mientras tanto, Alejandra lo llamaba de vez en cuando. Conversaciones breves en las que intentaba tender un puente entre los dos. Él la escuchaba y le respondía sin la brusquedad acostumbrada. Era tanto el esfuerzo que hacía para no regañarla o criticarla que comenzó a abrirle su corazón de nuevo, si es que alguna vez se lo había cerrado. Sin embargo, no se engañaba: comprendía que sus mañas y su carácter aflorarían una vez que se sintiera menos vulnerable y volvería a la carga. De cualquier manera, lo quería, y deseaba que se recuperara. Se preocuparía por lo demás cuando estuviera fuera de peligro.

Sabía que tendría que ir a Colombia antes de la cirugía y que era hora de hacer las reservas. Esa era otra de sus mortificaciones: no quería alejarse de Mika en aquellos momentos y él no había vuelto a hablar de acompañarla. Su silencio y su ensimismamiento eran tales que no se atrevió a plantearle el tema. Muy en el fondo, creía que su viaje desencadenaría una respuesta decisiva de su parte, y temía que fuera la excusa perfecta para tomar una distancia definitiva de ella.

El domingo, alicaída, sintiendo que las paredes se cerraban y le impedían respirar —ya no se encontraba a gusto en su solitaria habitación, por no hablar de en su cama—, decidió ir al *ateljee* a trabajar. Necesitaba una actividad que la sacara de aquella tristeza.

Sacó fuerzas para levantarse y vestirse.

Cerró la puerta del edificio y el sonido retumbó entre el canto de las aves y la tímida luz del sol, que se colaba a través de la maraña de nubes grises. Sus pasos desganados se acoplaron a la melancolía del ambiente. Llegó a la parada del tranvía y se detuvo indecisa; quizá no era tan buena idea ir a la oficina, pero quedarse rumiando su aflicción mientras sus compañeras dormían tampoco lo era, así que se subió al transporte.

Minutos después, ante la enorme puerta, que, como una vieja amiga, le daba la bienvenida, pulsó el código y entró. Recorrió el corredor escuchando el ensordecedor silencio.

Le sonó a presagio.

¿Por qué pensaba tantas tonterías?

¿Por qué estaba segura de que el amor se iba y no sabía cómo retenerlo?

Paladeó el amargo sabor de la bilis mientras desviaba sus pasos hacia el *ateljee*.

La posibilidad de que Mika desapareciera de su vida le producía un dolor tan intenso, tan profundo que temía no poder soportarlo. Con desesperación, buscó en su corazón otra certeza distinta al desamor. Es que no podía creerlo. El recuerdo de sus besos mimando con ternura y adoración cada centímetro de su cuerpo descendió como espirales de aire por su columna vertebral y envió espasmos a su vientre, haciéndola sentir viva y enamorada. Cerró los ojos, trastabilló. El arrebató de su rostro y el brillo en su mirada, como corindones azules, cuando le demostraba cuánta satisfacción le producía darle placer, aún la sorprendían.

Pero quizá era demasiado. Aquel amor era demasiado bello para ser verdad, y esa parte herida que albergaba su alma creía que la relación se acercaba al final.

Sí, los hombres tenían muchas maneras de decir adiós.

De golpe, un murmullo proveniente de la sala de juntas la alertó. Alguien que había decidido trabajar también un domingo. El leve roce de una prenda y el tenue sonido de la voz de una mujer la hicieron detenerse. ¿Y si era una cita clandestina? Quiso volverse y salir corriendo, pero una fuerza extraña la apremiaba a descubrir lo que sucedía. Con pasos sigilosos, se aproximó a la

hebra de luz vertical que brotaba de la sala de juntas. Y entonces lo vio. La luminosidad artificial del salón eliminó toda incertidumbre y le mostró una dolorosa realidad: Sanna estaba sentada sobre las piernas de Mika, besándolo con pasión.

¿La abrazaba él?

Sí, lo hacía. Las manos de su novio constreñían con fuerza los brazos de ella.

Susurros al viento. Besos llenos de ternura. Y un corazón que se quebraba.

Apartó la mirada con la intención de alejarse, pero sus piernas se negaron a funcionar. Tenía que moverlas antes de que ellos la vieran. «Dios mío, ayúdame». Finalmente, sin saber cómo, sus pasos la llevaron hasta la salida, a la encapotada mañana.

Fuera el viento apagó la última llama de su alma y su corazón no dejó de agitarse de dolor.

Necesitaba llorar.

Necesitaba coserle un par de alas a esa pena y dejarla remontar el firmamento.

## CAPÍTULO 41

Mika acababa de hacer una pausa para saborear una taza de café cuando recibió una llamada de Sanna. Sonaba alterada al explicarle que le urgía a hablar con él, así que le había dicho que podían encontrarse en la sala de juntas de la empresa.

Terminaba su segunda taza cuando el suave golpe en la puerta lo hizo levantar la cabeza.

—Pasa, Sanna. —La observó caminar hacia él.

—Hola, guapo, ¿cómo has estado? —Sonriente y cariñosa, se acercó para estamparle un beso en la mejilla. Lo miró de una forma tan intensa que se sintió incómodo—. Te he invitado varias veces a salir, pero ya no tienes tiempo para las amigas.

—Sí, bueno, Alejandra y yo no hemos tenido mucho tiempo para compartir con los amigos.

Le había hablado de su novia para dejarle claro lo que podía esperar de él. Nunca había tenido para con ella intenciones fuera de la amistad, pero en las últimas semanas se había mostrado tan insistente que había tenido que aclarárselo.

—Siéntate, por favor. ¿Quieres café? —Pero ella ni se movía ni decía nada—. ¿Te sucede algo?

—¿Perdón?

—Me decías por teléfono que necesitabas que te ayudara con algo muy delicado.

Lo miró con fijeza, y Mika se preguntó si recibirla en esa soledad había sido una buena idea. Era su amiga y no quería ocasionarle daño haciéndola a un lado, pero su relación con Alejandra empezaba a consolidarse y no quería que hubiera malentendidos entre los dos. Sopesaba la manera de decirle con tacto que estaba muy ocupado cuando, de repente, Sanna se sentó sobre su regazo y empezó a besarlo con pasión. Apenas recuperándose de la sorpresa, Mika asió los brazos de Sanna en un esfuerzo por apartarla, pero ella se aferraba con fuerza. Echó hacia atrás la cabeza para que comprendiera que no deseaba besarla, y la silla de ruedas chirrió como el quejido de un animal herido. Comprendiendo por fin que la estaba rechazando, se detuvo y lo miró con tristeza.

Avergonzado, Mika no supo qué decirle. Aunque la verdad debía prevalecer por mucho que doliera.

—Lo siento, pero creo que... esto no es una buena idea. —La instó a que se levantara.

Con torpeza, la rubia se sentó en una silla y se echó a llorar. Oh, no, no. Eso no, maldita sea. No sabía qué hacer cuando era el causante del llanto en una mujer.

—Lo siento, Sanna, yo —se pasó la mano por la cabeza, desordenando sus cabellos— aprecio tu amistad, pero nunca pretendí que tú y yo...

—¿Por qué no? Estoy enamorada de ti.

—Pero yo no te quiero de esa manera.

—Oh, Dios mío —se rio casi con histeria—, me siento tan avergonzada. Perdóname, no puedo creer que saltara así sobre ti.

—Escúchame, cariño, eres una mujer hermosa, interesante y divertida. Aprecio y agradezco los momentos que compartimos, pero en el amor las cosas son más..., digamos, complejas. Es el corazón quien elige, y el mío ha elegido a otra mujer.

—Lo siento, me lo has dicho de muchas formas, pero quería... Supongo que quería hacer un último intento.

Silencio.

Mika carraspeó.

—¿Quieres una taza de café? —Se sintió un estúpido insensible, pero no supo qué más decirle.

—No. —Se levantó—. Creo que es mejor que me vaya. Sé feliz. —Y sin agregar otra palabra, se fue.

Eran las seis de la tarde cuando, cansado, abandonó la oficina y condujo por las solitarias y silenciosas calles en dirección a su piso. Cuando llegó, dejó las llaves en la mesa del recibidor e intentó comunicarse con Alejandra. La había llamado varias veces aquel día y se había tropezado con el buzón de voz. Revisó por enésima vez su móvil y no encontró ni mensaje ni llamada perdida de su parte. Le pareció muy extraño. Le envió una nota donde le pedía que lo llamara tan pronto como pudiera y, mientras esperaba una respuesta, encendió la sauna y preparó cena para dos. A lo mejor querría comer con él.

Cuando el baño de vapor estuvo caliente, entró y dejó el *smartphone* cerca por si sonaba. Permaneció dentro media hora, y se estaba vistiendo cuando recibió unas palabras de ella, en las que le decía que estaba en el cine con Xisca y que luego cenarían fuera. Se desilusionó, pero lo entendió.

Antes de irse a dormir, le deseó buenas noches. Ella no le contestó. Extrañado y preocupado, reprimió las ganas de pedirle que, cuando llegara a casa, lo avisara para asegurarse de que había llegado bien. No quería asfixiarla. Salía con su amiga y quizá se divertía tanto que no tenía tiempo de leer el móvil. Punto.

Al otro día, cuando llegó a su oficina, lo primero que hizo fue buscarla, pero no la encontró en el cubículo ni en el *ateljé*. Suspirando, se encaminó a su despacho, donde su cita ya lo esperaba. Se sumergió en el trabajo hasta que, a las diez de la mañana, bajó de nuevo a por ella. No la vio en ninguna parte. Inquieto, le preguntó a Matti, y este, sorprendido, le dijo:

—Pensé que lo sabías: llamó para avisar de que estaba enferma y que no vendría hoy a trabajar.

Muy preocupado, intentó comunicarse con ella, pero saltaba el buzón de voz. ¿Tendría algo grave? Insistió; de nuevo el buzón. ¿Estaría visitando al médico? Le mandó un mensaje:

Enviado por Mika:

Amor mío, estoy muy preocupado. ¿Dime qué tienes? ¿Puedo ir a verte? ¿Por qué no contestas mis llamadas?

El silencio fue lo único que recibió de ella. ¡Maldita sea! Iba a cancelar sus asuntos pendientes para ir a verla cuando entró un mensaje. Le decía que tenía una fuerte jaqueca y que solo necesitaba descansar. Más tranquilo, le aseguró que por la tarde pasaría a visitarla y que lo llamara en caso de necesitar algo, pero su respuesta no fue alentadora.

Enviado por Alejandra:

Gracias. Preferiría que no vinieras, quiero estar sola y descansar.

Sorprendido con sus palabras, no supo qué hacer. Era como si no quisiera hablar con él. ¿Pero por qué? Dolido, se exprimió los sesos cavilando si había dicho o hecho algo que la hubiera podido ofender. ¡Maldita sea!

Sin querer presionarla más, se concentró en su trabajo.

Frustrado y decaído, al final de la tarde se fue a nadar. Tras cenar, le envió un mensaje de buenas noches y le preguntó cómo seguía.

Silencio.

Muy enfadado, se fue a la cama. Le parecía ridículo que se escondiera así. ¿No se suponía que

eran una pareja y que debían dialogar? Bueno, pues no podía ocultarse para siempre. Al día siguiente iría al trabajo y, le gustara o no, tendrían que hablar.

El martes, ella tenía el turno de tarde, por lo que se armó de paciencia toda la mañana y, un poco antes de las dos, bajó y la esperó en el corredor. Se sintió como un estúpido, porque no apareció. Seguro que aquel día tampoco se presentaría. Le dolió. Ya no le quedaba ninguna duda de que todo tenía que ver con él. Entró en la oficina y se zambulló en sus numerosas actividades, muy enfadado con ella. Aunque también estaba angustiado. ¿Qué hacía? Era una mujer responsable, y seguro que daría una buena explicación por faltar dos días al trabajo.

¿Por qué diablos no era capaz de decirle en su cara lo que pasaba?

¿Sería que ya no quería estar con él?

No. Esa no era la razón, ella lo amaba. Alejandra era una mujer transparente, y todo en ella se lo manifestaba. Pues bien, iría a su casa y no se marcharía hasta que lo recibiera. Llamó a Tommi para cancelar las reuniones que tenía a continuación.

—Dime, jefe.

—Cancela todo lo que tengo en mi agenda esta tarde.

—Muy bien...

Y ante el titubeo en la expresión de su amigo, lo instó a hablar:

—¿Sí?

—Supongo que ya está en Alemania, ¿verdad?

Sintió que su alma se desplomaba a los pies, con estruendo y todo.

—¿Perdón? —Parpadeó con rapidez—. ¿De qué me estás hablando?

—De Alejandra... Tenía entendido que salía con su hermano esta mañana para alcanzar una conexión a Colombia.

La tierra se abrió y lo engulló. Su desconcierto debió de ser muy evidente, porque Tommi se apresuró a aclararle:

—Lo siento, jefe, pensé que lo sabías. Su-su abuelo murió... Ella me llamó ayer por la noche y me dijo que salía para Frankfurt con su hermano hoy por la mañana. Intentarían alcanzar el vuelo de Lufthansa de la tarde, directo a Colombia, pero si no lo lograban, buscarían otra conexión.

Su abuelo había muerto. ¡Dios mío! Y no se lo dijo. El dolor fue como un golpe sordo en pleno pecho, y después, como una onda expansiva que se extendió por todo su cuerpo, dejándolo bloqueado.

Tommi se mostraba abochornado.

—Lo siento, jefe, pensé que lo sabías... Yo...

Deslizó su silla de ruedas hasta la ventana y se quedó mirando las familiares techumbres sin verlas, en realidad.

—Hemos tenido un malentendido —confesó triste. ¿Qué más podía decirle? Ni él mismo sabía lo que pasaba.

—Todas las parejas lo tienen. Lo superarán. Ahora lo importante es cómo se debe de sentir; debe de estar muy aturdida.

Se giró hacia él.

—Es cierto. Lo que importa ahora es cómo lo está tomando. Intentaré comunicarme con su hermano. Localízame el teléfono de su casa en Colombia, por favor. Y si es posible, el de su otro hermano, Enrique. El de la oficina, o el de cualquiera que me pueda informar de lo que está pasando.

—Bien, jefe.

—Gracias.

No era momento de pensar en su dolor ni en las razones por las que su novia quería distanciarse de él. Lo que importaba en ese instante era la pérdida que acababa de sufrir Alejandra. Estaba seguro de que estaba devastada. Ella amaba a su abuelo. Lo temía, pero lo amaba. Lo que lo desesperaba era no poder consolarla. Quería estrecharla entre sus brazos y decirle que... la adoraba y que... ¿Pero qué diablos importaba? Ella quizá no lo necesitaba. Desanimado, quiso mandar al infierno todo y seguirla a Colombia, pero no la presionaría así. Mucho menos frente a su familia y en las actuales circunstancias. Lo que lo tranquilizaba era que estaba con los suyos y con Samuel, que era un buen hermano. A él le tocaba tener paciencia, y para eso era muy bueno.

Paciencia a que llegara el momento adecuado para actuar.

Intentó comunicarse con Samuel, pero tampoco le contestó. Le dejó mensajes, preguntándole cómo estaba Alejandra, pero no dio señales de vida. Desmoralizado y triste, habló con uno de los ejecutivos en las oficinas de Nokia, un amigo de Mika, quien, como un favor especial hacia él, consciente de su discreción y de los lazos que lo acercaban a Samuel, le corroboró que este había salido para Colombia al funeral de su abuelo y que no había dicho cuándo regresaría. Ni que decir que Enrique tampoco le respondió. Y en Colombia, la secretaria del señor Pablo Quijano solo pudo atender en inglés su saludo.

Frustrado, se paseó en la silla de ruedas como alma en pena por todos los rincones de la oficina hasta que tomó una decisión. Le escribiría. Le expresaría todo su amor y su apoyo en un mensaje. No le importaba poner el corazón a sus pies. ¿Acaso cuando se amaba cabía el orgullo?

Lo que ella deseara hacer con eso estaba fuera de su control.

Enviado por Mika:

Amor mío, siento muchísimo tu pérdida. Sé cómo debes de sentirte en estos momentos, o quizá no lo comprendo en toda su dimensión. De lo único que estoy seguro es de que, si pudiera cargar con tu dolor para que todo fuera más fácil para ti, lo haría. Deseo tanto estrecharte entre mis brazos y besarte mientras te digo al oído que ese dolor un día se irá... Aquí me tienes, esperando por cualquier palabra tuya que me diga si deseas que vaya hasta Colombia para estar contigo.

Te amo, no sabes cuánto.

Tuyo, Mika.

## CAPÍTULO 42

El fuerte sol de la mañana lastimaba sus ojos, y el aroma del aire le sabía a grama fresca y a asfalto de ciudad. Alejandra se escondía en un rincón del pequeño balcón que custodiaba su antigua habitación en el apartamento de su abuelo.

Su abuelo...

Deslizó sus ojos tristes sobre los tejados y los edificios rodeados de jardines verdes y piscinas azules...

Se había ido.

Eso era lo que más le gustaba de esa parte de Cali, la gran cantidad de naturaleza que convivía alegre con el gris y con la polución...

Para siempre.

Flotaba en una bruma gris de la que tenía miedo de salir, porque si lo hacía, se derrumbaría. Aún no era capaz de dimensionar todo el dolor que experimentaba. Se secó la lágrima solitaria que rodaba por su mejilla. Estaba exhausta; el martes por la tarde habían conseguido un vuelo y, gracias a Dios, no habían tenido que quedarse a pasar la noche en Frankfurt. Habían llegado a Colombia el mismo martes por la noche, ya que su país iba nueve horas por detrás del horario alemán. Justo para asistir al funeral, que se celebraría aquel miércoles por la tarde.

Un hombre tan activo y tan poderoso; sin embargo, su corazón no aguantó. La muerte fue lo único que lo venció. Y él lo había sabido. La única vez en que realmente había percibido su gravedad y no se había quejado. Por eso le había hablado sin la dureza que acostumbraba durante los días pasados. No se despidió de ella.

Lloró. Lloraba por lo que nunca pudo ser y porque, a pesar de todo, jamás habría estado lista para verlo partir. El cariño que sentía se quedaría atorado en su ser. Sin puertas ni ventanas por donde salir. Encerrado para siempre en la vehemente necesidad de que fuera correspondido. Enderezó sus hombros, sorbió por la nariz, respiró hondo y limpió cualquier vestigio de lágrimas en su rostro. Atravesó el cuarto y se dirigió a la sala.

En la amplia y elegante estancia, se unió a su madre y a Samuel, quienes, incansables, recibían a todas las personalidades de la ciudad: políticos, comerciantes, empleados y amigos del abuelo que llegaban para ofrecer sus condolencias. La habitación estaba desbordada con las flores y las voces de la gente, mientras Rosita no daba abasto sirviendo café.

Samuel la besó en la frente.

—Salgo para la funeraria.

Alejandra asintió, tratando de sonreírle.

—Nos vemos en la tarde.

Su madre y ella se encontrarían con él y con Enrique en el centro, donde se celebrarían los servicios funerarios, y de allí saldrían con el féretro hacia el cementerio. Intentó mantener la cabeza erguida y atender a aquella vorágine de personas a las que no conocía o a las que hacía mucho tiempo que no veía. Contempló los numerosos rostros, sin verlos en realidad, mientras evitaba pensar en otra ausencia que devoraba su alma. El vano anhelo de tener a Mika junto a ella en aquellos instantes se entrelazaba con la rabia y la desilusión que sentía. Había apagado su *smartphone*. No quería escuchar su voz ni leer sus condolencias. En sus mensajes del domingo y el lunes había percibido su desconcierto, y por un segundo se había preguntado si no se habría equivocado. Pero no. Estaba segura de lo que había visto, y la imagen de Sanna y él besándose la

desgarraba.

Horas después, su madre y ella hicieron un esfuerzo por almorzar. No tenía hambre, pero debía guardar su energía para afrontar lo que seguía. Salieron para la funeraria. Cuando llegó allí, se encontró con sus amigos de la universidad y con su gran amiga Adriana, quien se le acercó y la abrazó. Agradeció las cariñosas palabras de consuelo de todos, comprendiendo cuánto había extrañado el calor de su gente.

Al caer la tarde, los rayos del sol corrían detrás de la fila de coches que escoltaban el féretro. Alejandra, Marisela y Rosita iban en el que conducía Samuel. Avanzaron con lentitud entre el espantoso tráfico del centro de la ciudad hasta tomar la autopista en dirección al sur. Una hora después, o quizá más, discurrieron por una zona llena de amplios tramos verdes entre numerosas edificaciones que mostraban el pujante desarrollo de la periferia de la ciudad. Más adelante, avanzaron por un camino estrecho, poblado a lado y lado de hermosos *chalets* con grandes jardines. De pronto, disminuyendo la velocidad, su hermano giró a la derecha para atravesar las puertas abiertas de un cementerio. Estas, como guardianes afligidos, les dieron la bienvenida. El automóvil continuó por una larga calzada, entre parcelas de una cuidada grama y las flores que decoraban las tumbas. Finalmente, se detuvo en un rectángulo asfaltado.

Se bajaron, y en silencio llegaron al sepulcro donde descansaría el cuerpo del abuelo. Como él lo había querido. Siempre dijo que no deseaba ser cremado.

De pie, con las lágrimas escurriéndose por sus mejillas, contempló cómo el féretro bajaba con lentitud. Las saboreó con sus labios y apretó los dientes mientras sentía que un enorme peso le aprisionaba el pecho. Finalmente, con una sonrisa triste, aceptó la realidad y murmuró un adiós.

No sería para siempre; después de todo, su abuelo era parte de su alma.

¿Cómo podía quererlo tanto si le había hecho tanto daño? No lo sabía. Los límites entre el amor, el rencor y el dolor en una relación filial de maltrato eran tan difusos y confusos que solo quien lo sufría podía comprenderlo. Cuando se alejó y trabajó en sí misma, pudo entender y aceptar que él era tan solo un hombre desdichado y prisionero de su propio desamor. Fue entonces cuando encontró el camino del perdón.

El féretro tocó tierra, y la mano de su madre la apretó con fuerza. Samuel le estrechó la otra.

«Estoy segura de que algún día te veré otra vez, abuelo».

Cuando todo terminó, contempló a Enrique, serio y triste, al lado de su bonita y elegante novia. Sintió pena por aquella mujer que se aferraba a él como si no hubiera más hombres en el mundo. Y sintió dolor por su hermano. Comprendía que había perdido al único ser al que idolatraba. Se desprendió de su madre y de Samuel y se acercó titubeante a la pareja. Con ternura, lo abrazó, y él la abrazó a su vez. Echaba de menos a ese chico que le traía caramelos del colegio, pero dudaba de que regresara. ¿Había sido Enrique alguna vez un niño inocente? Sí, y no tenía la culpa de ser como era; a diferencia de Samuel y de ella, no había tenido la oportunidad de escapar. Era el primogénito, y sobre él recayeron todas las expectativas y la educación del abuelo.

El abrazo se disolvió, y Alejandra se dirigió con su madre y Rosita hacia el automóvil, seguidas por Samuel. La fuerza del sol le hacía daño en la piel y el sofocante calor la abrumaba. Respiró con alivio el aire acondicionado del coche, añorando el tímido sol de Helsinki. El hogar estaba donde estaba el corazón, y este se había quedado con Mika. Sí. Aunque se odiara por querer correr hacia él sin importarle recibir una explicación.

No quería ser el tipo de mujer que por amor a un hombre olvidaba el respeto que se debía a sí misma, pero no podía evitar añorarlo con todo su ser.

Encontraría la forma de salir adelante.

Llegaron a la casa, y el aroma a comida y a flores de cementerio le hizo sentir deseos de



vomitara. Se dirigió a su habitación.

—Aleja. ¿Quiere comer algo, *mija*?

La voz melancólica de su progenitora la detuvo.

—No tengo hambre, mamita, gracias.

Quería estar sola. Su madre asintió, y ella se refugió en su viejo cuarto. Se abrió paso entre las cajas llenas de libros y materiales, que había llevado después de haber entregado el apartamento que alquilaba antes de irse a Finlandia, y, alicaída, se sentó en la cama.

Un toque en la puerta la sobresaltó.

—¿Sí?

Su madre entró con un sobre en una mano y un cuadro en la otra.

—Tenga, *mija*... Su abuelo me dejó esto para usted. —Le entregó el sobre.

—¿Qué es?

—No lo sé. Papá me lo dio una noche y me dijo que cuando volviera a Colombia, se lo entregara. Y esto también. —Le tendió la pintura.

Contempló el óleo, que revelaba la hermosa silueta de una niña regordeta sentada en el alféizar de una ventana. Tenía un cuaderno en su regazo y varios lápices de colores esparcidos alrededor de sus piernas dobladas. Miraba hacia lo lejos, como si memorizara el paisaje que dibujaba. Cuando escuchó el clic de la puerta al cerrarse, depositó el cuadro sobre la cama con suavidad y abrió el sobre. La bonita caligrafía de su abuelo hizo que su corazón se encogiera de dolor.

Muchacha:

Se acerca el final, lo presiento, lo sé, y si no alcanza a llegar, quiero que reciba este cuadro que compré para usted en uno de mis últimos viajes a Miami. Lo encontré en una exposición de una joven promesa colombiana; una mujer y una artista como usted. La niña me la recordó cuando era pequeña y se escondía por los rincones de la casa, con sus papeles y sus colores, dibujando todo lo que había a su alrededor.

No me arrepiento de la vida que llevé; fui lo que estaba llamado a ser. Pero sí hubo una cosa que habría querido realizar en mi vida si alguien me hubiera dado la oportunidad y, tal vez, si no hubiera sido tan pobre como una rata y calmar el hambre en mi estómago no hubiera sido mi prioridad. Me habría gustado ser un artista. Sí. Es que hasta risa me da confesárselo. Eso no da para comer, a menos que sea uno un genio, y yo no lo era. Y de todos mis nietos, usted fue la única que me enfrentó, con todo el coraje con que siempre enfrentó todo, para decirme que quería estudiar arte. Por eso pensé, después de todo, que se merecía una oportunidad y apoyé su carrera.

*Su abuelo*

Pensó que ya nada con respecto a él podía dolerle más, pero se equivocó. Su amor por ella estaba ahí, diminuto y fugaz, como una gota de lluvia que se deshacía al querer atraparla. Como le había confesado: el hambre en su vida había sido más fuerte que el amor. Sus posesiones y su prestigio habían sido lo primero para él. El amor era un sentimiento más complejo de lo que había pensado, y el cariño de una persona rota lo era todavía más. Sabía que su abuelo había sufrido muchísimo en su infancia. Carencias emocionales y miseria; un padre duro y frío y una madre atemorizada y esclava de lo que la sociedad le dictaba a la mujer de aquella época. ¿Cómo podía esperar ella que él fuera diferente? Era verdad que todos tenían la opción de escoger cómo amar y cómo vivir. Desgraciadamente, esa era una ardua tarea que se aprendía solo después de cometer muchos errores y...

Su abuelo había elegido.

Su madre había elegido.

Ella había elegido.

El único afecto que le había demostrado eran aquel cuadro y esa carta. Los atesoraría siempre. Eso, y las últimas conversaciones que mantuvieron por teléfono. Especialmente la última, en la que ella se había atrevido a decirle:

—Te quiero, abuelo.

Sin rencores, sin dolor.

Él no había respondido. No lo esperaba, pero sí le había dicho con suavidad:

—Llámeme mañana, muchacha, ¿quiere?

Esperaba que, donde estuviera, descansara por fin en paz.

El jueves siguiente no tuvo tiempo para afligirse. Estuvo todo el día ayudando a Samuel con los asuntos que el abuelo había dejado pendientes en las haciendas de las que era propietario, mientras Enrique se hacía cargo de los negocios en Cali y de todo lo relacionado con el ingenio. Lo más importante fue elegir a la persona idónea que ayudaría a su hermano mayor cuando ambos regresaran a Helsinki. Samuel retornaría el sábado, y ella se quedaría otra semana con su madre.

El viernes, se despertó con el canto de los pájaros que se colaban por la ventana; por un momento, extendió su mano buscando un cuerpo cálido y una forma de respirar conocida, pero al acordarse de dónde estaba, sintió un dolor tan profundo y tan desgarrador que quiso quedarse todo el día hecha un ovillo llorando en su cama. ¿De dónde iba a sacar las fuerzas para volver a verlo? Estuvo tentada a tomarse libre el mes que Tommi le había propuesto, pero no, aunque se odiara, no quería estar tanto tiempo lejos de él. Además, deseaba regresar a su trabajo y a las clases en la universidad, que comenzarían en septiembre; no quería faltar a ninguna. Desanimada, se duchó y se vistió.

Entró en el comedor y encontró a su madre desayunando.

—¡Buenos días, *mija*!

—¡Buenos días, mamita!

—Ya le sirven, siéntese.

—Solo quiero café.

Su madre asintió, sin presionarla.

—¡Buenos días, niña! —Rosita entró con una jarra de café y otra de leche y las colocó sobre la mesa.

—¡Buenos días! —Se acercó a la empleada, que más allá de ser amiga de su madre, había sido su nana, y la besó con cariño en una de sus arrugadas mejillas.

Tomó la taza humeante, la llevó con ella al amplio balcón que rodeaba el comedor y se acomodó en una de las sillas. Mientras bebía, contemplaba las grandes macetas con los exuberantes helechos que su madre cultivaba. Se dejó envolver por el perfume vivo y fresco de la naturaleza colombiana. Al oeste, el sol abrazaba las altas montañas verdes que se erguían misteriosas y densas. ¿Cuántos secretos ocultaba esa salvaje floresta?

Marisela entró y se sentó en silencio a su lado. La brisa levantó algunos mechones negros salpicados de canas y acarició la dulce sonrisa que le dirigió a su hija.

—No es solo por la muerte de su abuelo su tristeza, ¿verdad?

Su madre la conocía muy bien, o quizá las mujeres comprendían, con solo una mirada, cuándo el amor de un hombre las martirizaba.

—No... —Su voz se quebró.

—Pues váyase ya y regrese a él.

—No es tan fácil, mamita, creo que...

Y le contó lo que vio. Se lo había contado a Samuel en el avión, pero era agradable poder

hablarlo con otra mujer, con su mejor amiga después de todo.

—*Mija*, si hay algo que he admirado en usted, es el coraje que le pone a todo, ¿por qué no le pregunta? Yo creo que debe haber una explicación diferente para lo que vio. No huya de la verdad.

Alejandra la miró sorprendida. La madre que había sufrido un gran desengaño en el amor y que había tenido una vida tan difícil, ¿le decía aquello?

—No lo conozco bien —continuó—, pero, por todo lo que me ha contado, ha hecho mucho por usted, y creo que un hombre así, maduro y equilibrado, no va a echar a perder una relación por un devaneo rápido con otra mujer.

—No lo sé... Quizá tengas razón, pero no quiero ilusionarme. Él ha estado tan raro últimamente que lo que creo es que quiere terminar conmigo, y no sé si podré soportarlo.

Marisela tomó una mano de su hija.

—Usted es muy valiente, y me siento muy orgullosa. Yo sé que no pude ayudarla todo lo que habría querido, pero el gran regalo que Dios me dio fue verla cortar sus cadenas. Sé que... la desilusioné, a usted y a Samuel, porque nunca me enfrenté a papá, pero... No pretendo justificarme, pero era algo superior a mis fuerzas. Al principio tuve mucho miedo y vergüenza, lo desafié por un hombre que no valió la pena y me encontré sola con tres hijos en un país donde no tener dinero es muy duro, sobre todo para la mujer. ¿Quién me los iba a respetar si no tenía un hombre a mi lado? Y yo quería lo mejor para ustedes. La mejor educación que papá podía darles. Deseaba que fueran libres y que pudieran hacer con sus vidas lo que escogieran. Sobre todo, usted, la única mujercita. No quería que le pasara lo que a mí. Quería que estudiara para que se valiera por sí misma y no tuviera que casarse si no era su deseo.

—Lo sé, mamita, lo entiendo... —Alejandra sorbió por la nariz; no quería llorar más, pero parecía que no podía evitarlo. Además, aquella era una conversación con su madre largo tiempo anhelada. Se justificaban miles de lágrimas.

—Y después, no quise ser una carga para Samuel y usted, ¿qué me ponía yo a hacer?, ¿quién me iba a dar trabajo? Si dejaba esta casa, habría tenido que vivir de la caridad de ustedes dos. No —sacudió la cabeza—, les habría arruinado la vida al obligarlos a hacerse cargo de una vieja inútil como yo.

—No lo creo, mamita. Solo necesitabas apoyo, como una vez yo lo necesité... Te sientes así porque eso fue lo que él siempre te dijo, pero... uno nunca sabe de lo que es capaz hasta que lo intenta.

Su madre la miró con dolor.

—Qué sé yo, *mija*; puede que tenga razón, pero pensé que ya era demasiado tarde para mí. Además, yo le prometí que, si los dejaba en paz, a Samuel y a usted, nunca lo abandonaría. Aunque eso no le impidió hacer sus tretas sin que me diera cuenta. Una de ellas fue enviar a Enrique e intentar traerla de Finlandia.

—¿Qué quieres decir?

—Que me pareció muy raro que Enrique fuera a visitarla, y más raro aún, con Salomón. Sé que es mi hijo, pero lo conozco, y no toma decisiones que no tengan un fin. Tuve miedo de que papá lo hubiera enviado para meterle a usted ideas en la cabeza de que debía regresar, y, de paso, que tuviera una descortesía con su novio.

—¿Tú crees? —Levantó los hombros, restándole importancia—. De todas maneras, Enrique se comportó conmigo como acostumbra, y con Mika fue... digamos que cortés. En cuanto a Salomón, su presencia no fue importante para ninguno de los dos, si te soy sincera.

—Bueno, eso me alivia, pero... —La miró a los ojos—. Vuelva con su novio, *mija*, y aclare

las cosas.

—Pero tú...

—No se preocupe por mí, yo estoy bien, Rosita me cuida. Papá me dejó este apartamento, y ahora que soy la dueña, puedo hacer lo que quiera con él. Quizá lo venda y me compre dos más pequeños. Puedo vivir en uno y poner el otro en alquiler. Enrique se casará pronto, y creo que ahora que su abuelo no está, se mudará a su apartamento. Su abuelo lo dejó a cargo de todo, y, eso sí, en eso es muy bueno. Así que, como ve, no me faltará nada. Váyase, *mija*, viva la vida como desee, que es muy corta y solo tenemos una.

Alejandra le sonrió con una dolorosa alegría.

—Gracias, mamita; podrías visitarme, ¿sabes?

—Sí, me gustaría conocer ese país; podría ir con Rosita.

—Me encantaría tenerlas a las dos por allá. —La abrazó con fuerza.

Con el corazón en un puño, se levantó. Quería saltar, correr y volar hacia Finlandia. Samuel, que entraba en esos momentos, le ofreció una dulce sonrisa.

—¡Buenos días, *enana*!

—Quiero irme contigo el sábado.

—Sabía que me dirías eso, por eso le pedí a Raúl que hiciera una reserva para los dos. Le pediré que las confirme.

Se dirigió a su cuarto, abrió el cajón de la mesa de noche y sacó su *smartphone*. Lo puso a cargar mientras hacía la maleta. Cuando lo pudo encender, sintió que su cuerpo se paralizaba al descubrir los dos mensajes que Mika le había enviado. Con manos temblorosas, los abrió, y a medida que los leía, no paraba de llorar.

Enviado por Mika:

Amor mío.

Necesito decirte que te extraño, que te añoro con cada pedazo de mi ser. Me estoy ahogando en el dolor que tu silencio me causa. No quiero pedirte nada en estos momentos tan difíciles para ti. Solo quiero que sepas que te estoy esperando y que te esperaré siempre.

Tuyo, Mika.

Sintió que su alma se fracturaba en miles de moléculas; las vio rodar y perderse por todos los rincones de su cuarto con la sensación de que jamás las juntaría otra vez. Nunca quiso lastimarlo. Su dolor era el dolor de ella también. Su madre tenía razón: debía ir y afrontar con él la verdad. Tenía que haber otra explicación para lo que vio. No podía creer que el amor que palpaba en esos mensajes fuera una mentira. ¿Entonces por qué? No importaba. Si algo había aprendido con la muerte de su abuelo era que, mientras hubiera vida, no se debía desperdiciar ni un día para decir un «te amo». Y ella amaba a Mika, tanto que ya no le importaba lo que había visto. Si tenía que perdonar esa debilidad, pues lo haría.

Saldría para Helsinki en el primer vuelo que encontrara.

## CAPÍTULO 43

Julio se había ido, el mes de agosto estaba a punto de llegar a su fin, y su corazón no había dejado de sangrar. Con pasos cansados, Xisca recorría la zona peatonal de la bahía de Töölö, que, como una serpiente, zigzagueaba a lo largo del parque Hesperia. Miraba sin interés el mar, a la izquierda, y el verde y los colores de la naturaleza, a la derecha. Hacía un mes que Samuel le había confesado sus sentimientos. Un mes en el que había cumplido lo que le había prometido: que no la volvería a molestar. Levantó la cabeza al escuchar el graznido de las gaviotas alzando el vuelo, y la luz del sol la encegueció. Sacó sus gafas y se las puso. Desanimada, continuó caminando. Los corredores y las parejas que sacaban a pasear a sus hijos y a sus mascotas la adelantaban, y la felicidad que contemplaba en sus expresiones la hería. La hería, como le dolía que Samuel hubiera roto su otra promesa: que seguiría siendo su amigo. No había vuelto a visitarla.

«¿Y qué esperabas? Desnudó su corazón ante ti y tú no haces nada».

Era una cobarde. Una amargada. Una...

Estaba hecha un lío. Había visitado Suecia y no había sido capaz de viajar a Copenhague sin él.

Sus padres la habían visitado una semana, y mientras fue su guía, se distrajo un poco, sin embargo, tras su partida, no levantaba cabeza. La capa helada bajo la que se había guarecido durante más de dos años se derretía entre las lágrimas que derramaba por las noches. La hibernación de su alma había terminado. Por un lado, se alegraba, pues se sentía completa otra vez, pero, por el otro, la vulnerabilidad y el dolor que experimentaba eran difíciles de sobrellevar.

Lo que más le consternaba era darse cuenta de cuánta rabia había acumulado contra sí misma. De cuánto se había castigado por haberse equivocado con Juan. Y ya era hora de que se perdonara. Era un ser humano falible, como todos, y tenía que aceptar que los desengaños y las traiciones formaban parte del proyecto del amor. Amar conllevaba riesgos y debía asumírselos como la mujer madura que era.

Anhelaba ver a Samuel y explicarle todo lo que sentía.

Anhelaba abrazarlo y besarlo. Quería arriesgarse con él.

Pero se había ido con Alejandra a Colombia. Su abuelo había muerto. Tía se lo había dicho. Su dolor se incrementó cuando supo que no fue a ella a quien había acudido. A pesar de eso, le había enviado un cálido mensaje de condolencia, al que él había respondido. Eso era lo que más la afligía, la dulzura con que le había contestado. Le había preguntado cómo estaba, y si sus padres la habían visitado. No podía creer cuánta nobleza guardaba aquel hombre.

Había llorado toda la noche después de leer y releer sus palabras.

Era hora de bajarse de aquel pedestal de orgullo en el que se había parapetado por temor a que la dañaran y hacer algo por ese amor que comenzaba a nacer.

Él valía la pena.

De pronto, una fuerza liberadora la estremeció. Su sonrisa resplandeció por encima de las parejas cogidas de la mano y de los arbustos salpicados de hortensias al mismo tiempo que dejaba que el aliento marino entrara en sus pulmones y se llevara el último vestigio de duda.

Con la esperanza golpeándole en el pecho, se dirigió a la calle Mannerheimintie y buscó la parada del tranvía.

Necesitaba regresar a casa.

Caía la tarde cuando llegó a su piso. Le dio un beso a *Duquesa* y se dirigió a su dormitorio. Se sentó sobre la cama, con el ordenador en su regazo, y lo encendió. Y mientras la gata jugaba con el dobladillo de su blusa, le escribió un correo a Samuel.

De: xis23mora@es.com

Para: samueldiazquijano@nokia.com Asunto: Confesión

Querido Samuel:

Quizá haya sido una necia. Quizá haya sido cruel y tonta por no haberme atrevido a abrirte mi corazón; por no haber tenido el coraje de recibir lo que me ofreciste y de devolvértelo. Pero basta de cobardías. Quiero demostrar el mismo valor que tú has tenido. Y aquí estoy, confesándote mis miedos y mis deseos en esta carta.

He tardado en sanar mis heridas. He tardado en asumir mis errores; en perdonar y perdonarme. Supongo que mi gran pecado es ser una persona demasiado apasionada y orgullosa. No hago nada a medias. Cuando me enamoro, lo doy todo y quiero lo mismo a cambio. Como una vez lo hice. Pero me equivoqué y me odié por ello. Le entregué mi amor y mi devoción a un hombre que no los merecía y que nunca me quiso. ¿Cómo podía saberlo si crecí con él? Fue el compañero de mis juegos infantiles, el que me robó el primer beso y me regaló la primera flor. Mi mejor amigo, y creí que jamás sería capaz de hacerme daño. Pero lo hizo.

Cuando rompió conmigo, se transformó en un desconocido. Se deshizo de mí como se tira un zapato viejo que ya no se necesita. Me dijo cosas tan crueles que destruyó la fe en mí misma y en el amor. Tambaleó todo mi universo, y para sobreponerme al dolor, dejé que la rabia me invadiera. Me castigué por haber sido tan ingenua congelando mis sentimientos hacia cualquier otra posibilidad de afecto en una relación.

Sin embargo, por fin he comprendido que aquella chica debía crecer, y que mi exnovio era tan solo un pobre hombre, con defectos y debilidades, buscándose a sí mismo, como yo. Supongo que eso forma parte del gran proyecto del amor: conocernos a nosotros mismos, aunque en ese proceso hagamos daño al no poder colmar las expectativas del otro.

En cuanto a mí, aprendí a conocerme y a saber de lo que soy capaz. ¿Sabes, Samuel?, jamás pensé que tendría el valor de dejar mi país y a mi familia para abrirme camino en una tierra con costumbres tan diferentes a las mías; pero ya ves, lo he logrado. Y eso me hace muy feliz.

También me hace feliz pensar en ti. Desde que tú llegaste, mis días grises se tornaron en días donde abundan los colores. Y he luchado contra el deseo de verte y de estar contigo, pero ya no quiero luchar más.

Me estoy rindiendo, Samuel. Aquí estoy, lista para quererte y que tú me quieras. Mi corazón te necesita, no te imaginas cuánto.

Cuando vuelvas a Helsinki, si aún sientes algo por mí, espero que nos demos una oportunidad.

Con todo mi cariño,

Xisca.

## CAPÍTULO 44

El sábado por la noche, Samuel y Alejandra salieron de Cali en un vuelo de la KLM directo a Ámsterdam. Su hermana dormía a su lado y él miraba sin ver la tenue luz de los pasillos del avión. Estaba exhausto, su cuerpo quería descansar, pero su mente se rehusaba a hacerlo. Desde que se había enterado de la muerte de su viejo, había intentado ser un pilar de fortaleza para su madre y su hermana y no había tenido tiempo de asimilar su propio dolor. Junto a Enrique, le había tocado hacerse cargo de los asuntos en torno al funeral, y después, tomar diversas decisiones, como elegir a las personas idóneas que apoyarían a su hermano cuando él ya no estuviera.

Su viejo se había ido para siempre. Aquel hecho lo sacudía todavía.

Le había llevado toda una vida y años de psicoterapia comprenderlo y aceptarlo como era, y al final, el perdón fue lo único vivo y verdadero entre los dos. Si no hubiera sido así, habría resultado imposible quererlo como lo quería. Comprender a ese hombre de otro siglo, forjado golpe a golpe, le había costado. Pero en su funeral, cuando observó el desfile de despedida de todos sus empleados, había entendido el legado que dejó tras de sí. Una persona con su poder se debía al bienestar de todas esas familias que dependían de ella. Resolver las diferencias con la suya nunca fue importante. Al menos le quedaba la satisfacción de que habían hecho las paces antes de que se fuera para siempre. Seco, le había preguntado por la vida que tenía en Finlandia cuando lo había llamado la semana anterior, y aunque le dolía que no hubieran podido hablar como dos buenos amigos, le agradecía de corazón la voluntad de comunicarse con él. Fue el viejo quien tomó la iniciativa, y para alguien tan orgulloso, suponía una gran demostración de cariño.

Suspiró y se removió en el asiento; el sueño se negaba a aparecer. Volvía a Helsinki y tenía que afrontar aquella honda herida de amor no correspondido. Por experiencia sabía que todo se olvidaba en el regazo del tiempo, pero mientras tanto era como si alguien hubiera hundido un punzón en sus entrañas y le diera vueltas sin compasión. Hacía un mes que le había abierto su corazón, y a ella no le había importado. Intentaba que la autocompasión no lo consumiera; hartó difícil, con toda la historia de fracasos amorosos que llevaba a cuestas.

Había bastado un cálido mensaje de condolencias de parte de ella para que su corazón se desmoronara. Sin embargo, le había prometido ser su amigo por encima de todo, y por Dios que lo cumpliría.

Se dio la vuelta, tratando de buscar una posición que relajara sus músculos. No lo consiguió. Con cuidado de no despertar a Alejandra, encendió el ordenador para trabajar. Revisó su correo para ver si había algún mensaje importante de la compañía y... su corazón se detuvo. Había un mensaje de Xisca. Retomó su ritmo con tan furiosos latidos que tuvo miedo de que todos en el avión lo escucharan. A medida que leía, la alegría lo ahogaba. Quiso saltar. Quiso llorar. ¿Por qué no? Incrédulo, se pasó las manos por la cabeza, revolviendo sus cabellos. Dos lágrimas solitarias se deslizaron por sus mejillas. Las mordió en sus labios y sonrió. Tras respirar hondo para calmarse, flexionó sus dedos para contestarle...

Horas más tarde, el domingo por la mañana, el olor del desayuno lo despertó. Las azafatas trajinaban de aquí para allá sirviéndolo. Se incorporó y, mientras se desperezaba, escuchó el sonido de su *smartphone*. Con una sonrisa secreta, lo revisó. Sí, era un mensaje de Xisca. Le pedía el número del vuelo para ir a por él al aeropuerto.

¿Podía ser alguien más feliz que él?

No, seguro que no.

Después de la escala en Ámsterdam, aterrizaron en el aeropuerto de Vantaa a las ocho de la noche. Ambos llevaban equipaje de mano, por lo que la salida de la zona de desembarque fue rápida y sin contratiempos. Preso del nerviosismo, recorrió con su hermana el corredor en dirección a la salida. Las puertas automáticas se abrieron, y barrió con la mirada a la gente que esperaba. De pronto, la vio: sus ojos verdes brillaban y su boca sonreía con cierta timidez. Se había recogido el pelo en una coleta y llevaba un hermoso vestido azul. Lo sorprendió agradablemente, porque casi siempre la había visto usar colores oscuros. Se dio cuenta de que Alejandra se quedaba atrás mientras él avanzaba, y cuando llegó ante ella, le susurró:

—Hola.

—Hola.

Contempló cómo las lágrimas rodaban por sus mejillas y, con ternura, se las limpió antes de estrecharla entre sus brazos. La apretaba tanto que hasta a él le dolió.

Pero era un dolor pleno de felicidad.

No supo cómo ni cuándo los labios de ambos se encontraron, ansiosos y apasionados. Se embriagó con el sabor de su aliento y con la sensación de la lengua de Xisca buscando la suya. Mientras tomaba aire, enterró la nariz en el aroma de su pelo; luego, dejó un reguero de besos por sus cejas, sus mejillas, sin dejar de abrazarla. Y se quedaron así hasta que sus corazones se calmaron.

Xisca le susurró:

—Vamos a tomar un taxi.

Asintió y se hizo a un lado. Fue entonces cuando Alejandra se acercó.

—Hola, cuñada. Me alegra verte —le dijo su hermana con cariño.

Las dos se abrazaron.

—Gracias, Aleja, a mí también me alegra verte; no sabes cuánto.

Fuera, la luz del sol bañaba con suavidad a la gente que se desplazaba con sus maletas, buscando un taxi o dirigiéndose hacia las numerosas paradas de buses. Hicieron cola hasta que les llegó el turno y se subieron en uno de los vehículos.

Xisca y él se sentaron muy juntos, con las manos y los corazones entrelazados.



## CAPÍTULO 45

Aquel domingo por la noche, herido y desilusionado, Mika rumiaba su tristeza deambulando en la silla de ruedas por todo su piso. Sentía que cada minuto que pasaba sin saber de ella se tornaba en una eternidad. Como si un cuentagotas dejara caer el tiempo para desesperarlo. Lo peor era el vacío de la soledad que lo devoraba y que ni siquiera su trabajo aliviaba.

No le contestaba los mensajes. No lo llamaba. ¡No le decía nada!

Unas veces, sentía rabia contra ella por dejarlo así, por no dignarse a darle una explicación, pero otras, se angustiaba por no poder confortarla. Se martirizaba imaginando a su exnovio aprovechándose de las circunstancias para hacerlo.

Quería mandar todo al diablo y salir para Colombia, pero tenía miedo de no ser bien recibido. Enrique seguro que no lo aceptaría, y Samuel, no lo sabía, puesto que tampoco había respondido a sus llamadas. Y no sabía qué hacer para mitigar esa frustración.

Minna lo había invitado a cenar con Obafemi y con ella, pero sabía que notaría su melancolía y no quería explicarle lo que había pasado. Ni siquiera él lo comprendía. Además, le daba vergüenza que su familia se diera cuenta de que su relación había sido un hermoso sueño, roto por la realidad de su discapacidad.

Maldita sea, no quería hundirse en la autocompasión.

Fue a por un trago; quizá si se emborrachaba, no pensaría más. Pero después de algunas copas, su cerebro se negaba a colaborar, y las reflexiones y los sentimientos continuaron desfilando hasta ahogarlo. Tenía que haber una razón para su rechazo, pero ¿cuál? Algo tuvo que haber sucedido aquel fin de semana en que no estuvo con él. ¿Enrique le habría dicho algo? ¿Había hecho bien en no informarla sobre la conversación que habían tenido? ¿O sería que, sensible como era, había percibido su decaimiento como una falta de amor hacia ella? Se pasó las manos por el rostro. Pero si era así, ¿por qué no se lo dijo?

De pronto, el zumbido de su móvil lo sobresaltó. Con desgana, lo tomó y... su corazón saltó con tal ímpetu que le lastimó el pecho.

Enviado por Alejandra:

Estoy aquí, frente a la puerta de tu apartamento.

Fue el timbre lo que lo obligó a salir del estado catatónico en el que se hallaba. Empujó con fuerza la silla de ruedas en dirección al vestíbulo y abrió la puerta. Allí estaba Alejandra, más delgada y con la cara demacrada, revelando todo lo que había sufrido en aquellos días.

Las lágrimas le hicieron cosquillas en la garganta e, inseguro, ahondó en su mirada. Percibió en ella amor, miedo, dolor y esperanza. Todo a la vez. Pero fue el brillo de ese amor lo que le dio el coraje para tirar de ella, sentarla sobre su regazo y abrazarla con tanta fuerza, con tanta firmeza que los brazos le dolieron. Ella lo estrechaba con la misma desesperación. La Tierra dejó de girar y el reloj detuvo las horas. El placer y el alivio que experimentaba eran tan grandes, tan infinitos que casi pudo escuchar los pasos de la soledad alejándose, de la mano del dolor de los días pasados.

Los latidos de ambos corazones se susurraban que nada más importaba si estaban juntos y se amaban.

La soltó, anhelando besarla. Titubeante al principio, rozó su nariz con la suya, pero fue ella quien, impaciente, posó los labios en los suyos. Tomando el control, la besó con toda la pasión y

la añoranza que había guardado. Saboreó el amor en su lengua, en su aliento; caminó por su nariz, por sus mejillas, por sus cejas. Descendió hasta el mentón, lo recorrió, y luego volvió a subir para perderse en su boca. Con el mismo fervor, ella le devolvía cada caricia. Las yemas de sus dedos lo tocaban por todas partes, elevando la dulce agonía del deseo. Palpó la sal de las lágrimas. ¿Las tuyas o las de ella?

Respirando con dificultad, apoyó su frente contra la de Alejandra y le preguntó:

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué fue lo que hice? ¿Qué fue lo que dije?

La escuchó sollozar al enterrar el rostro en su pecho.

—Te vi con Sanna.

—¿Qué? —Le pareció que no había oído bien, pero una vez que su cerebro procesó la información, le levantó la barbilla, buscando la explicación en sus ojos—. Repíteme lo que dijiste, por favor.

—El domingo fui a la empresa y te vi con Sanna.

Anonadado, manifestó:

—¿Por qué no me lo dijiste? No puedo creer que tú pensaras que ella y yo... Lo pensaste, ¿verdad? —Ella asintió y él se sintió ofendido, dolido, pero al mismo tiempo aliviado, porque por fin sabía la verdad—. Por Dios, ¿cuánto tiempo estuviste observando?, porque si te hubieras quedado cinco minutos, te habrías dado cuenta de que yo la rechacé. —En su ofuscamiento, se percató de que no había cerrado la puerta y de que todavía estaban en la entrada. Se dirigió con su preciosa carga a la sala y, a pesar de la decepción y del enojo, se enterneció al ver su mirada avergonzada. Con un suspiro, cerró los ojos y la besó en la frente, en la sien—. Escúchame, no tuve nada que ver con ese beso. Sanna es una amiga y nunca he dicho ni hecho nada para que ella piense que somos algo más. Fue un momento sumamente embarazoso para los dos. Si te hubieras quedado, te habrías enterado sin necesidad de preguntarme. ¿Cómo pudiste pensar que yo te haría algo así? Nunca, escúchame bien, Alejandra, nunca te mentiría. El lema que ha regido mi vida es decir siempre la verdad, por dolorosa que esta sea.

—Lo siento, es que pensé que tú... —Sus ojos se llenaron de lágrimas, y lo que más le dolió fue percibir lo herida que estaba—. Llevabas días callado, triste, como si... —Bajó sus párpados, pero Mika le alzó la barbilla con suavidad.

—¿Como si qué?

—Como si te hubieras aburrido de mí. Sentí que ya no deseabas que me quedara contigo.

Qué locura. Por lo visto, sin querer, había lastimado profundamente a su novia. Se sintió avergonzado por no haberle expresado con claridad lo que sentía. Había estado tan ensimismado en su dolor que había olvidado algo muy importante en su relación: el diálogo. Alejandra tenía que haber sabido lo que le pasaba para que juntos pudieran apoyarse y encontrar una solución como pareja. Tomó su cabeza con ternura y le dejó un reguero de besos por todo el rostro antes de explicarle:

—Amor mío, te pido perdón por no contarte lo que me entristecía. Tienes derecho a saber todo lo que me pasa. Como te dije un día, eres mi pareja y debí buscar tu comprensión y tu ayuda. Soy un estúpido. No me molesta que estés todo el tiempo conmigo. Nunca, escúchame bien, nunca pienses eso; es más, espero que desde ahora vengas a vivir aquí. Solo pretendía que disfrutaras de tus amigas y de tus otras actividades, como antes de que nos hiciéramos novios. Tenía miedo de que sintieras que yo te asfixiaba. De que mis límites y todo cuanto conlleva compartir mi discapacidad te ahogaran. No se me ocurrió que pudieras creer que te quería apartar de mi lado. Por Dios, si tengo que hacer un esfuerzo para mantener mis manos lejos de ti. —La besó con deseo para que no le quedara duda alguna—. En cuanto a mi tristeza, te pido disculpas por no

compartir mi dolor contigo. Pero es... —tragó saliva con esfuerzo— muy difícil para mí hablar sobre esto.

Le costó varios segundos reunir el valor para continuar, mientras Alejandra besaba con ternura su mentón, la comisura de sus labios, infundiéndole valor.

—Después del accidente, me llevó más de un año aceptar lo que quedó de mí. Cuando me di cuenta de todo lo que implicaba la sucia tarea de controlar mis esfínteres, perder mi virilidad y mi independencia, me sentí tan avergonzado, tan frustrado que me deprimí. Pensé que había superado todas esas emociones, pero parece que no fue así. Cuando tú apareciste, a pesar de mi discapacidad, estuve tan concentrado en conquistarte y en encontrar el coraje dentro de mí para demostrarte lo valioso que podía ser que no pensé en el mañana. Es decir... —no quería confesar que sus dudas habían nacido con el interrogatorio de su hermano—, no pensé en las desventajas de esta relación para ti en el futuro.

—¿Qué desventajas para mí? —lo interrumpió Alejandra—. Pensé que para ti estaba claro que eres todo lo que quiero en mi presente y en mi futuro.

—Amor mío, no es tan simple. ¿Qué pasará si no podemos tener hijos? Y si los tenemos, ¿cómo puedo cuidarte y ser tu compañero en iguales condiciones que tú? Tengo miedo de no poder ofrecerte todo lo que te mereces. Tú conoces toda la paciencia que debo tener para desplazarme a cualquier sitio, los hábitos de autocuidado que exige mi cuerpo para evitar el deterioro. Tuve miedo de que un día todo eso fuera demasiado para ti.

—Mika, espera, espera, por favor. —Los dedos de Alejandra cubrieron sus labios con esa dulzura que tanto había extrañado—. Me enamoré de ti como eres. Todo tú. Tu inteligencia, tu noble corazón, tu pasión, tu sensualidad, tu honestidad, tu espectacular cuerpo y tu discapacidad. No puedo decirte que no me importa esa discapacidad, porque eso hace que seas la persona a la que yo amo y admiro. Forma parte de lo que eres, y no tengo miedo de afrontar las frustraciones que tengamos que sortear. Mi alma está llena de cicatrices también. Soy desconfiada, dura conmigo misma; tengo tantas carencias afectivas que dudo de todo, y eso, segurísimo, creará obstáculos que tú deberás comprender. Pero me gusta creer que donde yo flaqueo, tú no. Y que donde tú flaqueas, yo no. Toda esa capacidad de amar que tienes en tu alma cura mis heridas. Eres el hombre de mis sueños, y no cambiaría nada de ti. Nada. Si tenemos hijos, los educaremos con lo que cada uno pueda aportar. Si no, buscaremos otras alternativas. Pero lo más importante es que te tengo a ti, y que nos cuidaremos el uno al otro. Con lo positivo que eres, ¿no crees que con tanto a favor resolveríamos las dificultades que se nos presentaran? En vez de pensar que llegaría a cansarme de ti, ¿por qué no pensar que mi amor sería cada día más grande?

Emocionado, aliviado y enamorado de ella más que nunca, le dijo:

—Así que soy el hombre de tus sueños. —Sonrió y acomodó uno de sus mechones detrás de la oreja—. ¿De verdad tengo un cuerpo espectacular?

Ruborizada, tomó su mano y la llenó de besos.

—Sí, señor. Me enloquecen tus músculos. —Acarició con timidez sus brazos, su torso, mientras se besaban.

Suspiros, alientos entremezclados, labios sedosos que encajaban con dulzura y pasión.

—¿Estás segura, amor mío?

—Mika, te adoro. Confía en mi amor, por favor. Seguramente, te habrás dado cuenta de que soy una mujer que se toma todo muy en serio.

—¿Y a ti?, ¿te ha quedado claro que te adoro y que eres la única mujer para mí?

—Sí.

—Entonces mañana mismo pido cita en el registro para casarnos lo más pronto posible. ¿Estás

de acuerdo?

—Muy bien, jefe.

—Y... ya que estoy abusando de mi poder... —besó ambos hoyuelos—, quiero que organices todo para que nos casemos por tu religión.

Alejandra lo miró con los ojos encharcados.

—¿Quieres meterte en semejante berenjenal?

—Sí, señorita. Sé que es importante para ti, entonces también lo es para mí.

—Es probable que tengas que realizar un tedioso curso prematrimonial en el que un cura te aburrirá, o, mejor, te asustará al explicarte todos los compromisos y deberes de un matrimonio católico y...

La interrumpió con un beso.

—Absolutamente seguro. Y esta semana vamos a tu piso y nos traemos todas tus cosas. Pero dime, amor mío: ¿cómo están tu madre, Samuel y Enrique?

Durante la siguiente media hora, Alejandra le contó todo sobre el funeral y los sentimientos de dolor y agradecimiento al recibir un cuadro y una carta que su abuelo le había dejado. Después de escucharla, la instó a seguirlo a la cocina y la hizo tomar asiento mientras le preparaba algo de comer. La veía exhausta y muy delgada. Le pasó una copa de vino tinto y luego se puso a tajar un pan de avena, que acompañó con varias clases de queso, salmón y arenques. Dieron buena cuenta de todo, y cuando notó que estaba adormilada, la llevó a la cama.

Entre las sábanas, la escuchó decirle:

—Su muerte me duele más de lo que pensé. Siento su ausencia como si tuviera un yunque que aprisiona mi corazón, y no sé cuándo desaparecerá esta horrible sensación.

—Con el tiempo, mi vida. Con el tiempo.

La abrazó con fuerza hasta que se quedaron dormidos.

## CAPÍTULO 46

San Enrique, la pequeña catedral católica de la ciudad de Helsinki, haciendo gala de la misma sencillez que un templo luterano, se disponía a celebrar un matrimonio en la época del adviento. Las macetas que descansaban frente al altar extendían sus tallos rebosantes de flores. La danza cambiante de las llamas de los cirios, la discreta luz de las lámparas en lo alto y el tibio calor del radiador transmitían una agradable atmósfera de recogimiento.

Los reclinatorios se alineaban con callada expectativa, luciendo en los extremos un ramito de orquídeas, y el suave murmullo de la concurrencia flotaba acompañando al novio, que esperaba cerca del altar.

Fuera, el automóvil de Samuel se deslizaba entre las calles mientras Alejandra contemplaba por la ventanilla el brillo del sol sobre la fría mañana. Los días anteriores había nevado lo suficiente para cubrir la ciudad con una gruesa frazada blanca. Giró la cabeza y le sonrió a su madre, sentada a su lado en la parte de atrás. Para Marisela y para Rosita, aquel paisaje había supuesto un raro acontecimiento que había merecido fotos y largas caminatas por los parques, a pesar del frío y del miedo a caerse. Como niñas, habían palpado la nieve ante la mirada paciente de Mika y de ella.

Suspiró y respondió a la sonrisa que su hermano le dedicaba a través del espejo retrovisor.

—Aleja, se te olvidó ponerte algo prestado —le recordó Xisca repentinamente.

—No, no lo olvidé. Mi amiga Adriana me prestó su pulsera de oro, mira. —Extendió su brazo.

El coche se detuvo cerca de la entrada de la iglesia. Nerviosa, Alejandra se apeó y se las arregló para aferrarse al brazo que Samuel le ofrecía, al tiempo que sostenía el ramo de orquídeas. Del otro lado, entrelazó la mano con la de su madre. Xisca los siguió detrás, abrazada a Rosita, después de que su hermano las ayudara a bajarse.

Subieron por los escasos peldaños que desembocaban en la antecámara de la iglesia. Dentro, se quitó el abrigo y se lo entregó a su amiga. La familia, los amigos y los colegas de Mika y de ella estaban presentes. Caminar entre toda esa gente la inquietaba. Antes de entrar en el salón principal, echó una ojeada a su vestido blanco, de un sencillo corte romántico, cuya fina tela moldeaba sus senos y, después, caía libre hasta cubrir sus pies. Los hombros y los brazos estaban cubiertos por un tejido transparente que la protegía del frío y, al mismo tiempo, dejaba ver el color bronceado de su piel. Su madre se lo había traído de Colombia.

Escuchó la música.

—¿Lista, *enana*? —Su hermano le sonrió.

—Muy lista.

Abrieron la puerta y entraron en la cámara principal, avanzando despacio por el largo pasillo. Todos alrededor eran como puntitos de colores que fluían y desaparecían, pues solo tenía ojos para la mirada azul que la esperaba delante. El resplandor del amor que vio en ellos la emocionó. Sonriéndole con timidez, admiró el traje negro, con una impecable camisa blanca y una corbata gris, que lucía. Cuando llegó ante él, la ayudó a sentarse en el único asiento y, acto seguido, ubicó la silla de ruedas a su costado derecho.

El sacerdote los miró con aparente complacencia y, luego, se dirigió a la audiencia. Como en un sueño, Alejandra escuchó las palabras, que, hiladas en perfecta armonía, pasaban del finés al español, difundiendo un mensaje sobre el amor y sobre la búsqueda de lo sublime en él. Después, escuchó el susurro de su voz cuando dijo: «Sí, quiero». Un susurro sentido con toda la fuerza de

sus entrañas. Mika deslizó el anillo por su dedo y la miró a los ojos con intensidad. Con torpeza, ella hizo lo mismo, pues no quiso soltar el ramo para evitar dañar las flores.

Con las manos enlazadas, recibieron la bendición, y tras ella, sintió el beso firme y apasionado de su esposo.

Mientras los invitados se colocaban los abrigos y abandonaban la iglesia, Mika, juguetón, tiró de ella y la sentó sobre su regazo. Empujó la silla de ruedas en dirección a los percheros.

—Señor Fischer, ¿has entendido que has quedado atado a mí para siempre? —le dijo en tono bromista.

—Vaya, qué sorpresa, iba a preguntarte lo mismo, señora Fischer. ¿Está claro para ti que has quedado atada a mí para siempre?

—¿Eso hice? Oh, señor, déjame decirte que eres un hombre con suerte.

La carcajada de Mika fue acompañada por un beso.

—De eso no tengo duda.

Alejandra se levantó y, con cuidado de no estropear las orquídeas, se puso el abrigo. Mika hizo lo mismo con el suyo. Luego regresaron al altar para salir por el lateral derecho, donde había una rampa por la que su esposo podía desplazarse sin problemas.

Copos de nieve caían y se confundían con las burbujas de jabón que los familiares y amigos dejaron caer sobre ellos cuando descendieron por el declive. El aliento mojado de la nieve retozando sobre su rostro la estremeció. Feliz, se inclinó para recibir el beso y la felicitación de su madre. Siguió Samuel y Enrique; este último la había sorprendido al decirle que asistiría con su novia. De reojo, vio que Gerard, el padre de Mika, se inclinaba para abrazar a su hijo. Luego se incorporó y se acercó a ella. Muy alto, con abundantes canas en su cabello castaño y con los ojos de un azul diferente a los de su esposo, la miró con afabilidad.

—Es un placer tenerte en la familia; mi hijo tiene suerte.

—Muchas gracias, pero la que tiene suerte soy yo.

Una sonriente Minna se acercó y la besó con cariño. Obafemi casi la alzó; era como ser abrazada por un oso gigante, y por poco se le cae el ramo, pero Minna, rápida, lo rescató.

Cuando volvió a sentir sus zapatos sobre la nieve, contempló cómo Ulla se acercaba. Con suavidad, tomó su mano y, a la vez que cogía la de Mika, les dijo:

—Enhorabuena a los dos. —La serena bondad que advirtió en sus ojos, cuajados de lágrimas, la llenó de una honda gratitud.

Una hora más tarde, todos los invitados se encontraron en el amplio salón de un restaurante ubicado en una pequeña isla frente al popular parque de Kaivopuisto, a la que se podía acceder a pie por un largo puente de madera. Mika y Alejandra avanzaban cogidos de la mano. Se acercaron a conversar con Bernadette.

—Espero que *Júpiter* esté bien. —Le sonrió con afecto.

—Ha crecido desde la última vez que lo viste, y tiene el pelo más largo. Le encantará verte y conocer a tu adorable esposo.

—Cuenta con ello —le dijo galante Mika.

Oh, pobrecito, no sabía a lo que se comprometía, por lo que Alejandra se apresuró a decir:

—Me temo, amor, que vas a tener que vértelas con un enorme y travieso demonio.

—Tu esposa tiene razón —rió la irlandesa.

De repente, la puerta principal se abrió y entró un llamativo invitado. Muy alto y delgado, lucía con desparpajo un estrafalario traje color vino tinto y una singular camisa blanca. Supuso que era el famoso arquitecto y diseñador Pertti Putaja, el mayor accionista de *art & viiva*. Se aproximó a la pareja.

—Amigo, me alegra tenerte aquí. —Mika extendió la mano.

—No podía perderme el día más feliz de tu vida; pero, venga, quiero abrazar y besar a tu bella esposa. —Se giró hacia Alejandra y, a continuación, le estampó tres besos—. Me temo que es la costumbre en el sur de Francia, y yo la aprovecho donde quiera que voy. Alejandra, me han dicho que eres muy creativa, y por lo visto tienes muy buen gusto en lo que a hombres se refiere. Te has casado con uno muy honorable.

—Lo sé.

—Enhorabuena a los dos. Mi humilde *chalet* en la Riviera estará a su disposición para cuando quieran dejar atrás el duro invierno de este país.

—Muchas gracias.

Minutos después, ambos se separaron. Mika se vio arrastrado por una ola de colegas y allegados, y Alejandra, por sus familiares y amigos.

Se sentó al lado de Xisca y de Samuel, quienes, cogidos de la mano, la miraron con una sonrisa sospechosa.

—¿Qué?, ¿qué se traen entre manos?

—Tu hermano me ha pedido que me vaya a vivir con él y he aceptado.

—Sí, y también le he dicho que mis intenciones son mucho más ambiciosas —Samuel se llevó la mano de Xisca a sus labios—, pero ella quiere esperar. Por mí, me casaba ya, pero entiendo que tú necesitas tiempo —aseguró mirándola a los ojos.

Su cuñada sonrió con ojos brillantes y coquetos.

—Ya veremos.

Alejandra entendía sus inseguridades; en los últimos meses, su amiga se había sincerado y le había contado todo lo que había sufrido con el fallido noviazgo de su pasado. Juntas habían desmenuzado sus miedos y habían llegado a la conclusión de que, aunque en el amor no había certezas, bien valía la pena sumergirse en sus turbulentas pero maravillosas aguas. Estaba segura de que su hermano sería un buen compañero para Xisca, y de que esta sabría apreciarlo como él se merecía.

Se acercó a su madre y a Rosita, que charlaban muy animadas con la madre de Mika. A saber lo que se dirían con los dos únicos instrumentos de comunicación entre ellas: la gesticulación y las sonrisas.

—Vea, *mija*, ya lo decidí: voy a aprender finés. Porque, ¿cómo si no voy a retribuir toda esta gentileza con la que me tratan?

—Ay, mamita, no sabes de lo que hablas. Es una lengua muy compleja; mejor estudia inglés, es mucho más fácil. —Ella ya había comenzado a estudiarlo y sabía de lo que hablaba.

—No, *mija*, finés. Ya lo decidí.

—Y yo también, niña —intervino Rosita.

«¡Dios nos asista! Buena suerte para el pobre profesor, si es que encuentran uno en Cali».

Tomó con ternura la mano de Sirpa y se sentó a su lado para conversar.

En ese momento, una cadenciosa música sobresalía entre las voces, las risas, la algarabía de los amigos de Cali que habían venido a arropar a Alejandra y el tintineo de copas. Pero, de pronto, un silencio cayó sobre los invitados. En el centro del salón, un amigo de Mika tomaba el micrófono.

Se dirigió a ambos.

—A mi grupo y a mí nos complace regalarles nuestra música. —Miró a su esposo—. Amigo, sé cuán feliz te sientes, y esta canción, me dijiste, es especial para tu esposa. —Se volvió hacia ella—. Alejandra, espero que te guste el arreglo que hicimos.

Detrás de él, tres guitarras, un chelo y un violín afinaron las cuerdas. Después, los instrumentos dejaron aflorar suavemente las notas de *Love Love Love* mientras Mika se acercaba. La tomó de la mano y, con delicadeza, la sentó en su regazo. El corazón de Alejandra se batió emocionado; encontró sus ojos y con ellos le gritó un «te amo» antes de descansar su mejilla sobre la de él y dejar que los latidos se acoplaran al ritmo lento de la canción.

—Te amo, señora Fischer.

Levantó su rostro para responderle:

—Yo también, señor Fischer, con toda mi alma.



## EPÍLOGO

### *Tres años después*

Sobre el mullido cubrecama azul, Mika limpiaba con ternura las nalguitas de su hija, quien le sonreía y lo miraba con la inocencia de un ángel.

—Sí, no te preocupes, no vas a necesitar otro pañal por ahora —le susurró al oído—. Vamos a la sauna, pero no se lo digamos a tu madre. —La niña gorjeó en respuesta a su padre—. Sí, tienes razón, esta es la tercera vez en un mes, y tu mamá cree que con dos es suficiente para ti, pero... — le murmuró al oído una vez más— lo que ella no sabe es que los finlandeses tenemos el vapor en las venas. —La niña rozó con sus deditos la mejilla de su padre. Este la tomó con delicadeza y la colocó cerca de su pecho mientras con la otra mano encauzaba la silla de ruedas hacia la sauna.

Aprovechaba que Alejandra estaría toda la mañana en el estudio, dedicada a sus diseños, para darse un merecido baño de vapor con su bebé. Hacía un año que su esposa se había graduado, y hacía siete meses que había dado a luz a Alma. Tras un año en el que ambos se habían sometido a un programa de reproducción asistida, por fin habían quedado embarazados. Después de tener a la niña, su esposa había montado un estudio en una de las habitaciones del apartamento y se había dedicado a su línea de diseños en madera. Estaba lista para lanzar su colección por internet. Mientras, él había decidido tomarse un permiso de paternidad de seis meses.

Gozaba con levantarse cada mañana sin más retos que el de prepararle biberones a su hija, cuando su madre no la amamantaba, o el de sacarla a pasear por las mañanas y por las tardes. Descubrir el mundo con sus curiosos ojos negros era, después de amar a su madre, la experiencia más plena que había sentido jamás. Su corazón se derretía como un helado de chocolate en la boca cuando la oía reír al hacer piruetas con ella en la silla de ruedas. Escuchaba con paciente interés a otras madres y a otros padres en el parque cuando le contaban los pequeños trucos que utilizaban para lidiar con el llanto de sus retoños. Sin lugar a dudas, era todavía un misterio para él por qué la niña, cuando su esposa la dejaba en su cuna o en el coche, no lloraba; en cambio, con él, la muy bandida estallaba en lágrimas, pidiendo estar todo el tiempo en sus brazos. Si Alejandra no le echaba una mano, no tenía tiempo para nada más.

Su esposa le decía que el problema radicaba en que era muy blando, y Alma lo sabía. Tal vez, pero... ¿quién podía resistirse a esos ojitos encharcados?

Él no, desde luego.

Sintió los pasos de Alejandra y sonrió para sus adentros cuando apareció en el quicio de la puerta de la ducha.

—Los oí, par de sinvergüenzas. ¿Cómo que van a visitar la sauna sin mí? —Y procedió a desvestirse.

Se ducharon juntos, y después de jugar unos minutos, entraron. Mika se había asegurado de calibrar la temperatura a un grado moderado para que la bebé pudiera resistirlo. Ambos tenían claro que debía estar menos de cinco minutos, por lo que no se extrañó cuando su esposa le dijo:

—La voy a amamantar mientras tú continúas.

Se acercó, lo besó en la boca y tomó a Alma en sus brazos.

Las observó salir del recinto. Los dos amores de su vida. No podía ser un hombre más feliz.

## AGRADECIMIENTOS

Mi segundo libro ha sido como una larga travesía que, después de un prometedor despegue, se convirtió en un vuelo lentificado por las turbulencias y los descensos forzosos. Tuve que comprender, entonces, que al dejarme llevar por el ritmo de los vientos, mi corazón exploraba inesperadas formas de crear.

El aterrizaje valió la pena.

Quiero agradecer a Dios porque es quien me da el coraje para realizar todo en mi vida con amor y entusiasmo. Después, a mi familia, que siempre está ahí para mí: mi esposo, mi madre, mis hermanas y mis suegros. Especialmente a Nathalia, por regalarme su anécdota sobre el perro y por sus maravillosos consejos. Más que una hermana, eres mi mejor amiga.

A Adriana y a Marisol, por sus sugerencias. Les agradezco inmensamente la seriedad y la profesionalidad con que leyeron mi novela. Las quiero un montón.

A Ayda, por sacarme siempre de dudas en gramática, y a Manuel, por sus aportes sobre arquitectura.

Unas gracias especiales para Christel Vaenerberg, quien contestó a todas mis preguntas sobre diseño y sobre el funcionamiento de una compañía de diseño en Finlandia. Y por prestarme sus valiosos libros.

Agradezco al doctor Carlos Alberto Salcedo por los datos que me dio. A Saara Pelttari, y a todos los profesionales a los que consulté en Finlandia. Seguí todas las sugerencias; sin embargo, tuve que hacer ajustes, necesarios para el desarrollo de la historia, así que cualquier incorrección es responsabilidad mía.

Unas gracias del tamaño de la Tierra a Érika, mi profesora. Su profesionalidad y apoyo me han permitido sacar lo mejor de mí. Me gusta pensar que más que mi profesora, es mi amiga, y agradezco que llegara a mi vida.

Un especial agradecimiento a un encantador joven español, quien compartió conmigo su experiencia. Sé que no es fácil para alguien lleno de vida, con planes y sueños, aceptar un giro desafortunado del destino. Tu frase: «Estoy igual, pero sentado» inspiró muchos de los sentimientos y pensamientos de Mika, y darle vida fue más real por tu ayuda. Gracias.

Por último, mi gratitud a mi querida Finlandia. Solo puedo decir que me encanta caminar por tus calles cubiertas de nieve y por tus silenciosos bosques, tanto como llenar mis pulmones con el aroma de tus hermosos veranos.

[←1]

*Hola, en finés.*

[←2]

Encantado de conocerte, en inglés.

[←3]

*Vittu* es una palabra antigua del finés, un término soez para expresar *vagina*, pero en este caso *vitun vaari* significa «abuelo bastardo».

[←4]

Es una palabra antigua del finés que se usa como imprecación, a modo de palabrota.

[←5]

El nombre que se da en finés a la silla Pastil, del diseñador finlandés Eero Aarnio. Tiene la forma de un tomate. Después de cuarenta años, sus modelos siguen vigentes.

[←6]

Silla diseñada por el finlandés Harri Koskinen, quien ganó el premio internacional de innovación en interiores en 2004.



[←7]

Pan de maíz. Es un alimento de origen indígena, típico de la gastronomía colombiana, venezolana y panameña. En Colombia hay diversas formas de elaborarlo, con relleno o sin relleno. Se consumen a cualquier hora del día.

[←8]

Silla diseñada por el finlandés Jukka Setälä en 1998. Tiene la forma de una bolsa grande y contiene un material que la hace adaptable a la forma del cuerpo.

[←9]

*Buenos días, en finés.*

[←10]

Estudio o taller de trabajo de artistas y diseñadores, en finés.

[←11]

Especie de muletas cortas que acaban en un patín, para apoyar los giros que los esquiadores verticales hacen con los *mono-ski* o *dual-ski*.

[←12]

Formación geológica de origen fluvio-glaciar. Llamadas también «marmitas de gigantes», pueden presentarse de dos maneras: como un hundimiento circular y con agua, generado por los depósitos de los glaciares, o como una cavidad formada por la acción de las corrientes fluviales en los cauces de los ríos. En este caso, las depresiones dan lugar a pequeños o grandes lagos.

[←13]

*Hola, en finés.*

[←14]

Es una compañía finlandesa, fundada en 1862, que posee una tienda por departamentos; opera en varios países del Báltico.



[←15]

Centro cultural en Helsinki con salas de proyección, restaurantes y pequeñas tiendas.

[←16]

*¡Hola, guapo!, en finés.*

[←17]

Es una sociedad de gastronomía internacional dedicada a preservar e impulsar la tradición de la buena mesa, incluyendo el compañerismo. Nació en 1950. Su práctica viene desde los tiempos en que los gremios de asadores de la monarquía francesa se dedicaban, como un privilegio, a asar ocas y aves muy apreciadas en esa época.

[←18]

Literalmente, *camisa*. Túnica blanca o de colores, ricamente adornada alrededor del cuello. Se usa especialmente en el occidente de África en ocasiones especiales.

## Table of Contents

[Como luz en invierno](#)

[DEDICATORIA](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)